

LINN ULLMAN  
RETORNO A LA ISLA



Lumen

Linn Ullmann

# Retorno a la isla

Traducción de  
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

Título original: *Et velsignet barn*

© 2005, Linn Ullmann

© 2010, LUMEN

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2010, Kirsti Baggethun Kristensen y Asunción Lorenzo Torres, por  
la traducción

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

ISBN: 978-84-264-1715-2

*A Halfdan*

# I

## El camino

En el invierno de 2005 Erika fue a visitar a su padre, Isak Lövenstad. El viaje requería tiempo, y se hizo más largo de lo que pensaba, y aunque sintió la tentación de dar media vuelta y regresar a Oslo, prosiguió su camino, tal y como había planeado. El teléfono móvil estaba a su lado en el asiento, podía llamar a su padre en cualquier momento y decirle que suspendía el viaje. Que no iba. Que tendrían que dejarlo para otra ocasión. Le diría que era a causa del tiempo, de la nieve que no dejaba de caer. Los dos experimentarían un gran alivio.

Isak tenía ochenta y cuatro años y vivía solo en una casa blanca de caliza en Hammarsö, una isla en la costa oriental de Suecia. Era especialista en enfermedades de la mujer y uno de los pioneros en la investigación de la que resultó la ecografía. Ya estaba jubilado, gozaba de buena salud y sus días eran agradables. Todo lo que le hacía falta para la vida cotidiana estaba en manos de Simona, que siempre había residido en Hammarsö. Simona le preparaba la comida y la cena todos los días, se ocupaba de la limpieza semanal de la casa y de la compra diaria, quitaba el polvo y hacía la colada; también se

encargaba de la declaración anual de la renta y del pago a hacienda. Isak conservaba todos los dientes intactos, pero el último año se le había desarrollado una catarata en el ojo derecho.

Decía que veía el mundo como a través del agua.

Isak y Simona hablaban muy rara vez. Lo preferían así.

Tras una larga vida en Estocolmo y Lund, Isak se había trasladado a Hammarsö para siempre. La casa llevaba doce años vacía e Isak había pensado en venderla. Cuando al final se deshizo de los pisos de Estocolmo y Lund y se convirtió en un isleño, Simona insistió en cuidarle y cortarle el cabello con regularidad, ya que se había quedado viudo. Él quería dejarlo crecer. No había nadie para quien cortárselo, decía, pero para que ese silencio elegido por ambos pudiera restablecerse, se pusieron de acuerdo en un término medio. En verano la coronilla de Isak estaba lisa, resplandeciente y azul, como el globo terráqueo que había regalado a sus tres hijas Erika, Laura y Molly cuando cada una de ellas cumplió cinco años; en invierno se dejaba crecer el cabello libremente, y el resultado era una rala melena entre blanca y gris, que combinada con su hermoso rostro de anciano recordaba a una piña.

Erika veía muy poco a su padre, pero Simona le había enviado dos fotografías. Una de Isak con el cabello largo y otra de Isak casi calvo. A Erika le gustaba más la del pelo largo.

Pasó un dedo por la foto y la besó. Se lo imaginó en la playa de piedras de Hammarsö, con los brazos tendidos hacia el cielo, el cabello ondeando al viento y una larga barba postiza.

«Papá», dijo para sí misma, antes de devolver la foto al antiguo álbum que guardaba en el fondo de un armario del dormitorio.

Rosa, la segunda mujer de Isak y madre de Laura, había muerto de una insidiosa enfermedad muscular a principios de los años noventa. El hecho de que Isak se trasladara a Hammarsö fue consecuencia de la muerte de Rosa. Durante los casi doce años en que la casa había estado deshabitada, Simona fue la única que se pasaba por allí de vez en cuando para quitar el polvo, fregar y barrer los insectos que siempre se metían en la casa en verano y yacían muertos en los alféizares en invierno. Fue ella quien cambió la

cerradura y puso orden tras un pequeño robo y lo secó todo cuando se reventaron las tuberías y el agua anegó el suelo. No podía hacer nada más para reparar los daños causados por el agua si Isak no quería gastar dinero en fontaneros.

—Se va deteriorando poco a poco, haga lo que haga —le dijo a Isak en una de sus breves conversaciones telefónicas—. Tendrás que venderla, repararla o volver a habitarla.

—Aún no. De momento no quiero tomar ninguna decisión —dijo Isak.

Pero entonces el cuerpo de Rosa cedió, y aunque su corazón era fuerte y se negaba a dejar de latir, Isak y un colega más joven, el doctor Jonas Larsson, estuvieron de acuerdo en que Rosa tuviera por fin paz. Tras el entierro, Isak dejó claro a sus hijas Erika, Laura y Molly que pensaba quitarse la vida. Había adquirido las pastillas, el método estaba minuciosamente planeado. Y a pesar de todo se trasladó a la casa de Hammarsö.

Molly nació en contra de la voluntad de Isak en el verano de 1974. Cuando la madre de Molly, que se llamaba Ruth, estaba pariendo en un hospital de Oslo, Rosa amenazó a Isak con dejarlo. Llenó dos maletas, pidió un taxi a tierra firme, cogió a Laura de la mano y dijo: «Mientras te acuestes con todo lo que lleva faldas y el resultado sean niños, no tengo nada más que hacer en tu vida. Y tampoco en esta casa. Me voy y me llevo a nuestra hija».

Esto sucedió en el mes de julio de 1974, solo dos semanas antes de la función de teatro anual de Hammarsö, una obra para amateurs escrita y dirigida por Palle Quist. Esa representación teatral era una tradición en la isla; tanto los turistas como los residentes colaboraban en lo que podían, y las funciones habían sido reseñadas varias veces en el periódico local, aunque no siempre en términos elogiosos.

Cuando a Rosa le dio el ataque de ira, el único que Erika recordaba, Laura se echó a llorar y dijo que no quería irse. También Erika lloró, pues se imaginó el resto de las vacaciones de verano sola en la casa con un padre que era demasiado grande y demasiado fuerte para que ella pudiera hacerle la comida y consolarlo.

Ruth llamó dos veces. Primero para decir que tenía contracciones cada cinco minutos, y treinta y dos horas después para decir que había dado a luz a una niña. Supo enseguida que la pequeña se llamaría Molly. Pensó que a Isak le gustaría saberlo. (¿Que no? Ah, de acuerdo. Al infierno con él.)

Las dos veces llamó desde un teléfono público que había en el pasillo del hospital.

Isak, por su parte, necesitó las mismas treinta y dos horas para tranquilizar a Rosa y convencerla de que no lo abandonara. El taxi que esperaba fuera fue despedido, para ser solicitado de nuevo unas horas más tarde y otra vez ser despedido.

Isak dijo que no podía apañárselas sin Rosa. Lo de Ruth era un gran malentendido.

Isak tuvo que echar a Erika y a Laura de la cocina varias veces. Las niñas no paraban de buscar pretextos para entrar y molestar. Tenían sed, tenían hambre, estaban buscando la pelota, y cuando al final Isak bramó que si no les dejaban, a él y a Rosa, hablar tranquilamente les cortarían las orejas con unas tijeras, las dos hermanas se escondieron detrás de la puerta a escuchar. Por la noche, cuando Isak y Rosa creían que las niñas se habían acostado, seguían escondidas detrás de la puerta, envueltas en sus edredones.

En el transcurso de la noche, Isak estuvo a punto de convencer a Rosa para que aceptara la palabra «malentendido», sin tener que especificar quién había entendido mal —si Rosa, Ruth o el propio Isak— y de qué modo había surgido tal malentendido.

Isak había estado en un congreso en Oslo nueve meses antes, sí.

Sí, conocía a Ruth (que entonces no era la madre de Molly, sino solo una comadrona rubia y bonita que admiraba a Isak), sí.

Había tenido contactos esporádicos con ella, tanto antes como después del congreso, sí.

Pero Isak no fue capaz de explicar exactamente por qué y cómo en ese momento Ruth estaba en un hospital de Oslo dando a luz a su primera hija y haciendo constar que él era el padre.

Tenía que tratarse de un malentendido, opinó Isak.

Tras muchas horas de discusiones, portazos y murmullos, Rosa hizo un té



para ella y para Isak. Las dos maletas azules que había preparado para Laura y para ella seguían en el suelo. Lo último que Erika vio desde su escondite detrás de la puerta fue a su padre y a Rosa sentados cada cual a su lado de la mesa de la cocina bajo la lámpara grande —también azul— con sendas tazas de té entre las manos. Ambos miraban fijamente por la ventana. Todavía era de noche.

Cuando Ruth llamó a la mañana siguiente para informar a Isak de que había tenido una hija, que había pesado tres kilos cuatrocientos y media cuarenta y nueve centímetros, y que por lo demás el parto había ido bien, él tiró el teléfono al suelo gritando ¡Me cago en dios! Rosa, que estaba detrás de él, con un camisón de topos y su largo cabello despeinado, recogió el teléfono del suelo, se llevó el auricular al oído y oyó lo que decían al otro lado. Asintió con la cabeza, dijo algo y volvió a asentir.

Erika y Laura, que se habían despertado con el teléfono y la maldición de su padre, salieron disparadas de sus camas y volvieron a su escondite detrás de la puerta. No pudieron oír qué decía Rosa. Hablaba en voz baja. El teléfono era rojo, tenía la forma de un pequeño periscopio con una esfera de cifras en la base y un cable muy largo para que quien hablaba pudiera llevárselo por la casa. Cuando Rosa acabó la conversación tiró del cable hacia ella y colocó el aparato en su sitio, en la mesa de la entrada. Volvió a la cocina y abrazó a Isak, que estaba en medio de la habitación junto a las maletas. Le susurró algo al oído. Él apoyó la cabeza en el hombro de ella. Así permanecieron un buen rato.

Erika oyó decir a Isak: «Ella nunca debería haber tenido esa criatura».

En los días siguientes, Erika discutió con Laura lo que podría significar ese «nunca debería haber tenido esa criatura». Comprendieron que el motivo de todo el lío de las últimas veinticuatro horas era que una mujer noruega llamada Ruth estaba dando a luz. Laura dijo que su padre, que sabía más que casi todo el mundo de partos, estaba enfadado porque la señora noruega no había esperado para que él fuese a ayudarla.

—¿Ayudarla a qué? —preguntó Erika.

—A hacer salir a la niña —contestó Laura.

Erika dijo que no lo creía. El padre había dicho claramente que no quería tenerla, así que ¿para qué iba a ayudarla entonces?

Laura dijo que tal vez pudiera haberla ayudado a empujar a la niña dentro de la madre otra vez.

Erika dijo que eso era imposible.

Laura dijo que ya lo sabía, que solo estaba bromeando.

Ahora, al cabo de más de treinta años, Isak solía decir por teléfono que encendía todas las noches una vela por sus hijas. Una por Erika, otra por Laura y otra por Molly, decía. Procuraba decírselo a Erika muy a menudo. Ella creía que lo decía para que se lo transmitiera a Molly, quien, a pesar de haber perdido a su madre en un accidente de automóvil cuando tenía ocho años y haber tenido que vivir con su abuela materna y no con Isak, nunca había dejado de amarlo.

Isak era un hombre delgado, con manos y pies pequeños y cabeza grande. Erika no pensaba que fuese su aspecto lo que había atraído a tantas mujeres, sino su cerebro. Isak tenía un cerebro «privilegiado». Eso fue lo que dijeron de él en la revista norteamericana *Life* el 10 de septiembre de 1965. Al pie de una foto de Isak ponía textualmente que el profesor Lövenstad tenía un cerebro privilegiado. La fotografía se había hecho con un sol radiante, y él miraba a la cámara con los ojos entornados, de tal manera que no se podían ver con nitidez; ni siquiera su cara, solo esa gran cabeza redonda con su abundante cabello rubio y rizado. En el artículo, que era largo, decían que el catedrático e investigador sueco, en colaboración con catedráticos e investigadores de Dublín, Nueva York y Moscú, estaba a punto de resolver uno de los enigmas que los podría convertir en dueños de la vida y de la muerte. Decían que estaban jugando en el atrio de Dios.

Cuando Erika pasó su primer verano en Hammarsö en 1972, Laura la cogió de la mano, la llevó al salón y señaló el artículo que colgaba enmarcado en la pared. Erika, que era buena estudiante, entendía bastante bien el inglés. Esa foto de su padre con la cabeza grande, los rizos rubios y el cerebro privilegiado, era algo que llevaba consigo desde entonces, durante sus estudios de medicina y luego en su profesión de ginecóloga.

Mucho antes de que Isak se mudara a Hammarsö para residir allí permanentemente, Erika e Isak caminaban un día cogidos del brazo por la Strandvägen de Estocolmo. Lo hacían de vez en cuando. Desde que Erika era una niña había intentado enseñar a Isak a decir en noruego: *EnOle-Pette toOle-Pette enOle-Pette toOle-Pette enOle-Pette støvelOle-Pette ogOle-Pette enOle-Pette skoOle-Pette enOle-Pette toOle-Pette enOle-Pette toOle-Pette enOle-Pette støvelOle-Pette ogOle-Pette enOle-Pette sko*, pero a pesar de haber estado casado con una mujer noruega (Elisabet, la madre de Erika) y de haber tenido al menos una amante noruega (Ruth, la madre de Molly), no conseguía repetir esa pequeña rima de un modo satisfactorio. Nevaba, pero no hacía frío. Iban camino de un restaurante en Birger Jarlsgatan donde habían quedado con Laura para cenar. En ese instante Erika vio a la luz de las farolas a una anciana menuda de cabello cano que cruzaba la calle dando saltos y avanzaba hacia ellos, una figura frágil rodeada de toda esa nieve blanca que bajaba del cielo. La mujer llevaba un abrigo marrón, zapatos marrones y un gorro de lana marrón, que dejaba escapar algún que otro rizo cano. Erika se fijó en ellos, se fijó en esos rizos que salían por debajo del gorro y que hacían que su cara fuera tan fascinante. Para ser tan vieja, seguro que tenía más de setenta y cinco años, era sorprendentemente ágil y rápida andando.

—¡Isak! —gritó la mujer—. ¡Isak Lövenstad! ¡Eres tú!

Isak se detuvo y se volvió. La mujer se acercó a Isak y Erika, se colocó delante de él y se estiró todo lo que pudo. Ella era minúscula; él era como una montaña delante de ella. Tuvo que inclinarse como el gigante del cuento para encontrarse con su mirada.

—¡Sí! —dijo él—. ¿Y usted quién es? —Erika nunca le había oído tratar a nadie de usted, y no sabía si intentaba ser cortés con la mujer o si quería burlarse de ella.

La anciana abrió la boca para decir algo, pero cambió de idea, levantó la mano y le dio una bofetada en la mejilla. Isak retrocedió tocándose la cara.

—¡Esto es algo que quería hacer desde hace mucho tiempo, Isak! ¡Maldito cabrón! —exclamó ella.

—Ah, sí —dijo él. Tenía aún la mano en la mejilla. Erika vio por un instante la expresión de su mirada, su boca. Un niño agraviado, pensó. La anciana se puso de puntillas.

—¡Y ahí va otra! —dijo, dándole en la otra mejilla.

—¡Ya está bien! —gritó Isak.

La agarró por la muñeca, pero ella se zafó y se alejó dando saltos.

Erika e Isak se quedaron mirándola hasta que desapareció al doblar una esquina sin mirar atrás.

Erika, que no sabía qué decir, preguntó:

—¿Te duele?

Isak no contestó. Erika lo intentó una vez más:

—Papá, ¿te duele? ¿Quieres que...?

—Sé quién era —la interrumpió su padre. Se frotó las mejillas con las manos mientras miraba fijamente la calle. Lo único que quedaba de ella eran las huellas de sus zapatos en la nieve.

—¡Sé quién era! Sé quién era. ¡Solo teníamos veintidós años! Éramos novios. Se quedó embarazada y lo perdió.

Había muchas cosas que Erika no sabía de Isak, pues él apenas contaba nada. A veces empezaba una historia, pero después se callaba. Hablaba en voz muy baja, Erika tenía que inclinarse hacia él para oír lo que decía. Cuando estaba furioso rugía: monosílabos breves, cortantes, palabras elegidas para la ocasión. Pero cuando iba a contar algo o a contestar a preguntas (que Erika había pensado de antemano) era como si su voz se desvaneciera, las pausas se hacían largas, y ella se quedaba esperando la continuación, que no llegaba. Y porque hablaba en voz tan baja y Erika se veía obligada a acercarse mucho a él (o pegarse al auricular del teléfono) y a concentrarse cada vez que él decía algo, como si lo que transmitiera fuera luz o agua, y porque ella nunca podía estar segura de llegar a oír toda la historia, conversar con Isak era como estar entre los iniciados.

Sobre el papel Erika seguía casada con Tomas, pero él la había dejado. Tomas era su segundo marido. Erika pensaba que volvería. No sabía cuándo, pero estaba segura de que lo haría.

Tomas era toda una historia en sí mismo. Del primer marido de Erika, Sundt, que era el padre de sus dos hijos, se podrían decir muchas cosas, pero ante todo se podría decir que era tacaño.

En una ocasión Isak le hizo notar a Erika que cuando ella hablaba de Sundt lo hacía siempre en pasado, aunque él estaba vivito y coleando. Sundt no estaba muerto. Tenía un nombre de pila, pero ella siempre lo había llamado por su apellido, Sundt.

Aunque habría sido mejor para Sundt estar muerto, pensaba Erika. Más barato. No costaba nada estar muerto. Después del reparto de bienes y una vez pagados el entierro, la lápida, las flores y los canapés de gambas, salmón y rosbif, estar muerto quedaba libre de costes, y para Sundt habría sido preferible de no ser porque tenía mucho miedo a la muerte. Sundt permanecía en vela por las noches pensando en lo que le podría ocurrir.

—Los avaros tienen una relación muy particular con los números —le dijo Erika a Isak por teléfono—. Digamos, por ejemplo —prosiguió—, que Sundt tuviera que darme diez, entonces él inmediatamente transformaría esos diez en cuatro sin que yo me enterara de cómo; pero si Sundt fuera a recibir de mí diez, no tendría ningún problema en argumentar que los diez eran en realidad dieciséis, y no le causaría ningún problema quitármelos; de nada serviría que yo dijera: «Te estoy dando los últimos dieciséis que me quedan, habíamos quedado en diez, pero aquí los tienes», porque en ese caso, de pronto resultaría que la tacaña sería yo.

—Sí —dijo Isak.

—Los avaros siempre ganan —dijo Erika—. Los avaros tienen el poder. Los avaros no tienen amigos. Al principio tienen muchos, después menos y al final no les queda ninguno. No está muy claro si eso es algo que les preocupa o no. ¿Tú crees que les preocupa?

—No lo sé —contestó Isak.

—¿Crees que piensan en eso cuando están acostados en la cama por la noche, mientras se palpan las irregularidades del cuerpo temerosos de morir?

—No lo sé —repitió Isak.

—La mujer del avaro, en este caso yo, nunca puede ganarle —prosiguió Erika.

—Eso es verdad —dijo Isak.

—¡Pero...! —exclamó Erika.

—¿Pero qué? —preguntó Isak.

—Una noche decidí emprender la lucha —dijo—. Una noche di unos

golpecitos en la copa. Apoyé la cabeza en el estrecho hombro de mi marido y exclamé: «¡Esta noche invita Sundt! ¡Bebed champán! ¡Comed ostras! ¡Esto representa una gran alegría para Sundt!». Nuestros amigos sabían exactamente qué estaba haciendo, eran cómplices, era un golpe de Estado contra Sundt, una intentona revolucionaria, una toma de poder provisional, y se atiborraron a champán y ostras por cuenta de Sundt, mientras disfrutaban con el sufrimiento que le estaban causando, veían cómo sudaba, cómo su boca se apretaba cada vez más, oían las desesperadas insinuaciones de que tal vez nos saltáramos el poste. Y eso no fue todo. Empecé a despilfarrar a diestro y siniestro, papá. Decía: «¡Mira, Sundt, lo que he comprado!». Me exhibía ante él con vestidos nuevos, desplegabam nuevas alfombras, desempaquetaba nuevos libros y un nuevo equipo de música, cubrí las ventanas con nuevas persianas para que no entrara la luz. No nos podíamos permitir nada de todo eso, ¿sabes? ¡Nada! Yo me arreglaba, me reía y volvía tarde a casa.

Y por las noches, cuando Sundt estaba acostado en la cama al lado de Erika, palpando las irregularidades de su cuerpo (una hinchazón en la pierna derecha, un dolor punzante en el pecho, un cambio de textura en la encía, ¿acaso un síntoma de putrefacción?), ella no lo abrazaba para consolarlo como solía hacer de recién casados, ah no, le decía que pensaba que era un miedoso, un pusilánime, un ser ridículo; le decía que era un mal tipo, y luego se enrollaba en su edredón y dormía toda la noche sin dignarse pensar en él. Lo suyo con Sundt había terminado.

Las carreteras estaban cubiertas de aguanieve y había peligro de que se helaran, pero para Erika lo más difícil eran siempre las rotondas y la señalización del tráfico a la salida de Oslo. Acababa siempre en un túnel que la llevaba a otro sitio, y no al que quería ir.

—No es difícil —le dijo Laura por teléfono—. La carretera está señalizada hasta Estocolmo. Solo tienes que seguir las señales.

Para Laura eso era fácil. Para Erika difícil. Por razones que ella misma desconocía, Erika hacía siempre lo contrario de lo que indicaban las señales. Si la flecha señalaba a la derecha, ella giraba a la izquierda. En el transcurso de sus nueve años al volante había ocasionado numerosos conatos de

accidente y le habían puesto varias multas, igual que a su madre, que era, si cabe, peor conductora que ella.

Alguna que otra vez le habían abierto violentamente la puerta en medio de un cruce para gritarle. La diferencia entre Erika y su madre era que Erika pedía perdón, mientras que su madre devolvía los gritos.

Laura opinaba que la conducta de Erika al volante, que era radicalmente opuesta a la que mostraba en otros campos, se debía en realidad a una profunda división interna, a una rabia contenida. Erika no estaba de acuerdo. Pensaba que se trataba de una especie de dislexia, una falta de capacidad de leer y entender señales y códigos sencillos, y de calcular distancias.

Antes de sentarse en el coche y arrancar, llamó a Laura y le dijo:

—¿No podrías tomarte un par de días libres tú también? ¿Por qué no te vienes?

—De hecho hoy no trabajo —contestó Laura.

Erika la oyó sorber café y se imaginó a Laura en bata frente al ordenador, navegando en la red, aunque ya eran cerca de las once.

—Quiero decir, por qué no te tomas libre toda la semana y te vienes conmigo a Hammarsö —le dijo—. Así puedes conducir tú —añadió.

—¡No! —dijo Laura—. No es nada fácil encontrar un suplente. Y además, ningún suplente quiere dar mi clase.

—¿Y por qué no te vienes el fin de semana? Estoy segura de que a Isak le gustaría vernos a las dos.

—¡No! —exclamó Laura.

—Podrías tomártelo como una aventura —dijo Erika.

—No —repitió Laura—. Jesper está acatarrado. Todos estamos agotados de tanto trabajar. Nada funciona. Lo último que me apetece en este momento es ir a Hammarsö a ver a Isak.

Erika intentaría convencerla de nuevo. Laura lo sabía; no se daba por vencida. No sería tan difícil encontrar un suplente. Laura se quejaba siempre de su clase, pero la verdad era que no le gustaba dejarla en manos de nadie, no le gustaba que otros hicieran su trabajo. En su opinión no había nadie que lo hiciera lo bastante bien. «Son mis chicos —solía decir de sus alumnos—. Son

mi responsabilidad.»

—¿Y si Isak se muere mientras yo estoy allí? —dijo Erika.

Laura soltó una sonora carcajada y dijo:

—¡No cuentes con eso, Erika! El viejo nos sobrevivirá a todos.

Todos los veranos entre 1972 y 1979 Erika viajaba sola en un avión desde Oslo a Estocolmo, y en otro más pequeño hasta ese puerto del mar Báltico que era la penúltima etapa del viaje. Llevaba una gran carpeta de plástico azul colgada del cuello que contenía los billetes de avión, el pasaporte y un formulario que había rellenado su madre: quién la acompañaba a Oslo, quién la recogía en el puerto, cómo se llamaba, qué edad tenía, etcétera.

—En caso de que la azafata te pierda cuando hagáis escala en Estocolmo... —le dijo su madre, a la vez que le ponía debajo de la nariz un gran pañuelo floreado y le decía que se sonara fuerte—. Fuera todo antes de salir del avión. Isak no querrá una niña resfriada de visita.

Elisabet tenía el cabello largo y rojizo, unas piernas graciosamente torneadas y llevaba unos zapatos de tacón alto de color verde moco. Erika era su única hija.

—Y si la azafata tuviera la mala suerte de perderte, busca a otra y enseñale este papel —añadió—. ¿Oyes lo que te estoy diciendo, Erika? ¿Serás capaz? Solo tienes que enseñarle este papel.

En el aeropuerto de la pequeña ciudad portuaria, Rosa y Laura la estaban esperando. El viaje en coche hasta Hammarsö duraba hora y media, pero a veces tenían que esperar en una larga cola de coches para embarcar en uno de los dos transbordadores que llevaban a turistas y residentes de tierra firme a la isla. En esos casos el viaje podía durar dos horas y media o tres, o incluso más. Para Erika era una pequeña eternidad. Viajaba a Hammarsö cada verano, así que veía a Isak de año en año. Iba sentada al lado de Laura en el asiento de atrás, siguiendo con la mirada las señales de la carretera que indicaban que ya solo faltaban cincuenta kilómetros, ahora cuarenta, ahora pasamos por el roble de mitad de camino y ya solo quedan veinte kilómetros.

—¡Rosa! ¡Rosa! ¿Falta mucho? ¿Podemos ir más deprisa?

—No —contestaba Rosa—, si no, chocaremos y la policía tendrá que



venir a sacar nuestros cuerpos en trocitos del coche.

Erika miraba a Laura, que sería su hermana durante un mes entero, y se reía.

Un kilómetro equivale a un minuto.

Diez kilómetros equivalen a diez minutos.

Rosa les decía que podían seguir las señales de los kilómetros y calcular ellas mismas cuánto quedaba, y así dejarían de dar la lata.

No era solo la expectación de volver a ver a Isak lo que hacía que el viaje en coche desde el aeropuerto le pareciera una eternidad. Era todo el conjunto. Era la casa blanca de caliza y su habitación con el papel pintado de flores. Era su media hermana Laura, y con el tiempo también la pequeña Molly. Y era Ragnar.

Cuando Erika se hizo mayor, lo que más ilusión le hacía era volver a ver a sus amigas de verano, Frida, Emily y Marion. Es decir, por un lado le hacía mucha ilusión volver a ver a Frida, Emily y Marion, por otro le daba miedo.

Era la isla de Hammarsö en sí misma lo que Erika consideraba su lugar en la tierra, con sus prados, sus árboles encorvados, sus ásperos fósiles, lagos oscuros y amapolas de color rojo fuego. Era el mar plateado y la roca en la que las chicas tomaban el sol y escuchaban Radio Luxemburgo o las cintas de casete de Marion. Era el olor a todo ello como una confirmación definitiva: «¡Ya! ¡Ya es verano!».

Los veranos en Hammarsö eran la verdadera eternidad.

El viaje en coche era una pequeña eternidad, preludio de la otra de verdad.

Erika conducía despacio y hablaba consigo misma. Hablar en voz alta consigo misma era algo que había aprendido de su profesor de autoescuela, Leif.

Erika sabía que debería haber suspendido cuando se había presentado al examen del carnet de conducir ocho años atrás (la víspera de cumplir los treinta) y, al no ser así, debería haberse negado a recibir el carnet o haberlo devuelto voluntariamente.

—No sintonizas mucho con el tráfico —le dijo Leif.

—No sintonizo con nadie —contestó Erika.

—Yo tampoco —dijo Leif—. Pero para conducir tienes que sintonizar con el tráfico. Así son las cosas.

En realidad Erika no había pensado nunca que se sacaría el carnet, pero cuando Sundt y ella se divorciaron decidió conducir, y así fue como conoció a Leif. Era un hombre de cabello blanco, triste y callado, pero cuando abría la boca decía cosas obvias y sarcásticas relacionadas con el tráfico. Erika condujo por Oslo en compañía de Leif durante varios meses, pagó ciento treinta y cuatro clases de conducir.

—Cuanto mayor es uno, más clases necesita —decía Leif.

Los recién divorciados pueden apegarse a figuras extrañas, y Erika se apegó a Leif. Lo consideraba un hombre sabio. Un mentor, alguien que hablaba en clave. Cada vez que decía algo, una de esas cosas obvias y sarcásticas como que el cartel de stop significa stop, ella lo interpretaba a un nivel más profundo.

Laura e Isak, e incluso Molly, dijeron entonces que Erika otorgaba a Leif un lugar demasiado importante en su vida. Pero al menos había aprendido a hablar en voz alta consigo misma cuando estaba al volante. Para no perder la concentración y mantener la atención en la conducción, decía:

«Ahora entro en la rotonda».

«Ahora me paro en el semáforo en rojo.»

«Ahora me meto en la autopista.»

«Ahora fijo la mirada en el centro de la carretera.»

Era invierno y conducía camino de Hammarsö. Pasó por una especie de restaurante de carretera. No quería parar todavía. Tenía hambre, pero aún no quería parar.

Cada vez que Erika hablaba con Isak por teléfono, y lo hacía a menudo, se lo imaginaba sentado en uno de los dos sillones del salón de la casa blanca de caliza, con las piernas sobre un puf y grandes gafas rectangulares encima de la nariz. Está escuchando algo de Schubert, tal vez el movimiento lento del

Quinteto en do menor. En la mesa junto al sillón hay un radiocasete que lleva consigo cuando va de un lado a otro por la casa. Erika tiene doce años y Laura diez. Se tumban las dos en el suelo blanco de madera para leer y escuchar música con él. Se lo permite si están calladas. Las piernas sobre el puf son flacas como las de un saltamontes y vestidas con unos viejos pantalones de pana marrón. En una ocasión Isak se compró varios pantalones de la misma tela, la misma hechura y la misma marca. Desde entonces, Rosa se los había remendado, cosido y mantenido como era debido.

Seguramente seguiría teniendo los mismos pantalones, pensó Erika, pero ahora era Simona quien los remendaba y cosía. En los pies, un par de cálidas zapatillas de piel de cordero. Isak tenía casi siempre los pies helados. En la mesa junto al sillón había tres periódicos, dos nacionales y uno local.

Hacía varios años que Erika no veía a Isak. La última vez había sido en Estocolmo, en una de esas cenas a las que solía invitarlas a Laura y a ella. Al principio invitaba también a Molly, pero como casi nunca acudía, dejó de invitarla.

Erika seguía las señales, como Laura le había indicado. Iba bien encaminada. Pensó que seguramente Isak no habría cambiado mucho desde la última vez que lo había visto. No esperaba llevarse ningún susto al verlos a él, la casa o Hammarsö, aunque hacía veinticinco años que no había vuelto. Él no había hecho reformas ni comprado muebles. No se había comprado ropa nueva. Desayunaba dos tostadas finas, a mediodía comía un cuenco de kéfir con plátano, y para cenar tomaba pequeñas albóndigas de carne, con patatas y salsa. Eso era los martes. Los lunes y miércoles comía pescado. Y los sábados pollo guisado. Las comidas se las preparaba Simona, igual que en otros tiempos lo había hecho Rosa. Cuando le había servido la comida, Simona volvía a su casa. Isak le había contado todo esto por teléfono a Erika, y de vez en cuando ella hablaba con Simona para enterarse de cómo estaba su padre. ¿Estaba, por ejemplo, a un paso de la muerte sin que sus hijas lo supieran?

«Él no morirá nunca», decía Simona.

La verdad era que su rostro tenía más hoyos, más pelillos y manchas oscuras. Pero era la misma cara. Los mismos ojos, pensó Erika, aunque era

incapaz de imaginarse los ojos de su padre. Ni siquiera sabía de qué color eran. Nunca había pensado en los ojos de su padre como tales. Los ojos de Isak eran miradas, y Erika estaba o no estaba en ellas. Él era viejo desde hacía mucho tiempo. Ya era viejo veinticinco años atrás. Una vez le dijo por teléfono que había cambiado después de la muerte de Rosa. Los años formativos de Isak Lövenstad habían sido, según él mismo, entre los setenta y dos y los ochenta y cuatro.

—¿Es verdad? —preguntó Erika—. ¿Cómo? Quiero decir, ¿en qué has cambiado?

Erika clavó la mirada en los limpiaparabrisas, que se movían de un lado para otro sin que sirviera de mucho. La nieve caía copiosamente. Resultaba difícil conducir.

Al hablar por teléfono, él le había dicho:

—Estoy madurando.

—¿Estás madurando?

—Sí.

—¿Qué significa que estás madurando?

—Estoy leyendo a Swedenborg.

—¿Sí?

—Y Swedenborg escribió que si tienes la sensación de haber vivido demasiado tiempo, algo que se puede decir de mí sin exagerar, ¿verdad?, es porque se te ha impuesto madurar.

—¿Así que es eso lo que estás haciendo?

—Sí.

—Pero papá, ¿qué significa eso? No sé a qué te refieres.

—Entiendo mejor las cosas.

—¿Por ejemplo?

—Que nunca me he preocupado por los demás. He sido indiferente.

—No te creo —dijo Erika.

—¿Qué es lo que no crees?

—Que fueras indiferente. No te creo. Resulta demasiado fácil decirlo así.

Un niño con unas piernas flacas como canillas y las rodillas

ensangrentadas le recorrió la mente y el cuerpo, entraba y salía de su cuerpo, entraba y salía de la luz. Solo de vez en cuando el pequeño se volvía. Recordó que el niño había dicho: tenemos que buscar el punto neurálgico de Isak, y será difícil. Erika se agarró con fuerza al volante, pero se salió de todos modos y chocó contra la nieve acumulada en los bordes antes de recuperar el control. Se paró en la primera gasolinera a tomar un café. Cerró los ojos durante unos instantes antes de proseguir el camino.

—Así es como se muere la gente —dijo en voz alta hablando con el aire—. Conduciendo con un tiempo así.

Ya te había dicho que no vinieras, habría dicho Isak.

Elisabet decía que no es fácil para una mujer ser madre y padre a la vez, que se exigía más a una mujer que a un hombre. Decía que como mujer había tenido que arreglárselas ella sola. (Elisabet a menudo hablaba largo y tendido y enfatizando ciertas palabras.) Decía que a las mujeres no se las escucha como a los hombres, simplemente porque son mujeres. «Por eso hablo con tanta claridad», decía. Para ser escuchada. Para llamar la atención.

En la primavera de 1980 Erika habló por teléfono con Isak. Él le dijo que tendría que olvidarse de Hammarsö ese verano. Era el año en que Erika cumplía quince. «¿Por qué? —preguntó Erika—. ¿Por qué tengo que olvidarme de Hammarsö este verano?» A su padre no le gustaban ni las preguntas, ni las exigencias, ni los reproches, ni el chantaje emocional, por eso chasqueó los dedos. Erika escuchó un pequeño chasquido desde muy lejos, Estocolmo, Lund o dondequiera que se encontrara su padre, y el hielo brotaba del auricular del teléfono. Pues sí, el auricular al que Erika se aferraba se le heló entre los dedos, y también las manos, que su padre solía besar, se convirtieron en hielo. Las rosetas de escayola del techo se transformaron en hielo, y el agua caía por las paredes hasta el suelo. El sol de junio desapareció detrás de una nube y la nieve caía en racimos del cielo, convirtiendo Oscarsgate en un reino de los cielos blanco y silencioso. Así es él, pensó Erika, y para no echarse a llorar se puso a pensar en cinco razones por las que lo amaba.

Tendría que olvidarse de Hammarsö ese año. Ella no iría, nadie iría. Isak no quería.

—Pero ¿por qué no quiere? —le preguntó Elisabet—. ¿Por qué no, Erika?

Su madre se encontraba en el salón de Oscarsgate, de pie sobre sus largas piernas, pasándose la mano por el abundante cabello. Llevaba unos zapatos de tacón amarillos de Yves Saint Laurent. Elisabet continuó:

—Bajo ninguna circunstancia pienso inventar cosas divertidas para el verano. Tendrás que entretenerte tú sola —dijo—. Yo voy a trabajar. Tengo la cabeza llena de cosas que voy a hacer. ¡Llena! Tu padre no puede cambiar por las buenas un acuerdo que funciona desde 1972. —Y añadió—: Para que lo entiendas, Erika, tengo la cabeza llena de cosas.

Erika entendía bien lo de la cabeza de Elisabet. Siempre había estado llena. Ahora Erika tenía quince años, pero cuando era pequeña su madre solía decir que se le rizaban los nervios. Entonces Erika sentía pena por su madre, obligada a arrastrar esa pesada cabeza cansada y sobrecargada de nervios que se rizaban. No sabía muy bien lo que eran los nervios, pero se los imaginaba parecidos a las larvas. Pensaba que la hermosa cabeza de Elisabet podría estallar en cualquier momento o abrirse y dar a luz alguna cosa grande y repugnante, sobre todo si ella, la pequeña y regordeta Erika, con su mera presencia, contribuía a llenarla aún más.

Cuando Erika se hizo mayor, su madre dejó de decir que los nervios se le rizaban. Entonces se limitaba a decir: «Hoy no estoy especialmente contenta, Erika».

Erika no iría a Hammarsö (¿Por qué? ¿Por qué? ¿Entonces la casa estará vacía, Isak?), pero tenía un plan.

—Me mantendré alejada de ti, mamá. Te lo prometo. Ni siquiera notarás que estoy aquí.

—Pero ¿por qué, Erika? ¿Por qué no vais a ir a Hammarsö? Aquello es tan hermoso. El mar verde y todo eso.

—Gris —corrigió Erika.

—¿Cómo? —preguntó Elisabet.

—El mar es gris —contestó Erika—. No verde. Tiene distintos tonos de gris.

—Pero ¿por qué? —repitió Elisabet—. ¿Por qué no vas? ¿Por qué no va a

ir nadie a Hammarsö?

—No lo sé, mamá.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Repartir periódicos?

—Tal vez.

Erika sabía, desde luego, que Isak seguramente diría algo así. Lo había sabido durante todo aquel largo invierno. ¿Cómo iban a volver a vivir allí como si nada hubiese ocurrido? ¿Cómo podría ella volver allí? ¿Cómo podría él mismo? ¿Cómo podrían Laura y Molly? ¿Cómo podría volver Rosa, que había estado sentada debajo de la lámpara azul de la cocina de la casa blanca de caliza? Volver a Hammarsö. A los prados abiertos, las playas, las amapolas y el mar azul grisáceo, al que un día oyó que un adulto llamaba Grodsjön, el lago de las Ranas. El hombre lo había dicho en un sentido peyorativo. Pero a Erika le gustaba la idea de que el mar de ella y de Ragnar fuera un mar de ranas, en calma, extraño y vivo, y con un extenso bajío antes de volverse de pronto muy profundo y peligroso.

«Una rana —dijo Ragnar— puede dejarse caer al suelo y hacerse la muerta durante varios minutos cuando la atacan.»

Las corrientes marinas traían objetos de Polonia y de los países bálticos, y los abandonaban en la playa de piedras debajo de la casa de Isak; empapados cartones de detergente y cigarrillos, envases de champú, madera flotando, restos de naufragios y botellas que a lo mejor contenían ácidos y eran peligrosísimos. («¡No toquéis nunca las cosas que el mar deja en la playa!») O podría ser un mensaje secreto del continente cerrado al otro lado del horizonte, del imperio comunista del Este, de esos países donde tiroteaban o metían en la cárcel a la gente si intentaba cruzar la frontera o escapar. En los cartones y en los envases de champú había palabras desconocidas escritas con letras desconocidas, prima y stolichnaya, y Erika y Ragnar intentaron interpretar esas palabras e incorporarlas a su propio lenguaje secreto. Metieron los objetos en bolsas de plástico de la tienda y los llevaron a su cabaña secreta en el bosque.

Nunca más. Nunca más. Pasaron muchos años. Erika se hizo mayor, se casó con Sundt y trajo al mundo a una niña y a un niño. Los sacaron de su

vientre a la fuerza, respiraron, se agarraron a su pecho y ahora, este invierno, su hijo tenía la misma edad que Ragnar en 1979.

Erika y Ragnar cumplían años el mismo día. Tenían exactamente la misma edad y, además, habían nacido casi a la misma hora. Erika a las cinco de la madrugada y Ragnar a las tres y cuarto. Erika recordaba la alegría de Ragnar cuando descubrió lo del cumpleaños. «Somos gemelos», dijo. Unos años después, dijo: «Somos amigos del alma. Novios. Amigos del corazón y del alma, con la misma sangre circulando por nuestro cuerpo».

La maleta estaba en el maletero y Erika al volante. Hasta ese momento no había cometido un solo error en la conducción. Estaba anocheciendo. Eran casi las cuatro y ya empezaba a anochecer. La nieve caía con más intensidad. Quería llegar a Örebro, había reservado una habitación en el Gran Hotel, donde, según Laura, debía alojarse porque era un hotel muy bonito, así no tendría que parar en Karlstad, y al día siguiente le quedaría menos distancia por recorrer. Erika dijo en voz alta:

—Conduzco despacio. Me acuerdo de que tengo que mirar por el retrovisor cada cinco segundos. Soy yo quien decide en el coche. Voy a Örebro.

Sus hijos estaban bien. Magnus había ido de viaje con el colegio a Polonia. Iban a visitar los campos de concentración de Auschwitz y Birkenau, claro está, y uno o dos más cuyos nombres no recordaba. Ahora estaba en Cracovia. Le había enviado un mensaje contando que se había comprado una chaqueta y un pantalón, que todo era más barato allí que en Noruega. De los campos no decía nada. Su hija, Ane, se las apañaba sola, estaba en casa de una amiga. Ane le había enviado un mensaje que decía: «Hola mamá. Buen viaje: —). Conduce con cuidado. ¿Puedo dormir en casa de N, en lugar de en la de B?:— Papá dice OK».

Erika pensó en el amplio piso de Oslo en el barrio de Grünerløkka, justo enfrente del parque Sofienberg, donde vivía con sus hijos. Ahora estaba vacío. Vacío porque Erika había decidido ir a ver a su padre, que se había convertido en el viejo de la isla de Hammarsö.

Había decidido ir a Hammarsö, donde no había estado desde hacía



veinticinco años.

Ir a ver a Isak, con quien solo hablaba por teléfono.

Isak tenía un hilo de voz cuando hablaron por última vez.

—¿Cómo estás realmente, Isak?

—Es como un pequeño epílogo de todo el conjunto, Erika —contestó él.

—Puedo ir a verte.

Se arrepintió inmediatamente.

—Nunca quieres venir —dijo Isak.

—No, pero ahora quiero —dijo Erika.

—No has estado aquí desde que tenías... ¿Cuántos años? ¿Quince? ¿Dieciséis?

—Catorce. No he estado en Hammarsö desde que tenía catorce años —contestó Erika.

—¿Catorce años! ¡Coño! ¡No has venido aquí en...! ¿Qué edad tienes ya?

—Treinta y nueve —contestó Erika.

Isak guardó silencio. Luego dijo:

—¿Ya tienes treinta y nueve años?

—Sí.

—Ya no eres tan joven —dijo.

—Así es, Isak. ¡Tú tampoco!

—¿Y qué edad tiene Laura?

—Laura tiene treinta y siete.

Isak no dijo nada, pero Erika añadió:

—Y, por si te lo estás preguntando, Molly tiene treinta.

—Llevas veinticinco años sin venir. No veo ninguna razón para que vengas ahora —dijo Isak.

—Tal vez ha llegado al momento de que vaya.

—Pero ¿ahora? ¿Vas a venir ahora? Hace mal tiempo. Han pronosticado tormentas de nieve. Nadie quiere estar aquí cuando hay tormenta.

—Ya nos inventaremos algo que hacer —dijo Erika.

—Yo ya no invento cosas. Tengo casi noventa años.

—Tienes ochenta y cuatro —le corrigió Erika—. Podemos ver un DVD. ¿Tienes aparato para verlos?

—No.

—Bueno, entonces me llevaré vídeos.

—No vengas, Erika. Lo único que haremos será mostrarnos corteses el uno con el otro, y eso es agotador para alguien de mi edad.

—No me importa. Iré a verte —insistió Erika.

Se arrepentía. No quería. No quería verlo. No soportaba su presencia física. Con el teléfono bastaba y sobraba. Pero se dejó llevar. La niña se dejó llevar. Un hilo de voz del viejo en el teléfono. La imagen de una vida sin padre. «Es como un pequeño epílogo de todo el conjunto, Erika.»

Existe una fotografía. Dos hermanas con el cabello largo y rubio están cogidas de la mano; formales, corteses, serias, como dos jefes de Estado de sendos países liliputienses.

Cada verano entre 1972 y 1979 Erika viajaba sola en avión de Noruega a Suecia para que Elisabet pudiera descansar la cabeza y distender sus nervios, que se habían estado rizando durante todo el invierno y la primavera. Erika estaba de acuerdo con su madre en que ya «era hora de que el gran Isak Lövenstad se responsabilizara de su hija por una vez».

«Pero debes saber que es para mí una gran alegría, una alegría muy grande, ser tu madre, Erika, decía Elisabet.»

Cada vez que Elisabet hablaba de la enorme satisfacción que le producía ser la madre de Erika, lo que hacía a menudo y siempre de improviso, se inclinaba sobre Erika, la cogía en brazos y la cubría de besos por todo el cuerpo. ¡Beso! ¡Beso! ¡Beso! ¡Mi niña maravillosa! Era una mezcla de besos y cosquilleo, y a Erika no le gustaba que le hicieran cosquillas, se quedaba sin aliento, quería escapar y desaparecer. Y sin embargo dejaba escapar una risa sofocada. Resulta imposible no reírse cuando te hacen cosquillas, y era imposible enfadarse con Elisabet.

Erika intentaba decirle a su madre que le gustaban los besos, no las cosquillas, pero resultaba difícil encontrar las palabras adecuadas. No lo conseguía. Elisabet lo malinterpretaba, creía que Erika pedía más besos con cosquillas y abrazaba a su hija, la tenía apretada mientras le hacía aún más cosquillas, y se reían tanto que acababan jadeando las dos.

Antes de que Erika fuera a Hammarsö por primera vez en el verano de 1972, Elisabet le dijo un montón de cosas. Le dijo que debía recordar cambiarse de bragas todos los días y que no contara con que la mujer de Isak le sacara ropa limpia cada mañana. Le dijo que debía acordarse de dar las gracias después de las comidas y no dar la impresión de ser una niña mimada. Le dijo que debía acordarse de mostrar a Isak y a su nueva mujer la carta de fin de curso de la señorita, que estaba llena de elogios sobre el rendimiento de Erika en el colegio. Erika leía muy bien, escribía muy bien, sumaba muy bien, levantaba la mano a menudo en clase, trabajaba muy bien en grupo, trabajaba muy bien por su cuenta, era muy ordenada para sus cosas, pero no era tan buena en gimnasia ni en la relación con sus compañeros. Erika buscaba en cambio la cercanía de los profesores y parecía insegura durante los recreos. La señorita escribió que Erika podría esforzarse más con sus dibujos; por ejemplo, había entregado un dibujo de un oso polar que no parecía un oso polar. El dibujo recordaba más a un monstruo marino con grandes dientes, fauces goteando saliva y ojos llorosos. El objetivo era, escribió la señorita, dibujar un oso polar realista. Pero, aparte de ciertos comentarios críticos, la carta de fin de curso era mucho más positiva que negativa, opinó Elisabet tras haberla leído varias veces, y por consiguiente merecedora de ser mostrada al padre de la criatura. Elisabet le dijo que tendría que acordarse de llamarla al menos cada dos días para contarle cómo le iba, y que si se olvidaba de hacerlo ella se preocuparía muchísimo. Elisabet no quería llamar a Hammarsö por si respondía la nueva mujer de Isak. Le dijo que no debía olvidar que su padre tenía un temperamento terrible, pero que no era con mala intención, es decir, sí que era con intención, pero no era tan peligroso como podía parecer en un primer momento. Que no se preocupara si Isak se ponía a rugir. Al menos, que no se preocupara demasiado. Elisabet le dijo que Isak tenía una lengua tan veloz como el rayo, que a veces era capaz de salirse de la boca y vomitar veneno. «Pero una puede elegir morir de ello o no», añadió.

Elisabet no dijo nada de que la nueva mujer de Isak tuviera un nombre y que ese nombre era Rosa. (¡Qué bonito! ¡Como una flor!) Tampoco dijo nada de que Isak y Rosa tuvieran una hija de casi seis años, que esa hija se llamaba Laura y que Laura era hermana de Erika.

Erika y Laura llevaban unos pantalones cortos que se les habían quedado pequeños y desgastadas camisetas de color rosa. Las dos tenían el cabello largo y rubio, largas piernas tostadas de muñeca Barbie y pequeñas posaderas de niña que se movían cuando recorrían el largo camino entre la tienda y la casa de Isak, cada una con un polo que se derretía en la mano. Los hombres se volvían para mirarlas, pensando cosas indecibles, pero a las hermanas no les interesaban los hombres; tenían de sobra con controlar el polo que se les pegaba a las manos y les manchaba las camisetas.

O se tumbaban en la alta hierba del prado delante de la casa blanca de caliza que Isak había comprado cuando Rosa estaba embarazada de Laura.

—Somos hermanas, ¿verdad? —preguntó Laura.

—Hermanastras —le contestó Erika—. Es muy distinto.

—Sí —dijo Laura.

—Tenemos madres diferentes, y hay que tener la misma madre para ser hermanas de verdad —le explicó Erika.

—Y el mismo padre —añadió Laura.

Erika se quedó pensando.

—Es un poco como el falso crup —dijo al fin—. No es auténtico ser hermanastras —añadió, y se puso a cantar—: Medio. Falso. Mentira. Fraude.

—¿Qué es el falso crup? —preguntó Laura.

—Una enfermedad —respondió Erika.

—¿Qué clase de enfermedad? —preguntó Laura.

—Los niños no pueden respirar —contestó Erika—. La cara y la boca se les ponen azules y croan así... —Erika abrió la boca como croando, con unos silbantes, desde lo más profundo de la garganta, luego se llevó las manos al cuello y empezó a temblar con todo el cuerpo.

Laura se rió por lo bajo y se tumbó a su lado. A Erika le apetecía coger la mano de su hermana, era tan pequeña y tan fina... En cambio, dijo:

—Cuando era pequeña tuve falso crup. Mi madre estaba completamente sola en el mundo. Sola y abandonada. Y yo casi me muero. Mi madre estaba completamente sola, conmigo fuera, en medio de la noche de invierno, llorando.

Laura se quedó muy callada, quería contar una historia parecida sobre su

madre, pero no se le ocurría ninguna. Rosa no estaba nunca sola y abandonada. Rosa no habría estado nunca fuera en la noche de invierno llorando, nunca se le habría ocurrido semejante locura. Una vez, en invierno, Laura se había quitado el gorro al volver del colegio a casa y lo había metido en la cartera. Rosa se enfadó tanto que consiguió estar sin hablar durante al menos diez minutos. Estaba segura de que Laura iba a coger una pulmonía, y aunque Rosa no solía equivocarse, aquella vez se equivocó. Nadie se puso enfermo.

—Pero, claro, hay algo aún peor que el falso crup —prosiguió Erika.

—¿Qué es? —preguntó Laura.

—¡Crup auténtico! —dijo Erika, sin estar totalmente segura de lo que era el Crup auténtico. Pero seguro que era peor que el falso crup—. Entonces no tienes ninguna posibilidad de sobrevivir —añadió—. Te mueres y ya está. Se acabó.

—Pero... —dijo Laura. Quería más detalles.

Erika la interrumpió con un aullido. Si gritaba no tendría que dar tantas explicaciones. Se levantó y se fue dando tumbos por el prado gritando «socorro, socorro, no puedo respirar, tengo crup, tengo crup», y al final se dejó caer junto a Laura.

Erika estaba tumbada en medio del prado florido, sentía picores debajo de la rodilla y en los tobillos, en la nuca y en la cabeza, los bichos reptaban por ella; era la garrapata que le estaba chupando la sangre. Cuando las garrapatas atacaban, en casa de Isak se formaba un gran revuelo. *Fästing*, se decía en sueco. Era más bonito que su nombre en noruego: *flått*. Cuando se te pegaba una garrapata, tanto Isak como Rosa te miraban las axilas, se inclinaban sobre tu trasero o tu pierna y te apartaban el cabello de la nuca para examinarla. Era un poco como ir al colegio con un pantalón nuevo, todos tenían que felicitarte por el nuevo pantalón; resultaba bonito y desagradable a la vez. Era bastante interesante, por ejemplo, cuando se quitaba la garrapata con mantequilla y unas pinzas, sobre todo cuando se había hecho grande y gorda y estaba de color lila de tanta sangre, y a punto de reventar. Si la apretabas, salía sangre. Lo importante era que no se quedara dentro la cabeza. Eso era peligroso y podía acabar en una septicemia, decía Rosa. Una astilla en el dedo también podía acabar en una septicemia si estaba demasiado tiempo incrustada, o si no

se conseguía sacarla del todo. La septicemia podía dar lugar a espasmos febriles, que a su vez darían lugar a gangrena, y finalmente a la amputación, a veces sin anestesia por las prisas. Por ejemplo, se tenía que cortar un brazo o una pierna, mientras el infortunado estaba despierto y consciente solo porque la garrapata o la astilla no se habían extraído correctamente.

Más allá de los árboles, a cien metros de la rugosa playa gris de piedras y el mar plateado, estaba la casa de caliza blanca de Isak. Erika se decía: Soy Erika Lövenstad. Isak Lövenstad es mi padre. Vivimos en esta isla, mi hermana se llama Laura y yo soy la mayor.

Abrió los ojos y miró fijamente el cielo azul.

Los días de verano no se podían distinguir uno de otro, ni tampoco los veranos. Erika y Laura se tumbaban en la hierba alta delante de la casa y leían la revista del *PatoOle-Pette Donald* y más tarde *Starlet*, aunque en realidad eran aún demasiado jóvenes para leerla. Comían fresas silvestres y se manchaban las manos y la boca de rojo. El sol brillaba todos los días, y era tiempo de fuera, lo que significaba que no se podía entrar en casa a molestar. El tiempo de fuera se había establecido por decreto. No se discutía, ni se había explicado nunca. Todo el mundo sabía lo que era. Era inalterable, como el sol, la luna y las estaciones del año. Tiempo de fuera significaba que había que estar fuera. No se podía entrar en casa a beber un vaso de agua o al servicio, porque las tuberías sonaban e Isak las oía. No se podía entrar en la habitación a buscar algo si se te había olvidado sacarlo (por ejemplo, una pelota de tenis para jugar al siete), porque el suelo de madera crujía. Todo esto lo aprendió Erika la primera semana en Hammarsö. Cuando se molestaba a Isak, este perdía la concentración y su jornada de trabajo quedaba arruinada. Si eso sucedía, saldría disparado de su despacho, se colocaría en medio de la cocina y se pondría a lanzar rugidos. Laura habló (por una vez sin ninguna interrupción) de los rugidos de Isak, del miedo que había pasado una vez sola con él en la cocina, de lo blanquísima que se le había puesto la cara a su padre de tanto bramar. Primero blanca, luego roja, y al final morada, como una garrapata a punto de explotar. Isak estaba tan enfadado que le salía baba de la boca.

No había ninguna razón para no creer a su hermana, pensaba Erika. Su madre le había advertido del genio de Isak antes de que fuera a Hammarsö, pero ella no lo había llamado genio, sino temperamento. Elisabet le había dicho varias veces que no debía molestar a Isak mientras trabajaba, porque se arriesgaba a desencadenar su temperamento, y eso no era aconsejable. A veces Erika se imaginaba el temperamento de Isak como un barril de plutonio dentro de su cabeza, justo debajo del hueso del cráneo. No hacían falta muchas alteraciones atmosféricas para que todo saliera mal, el tonel se volcara, y el plutonio, de color morado claro, se derramara por el suelo.

Mientras estaban tumbadas en la hierba alta, Erika le contó a su hermana menor que una vez, de pequeña, había ido con Elisabet a un teatro de títeres en el Frognerparken.

—¿Frognerparken? —preguntó Laura.

—Frognerparken es un parque de Oslo —le contestó Erika.

Suecia tenía ABBA, a Björn Borg, dos canales de televisión y el parque de atracciones Gröna Lund. Y aunque lo más maravilloso que un adulto sueco podía decir a Erika era que hablaba muy bien el sueco, sintió un leve cosquilleo en el estómago al pronunciar las palabras «en Oslo», como si Oslo fuera algo desconocido, luminoso y lejano, con grandes parques y anchas calles.

Le contó a Laura que había un muñeco con ojos negros pequeños como la cabeza de un alfiler, una enorme nariz roja y una boca torcida hacia abajo. Parecía muy triste. Más apenado que enfadado o malhumorado. El muñeco llevaba un traje gris, corbata marrón y zapatos negros, era flaco, enjuto y calvo; «Buenos días, mi nombre es señor Cráneo de Madera», repitió muchas veces, era su única frase, y cada vez que se encontraba con otro muñeco en el escenario, se llevaba la mano a la cabeza para quitarse la parte de arriba, como una tapadera, se inclinaba y decía «Buenos días, mi nombre es señor Cráneo de Madera», como si la coronilla de su cabeza fuera un sombrero.

El público se reía cada vez que el señor Cráneo de Madera hacía eso, Erika también se reía, y cuando le habló de él a Laura, esta se rió tan alto que Erika tenía que superarla, y las dos se reían tanto que tuvieron que ponerse

boca abajo y morderse las manos para que las risas no se fueran con el viento por el prado, bajaran el camino de gravilla, atravesaran las paredes de la casa, entraran en el despacho de Isak, y desencadenaran su furia.

Pero les resultaba muy difícil no reírse cuando bailaban en la hierba jugando a ser el señor Cráneo de Madera.

Día tras día se tumbaban en la hierba alta del prado, que se extendía ante la casa, junto al mar. Tal vez fueran las dos. Ellas no podían oírlo, pero en el salón, que estaba al lado del despacho de Isak, hacía tictac el reloj de péndulo que daba las horas y las medias. No podían verlo, pero sabían que Isak estaba trabajando en su escritorio o elaborando algún misterioso invento, en realidad desconocían en qué consistía su trabajo, pero tenía algo que ver con mujeres, partos, tripas hinchadas y fetos muertos.

Fue Laura la que primero descubrió al niño de las piernas como palillos. El niño corría. Laura le dio unos golpes a Erika en el costado, señalándolo, pero ninguna de las dos dijo nada. Erika vio lo que Laura señalaba, aunque corría tan deprisa que no pudo ver que se trataba de un niño, igualmente podría haber sido un animal o un extraterrestre. Pero poco a poco se dio cuenta de que era un niño de su misma edad, con camiseta y pantalón corto. Tenía las rodillas ensangrentadas. Era como si hubiera surgido de la nada, simplemente apareció en el paisaje que rodeaba la casa de Isak, pero Erika pensó que venía de la playa y se había caído en las piedras, y por eso tenía las rodillas ensangrentadas. El niño no se fijó en Erika y Laura, que estaban tumbadas en silencio en la hierba, escuchando. Cruzó el prado corriendo tan cerca que podían oír sus zapatillas deportivas golpear el suelo. Pudieron oír su respiración mejor que la suya propia. Pasó corriendo por delante de ellas y cruzó el límite entre el prado y el camino privado de gravilla que bajaba hacia la casa de Isak. Atravesó la verja, el grupo de pinos torcidos por el viento, el lugar donde estaban las fresas silvestres que ya habían cogido y pasó al lado del coche familiar verde de Isak. Erika miró a Laura y esta miró a Erika, y las dos volvieron a mirar al niño. Debía de ser de la edad de Erika, quizá incluso tuviera un año más, o tal vez no. Tenía el cabello castaño y corto, y unas largas piernas flacuchas, y en su camiseta ponía *i'veOle-Pette beenOle-Pette toOle-*



*Pette niagaraOle-Pette falls.* Bajó corriendo el camino hacia la casa de Isak y de pronto se cayó en la gravilla. Laura se incorporó, pero Erika volvió a empujarla hacia la hierba. El niño yacía tendido en el suelo boca abajo y así estuvo mucho tiempo, o al menos eso les pareció. Al final se levantó y se miró las rodillas. Erika notó un cosquilleo en las suyas. El niño ya se había hecho daño antes en las piedras de la playa y estaba sangrando; Erika pudo verlo con sus propios ojos, y ahora acababa de caerse otra vez en la gravilla, y tendría que quitarse todas las piedrecillas de las heridas. Escocía. Tal vez deberían ayudarlo. Tal vez Laura y ella deberían levantarse y acercarse a él, pero permanecieron tumbadas. Era Erika la que decidía. Ella era la mayor. Erika seguía tumbada en la hierba con una mano en la espalda de Laura, de modo que también ella seguía tumbada. El chico se levantó. Se quedó un rato quieto mirando a su alrededor, con el cuerpo tenso, antes de echar a correr de nuevo. Corrió todo el camino hasta la casa, todo el camino hasta la casa de Isak, y allí se detuvo. El chico se paró delante de la casa y llamó a la puerta. Él no sabía que era tiempo de fuera. No sabía que el tiempo de fuera estaba establecido por decreto. Ni siquiera sabía lo que era el temperamento. Llamó varias veces al timbre. Erika pudo ver cómo lo pulsaba una y otra vez, incluso treinta años después era capaz de verlo delante de la puerta de Isak y, como nadie abría, empezó a golpear la puerta; cerró los puños y golpeó. Erika se volvió hacia Laura, que no podía oír ni el timbre ni los golpes porque se había tapado los oídos con las manos y cerraba los ojos apretándolos con fuerza. Erika sabía que al cabo de unos instantes Isak abriría la puerta y que ya era demasiado tarde para levantarse y correr hasta el chico y salvarlo.

Erika cruzó la frontera entre Noruega y Suecia. Nadie la hizo pararse, bajar del coche y explicar qué la llevaba a Suecia.

—Nunca lo hacen —le había dicho Laura por teléfono.

Eran las cinco y Erika había decidido descansar un poco y comer albóndigas suecas con puré de patatas. Se dijo en voz alta:

—Voy a parar y a comer albóndigas con puré de patatas. Y mermelada de arándanos.

Erika tenía el presentimiento de que a Isak ya no le quedaba mucho tiempo de vida, esa era la razón por la que había emprendido ese viaje del que se

estaba arrepintiéndose. La verdad era que vivía, vivía y vivía. Isak no moría nunca. Decía que el duelo por Rosa era todavía insoportable, y a veces hablaba del suicidio que había planificado con todo detalle, pero que nunca llevaba a cabo. Había comprado pastillas, que tenía preparadas en el cajón de la mesilla de noche.

Elisabet solía decir que si se trataba de las mismas pastillas que había comprado doce años atrás ya habrían caducado, y que debería comprarse otras si hablaba en serio.

Al igual que Erika, también su madre conversaba a menudo por teléfono con Isak.

«Tu padre y yo somos buenos amigos. Cuando estábamos enamorados, sentados en una piedra mirando el mar, me dijo que estábamos ligados indisolublemente el uno al otro», decía Elisabet.

Elisabet e Isak hablaban cada dos sábados de doce a una y media. Era un rito que seguían desde que se habían separado en 1968. Se separaron porque la tripa de Rosa era ya tan voluminosa que no podía esconder el hecho de que esperaba un hijo, y que el padre de ese hijo era Isak.

Isak se había hecho viejo, aunque Elisabet opinaba que ochenta y cuatro tampoco era una edad tan avanzada. Su amiga Bekky tenía casi noventa, y seguía ágil como una yegua, decía.

Pero las cuerdas vocales no sufren la misma decadencia que el resto del cuerpo. Cuando Elisabet e Isak hablaban por teléfono no eran dos cuerpos que causaban molestias y les hacían sentir cohibidos a sí mismos y el uno al otro, dos cuerpos que se movían despacio y que a menudo dolían. Mamá y papá, pensaba Erika. Isak con dolores de cadera y espasmos en las piernas, y Elisabet la bailarina, con la espalda y los pies doloridos.

De niña, Erika solía escuchar partes de sus conversaciones telefónicas. La voz de su madre cuando hablaba con Isak era cantarina, alegre y ligera, como una larga cinta rosa de seda antes de ser medida, cortada y fijada a una zapatilla.

Cuando Elisabet Lund Lövenstad era una joven y prometedora bailarina contratada por el ballet de la Ópera sueca (de más renombre que el ballet de la Ópera noruega), uno de sus novios había dicho que si le quedara un solo día de vida y tuviera que elegir entre verla bailar u oírla reír, elegiría la risa. La madre de Erika se reía a menudo y a carcajadas. Nunca se reía por lo bajo. Hay mujeres que se ríen por lo bajo y mujeres que se ríen. Elisabet era de las que se reían. Abría toda la boca, enseñando los dientes, la lengua y la campanilla, emitiendo sonidos que procedían de un lugar muy dentro de ella. Pero exactamente de dónde, no se sabía muy bien. Del pecho, del estómago, de la pelvis, del abdomen. Isak habría querido tener a Elisabet por entero. No solo lo bonito que podía ver todo el mundo en el escenario, eso tan perfecto, no, él también quería todo lo demás. Todo lo que salía de ella. Los sonidos que hacía. Sus sollozos cuando lloraba. La molesta tos que la mantenía despierta por las noches. Los gruñidos de su estómago, los jadeos, los suaves ronquidos. No le bastaba que ella se desnudara. Elisabet tenía un cuerpo increíblemente bonito. Como bailarina era una revelación en el escenario. A decir verdad, era demasiado grande para convertirse en esa estrella mundial que su talento apuntaba. Era demasiado alta, demasiado ancha, demasiado pesada, había demasiado de todo en ella. Demasiado para el tutú blanco, demasiado para los bailarines que casi se doblaban cada vez que intentaban levantarla, pero no demasiado para Isak, que siempre quería más. Él, por su parte, era un hombre flaco, conocido por su brillante cerebro y su oído absoluto. Cuando era pequeño, todos los que conocían a la familia sueco-noruega afincada en la región limítrofe entre los dos países, creían que Isak de mayor sería un gran músico. En cambio, un sádico profesor de piano puso fin a todo aquello (niños pequeños, dedos pequeños, genitales pequeños), y así fue como se hizo médico, dedicándose a sonidos que ningún oído humano era capaz de oír. Junto con un pequeño equipo en la Universidad de Lund contribuyó a desarrollar el uso de la ecografía. Cuando ya era viejo decían de él que era un pionero en su campo. Las pacientes le estaban agradecidas. Se descubrieron tumores, y se examinaron y se midieron niños antes de nacer. Poco a poco las historias privadas de Isak con las mujeres iban cayendo en el olvido; las mujeres en cuestión habían envejecido, y sus cuerpos ya no despertaban nada en nadie, ni deseo ni curiosidad. Acaso solo compasión,

pues el cuerpo femenino es muy previsible en este sentido.

Pero ¡ah! ¡El flaco y larguirucho Isak y la enorme Elisabet! De joven él la desdoblaba desnuda sobre la cama como si fuera un gran tapete bordado a mano. No dejaba sin tocar ni un solo trozo de piel, ni una sola articulación, ni una sola abertura. Pero eso no le bastaba. Quería tener más. Ella le dejaba untarle el vientre con crema y mover el ecógrafo sobre su piel para poder mirar debajo y que los dos pudieran ver el interior de su cuerpo en una pantalla. Isak nunca tuvo bastante de ella, de la irresistiblemente hermosa Elisabet, de su estómago, su vejiga, matriz, ovarios, canal del parto, quistes, tejidos, ligamentos. ¡Y un buen día, Elisabet, había un feto dentro de ti! Un feto de nueve semanas. Una Erika de nueve semanas. O no Erika. No de nueve semanas. Otra cosa. No un ser humano. Algo que un día sería un ser humano, que se convertiría en tiempo; que sería una Erika de nueve semanas que lloraría y gritaría reclamando el pecho de su madre. Pero en ese momento era algo oscuro y móvil, algo parecido a una medusa. Un grumo o una mancha que a menudo simplemente se disuelve y sale del cuerpo femenino en forma de sangre, líquido y pequeños fragmentos. Pero que también a menudo echa raíces, come, crece y se extiende más allá de su cáscara como un tumor o un árbol. Sonidos que llegan juntos y sonidos que chocan el uno contra el otro; sonidos que forman una imagen. Una mancha que antes no estaba en la pantalla, en la matriz, muy dentro del divino cuerpo de Elisabet.

Un niño crecía en tu cuerpo divino, Elisabet. Se negaba a desaparecer aunque tú subías y bajabas corriendo todas las escaleras que veías, corrías por las calles de Estocolmo en lugar de coger el autobús, corrías hasta la tienda a comprar comida para ti y para ese marido tuyo calificado de genio, corrías a los ensayos en la Ópera donde tomabas aliento y metías la tripa aunque todavía no se notaba nada, volvías corriendo a casa subiendo y bajando más escaleras, corrías al entrenamiento de la mañana, corrías hasta que caíste rendida en un movimiento casi perfecto y vomitaste sobre ti misma y otras dos bailarinas que acudieron juntas de puntillas a ayudarte, vomitaste sobre trajes limpios y blancos, mallas transparentes, calentadores y zapatillas de ballet atadas en dos cruces sobre el empeine, vomitaste tanto que el hedor de tu vómito fue más fuerte que el olor a tiza, por todas partes ese olor a tiza, no

soportabas ya el olor a tiza en el suelo, en tus zapatillas. Pero tu hijo no desapareció. Tú seguías corriendo, pero tu hijo se aferraba a ti, y ya no lograbas dejar de vomitar. Se cancelaron ensayos, se saltaron clases de entrenamiento, te sustituyó otra bailarina. ¡Quítamelo, Isak, quítamelo! ¡No lo quiero, ¿entiendes?! ¡No quiero tener hijos! ¡Este hijo, no! ¡Ahora no! Pero Isak, que apestaba a algo, no quiso quitárselo. Lo que llevas dentro es una vida, una vida, Elisabet, dijo, cerrando la puerta tras él. Tu cuerpo se deformó, se ensanchó. ¿A qué huele, Isak? ¿A frito? ¿A sudor? ¿A perfume? ¿A jabón? ¿A esperma? ¿A café? ¿A nieve? Pronto verás a tu hijo, dijo él. Y si es una niña se llamará Karin, porque es el nombre más bonito que conozco. Se te hinchó la tripa. Se te hincharon los tobillos. Sacaste la máquina de coser y el rollo de cinta de seda rosa. Mediste y cortaste cuatro cintas iguales y las ataste a los zapatos. No se va a llamar Karin, ni en broma, le susurraste a nadie, y los lanzaste contra la pared. Fue lo último que dijiste en bastante tiempo. ¡Pequeña bailarina! Tus tobillos estaban hinchados y feos, las hemorroides colgaban fastidiando entre tus nalgas, tus piernas estaban azuladas como las de una anciana, y tú ya eras decididamente demasiado grande y pesada. Demasiado pesada para bailar, demasiado pesada para correr, demasiado pesada para dormir, demasiado pesada para hablar. Eras una enorme ballena blanca, Elisabet. Una enorme ballena blanca que yacía inmóvil en el fondo del mar, y no pronunciabas ni una palabra.

Por lo general, dijo Laura, que había hecho ese camino en coche, se tarda dos días en ir a Hammarsö. Dos días si haces noche en Örebro. Pero Erika había iniciado el viaje en medio de una tormenta de nieve, ya avanzado el día, y solo había llegado hasta Arvika. No se había parado a comer albóndigas con puré de patata y mermelada de arándanos. Isak tenía razón. Era de noche. La carretera estaba resbaladiza. No debería haber ido.

Erika dijo en voz alta:

—Así muere la gente, conduciendo en condiciones como estas. —Y añadió —: Tenías razón, Isak. ¡No debería haber venido en esta época!

El teléfono móvil estaba a su lado en el asiento. Podía cogerlo y marcar el número. Él sería el primero en entenderlo. Incluso la animaría a no proseguir el viaje. Se sentiría aliviado. Erika seguía por la autovía, pensando que

pararía a comer en Boda.

«Lo único que haremos será mostrarnos corteses el uno con el otro», había dicho Isak.

Cuando el niño de las piernas flacas como palillos golpeó y aporreó la puerta de Isak durante lo que pareció una eternidad, el propio Isak abrió al fin la puerta violentamente. Laura yacía boca abajo sobre la hierba agarrándose a Erika; al ver a su padre profirió un ay ay ay.

—Calla —susurró Erika.

A posteriori Erika se preguntaba si realmente había visto a Isak tirarse del cabello como el profesor loco del Pato Donald y si realmente había oído que le gritaba al niño: «me cago en diez, vete de aquí inmediatamente o te corto las orejas y me las como para la cena, crío de mierda».

Lo que Erika sabía era que el niño de las piernas como palillos se quedó tan asombrado cuando se abrió la puerta y apareció de repente Isak, que se cayó hacia atrás y se hizo el muerto durante varios minutos.

Iba camino de Hammarsö y los sonidos que oía eran el ruido del motor, de la calefacción y las ruedas de invierno sobre el asfalto. Ráfagas, lluvia oscura y nieve que se derretía en el aire al caer, convirtiéndose en aguanieve en la autovía y el parabrisas. Los limpiaparabrisas moviéndose de un lado para otro, uno-dos, uno-dos, uno-dos, como péndulos negros, le hicieron pensar en el reloj de pared del salón de Isak.

Él estaba frente al reloj rodeado de sus hijas. Por aquel entonces también Molly iba a Hammarsö los veranos. Un día apareció sin más, tenía un año. Estaba sentada en un cochecito rojo delante de la casa blanca de caliza y no paraba de llorar, queriendo salir del coche. Llevaba en la cabeza un gorro anticuado.

Estaba en el salón rodeado de sus tres hijas mirando el reloj de sonería; Molly ya se tenía en pie, andaba y hablaba. Miraban el péndulo y las sólidas

pesas. Ese reloj había pertenecido en su día a Alf Lövenstad, el padre de Isak, pastor de marineros en Liverpool, que falleció a los cincuenta y dos años. El reloj fue transportado junto con el frágil Isak, que entonces tenía doce años, y su madre, hasta Suecia en barco, de Londres a Gotemburgo. Solo Isak tenía la llave del reloj, y abría la pequeña puerta cada vez que iba a darle cuerda. Entonces llamaba a sus tres hijas, esperaba a que estuvieran colocadas a su alrededor y luego giraba la llave en la cerradura con una cara que parecía estar a punto de enseñarles oro, piedras lunares o perlas.

¡Pues sí! Así hacía siempre, pensaba Erika, con la mirada clavada en los coches de delante (un repentino movimiento de inestabilidad en un coche que la adelantaba le recordó que la velocidad en la autovía era alta); todo lo que Isak tocaba era importante porque él decía que lo era, y porque él lo tocaba. Cada cosa era una historia. Erika se acordaba del escritorio del salón, que había hecho el propio Isak, igual que la mesa de trabajo de su despacho y el caballo balancín que luego heredaría Molly.

«Está prohibido tocar el escritorio, porque en él guardo todos mis papeles importantes —decía—. No quiero niños cerca de mis papeles.»

Erika recordaba todo eso y que un día estaba sentada descalza en el sofá leyendo *ElOle-Pette relatoOle-Pette deOle-Pette miOle-Pette vida*, esperando a que el sol volviera y las nubes desaparecieran para poder ponerse el bikini de lunares y tomar el sol en la roca con Marion, Frida y Emily, y algunas veces Eva. Y se acordaba de Ragnar, ese chico que olía a Coca-Cola y a mar, y que era feo y guapo a la vez, según como lo miraras, con los ojos abiertos o casi cerrados.

Recordaba que Isak salió del despacho y se detuvo en seco al descubrirla. Ahora se pondrá a gritar, pensó. Se pondrá a gritar por estar aquí sentada. Seguro que le he molestado. No he hecho ni un ruido, a no ser que..., que pasar las páginas de *ElOle-Pette relatoOle-Pette deOle-Pette miOle-Pette vida* produzca un sonido que Isak pueda oír. Porque Isak era capaz de oír sonidos que nadie más oía. Erika había leído algo de eso en un artículo de la revista *Life*. Es decir, no es que oyera los sonidos, sino que los veía en una pantalla. El corazón palpitante de un feto. El contorno de un cerebro que parecía un dátil. La sombra de dos bebés en lugar de uno en el vientre de su madre.

Laura, que era la que mejor conocía a su padre, solía decir que Isak lo oía todo. Era capaz de oír lo que Laura y Erika se decían aunque estuvieran muy lejos. Podía oír incluso lo que pensaban. Palabras y pensamientos eran recogidos y registrados en forma de puntos y rayas en una pantalla, configurando una imagen. Lo mejor era no decir, ni siquiera pensar, nada que no quisieran que Isak supiera. Eso era imposible, claro. No hablar. No pensar. Dos niñas sordomudas en la hierba, con un nudo virginal entre las piernas y en la cabeza. Ragnar, el niño de las piernas como palillos, fue el que les proporcionó la respuesta.

Ragnar tenía cinco carpetas con revistas de *Superman* y sabía todo sobre los superpoderes. Isak tenía una especie de combinación de superoído y visión de rayos X, decía Ragnar, que sabía cosas de Isak. Pero, al igual que *Superman*, también Isak tenía sus limitaciones. Su punto neurálgico, decía Ragnar. Si se encontraba el punto neurálgico, todo estaba solucionado.

«*Superman* sin superpoderes es mucho más débil que la gente normal sin poderes normales», dijo Ragnar.

Erika y Laura asintieron. No habían leído nunca la revista *Superman*. Solo habían leído *El Ole-Pette hombre Ole-Pette enmascarado* de vez en cuando, cuando todas las demás revistas estaban requeteleídas y aún faltaba una eternidad para el siguiente martes, día en que recibían la paga y llegaban las nuevas revistas al quiosco.

Ragnar se llevó a Erika y a Laura a la cabaña del bosque y les dijo que mientras no conocieran el punto neurálgico de Isak tendrían que hablar un idioma que Isak no entendiera, porque así no importaría que las oyera. Un idioma que él, Ragnar, había empezado a desarrollar y que tenía sus orígenes en el lenguaje de los ladrones, pero que era mucho más complicado, por ejemplo, en el sentido de que no se ponía la misma consonante a cada lado de la vocal o, y que constituía el lenguaje de los ladrones en su forma más sencilla. En el lenguaje de los ladrones la palabra «yo», por ejemplo, sería «yoyo», y eso cualquiera lo podría adivinar. En el idioma de Ragnar, en cambio, yo sería «yaloin», y «Yo te quiero» sería «Yaloin tineal quelianeritoen», lo que además debería pronunciarse como si se hablara en ruso.



En la cabaña tenía una caja llena de cosas que había encontrado en la playa de piedras, restos de naufragios de países del Este, y así era como había coleccionado palabras extranjeras en alfabetos extraños que podrían ser incorporados a su propio idioma. Por ejemplo la maravillosa palabra stolichnaya, que aparecía en una botella de vodka.

Pero lo primero que aprendieron a decir Erika y Laura fue «Yo te quiero» o «Yaloin tineal quelianeritoen». Erika se acordaba de que había repetido para sus adentros la palabra «quelianeritoen» cuando se acostaba por las noches. «Quelianeritoen.» Era una hermosa palabra cuando aprendías a pronunciarla. Laura dejó de hablar el idioma de Ragnar casi enseguida. Le parecía demasiado difícil. A Erika no. No se daba por vencida. Le gustaba hablar una lengua que solo ella y Ragnar entendían.

Ragnar le hablaba en voz baja. Ella estaba tumbada sobre el brazo de él en la cabaña secreta, él le acariciaba el cabello y dijo: «Isak, pronunciado Isatokol, era el malvado rey del país Dofødofenop, que había hechizado la isla y a todos los que en ella vivían: los seres humanos, las ovejas, las vacas, los árboles, los peces. Tenía una oreja tan grande como las ventanas en forma de arco de Hembygdsgården. Lo oía todo. Todos los sonidos. Las aletas del rodaballo contra el fondo de piedras. Las piñas abriéndose. Tu respiración cuando huyes por el bosque».

En una parada en las afueras de Fagerås había una mujer esperando el autobús. A su lado había un chico de unos catorce años. La mujer y el chico estaban completamente inmóviles bajo la lluvia que caía a cántaros; nevaba y llovía, a la vez. La parada consistía en un poste con los horarios pegados y un cobertizo podrido donde ya no se podía sentar nadie, con el tejadillo a punto de derrumbarse. La mujer llevaba un abrigo rojo de cuadros con cinturón y botas negras de tacón. Tenía el cabello negro y recogido, y sujetaba un paraguas negro con la mano derecha. El chico estaba algo alejado, se había mojado, llevaba puesta una gorra de visera y ropa ligera: una sudadera con capucha y un ancho pantalón vaquero. Entre los dos había una maleta negra y una bolsa de nailon amarillo con el emblema de un club de fútbol sueco. La mujer y el chico miraban en la misma dirección, hacia la izquierda, como si

sus miradas fueran capaces de hacer aparecer el autobús en la autovía.

Erika vio a las dos personas al pasar por delante de ellas. Primero pensó que se trataba de su imaginación, que el chico y la mujer eran una visión fantasmal creada por la lluvia, el cielo oscuro y una luz que cambiaba a cada instante. Pero cuando miró por el espejo retrovisor como para confirmar que se trataba de su imaginación, las figuras seguían allí: la mujer debajo del paraguas negro; el chico empapado con la sudadera de capucha; la maleta y la bolsa en el suelo.

Erika detuvo el coche en la cuneta. Puso las luces de emergencia, cogió el anorak del asiento trasero y se lo puso sobre los hombros. Abrió la puerta del coche, la lluvia le golpeó en la frente, e intentó atraer la atención de la mujer o del chico. Los dos seguían inmóviles mirando en sentido contrario.

—¡Hola! —gritó—. ¡Eh! ¡Vosotros dos!

La mujer del paraguas se volvió hacia ella. Erika salió del coche y corrió hacia ellos. El chico seguía sin moverse. Estaba escuchando música, un fino cable blanco iba de sus orejas al bolsillo de los vaqueros. La mujer miró interrogante a Erika, que en su carrera por la autovía se había empapado, enfriado por completo, y quedado sin aliento.

—Parece que dudáis de que pase el autobús —dijo Erika.

—Tendría que haber pasado hace diez minutos —contestó la mujer.

El chico se había dado cuenta ya de que su madre —porque la mujer del paraguas tenía que ser su madre, pensó Erika— estaba hablando con alguien. Se quitó los auriculares para oír.

—¿Adónde vais? Quiero decir que si os puedo llevar al menos una parte del camino —dijo Erika—. Estáis empapados —añadió, al ver que nadie contestaba—. Y el autobús no pasa.

La mujer y el chico la miraron como si no entendieran del todo lo que les estaba diciendo. Erika empezó a hablar en sueco.

—Sobre todo tú —dijo, señalando al chico—. Estás completamente empapado.

El chico se encogió de hombros y miró a su madre.

—Vamos a Sunne —dijo la mujer—. ¿Usted también?

Erika iba a Örebro a alojarse en un hotel elegante, cenar bien en el restaurante y dormir una noche entera antes de emprender al día siguiente el

largo trayecto hasta el transbordador: todo estaba planeado según las instrucciones de Laura.

Ir a Sunne significaría un rodeo de al menos ciento veinte kilómetros.

—Sí, voy a Sunne —contestó Erika.

¿Y por qué no?, se decía mientras volvía a toda prisa bajo la lluvia, tapándose la cabeza con el anorak, en dirección al coche que tenía las luces de emergencia encendidas. La mujer y el chico la siguieron arrastrando el equipaje. El chico, que tendría la misma edad que su hijo, estaba empapado y congelado, y el autobús no llegaba, de modo que ¿por qué no podía acercarlos a Sunne?

—¿Vivís allí? ¿En Sunne?

Erika subió la calefacción del coche y ofreció al chico de la sudadera con capucha, sentado en el asiento de atrás, una toalla que había metido en la mochila antes de emprender el viaje.

—Sí —contestó la mujer.

El chico se había vuelto a colocar los auriculares. Iba escuchando esa música que solo él podía oír y mirando por la ventanilla. Tenía grandes ojos castaños y una boca muy marcada que se extendía de mejilla a mejilla. Pues sí, le recordaba un poco a Magnus. Tal vez debido al cuerpo largo y flaco (manos enormes, pies enormes) escondido dentro de esa ropa enorme, o por ese rostro bien esculpido de niño o de hombre muy joven, según la luz y la expresión de su rostro, que variaba constantemente.

Lo miró de reojo por el espejo retrovisor, intentando captar su mirada. Quería sonreírle. Quería decirles que los llevaría hasta su casa.

—¿Qué edad tiene tu hijo? —preguntó Erika bajando la voz. Podía haber hablado con una voz normal, pues el chico no oiría lo que decía con los auriculares. A veces sacaba su teléfono móvil del bolsillo y tecleaba algo a toda velocidad.

—Tiene catorce —contestó la mujer.

—Yo también tengo un hijo de catorce —dijo Erika animada.

Hay sesenta kilómetros hasta Sunne y ahora tendremos de qué conversar, pensó.

—No es mi hijo —aclaró la mujer—. Es el hijo de mi hermana.

—Ah, comprendo —dijo Erika—. Claro —prosiguió—. Eres demasiado

joven para tener un hijo de catorce. Eres mucho más joven que yo.

A Erika no le parecía que aquella mujer fuera mucho más joven que ella, en realidad estaba bastante ajada y envejecida, pero pensó que tendría que complacer a su pasajera, tenía la sensación de haberla insultado o irritado, de que la mujer la consideraba banal y parlanchina, y que si no hubiera sido por la lluvia y la oscuridad, el frío y ese autobús que nunca llegaba, jamás habría puesto los pies en su coche.

—Pues sí, creo que soy un poco joven para tener un hijo adolescente — dijo la mujer.

Erika esperaba que dijera algo más, que contara algo. Pero no lo hizo. La mujer no se quitó el abrigo rojo de cuadros, ni siquiera se aflojó el cinturón, aunque el coche estaba ya bien caldeado.

Erika pensaba que si la mujer y ella tenían hijos de la misma edad, podrían hablar de sus hijos. La mujer estaba molesta (¿con Erika? ¿Con la manera de conducir de Erika? ¿Con el tiempo? ¿Con Suecia?) y Erika consideraba su obligación suavizarla. Entretenerla. Hacerla reír o estar de acuerdo con alguno de sus comentarios o hablar de ella misma. Así sus experiencias en común podrían haber sido el camino más llano para llegar a esa comunión entre mujeres. Aunque, pensó Erika, eso tal vez solo pasaba cuando había niños pequeños, y se imaginaba grupos de madres sentadas en algún café o en el parque, con los niños al pecho o meciéndolos en el cochecito. Erika no se atrevió a preguntar a la mujer si tenía niños pequeños.

Cuando una parturienta intentaba pegar a Erika o suplicarle que la dejara morir, como de vez en cuando hacen las mujeres, ella le cogía la mano y se la sujetaba con firmeza.

Cara a cara con sus pacientes, Erika se sentía segura. Infundía confianza. Al contrario que Isak, ella colgaba todas las fotografías de los recién nacidos en su despacho, todas las que le enviaban madres y padres orgullosos para agradecerle la asistencia en el parto. Isak nunca había colgado una fotografía. Una vez el niño había salido del cuerpo de la madre, ya no era responsabilidad suya, solía decir.

Pero fuera de las paredes del hospital Erika se sentía torpe y perdida

cuando estaba con otras mujeres. Sobre todo en grupo con otras mujeres. No la dejaban entrar; era como si dijeran: «Destacas demasiado, Erika. No eres nada elegante. Eres demasiado cursi. Eres demasiado ruidosa. Eres demasiado tímida y torpe. Eres superficial. Eres demasiado seria, y sin sentido del humor. No nos gustas. Más vale que te marches, que te disuelvas y desaparezcas. Pero no eres capaz. La tripa se te sale por el hueco entre la falda y la blusa. Los vaqueros estrechos se te clavan en el bajo vientre, como si te hubieras metido a propósito una astilla de vidrio».

Desde que había visto a Marion por primera vez, cuando Ragnar y ella recogían restos de naufragios en la playa —Marion con la parte de abajo de un biquini de lunares, perezosamente tendida en la roca más avanzada en el mar, rodeada por Frida, Emily y Eva—, Erika había sentido el deseo de formar parte de la imagen, al ver cómo esas cuatro chicas en la roca configuraban un dibujo insuperable e inviolable, una alianza inexpugnable, secreta y brillante. Y de esa alianza podría formar parte o no, según el estado de ánimo de Marion, y si no formaba parte quedaba despiadadamente excluida y abandonada a su propio cuerpecito flaco y triste, a los juegos de su mejor amigo Ragnar en la cabaña secreta y a todas las nubes grises del cielo.

Hace cientos de años, cuando un niño iba a nacer, cuando una mujer empezaba a tener dolores de parto, las otras mujeres se apresuraban a aflojarle el cabello recogido, las cintas de la ropa, los cordones de los zapatos y todas las cosas que en el entorno de la mujer estuvieran atadas, anudadas o cerradas, como por ejemplo, cajones, arcones, ventanas y puertas. Y si el marido quería ayudar podía liarse con algo en el patio, por ejemplo una herramienta complicada. Podía coger el hacha y partir el arado en dos.

Erika recuerda una noche de guardia, cuando había pedido que la informaran de cómo estaban las parturientas. La comadrona habló de una joven: «Está pesadísima. Tiene para rato. Pronto llevará doce horas y solo ha dilatado tres centímetros».

Pero si no es más que una niña, pensó Erika en la puerta del paritorio, al ver a la joven a la luz que entraba desde el pasillo. No tendría más de

diecisiete o dieciocho años, y estaba sola. Ningún novio, ni hermana ni madre. Ninguna amiga. Estaba sentada en el suelo, con un camisón blanco del hospital, pequeña y frágil, con la cara oculta entre las manos y las piernas encogidas debajo de ella. Ni se volvió ni levantó la vista cuando Erika cerró la puerta tras ella.

*Atravesé la habitación y me arrodillé junto a ti. Te quité la goma y te solté la trenza para poder pasarte los dedos por el cabello. Me miraste y me dejaste hacerlo, y luego apoyaste la cabeza en mi hombro .*

Al cabo de un rato, cuando la noche se iba convirtiendo en mañana, la mujer dio a luz a una niña que abría la boca en silencio buscando luz y aire. Tal vez, pensó Erika, heredaría el cabello largo y precioso de su madre.

Erika abrió la boca para decir algo a la mujer que iba sentada a su lado en el coche. Algo tendría que decir, ¿no? No. No lo hizo. ¿Por qué iba a decir algo? ¿Por qué pensar? ¿Y qué pasaba con el chico del asiento de atrás, que no decía ni una palabra y no era hijo de la mujer, pero a Erika le recordaba un poco a Ragnar? Lo miró por el espejo retrovisor.

—¿He dicho Ragnar?

La mujer se volvió hacia ella y dijo:

—No ha dicho nada.

Erika le sonrió.

—Perdona. A veces hablo a solas en voz alta, sobre todo cuando conduzco.

Miró de nuevo al chico del asiento de atrás y comprendió que se había equivocado.

No le recordaba a Ragnar.

Ragnar era delgado y tenía las muñecas finas.

Ese chico le recordaba a Magnus.

—Tengo que parar para echar gasolina y llamar a mi hijo —dijo Erika—. Voy a decirle que no voy a hacer noche en Örebro, sino en Sunne. A Magnus le gusta saber dónde me encuentro. Hace como que le da igual, pero se preocupa.

La mujer se encogió de hombros y miró al frente.

—Claro. El coche es suyo. Haga lo que quiera.

Erika la miró asombrada. ¿Eso era todo? ¿Ni siquiera un atisbo de algo cortés o agradable? Erika acababa incluso de revelar que en realidad no iba a Sunne, sino a Örebro, que de hecho estaba dando un rodeo de ciento veinte kilómetros por esa desconocida. La mujer se dio cuenta de la mirada que Erika posó sobre ella. Bajó la cabeza y se puso a jugar con algo en el regazo.

—Desde luego, le estamos muy agradecidos por llevarnos.

La mujer la miró a la cara. La mirada era desafiante.

—¡Muy agradecidos! Ha sido muy amable por su parte.

¿Era eso lo que querías oír?

—No tiene importancia —dijo Erika.

Paró en la primera gasolinera. Sacó el teléfono móvil, abrió la puerta del coche y salió a la lluvia invernal que pronto se convertiría en nieve. Abandonó el coche sin decir nada ni a la mujer ni al chico. Erika no miró a la mujer al cerrar la puerta del coche, no les preguntó si tenían hambre o sed. Si quería podía comprarse la comida o la bebida ella misma. Erika entró en la tienda y preguntó por los lavabos. Un hombre joven con cicatrices en la cara y un bigote rojizo le dio una llave, señalándole hacia la derecha. Erika cogió la llave, fue hacia la derecha y abrió la puerta. Se metió en el servicio y cerró la puerta. Apestaba a heces. El inodoro estaba obstruido, faltaba la tapa. El cubo de basura estaba lleno y había cosas tiradas por el suelo. Erika se imaginó a la mujer del coche, su pasajera, la que no era la madre del chico empapado, de madre no tenía nada, y de alguna manera todo era por su culpa, esa maldita letrina que apestaba y todo lo demás que hedía. En ese momento podría estar ya a Örebro, en la habitación del hotel, o cenando en el restaurante. Marcó el número del teléfono móvil de Magnus. Estaba puesto el contestador. Oyó la voz de su hijo, que ya no era clara y cantarina como cuando se tumbaba junto a ella en la cama para que le leyera. Con la voz ocurría como con el resto del cuerpo: todo crecía y se volvía grande y oscuro. Magnus estaba durmiendo en su habitación, y cuando Erika fue a arrojarlo vio un pie de hombre fuerte y peludo saliendo del edredón. Ahora el chico estaba de viaje con el colegio en Polonia.

—Hola, cariño. Soy mamá —dijo Erika—. He dado un rodeo. Esta noche no dormiré en Örebro, me quedaré en Sunne. Está muy cerca de donde vivía

Isak cuando tenía tu edad. Te llamaré cuando llegue al hotel.

Colgó. Debería haber enviado un SMS. A Magnus no le gustaba nada que le dejara mensajes de voz; escuchar el contestador costaba dinero, decía, y no merecía la pena pagar por escuchar un mensaje de tu madre. No lo decía con mala intención. Era una información práctica. Erika le envió un SMS: «Hola, Magnus. He dejado un mensaje en tu contestador, no hace falta que lo escuches. Haré noche en Sunne, no en el hotel de Örebro que te había dicho. Hablamos. Besos, mamá».

Erika estudió su cara en el espejo, que curiosamente estaba intacto e incluso bastante limpio y bonito. El espejo. No el rostro.

—No es la del coche la que está ajada —dijo Erika al espejo—. ¡Eres tú! ¡Soy yo! Es la que está al volante. ¡Es Erika! ¡En esta jodida gasolinera, en medio de esta mierda maloliente!

Al día siguiente llamaría a Isak para decirle que había cambiado de idea, que no iría. No quería llamarlo desde el teléfono móvil. Se pondría nervioso, y cuando él se ponía nervioso, ella también. Se sentaría tranquilamente en el borde de la cama y lo llamaría desde el teléfono del hotel. Le diría que al final no iría, porque en el trabajo había surgido algo que requería su presencia. Se peinó y se pintó los labios de color rojo fuego. Se contempló a sí misma. Parecía que le hubiesen pegado, como si tuviera una herida abierta en la cara en lugar de boca. Erika se quitó el color rojo con la mano.

De repente se le ocurrió que esa mujer que había recogido en la autovía estaba embarazada. La vio con claridad, con abrigo y botas. El cinturón atado. Estaba embarazada, pero no quería hablar de ello. No quería pensar en ello. ¿Tendría intención de abortar? ¿Estaría a punto de perderlo? ¿Estaría sangrando?

Cuando Erika se quedó embarazada de Magnus, le parecía que iba a derrumbarse. Pensaba a menudo que no lograría sobrellevar el embarazo. Pensó que se pondría enferma y que no tendría fuerzas para llevar a cabo un parto. Morirían ella o el niño. Había sobrevivido al parto de Ane. Una niña salió de su cuerpo, tomó aliento y se agarró a su pecho.

Las dos salieron ilesas.

«Dios os ha bendecido», dijo Isak por el teléfono, como si fuera pastor de



la iglesia, igual que su padre, y no médico.

Pero esa vez era distinto. Con Ane todo había sido muy fácil. Al menos ella lo recordaba así. El embarazo, el parto, dar el pecho. Erika no estaba preparada para lo otro. Lo oscuro. Se iba arrastrando por las náuseas, esas náuseas que nunca la abandonaron, las náuseas que se mezclaban con todo lo que bebía y comía, con todo lo que llevaba puesto, los lugares que visitaba y lo que tocaba. Las náuseas en las fosas nasales, debajo de las uñas, en el cabello recién lavado. En el plexo solar. E incluso años más tarde todavía sentía a veces un asomo de náusea. No hacía falta más que el olor a lilas para que le subiera por dentro, porque las lilas florecieron cuando estaba embarazada de doce semanas. Y al mismo tiempo ese miedo a hacer daño al hijo, que aún no era un hijo. Ella le había puesto un nombre. No un verdadero nombre. No ese nombre que tendría un día y que se inscribiría en los registros oficiales, libros, protocolos, listas, sino un apodo secreto. Porque traía mala suerte decirlo en voz alta, de la misma manera que traía mala suerte comprar ropa y enseres antes de que el niño naciera o al menos antes de que el embarazo fuera muy visible.

En la semana dieciocho Erika supo que estaba esperando un varón. La examinó un ginecólogo que iba un par de cursos por delante del suyo cuando estudiaban medicina. Le dijo que el feto estaba colocado de tal manera que no podía ver si era niño o niña. Erika cogió el ecógrafo y consiguió una imagen de su hijo en la que se podía ver claramente que era un niño.

Era un niño, pero ¿era viable? Erika examinó la cabeza, la nuca, la longitud de las piernas. Todo estaba bien, pero Erika se marchó de la consulta con la sensación de haber invadido a su hijo. Lo había mirado desde el otro lado. El niño no quería ser molestado, no quería ser visitado. Erika lo había visto un instante antes de que se disolviera en líneas, puntos y ondas en la pantalla.

En la semana treinta y dos empezó a pensar: Esta vez no me escapo. Día tras día ayudaba a otras mujeres a soportar embarazos y partos complicados, tranquilizándolas, consolándolas y hablando de lo más natural del mundo, pero ella, por su parte, tenía miedo de no sobrevivir. Miedo de morir desangrada, miedo de no conseguir respirar en los tormentos de los dolores del parto. El

niño estaba dentro de ella como un pequeño terrorista suicida con bomba, esperando a hacerse estallar a sí mismo y a Erika en pedazos.

Una mujer estaba embarazada sobre la tierra y pensaba en la muerte; pensaba en la noche, el llanto y la muerte. Tal vez porque el niño que llevaba en su seno era la propia vida. El niño era eternidad que se convertiría en tiempo. Erika le preguntaba: ¿Podrás realizar el viaje? ¿Serás capaz de hacer correctamente las elecciones que te impondrá la vida en cuanto te corten el cordón umbilical: respirar, encontrar el pecho, gritar cuando me necesites? ¿O te meterás dentro de ti mismo por no soportar, no lograr, no querer?

Ane acarició la tripa blanca azulada de luna llena de Erika, hablando de los juegos y canciones que le enseñaría al niño. Luego se colocó en medio de la habitación y cantó:

*Puente, Ole-Pette puente, Ole-Pette puentecillo  
once Ole-Pette toques Ole-Pette han Ole-Pette sonado.  
El Ole-Pette emperador Ole-Pette en Ole-Pette su Ole-Pette castillo,  
rojo Ole-Pette y Ole-Pette amarillo,  
negro Ole-Pette como Ole-Pette un Ole-Pette grillo,  
peligro, Ole-Pette peligro, Ole-Pette soldado.*

Ane miró a Erika y preguntó:

—¿Podrá oírnos desde ahí dentro?

—No lo sé. Creo que sí.

—¿Cómo se va a llamar cuando salga?

—No lo sé.

A la mañana siguiente Erika estaba tumbada en el sofá con los ojos cerrados, preguntándose si lo que sentía eran ya contracciones. Primero pensó que era el brazo de Ane el que acariciaba el suyo, el vientre abultado y luego las piernas. Pero no era eso. Un niño pequeño entraba corriendo dentro de ella, la atravesaba y salía corriendo. La respiración de Ragnar en los pulmones de Erika, que yacía mutilada y abandonada, lacerada cuando los dolores se hicieron más fuertes y el cuerpo ya no era capaz de mantener los

recuerdos.

*Al Ole-Pette final Ole-Pette llegarás. Ole-Pette Eres Ole-Pette mío Ole-Pette y Ole-Pette yo Ole-Pette soy Ole-Pette tuya, Ole-Pette y Ole-Pette nunca Ole-Pette volveré Ole-Pette a Ole-Pette ser Ole-Pette la Ole-Pette misma. Ole-Pette Primero Ole-Pette el Ole-Pette miedo Ole-Pette a Ole-Pette reventar. Ole-Pette Y Ole-Pette cuando Ole-Pette el Ole-Pette niño Ole-Pette haya Ole-Pette nacido, Ole-Pette la Ole-Pette certeza Ole-Pette de Ole-Pette haber Ole-Pette reventado, Ole-Pette aunque Ole-Pette no Ole-Pette de Ole-Pette la Ole-Pette manera Ole-Pette que Ole-Pette había Ole-Pette pensado. Ole-Pette Noche Ole-Pette tras Ole-Pette noche Ole-Pette sin Ole-Pette dormir Ole-Pette y Ole-Pette contigo Ole-Pette junto Ole-Pette a Ole-Pette mí; Ole-Pette la Ole-Pette sangre, Ole-Pette las Ole-Pette lágrimas, Ole-Pette la Ole-Pette leche, Ole-Pette la Ole-Pette fiebre Ole-Pette y Ole-Pette los Ole-Pette duros Ole-Pette nudos Ole-Pette en Ole-Pette mis Ole-Pette pechos Ole-Pette que Ole-Pette solo Ole-Pette de Ole-Pette vez Ole-Pette en Ole-Pette cuando Ole-Pette se Ole-Pette dejan Ole-Pette quitar Ole-Pette con Ole-Pette agua Ole-Pette caliente, Ole-Pette piel Ole-Pette caliente Ole-Pette o Ole-Pette tu Ole-Pette boca; Ole-Pette la Ole-Pette soledad Ole-Pette cuando Ole-Pette todos Ole-Pette los Ole-Pette demás Ole-Pette están Ole-Pette dormidos, Ole-Pette todos Ole-Pette excepto Ole-Pette tú Ole-Pette y Ole-Pette yo.*

Por la noche Erika escuchaba los sonidos del niño. Varias veces se inclinaba sobre la cuna, ponía su cara junto a la del niño solo para oírle respirar. A menudo lo metía con ella en la cama. El cuerpo del niño era pesado y cálido. Una noche le susurró algo al oído, primero en el izquierdo y luego en el derecho. Él no se acuerda ya de eso, pero lo que le susurró fue su nombre, para que él fuera el primero en enterarse.

Varias semanas después de nacer el niño aún no tenía nombre. Hubo varias propuestas: Kristian, Sebastian, Lukas, Bror, Thorleif; todas fueron rechazadas. Pero una noche los padres se pusieron de acuerdo. El niño yacía entre los dos en la cama, tenía algo menos de dos meses. Estaba resfriado, tenía fiebre. Las vías respiratorias eran todavía estrechas, y Erika dijo varias

veces que si se ponía peor tendrían que llevarlo a urgencias. Intentó darle de mamar y se echó a llorar cuando él no quería o no lograba chupar, cuando su boquita se quedaba inmóvil junto al pezón. Pero en el transcurso de la noche mejoró. Respiró más tranquilo. Mamó. Luego soltó el pecho y se entregó a un par de horas de plácido sueño. Y de repente, cuando sus padres ya no podían resistir más sin dormir, abrió los ojos y dijo: «Recordemos siempre este momento. ¡Siempre! Pase lo que pase, que nunca olvidemos que estuvimos los tres en esta cama, vivos y en calma. Cuando sea mayor quiero que me habléis de esta noche, de cómo estuvimos muy juntos en esta cama y cómo cantasteis para que la noche se fuera mar adentro. Nada sé de cómo va a ser mi vida, pero en cualquier caso quiero que me contéis cómo estuvimos yaciendo aquí los tres, cuánto me amabais, y el miedo que teníais de perderme».

El niño abrió los ojos y miró a sus padres, y de repente supieron cómo se iba a llamar. Resultó muy sencillo. Unos años más tarde rompieron, se separaron como enemigos, tirando de sus hijos a un lado y a otro como si estos tuvieran unos brazos muy largos, pero justo aquella noche yacían juntos en silencio con el niño entre ambos. La madre dormía y el padre estaba despierto, o la madre estaba despierta y el padre dormía, y el pequeño estaba despierto y dormido, como es habitual en los niños muy pequeños, que acaban de llegar a la tierra.

Erika echó gasolina y compró dos chokolatinas, una para ella y otra para el chico del asiento de atrás. Pensó en comprar otra chokolatina para su pasajera embarazada, pero no lo hizo. Salió de la tienda de la gasolinera y corrió hacia el coche, luego dio media vuelta y volvió corriendo a la tienda. Compró naranjas. Cuando estaba embarazada le gustaban las naranjas. Ya no faltaba mucho para Sunne. Se sentó tras el volante, giró la llave del contacto y puso en marcha el motor. La mujer que iba a su lado miraba al frente. No se había quitado el abrigo ni se había aflojado el cinturón. El cielo estaba oscuro.

Unos meses antes de cumplir treinta años, Erika salió una noche con sus hermanas, Laura y Molly. Lo hacían de vez en cuando. Primero cenaron y luego se fueron a un bar a beber vodka y a hablar de los maridos, del trabajo y un poco también del viejo de Hammarsö. Era una templada noche de verano y

había bebido mucho. Erika no tolera el alcohol. Fue entonces cuando conoció a Tomas. Nueve años después, mientras conducía hacia Sunne, pensó que era como si desde entonces nunca hubiera recuperado la sobriedad, como si el último sorbo de alcohol, el que iluminó el local e hizo que la orquesta empezara a tocar, aún no se hubiese evaporado del todo, dejando en su cuerpo un pequeño sonido difícil de distinguir.

Tomas estaba sentado a una mesa al fondo del bar bebiendo cerveza. Molly fue la primera en darse cuenta de su presencia. Después lo vio Laura. Y al final Erika. Más tarde, aquella misma noche, le vomitó encima en el taxi.

—No estoy acostumbrada a beber tanto —repetía, intentando limpiarle la camisa. Tomas la ayudó a subir la escalera, la llevó al cuarto de baño, la sentó en el fondo de la bañera y la duchó con agua caliente. Le lavó el cabello y le pasó una toalla por la nuca larga y fina. Dijo que tenía la nuca más blanca que había visto jamás. Como la de una bailarina.

—Mi madre es bailarina —dijo Erika, y se echó a llorar.

Tomas le puso ropa seca, una camisa de algodón y un pantalón de chándal, y la sentó en un sillón del salón. Luego fue a la cocina a hacer café. Erika no quería perderlo. Se sentía cansada y con todo el cuerpo agotado, como si hubiera parido y después no hubiese tenido ni un momento de reposo. Estaba sentada en el sillón del salón pensando que no quería perderlo.

—¿Me oyes desde ahí? —le gritó.

—Te oigo —contestó él, también a gritos.

Erika cantó:

*ElOle-Pette añoOle-Pette pasadoOle-Pette caminabaOle-Pette conOle-Pette misOle-Pette zapatillasOle-Pette deOle-Pette danza,  
esteOle-Pette añoOle-Pette caminoOle-Pette conOle-Pette miOle-Pette abultadaOle-Pette panza.*

*ElOle-Pette añoOle-Pette pasadoOle-Pette ibaOle-Pette conOle-Pette losOle-Pette mozosOle-Pette porOle-Pette elOle-Pette prado,  
esteOle-Pette añoOle-Pette estoyOle-Pette meciendoOle-Pette laOle-Pette cunaOle-Pette aOle-Pette miOle-Pette lado.*

La idea era que se acostaran y luego ella volvería a casa con Sundt y los

niños, y al meterse en la cama junto a Sundt se preguntaría si él notaba el olor a Tomas en su cuerpo, incluso después de que ella se hubiera duchado, y si percibía aquel escozor en su piel, y que sus labios estaban hinchados de los besos de un hombre que no era el suyo; pero ella había vomitado en el taxi y nada de lo planeado sucedió, y en ese momento estaba sentada en el sillón pensando que no debía perderlo.

—Tienes una voz bonita —dijo él.

Hablaba con un tono normal. No hacía falta gritar desde la cocina.

—He bebido demasiado —dijo Erika.

—Tienes una voz bonita aunque hayas bebido demasiado —dijo él.

No debía perderlo. Erika se levantó, atravesó el salón, ahora que sus pies la sostenían, y entró en la cocina. No sabía muy bien lo que significaba esa certeza de que no debía perderlo. Se arrodilló delante de él, lo abrazó y apoyó la cabeza en sus rodillas.

—No te vayas.

Él permaneció inmóvil.

—Erika, no puedo hacer café si estás tumbada y agarrada a mí —dijo.

—No quiero café.

—¿Qué quieres?

—No lo sé. Quiero vivir aquí contigo.

—Puedes quedarte algún tiempo —dijo él.

Ragnar corría por la hierba alta y pasó por delante de Erika y Laura, que estaban medio dormidas, tumbadas al sol. Giró a la izquierda y se internó en el bosque. Si se giraba a la derecha se llegaba al mar, pero si se continuaba recto, como había hecho Ragnar la primera vez que lo habían visto, se llegaba a la puerta de Isak. Ragnar corría sin parar.

Soplaba el viento. Se les estaba poniendo la piel de gallina y tuvieron que ponerse la chaqueta a pesar de que hacía sol. Erika y Laura habían encontrado un lugar en la hierba al abrigo del viento. Por la mañana, durante el desayuno, Isak había dicho que ese día no debían bajar a la playa, sino quedarse cerca de la casa. Dijo que el viento podría volverse huracanado y en ese caso ellas dos, tan pequeñas y delgadas, saldrían volando hasta el mar. Rosa se mostró de

acuerdo. Erika y Laura no comían nada, comían como pajaritos, y unas niñas que comían tan poco no serían capaces de oponer resistencia al mar cuando un día viniera a llevárselas. Las niñas que comían tan poco irían montadas en las olas hasta la Unión Soviética o incluso más lejos, a un lugar aún más oscuro y peligroso, y allí tendrían que hacer cola el resto de su vida para comprar unas simples patatas, y no podrían volver jamás, porque a todos los que lo intentaban los mataban de un tiro en la frontera. De manera que Erika y Laura se comieron dos rebanadas más de pan con fuagrás, aunque eran demasiado mayores para creer en esa clase de historias, y se bebieron cada una un vaso de leche con cacao y azúcar, que sabía mejor cuando se tomaba con cuchara, como si fuera una sopa clara, pero Rosa no les dejaba tomárselo así, ni tampoco ponerse más de dos cucharadas de cacao en cada vaso de leche y eso era muy poco, como mínimo debían ser tres, aunque lo bueno eran cinco, sobre todo si el cacao hacía grumos en la leche y se convertía en pequeñas burbujas de chocolate que se derretían en la lengua. Isak era severo con muchas cosas. Con el tiempo de fuera, por ejemplo. Y con la hora de acostarse. Y con la de comer.

A veces Erika y Laura tenían que ir a buscar a Molly, que se había escondido en el bosque. A las seis en punto Isak pasaba ruidosamente por el salón para acto seguido entrar en la cocina y berrear: «Estoy más hambriento que un oso», y Molly, que casi siempre llevaba un vestido azul, gritaba: «¡Oso no! ¡Oso no!». Después de eso, todo el mundo podía sentarse a la mesa para que Rosa sirviera la cena.

Pero Isak no era en absoluto severo con respecto al cacao. No veía ninguna razón por la que las niñas no pudieran tomarse toda la leche con chocolate que quisieran, y tampoco le importaba si se la bebían o se la tomaban con cuchara. Cuando Rosa se iba de compras a tierra firme, Isak les decía que por él podían acabarse el bote si querían, a condición de que no se quejaran si después tenían ganas de vomitar.

Un día, cuando Ragnar pasó corriendo delante de ellas por la hierba en dirección al bosque, Erika y Laura decidieron correr tras él. Con el viento a favor, tenía alas en los pies, y corría más deprisa que de costumbre, tanto que sus pies apenas tocaban el suelo; de lejos parecía un espíritu del bosque, un

elfo o un monstruo. De todas las personas que Erika conocía, Laura era la que corría más deprisa, pero no tanto como Ragnar, y fue Laura la que susurró a Erika que Ragnar le recordaba un poco a un monstruo. Erika no opinaba lo mismo. No era guapo, la verdad; tenía las piernas flacas como palillos y las muñecas finas, pero lo peor era ese pequeño bulto o marca de nacimiento entre las cejas, que le hacía parecer un niño con tres ojos o dos narices. Pero a medida que lo iba conociendo, Erika ya no hablaba mucho con Laura sobre lo que el muchacho podía tener de monstruoso. Si cerraba los ojos casi del todo y solo lo miraba a través de una rendija, era un chico bastante guapo, incluso apuesto, pero eso no se lo dijo a Laura, que de todos modos era demasiado pequeña para entender si un chico era guapo o no.

Erika y Laura se levantaron de su lugar en la hierba al amparo del viento y echaron a correr tras él. Sabían que se llamaba Ragnar. Sabían que vivía con su madre en una casa de verano pintada de marrón a diez minutos andando de la casa de Isak. Sabían que estaba en quinto y que iba a un colegio de Estocolmo. Sabían que su camiseta favorita era una en la que ponía MY FATHER WENT TO NEW YORK CITY AND ALL HE GOT ME WAS THIS LOUSY T-SHIRT. Al menos era la que llevaba casi siempre cuando pasaba por delante de ellas corriendo por la hierba alta frente a la casa de Isak, por la playa de cantos rodados, por el camino de gravilla y por delante de la tienda. Esa o la camiseta de Niagara Falls. Sabían incluso que tenía una cabaña en algún lugar del bosque, una cabaña que él mismo había construido. Pero no sabían dónde se encontraba. Era secreta.

Laura y Erika decidieron seguirlo.

Muchos veranos después, cuando Erika y Ragnar tenían trece años y se tumbaban en la hierba alta a comer fresas silvestres y beber Coca-Cola que habían robado en la tienda, ella le habló de cuando era pequeña, de los primeros años en Hammarsö antes de conocerlo a él, de cuando solo tenía una nueva hermana, es decir, Laura, y de repente al verano siguiente apareció frente a la casa de Isak un cochecito con una niña que no dejaba de berrear; le contó cómo Isak y Rosa le tomaban el pelo por ser tan flaca y menuda que el viento podía llevársela al mar en cualquier momento y tener una muerte



horrible al otro lado del horizonte. Ragnar, que la estaba escuchando, le acarició el cabello y dijo:

—La tormenta tumba los árboles grandes, no los pequeños.

Se inclinó sobre ella y la besó en la boca. La boca de Ragnar era rugosa, no como la boca de una chica —Erika había besado a varias chicas de su clase para asegurarse de hacerlo bien cuando de verdad le hiciera falta—, él sabía a sal y a Coca-Cola.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Erika.

—Es un refrán que al parecer tu padre, Isak, no conoce, si ha dicho que vas a desaparecer con la tormenta.

Erika levantó los ojos hacia el cielo, no se veía ninguna nube, ni siquiera un cúmulo. «Tu padre, Isak», había dicho Ragnar, algo se ocultaba detrás de esas palabras, pero Erika no sabía qué. Fuera lo que fuese, era una curiosa manera de decirlo. Erika no le habría dicho a Ragnar «Tu madre, Ann Kristin». Simplemente habría dicho «Tu madre».

En Hammarsö los árboles eran pequeños y curvos, parecían encogidos, de manera que tal vez fuera verdad aquello de que los árboles grandes eran los que caían primero.

—Pero nosotros no somos árboles —dijo Erika en voz alta, dándole una palmada en el costado.

Él la miró sonriente y repitió:

—No somos árboles.

En realidad Erika no sabía si quería seguir besándole o tirarle encima la Coca-Cola que le quedaba y salir corriendo.

Una noche Tomas le cogió las manos para liberarse de su abrazo, un dedo tras otro, y la abandonó. Entonces llevaban nueve años viviendo juntos en el piso del parque Sofienberg.

Durante nueve años Erika y los niños habían comido comida preparada por Tomas. Olorosos guisos de carne suntuosamente condimentados y con grandes trozos de cerdo o de buey. Y mucho tiempo después de que Erika y Ane se hubiesen ido a la cama, Tomas seguía jugando con los videojuegos con Magnus. Erika decía: «Es un niño, tiene que levantarse para ir al colegio. No

podéis pasaros toda la noche jugando. No puedes hacer eso, Tomas. Magnus tiene que dormir. Es un niño».

Recordaba que él le había dicho: «Estuve contigo más tiempo de lo que realmente quería por Magnus y Ane. Pero no son mis hijos».

En los días que siguieron, ya sola, Erika estuvo repasando todas las cosas que él había comprado con el dinero que no tenían y que le había dejado como reliquias, como recuerdos de una vida vivida, y una de esas cosas era algo tan ridículo como un timbre inalámbrico que se podía llevar por la casa cuando se iba al lavabo o se estaba dentro de la despensa o en algún sitio donde era posible que no se oyera si alguien llamaba a la puerta. Además, se podía ajustar el volumen y elegir el tipo de sonido que se quisiera. Tomas había elegido las campanadas de una iglesia. Aquello les había llevado bastante tiempo. Habían discutido los pros y los contras. Elegiremos este o aquel sonido. No hablaban de lo que estaba ocurriendo en el mundo, una guerra tras otra. No hablaban del icono que Tomas había comprado en París por casi cien mil coronas. Era del siglo XVI y le había recordado a una «actriz ucraniana bella como un icono» que había conocido en el aeropuerto de Niza. «Tuve que comprarlo», dijo. Primero había conocido a la mujer, justo después vio el icono en una tienda de antigüedades de París; era cosa del destino. La mujer de Niza era un ángel. Lo habría salvado. ¡Ella era...! Le faltaban palabras para describirla. Colgó el icono sobre la cama. Ella lo quitó violentamente. Él volvió a colgarlo. «¿Sabes que nos van a echar del piso, Tomas? No podemos permitirnos el lujo de pedir un préstamo de cien mil coronas al banco. No podemos pedir ni diez mil. Ni mil.»

Erika hablaba como Sundt.

Discutía como Sundt.

Era Sundt.

El icono resultó ser (y por cierto no fue ninguna sorpresa) una falsificación que apenas valía unos cientos de coronas. Tomas miró a Erika con los ojos de par en par cuando ella se lo dijo. Vendería el icono, dijo él. «Vale doscientas coronas —dijo Erika—. ¿Lo entiendes?» «Bueno, entonces lo tiraremos», dijo Tomas. Y luego se olvidó por completo del asunto. Erika lo dejó colgado

sobre la cama.

A veces echaba de menos a Sundt. Era tacaño, pero no estaba loco. Sundt cuidaba de los niños por la noche. Tomas no hacía sino cuidar de sí mismo, si cabe ni siquiera eso. Tomas no dormía en la cama de matrimonio junto a ella, sino en un sofá rojo en un trastero del sótano que tenía alquilado a la comunidad de vecinos. En realidad había pensado usarlo como despacho, tenía una ventana y él quería disponer de un lugar donde trabajar en sus traducciones sin que le estorbaran Erika ni los niños. Pero poco a poco se había ido trasladando al sótano, y se quedaba allí casi día y noche.

Tomas estaba frente al espejo del baño, pero se volvió hacia ella al oír sus pasos. La puerta estaba abierta. No intentó dejarla fuera. Tenía un trozo de porcelana entre el pulgar y el índice y se había cortado la cara. Antes, ese mismo día había roto una taza de porcelana azul en la cocina.

Erika era capaz de recordar cosas que, dada la gravedad de la situación, parecían insignificantes, irrelevantes, casi indecorosas en su trivialidad, recuerdos ridículos que ocupaban espacio y recortaban el de la visión de los recuerdos importantes, como cuando se enteró de que su mejor amigo, Anders Tangstad, había muerto. El primer y tal vez más vívido recuerdo que había tenido entonces era seguramente el de una noche de verano en que iba andando con él por Sorgenfrigaten y señaló un inmueble blanco diciendo que le gustaría vivir allí. Y no es que ellos pensaran en aquel momento que iban andando por Sorgenfrigaten. Habría dado igual si hubiera sido Suhmgate, Industrigaten o Jacob Aallgate. Erika no podía estar segura de que el recuerdo fuera importante solo porque la calle tenía un nombre bonito, «la calle Sin Pena», un nombre que era un conjuro y, como más tarde se vería, un nombre engañoso. Anders Tangstad murió joven, víctima de un infarto cerebral. Fue doloroso para él, y para su mujer y sus dos hijos, y doloroso también para Erika. Y ella ni siquiera podía decir que ese inmueble blanco que había señalado diciendo que le habría gustado vivir en él fuera un lugar tan especial que para Erika y Anders Tangstad se volviera un lugar secreto, un esplendoroso palacete de ensueño en Oslo; ni siquiera estaba segura de recordar exactamente de qué casa se trataba. ¿Y lo de la noche de verano? Erika no podía, con la mano en

el corazón, decir si se trataba de una noche de verano especialmente luminosa que prometía muchas más noches así, o si había sido una noche de verano oscura y fría, un aviso de que el otoño se estaba acercando. Nada en ese recuerdo que tanto espacio ocupaba en el dolor incipiente de Erika significaba algo. El recuerdo podía cargarse de significado de mil maneras distintas, pero todo sería mentira. Una noche de junio o julio, tres años antes de su muerte, Erika y Anders Tangstad iban andando por Sorgenfrigaten después de haber visto una mala película en el cine Colosseum, los dos deseando irse a dormir; Anders Tangstad con su mujer, Erika con Tomas. Habían estado hablando de seguros de coches, de por qué alguien se hace agente de seguros y de que las sandías eran a veces tan ricas y sabrosas que uno se preguntaba por qué no se comía sandía todos los días. Todo lo que ocurrió en el transcurso de los seis, siete u ocho minutos que anduvieron por Sorgenfrigaten aquella noche podría, con una simple pirueta mental, convertirse en algo importante, simbólico, fatídico y especial, pero Erika se negaba, quería luchar contra el deseo de cargar aquel instante de significado, quería insistir en la total falta de sentido del recuerdo en cuestión.

Había momentos importantes de sobra en la amistad de Erika y Anders Tangstad. En el discurso del funeral hablaría de la excursión por la montaña, de Finse a Ustaoset, con esquíes de fondo, cuando primero se vieron envueltos en la niebla y luego bañados por el sol; mencionaría también su sentido del humor, el amor que sentía por su mujer y sus hijos, y su última conversación telefónica el día antes de que le diera un infarto haciendo footing, del que nunca volvió a despertar. Pero ese determinado recuerdo de Erika y Anders Tangstad andando por Sorgenfrigaten y Erika señalando un inmueble blanco y diciendo que le gustaría vivir allí..., ese recuerdo no significaba nada.

La taza azul había pertenecido a la abuela materna de Tomas, y era la última de seis. La primera la había roto Erika cuando se fue a vivir a casa de Tomas. En eso pensó aquel día en que Tomas se hizo cortes en la cara. Recordó que ella estaba colocando sus propias tazas en el armario de él y de repente la taza azul salió rodando de su mano, rompiéndose en mil pedazos al llegar al suelo. Mucho después se rompió la segunda, luego la tercera, más tarde la cuarta y al fin la quinta.

Y ahora él acababa de romper la sexta.

Eran las tazas que nos habían sido asignadas, quería decir Erika, pero no lo dijo. Un comentario como ese habría sido una tontería propia de un culebrón, aunque en realidad correspondía a la verdad.

Tomas miró los pedazos en el suelo.

—¿Por qué demonios he hecho eso? —se preguntó, recogiendo los pedazos—. No era esa mi intención.

Luego se metió en el cuarto de baño e intentó escribir algo sobre su piel con un trozo de porcelana. No quiso revelar lo que era.

—No sé qué hacer contigo cuando estás así —dijo Erika cuando lo vio frente al espejo del cuarto de baño—. Te sangra la cara.

Se reían mucho en la última época. Se contaban historias y se reían. Tomas compraba vino, música, libros y timbres, ¡y los dos se reían! Erika dejó de hablar del dinero que desaparecía volando entre las manos de Tomas.

Erika no era Sundt.

Pero metía en el coche las bolsas con libros y CD y se iba a las tiendas del centro. ¿Podrían ustedes devolverme el dinero? No quiero cambiarlo por otra cosa. Quiero que me devuelvan el dinero. Por favor, no permitan que mi marido compre más libros. Ni tampoco más CD.

Pero sí hablaban del nuevo timbre.

Qué cantidad de sonidos.

Y puedes llevártelo por toda la casa.

«¡Quiero hablar contigo en serio antes de que te largues, Tomas!»

«Para siempre —decía en la nota—. Esta vez me marcho para siempre.»

—Estamos llegando —dijo la mujer que iba sentada a su lado. Estaba contenta. Casi cantaba.

Erika se volvió hacia ella y le sonrió.

De modo que ahora hablas, pensó. Tú, que has ido sentada junto a mí en este coche comiendo naranjas sin decir una palabra, sin aflojarte siquiera el cinturón del abrigo, sin decir lo que te pasa.

Erika no sabía cómo se llamaba la mujer, pero decidió que se llamaría Ellinor. Era un buen nombre para una mujer que no quería decir nada.

Ellinor había hecho que Erika se sintiera como si hubiese cometido un gran error, como si hubiera metido la pata hasta el fondo, como si hubiera hecho el ridículo de la manera más espantosa, o ensuciado algo bonito con su mera presencia.

*¡Ahora Ole-Pette escúchame, Ole-Pette Ellinor! Ole-Pette ¡He Ole-Pette conocido Ole-Pette a Ole-Pette personas Ole-Pette como Ole-Pette tú! Ole-Pette Mi Ole-Pette padre, Ole-Pette por Ole-Pette ejemplo, Ole-Pette cuando Ole-Pette era Ole-Pette más Ole-Pette joven Ole-Pette y Ole-Pette todavía Ole-Pette le Ole-Pette tenía Ole-Pette miedo. Ole-Pette O Ole-Pette Tomas, Ole-Pette mi Ole-Pette marido. Ole-Pette Tomas Ole-Pette me Ole-Pette leía Ole-Pette algo Ole-Pette en Ole-Pette voz Ole-Pette alta, Ole-Pette algo Ole-Pette bonito Ole-Pette que Ole-Pette él Ole-Pette había Ole-Pette traducido Ole-Pette o Ole-Pette escrito, Ole-Pette y Ole-Pette cuando Ole-Pette yo Ole-Pette hacía Ole-Pette algún Ole-Pette comentario Ole-Pette sobre Ole-Pette lo Ole-Pette que Ole-Pette acababa Ole-Pette de Ole-Pette oír, Ole-Pette todo Ole-Pette lo Ole-Pette que Ole-Pette decía Ole-Pette estaba Ole-Pette mal, Ole-Pette ¿entiendes? Ole-Pette Completamente Ole-Pette equivocado, Ole-Pette y Ole-Pette Tomas Ole-Pette desviaba Ole-Pette la Ole-Pette mirada Ole-Pette diciéndome Ole-Pette olvida Ole-Pette que Ole-Pette te Ole-Pette he Ole-Pette leído Ole-Pette eso. Ole-Pette ¡Olvidalo!*

Cuando Erika vio la nota de Tomas (él la había dejado en la mesa de la cocina debajo de una tetera azul pintada a mano, como si tuviera miedo de que el viento se la llevara) bajó al trastero del sótano, donde pudo constatar que Tomas no se había escondido ni ahorcado. ¿Cuánto tiempo hacía ya? ¿Cuatro meses? Cuatro meses, tres semanas y dos días. La ventana del sótano estaba abierta, acababa de amanecer. Más tarde pensó que Tomas se había largado por la ventana como el indio de *Alguien Ole-Pette voló Ole-Pette sobre Ole-Pette el Ole-Pette nido Ole-Pette del Ole-Pette cuco*. Fuera llovía o nevaba y ella se quedó contemplándolo. No era exactamente aguanieve, sino unos copos grises, casi transparentes, tan ligeros que la gravedad no tenía que ver con ellos, como polvo, solo que más mojados. En el alféizar y sobre el suelo de linóleo había hojas secas de otoño de color marrón que habían entrado con el

viento y que él no se había preocupado de quitar o aspirar. Erika se tumbó en el sofá rojo que se había negado a tener en el salón y que por eso fue trasladado al trastero; no contaba con que Tomas se trasladaría con él, al mismo tiempo. El sofá olía a él, y también a otras cosas, pero sobre todo a él.

La primera vez que Erika la vio fue en el verano de 1977. Estaba tumbada en la roca que más se adentraba en el mar, con sus largas piernas bronceadas saliendo de la parte de abajo de un bikini de lunares.

Erika supo enseguida que era la tal Marion.

Se quedó mirándola. Dejó caer el cartón de tabaco ruso que había encontrado en la playa, y se quedó mirándola.

Ragnar la cogió del brazo y le dijo:

—Ven, Erika. ¡No la mires! Es una idiota. ¡Ven!

El chico recogió el cartón ruso, que estaba bastante entero y en buen estado y en el que ponía PRIMA.

—Ven —dijo Ragnar—. Ven, Erika.

Fue Marion la que dijo que la teta perfecta era la que tenía forma de copa de champán. Lo había dicho su padre, Niclas Bodström, pero Niclas Bodström no había empleado la palabra «teta», sino «pecho femenino». Niclas Bodström tenía una casa de verano en la parte oeste de Hammarsö, y no era un cualquiera. Erika no sabía exactamente a qué se dedicaba, ni siquiera qué aspecto tenía, pero sabía que no era un hombre cualquiera.

Para ilustrar lo que Niclas Bodström quería decir, Marion sacó, como por arte de magia, una copa de champán de cristal de su bolsa rosa de playa. No una copa alargada, de las que pueden confundirse con las copas de vino blanco, sino una copa de champán redonda.

Erika estaba en la roca con Emily y Frida. La habían invitado. Era la roca de Marion. Ninguna chica se tumbaba en esa roca sin haber sido invitada por Marion. Laura era demasiado joven, no tenía permiso para estar allí. El verano que conoció a Marion, tampoco Erika tenía permiso para estar en la roca.

—¿CómoOle-Pette hasOle-Pette dichoOle-Pette queOle-Pette teOle-Pette llamas?

*Marion Ole-Pette se Ole-Pette encontró Ole-Pette de Ole-Pette frente Ole-Pette con Ole-Pette Erika Ole-Pette en Ole-Pette la Ole-Pette puerta Ole-Pette de Ole-Pette la Ole-Pette tienda. Ole-Pette Como Ole-Pette de Ole-Pette costumbre, Ole-Pette iba Ole-Pette acompañada Ole-Pette de Ole-Pette Emily Ole-Pette y Ole-Pette Frida, Ole-Pette Eva Ole-Pette también Ole-Pette estaba Ole-Pette con Ole-Pette ellas.*

*—Es Ole-Pette la Ole-Pette noruega Ole-Pette —dijo Ole-Pette Emily.*

*—La Ole-Pette que Ole-Pette siempre Ole-Pette va Ole-Pette con Ole-Pette su Ole-Pette hermanita Ole-Pette —dijo Ole-Pette Frida.*

*—¡Mucho Ole-Pette peor! Ole-Pette Es Ole-Pette la Ole-Pette que Ole-Pette baila Ole-Pette con Ole-Pette el Ole-Pette tarado Ole-Pette —dijo Ole-Pette Marion.*

La copa de champán no estaba limpia, tenía pegada, como una sanguijuela, una gran marca de lápiz de labios.

—La boca de mi madre —dijo Marion, señalando la marca de pintalabios.

Se puso en pie en la roca y dejó que el viento agitara su larga melena negra. Erika se dio cuenta de que estaba posando, y pensó que era un poco ridícula, posando sobre la roca como si estuvieran sacándole fotos para una revista. ¿Y qué? Solo porque Ragnar le llenaba la cabeza de basura sobre Marion. Diciendo lo cursi que era; lo asquerosa que era; lo puta que era. También era bastante fantástica. La chica más guapa que Erika había visto jamás. No era de extrañar que Ragnar echara pestes de ella.

Erika contempló el cielo y el mar.

—¡El pecho femenino perfecto! —dijo Marion, mojando la teta en la copa.

Y ahora, casi veinticinco años después, iba de nuevo camino de Hammarsö. Pero primero iba a hacer noche en Sunne. Ragnar ya no estaba. Solo quedaba su respiración en los pulmones de Erika. Su sangre en las venas de Erika. Un sinfín de dolor, olas y respiración. La respiración de Ragnar en sus pulmones, en su boca, la sangre de Ragnar en sus venas.

Nunca le habló a nadie de él.

Ragnar ya no estaba.

No resultaba muy difícil decirlo.



Erika lo dijo para sus adentros: Ragnar ya no está. Luego dijo: Yo soy este coche. Soy esta carretera. Soy esta nieve que está cayendo. Soy estos limpiaparabrisas. Soy la mujer embarazada sentada a mi lado y el chico del asiento de atrás.

Ya estaban casi en Sunne. La mujer le pidió que parara en la siguiente gasolinera para ir al servicio. Sin duda le había costado pedirlo. Erika aprovechó para estirar las piernas y llamar a Laura. Ya estaba nevando copiosamente.

—¡Sunne, ah sí! ¡Hay un balneario! A mí me parece horrible. Pero puedes comer pesto y hojas de lechuga y darte un baño turco hasta que te crezcan árboles en las orejas —le dijo Laura al teléfono.

Laura intentó reírse, pero Erika notó que algo iba mal. Parecía intranquila, con la respiración entrecortada. Erika le preguntó qué le pasaba.

—Cosas de los vecinos —contestó Laura.

—Siempre te preocupas por los vecinos —dijo Erika—. Tienes que dejar de hacerlo.

—Sí —contestó Laura.

—Tal vez llame a Isak y le diga que no voy —dijo Erika—. Quiero volver a casa.

—No hace falta que lo decidas ahora mismo —dijo Laura—. Consúltalo con la almohada.

—Llevo pasajeros en el coche —dijo Erika.

—Ya lo sé —le contestó Laura—. Me lo has dicho.

—No sé muy bien qué hacer con ellos. La mujer está embarazada.

—Pero ¿no iban a bajarse en Sunne? —preguntó Laura.

Erika abrió la boca, sacó la lengua y saboreó la nieve.

—Espero que sí —contestó—. Necesito dormir.

Estoy despierto, dijo Ragnar. Estoy completamente despierto, tan despierto como nunca he estado en mis casi catorce años de vida. Si esto no es estar despierto, si es dormir, entonces quiero dormir para siempre. Erika, no me dejes. Te amo. Día tras día, mes tras mes, año tras año te amaré y estaré tumbado aquí a tu lado en la hierba de Hammarsö escuchando la canción que

llega hasta mí desde la superficie del agua.

## II

# La Colonia

Todo el mundo decía que Laura tenía mucha suerte de vivir en ese lugar. Laura elevó los brazos al cielo y tomó aliento. Un «oasis lleno de encanto» escribió el agente inmobiliario para la propuesta de anuncio de venta.

—Explíqueme lo que significa eso —dijo Laura.

—¿El qué? —preguntó el agente inmobiliario.

—Un «oasis lleno de encanto». Quiero saber lo que significa.

Jonas Guave, gran agente y copropietario de la agencia inmobiliaria Prospero, tenía fama de conseguir que la gente hiciera ofertas por encima de sus posibilidades. Laura lo llamó una mañana en que se aburría, y le dijo que quería vender su casa.

—El encanto de lo antiguo combinado con las comodidades modernas —respondió él—. Es increíble lo que ha hecho con esta casa, Laura. Es exactamente lo que busca la gente.

Laura estaba sentada en el muro de piedra delante de la puerta de la cocina, delgada como un espárrago, con las piernas colgando. Piernas largas y huesudas de niña pequeña. Llevaba un vestido blanco y tenía la piel bronceada

de verano. El año siguiente Laura se pondría igual de morena, tal vez más, y entonces seguro que ya no estaría allí sentada con las piernas colgando esperando a que Isak saliera de su despacho para jugar a los dados. El año siguiente se exhibiría en *topOle-Pette less* por la playa, con la parte inferior del biquini, como Erika, Marion y las otras. «Erika está buena», oyó decir Laura a un chico casi adulto. El chico, que tendría unos diecisiete años, se quedó mirando a Erika, y le dijo a su amigo: «Ahí va Erika, está muy buena». Laura tenía el cabello enmarañado, pegajoso y rubio, casi blanco. Llevaba varias semanas sin lavárselo. Sucio de verano, decía Rosa. Hermoso de verano, decía Isak. Lo esperaba de un momento a otro. Laura cerró los ojos y se lo imaginó en el despacho, metiendo sus papeles en el cajón, apagando la luz, acercándose a la estantería de los juegos a buscar los dados, o tal vez el parchís. Laura deseaba que fueran los dados. El parchís era para los pequeños, hasta Molly podía jugar, aunque lo único que hacía era estropearlo todo. Oyó los pasos de su padre por el salón. Pronto abriría la puerta y gritaría: «¡Demonios! ¡Ya es hora de jugar a los dados, Laura! ¿Qué dices? ¡Te voy a ganar! ¡No tienes ninguna posibilidad!». Laura había dejado los zapatos y los calcetines en la cocina. Se estaba comiendo un helado de pera, con las piernas colgando y mirando la playa, las piedras y el mar más allá de los pinos.

Lo de llamar al famoso agente inmobiliario Jonas Guave fue un acto impulsivo. Laura no había dicho nada a Lars-Eivind. Era una mañana como tantas otras de enero, una mañana oscura y ajetreada. Laura esperaba impaciente poder quedarse sola. Los niños, sobre todo Jesper, estaban muy pesados y se negaban a desayunar, Julia estaba callada. Lars-Eivind rompió un vaso y se manchó de leche la americana recién traída de la tintorería. No fue por culpa de los niños. No fue por culpa de Laura. No fue por culpa de nadie. A Lars-Eivind se le cayó de repente el vaso de leche al suelo y se manchó.

—¡Joder!

Julia y Jesper miraron a su padre. Jesper se echó a llorar.

—Relájate, Lars-Eivind —le dijo Laura.

Ese día se había puesto la americana comprada en Nueva York dos años antes. Lars-Eivind tenía una reunión importante. Primero iba al médico, una

revisión de rutina, y después tenía la reunión. «Muchas cosas dependen de cómo se desarrolle esa reunión», le había dicho la noche anterior. A las dos o las tres. Estaban en la cama pasando frío, y Lars-Eivind no podía dormir. Laura le apretó la mano diciendo que todo iría bien. Pero ahora tenía que ponerse otra americana. La que habían llevado a la tintorería expresamente para la ocasión apestaba a leche. De nada sirvió que Laura frotara la mancha con agua caliente y jabón. Julia estaba ya vestida y preparada, sentada en el sillón del salón esperando para salir. Estaba callada, observando a su madre, a su padre y a su hermano. Jesper tenía mocos. Ya los tenía la noche anterior antes de acostarse, pero esa mañana más. No demasiado, pero más que la noche anterior. Laura le tocó la frente y las mejillas y le acarició el cabello. Movimientos de mano rápidos, eficientes, familiares. Jesper no se movía.

—No tiene fiebre —dijo Laura.

No le puso el termómetro, no soportaba la idea de tener que quitarle los leotardos de lana, los pantalones y todo lo demás, no soportaba la idea de que Jesper se quedara en casa en su día libre. Un día entero para ella sola. Volvió a tocarle la frente.

—Está un poco caliente —gritó a Lars-Eivind. Y añadió, más bien para sus adentros—: Claro que aquí dentro hace bastante calor.

—Yo tengo una reunión importante —gritó Lars-Eivind. Estaba en el baño y de mal humor por lo de la americana—. Tendrás que ocuparte tú. Yo no tengo tiempo —añadió.

Laura se agachó en la entrada y le limpió los mocos a Jesper. Lo miró y le dijo:

—Si te encuentras mal o más resfriado, iré a buscarte enseguida. ¿Te parece bien, Jesper?

Jesper asintió con la cabeza.

—Pero solo si te encuentras mal de verdad, ¿vale? No si estás bien y lo que quieres es volver a casa. Eso no. Entonces tendrás que estar en la guardería. Todo el día.

Julia, que tenía dos años más que Jesper, observaba a su madre. Laura se levantó y pasó una mano por el cabello de su hija. ¡Deja de mirarme de esa manera, por favor!, pensó.

—Y tú cuídate mucho hoy, Julia, y no te quites las manoplas como sueles

hacer.

Julia ni asintió ni negó, se limitó a seguir mirando a su madre.

—Es importante abrigarse y no quitarse el gorro, la bufanda ni las manoplas cuando se está fuera, ni siquiera cuando estáis jugando y tenéis calor —prosiguió Laura.

Julia se encogió de hombros.

¿Qué es lo que hago mal?, se preguntó Laura. ¡Deja de mirarme así! No he hecho nada malo. Miró a sus dos hijos, la niña de seis y el niño cuatro, con la abultada ropa de invierno y los gorros de lana. Y con sus grandes ojos azules y la punta de la nariz roja.

—Esta tarde haremos chocolate caliente con nata —dijo Laura. Señaló a cada uno de ellos y añadió—: Tú y tú y papá y yo. Chocolate caliente con nata y gofres.

Cuando Lars-Eivind se llevó a Julia y a Jesper a la guardería para luego ir al médico y a continuación al trabajo, Laura no sabía aún que llamaría al agente inmobiliario Jonas Guave. Ni siquiera sabía que Jonas Guave existía. Recogió la mesa del desayuno, se preparó un café y se sentó frente al ordenador a navegar. Encontró su nombre en la red. Se puso a mirar fotos de viviendas en venta, vio cómo eran las casas de la gente por dentro, el salón, el dormitorio, el baño, la cocina, y se imaginó a sí misma viviendo en esas casas. Jonas Guave figuraba como el agente de muchas de las viviendas más bonitas. Cuando Erika la había llamado desde el teléfono móvil diciéndole que fuera con ella a Hammarsö, Laura no quiso ni oír hablar de eso. ¿Ir a Hammarsö ahora? No. Lo único que quería era seguir allí sentada buscando en la red, tal vez conseguir más información sobre ese tal Jonas Guave. Acabó de hablar con Erika y marcó el número de la inmobiliaria Prospero.

—No es seguro que vayamos a vender —dijo al teléfono—. Lo estamos considerando, pero por ahora no estamos seguros.

En realidad solo quería enterarse de cuánto podrían conseguir por la casa. Saber el valor que tenía. Jonas Guave dijo que iría enseguida. A Laura apenas le dio tiempo a ducharse, maquillarse y ponerse unos vaqueros ajustados. Se dio varias vueltas frente al espejo. Lars-Eivind decía que tenía el trasero más

bonito de Oslo, y ella quería que el agente inmobiliario lo viera.

Sirvió a Jonas Guave agua con hielo. No quería café, solo agua con hielo. Laura le permitió ir por la casa tomando notas. Todo estaba ordenado, pero ella pidió perdón por el desorden. Lo hacía siempre. Dejó a Jonas Guave en el salón, fue a la cocina, abrió el congelador y vació los cubitos de hielo en la encimera, de modo que salieron disparados hacia todas partes. No le daba la gana de apretar y sacarlos normalmente. Eso irritaba a Lars-Eivind, que decía que así no debían sacarse los cubitos. «Hay un truco para sacarlos bien», decía. Últimamente Lars-Eivind había empezado a oler mal. No se trataba ni de sudor ni de mal aliento, pero tenía un olor corporal desagradable que aparecía cuando estaba cansado —y últimamente estaba muy cansado por unos cambios que se habían producido en su trabajo y porque no dormía por las noches— o cuando tenía miedo de algo. Laura no sabía por qué pensaba que su marido tenía miedo de algo. Lars-Eivind no tenía nada que temer. Los cambios en su trabajo significaban por el momento más horas de trabajo, pero al final saldría ganando. Le subirían el sueldo. Podrían hacer cosas con las que llevaban años soñando. Reformar el cuarto de baño, reformar las habitaciones de Julia y Jesper, acuchillar los suelos. Incluso tal vez alquilar aquella casa de ensueño en la Provenza durante un verano entero. Tomárselo todo con más calma.

Cuando Erika llamó por segunda vez, fue para preguntar cómo se salía en coche de Oslo. Erika tenía algo de persona indefensa, pensó Laura. Era la mayor, la más capaz, de quien Isak se sentía más orgulloso, médico como él, y sin embargo había siempre en ella una especie de desamparo.

Jonas Guave y Laura estaban sentados en el sofá color crema debajo del gran ventanal que daba al suroeste, con vistas a una parte del jardín y el fiordo de Oslo a lo lejos. Laura y Jonas Guave discutían: «Bonitas vistas al jardín con lilas, manzanos y arbustos de bayas. ¡Vistas al fiordo!».

Laura preguntó si lo de dar al jardín podía definirse como vistas. Jonas Guave opinó que tal descripción se podía justificar.

—El que desde la casa se pueda ver una pequeña parte del fiordo es como decir que tiene vistas —dijo él—. Es importante que la mirada no se detenga,

y eso es lo que ocurre en este caso.

Laura asintió.

—¿Ha pensado que cuando se detiene la mirada también se detiene el pensamiento? —le preguntó Jonas Guave.

En realidad la casa no tenía vistas al fiordo, pensó Laura. Pero si a los nuevos propietarios les apetecía sacar la cabeza por la ventana y descoyuntarse la nuca... Dejó sobre la mesa el borrador para el anuncio de venta y miró a Jonas Guave que, sentado a su lado en el sofá, bebía agua con hielo, completamente ausente. Solo fueron unos segundos. Pero Jonas Guave estaba ausente por completo y absorto con el vaso de agua, como un niño con su primera Coca-Cola. Tenía en la cara un sinfín de pequeñas cicatrices que le había dejado el acné, casi imperceptibles. Una juventud difícil, pensó Laura, solitaria y confusa. Sin atractivo para las mujeres. Se burlaban de él. Hacían como si fueran a besarlo y, cuando él por fin creía que iba a suceder, que iba a besarlo la chica más guapa, entonces todas gritaban, qué asco, apártate feo, repugnante, horrible. ¡Pero si supura! ¡Tu acné supura! ¡Qué asco! Todo eso había cambiado cuando se había convertido en un adulto y ahora vivía en Oslo, y había empezado a hacer ejercicio y se había librado del acné, tal vez con ayuda de algún antibiótico. Dejó el vaso vacío en la mesa delante de él. Laura le preguntó si quería más agua. Jonas Guave negó con la cabeza.

—De acuerdo —dijo Laura señalando el borrador—. Esto está muy bien, pero en mi opinión debemos poner algo que no sea «un oasis lleno de encanto». A mí esta expresión me resulta más bien cursi.

Jonas Guave le sonrió.

—¿Cursi?

Esperaba una explicación. Laura buscaba las palabras. ¿Qué se le puede decir a un hombre que no entiende que la expresión «oasis lleno de encanto» es cursi? ¿«Empalagoso»? ¿Se puede decir que una expresión es empalagosa? Jonas Guave la miró. Laura hojeó los papeles que había sobre la mesa. Notó la mirada de él en su cuerpo, en el pecho, en la mejilla. Ella no estaba ausente. Ella nunca estaba ausente. ¿Pensaría él que Laura Lövenstad estaba afligida? Laura levantó la vista y sonrió. Prospero agentes inmobiliarios no emplean palabras como afligida. Nadie tiene por qué usar palabras así.



—Me refiero a una expresión tan empalagosa en el anuncio.

Jonas Guave se reclinó en el sofá.

—Una bocanada de aire en la vida cotidiana, Laura. Se encuentra fatal, ¿verdad? Estresada todo el día, anhela algo, pero no sabe qué, porque tiene todo lo que necesita. Luego vuelve a casa. ¡Aquí! A este jardín. A esta casa. Laura. ¡Todas las piezas encajan en su sitio!

—Ven, Laura, quiero enseñarte algo —dijo Isak.

Ella se levantó del muro de piedra y se acercó a su padre. Se dio cuenta de que él la miraba. El vestido blanco. ¿Podría Isak apreciar que se había convertido en una hermosa muchacha, con largas piernas bronceadas y el trasero firme? Tenía doce años. Isak estaba junto al buró de abedul que nadie podía tocar por todos esos papeles importantes que contenía.

—Ponte aquí y verás algo bonito —dijo Isak.

Abrió la tapa del buró y quedaron al descubierto dos grandes filas de pequeños cajones. Todos ellos tenían tiradores blancos de marfil. Si se metía la mano entre las dos filas de cajones y se movía hacia un lado un pequeño ángulo que sobresalía y que a simple vista parecía un adorno, resultaba que en el buró había un cajón más. Un cajón secreto. Un cajón invisible.

—Adivina lo que tengo aquí —dijo Isak.

—Papeles importantes —contestó Laura.

—Nada de eso —dijo Isak—. Di otra cosa.

—Imágenes de fetos muertos —dijo ella, dudando.

Isak sonrió, metió la mano en el cajón y sacó una cajita verde con letras doradas.

—¡Unas chocolatinas carísimas! —dijo—. ¿Quieres una?

Laura asintió con la cabeza. Cada chocolatina estaba metida en un sobre de papel de seda finísimo y el chocolate era marrón oscuro y rugoso, con crema de menta por dentro. Laura se comió la chocolatina. Estaba buena, sobre todo porque se comía tan deprisa. Enseguida te venían ganas de otra.

—¿Puedo comer otra?

Isak negó con la cabeza y volvió a meter la caja verde en el cajón.

—No se pueden comer dos. Solo se puede comer una, y excepcionalmente dos. Y nunca tres.

—Buenísima —dijo ella con una sonrisa. Y añadió—: *Rasicamoin!* —Isak la miró interrogante. Laura había hablado en el idioma secreto que ni siquiera Isak entendía. Él se encogió de hombros y volvió a entrar en su despacho. Laura se quedó de pie delante del buró.

Erika y Ragnar creían que ella había desistido, que jamás llegó a aprender el idioma secreto. Ella les dejaba creer que así era.

### ABANDONAD TODA ESPERANZA

La gran pancarta pintada a mano hecha entre todos (cada unidad familiar se había responsabilizado de pintar unos centímetros de cada letra, escrupulosamente medidos) estaba colgada sobre la entrada de coches de la Comunidad de Vecinos La Colonia.

### ABANDONAD TODA ESPERANZA

Tuva Gran había dicho a Laura que alguien había comprado por fin la vieja y ruinoso propiedad de al lado de su casa, que no se trataba de una familia con niños (¡una pena!) y que el que se había ido a vivir a la casa se llamaba Paahp y vivía solo.

Obviamente no ponía: ABANDONAD TODA ESPERANZA.

Ponía: BIENVENIDOS A NUESTRA COMUNIDAD DE VECINOS LA COLONIA. ¡CONDUCID CON PRUDENCIA! ¡HAY NIÑOS JUGANDO! UN SALUDO DE TODOS LOS QUE VIVIMOS AQUÍ.

Laura arrastraba el carrito de la compra mientras repetía para sus adentros con voz afectada: «Un saludo de todos los que vivimos aquí. Un saludo de todos los que vivimos aquí. Un saludo de todos los que vivimos aquí».

A Laura, Lars-Eivind y los niños se les asignó la primera I, a Tuva, Leif Gran y sus gemelas de ocho años, les tocó la segunda I.

—Aquí van a florecer la creatividad y las ganas de hacer cosas —dijo Ole-Petter Kramer en la junta general de la comunidad de vecinos del mes de junio. El único punto del orden del día era la configuración y elaboración de

la pancarta; la responsabilidad de su realización y finalización quedaría a cargo de Ole-Petter Kramer y Alf Krag. Al cabo de una semana escasa habría una jornada de trabajo en común. Laura no estaba del todo segura. Tal vez Geir Kvikkstad fuera el responsable principal. O Lars Krogh. Sabía que Lars Krogh estaba en la comisión de la pancarta. También estaba Geir Kvikkstad. Pero Ole-Petter Kramer era el responsable principal y formaba parte de la comisión de realización, que no era la misma que la de la jornada de trabajo en común, de la que ella misma formaba parte, junto con Tuva Gran.

—¿Habría que poner hay niños viviendo o hay niños jugando? —preguntó Laura.

—Pondremos jugando —contestó Ole-Petter Kramer.

Y luego Mikkel Skar añadió:

—Creo que es importante... Creo que es importante que las letras no estén demasiado separadas, porque podría haber demasiada variedad y creatividad. Habría que poner límites. Crear es tanto saber limitarse como dejarse llevar.

Mikkel Skar era diseñador y responsable de la nueva mezcla de cereales de desayuno krazykrack. Solía decirse que Mikkel Skar era un portento. Lars-Eivind, el marido de Laura, también era considerado un portento en virtud de su trabajo. Pero, por lo que se refería a la pancarta, Mikkel era sin duda alguna un portento mayor que Lars-Eivind.

Mikkel Skar opinaba que la pancarta corría el riesgo de acabar siendo demasiado... casera. Laura estaba sentada en una silla, apretujada entre Tuva y Leif Gran, mirando a Lars-Eivind, que estaba sentado en otra silla, entre los tres hijos de la familia smundsen. Lars-Eivind se frotaba los ojos con las manos. Como un bebé muerto de sueño, pensó Laura. Hubiera querido estirar una mano y acariciarle la mejilla.

Lars-Eivind no prestaba atención a la reunión. Formaba parte de una comisión, pero no sabía cuál era y no se atrevía a preguntar. Todos los miembros de la comunidad de vecinos La Colonia pertenecían a alguna comisión. Lars-Eivind miraba a un viejo que llevaba un traje demasiado grande y estaba sentado solo en una mesa al final del comedor con un plato de estofado de carne. Era un hombre menudo y delgado, y su traje, que en algún

tiempo debía de haber sido azul cobalto, estaba manchado. Comía despacio. Junto al plato había un audífono. Le temblaban las manos y de vez en cuando tenía que poner una mano sobre la otra encima de la mesa, como si la misión de una fuera tranquilizar a la otra. El motivo por el que tardaba tanto en comer era ese temblor. El hombre cogió el vaso de agua, que estaba en la mesa junto al plato, y dio un pequeño sorbo.

Las juntas generales de la comunidad de vecinos La Colonia, seis al año, tenían lugar en el comedor de la residencia de ancianos asistida Frydens, pero por lo general no se veía a ningún viejo. La hora de comer normal de los residentes era las dos de la tarde, y las reuniones de la comunidad de vecinos solían empezar a las siete. A esa hora los ancianos ya estaban acostados, y las luces apagadas.

Lars-Eivind miró al hombre, luego miró a Laura y luego a Mikkel Skar.

—Pero por Dios, Mikkel, no creo que sea tan importante el aspecto de la pancarta —dijo—. Es por los niños, ¿no? Lo hacemos por los críos.

—Vamos a verla todos los días —contestó Mikkel—. Y yo también pienso en los niños. Me parece importante que vean cosas bonitas. Eso es lo que se llama una educación estética.

—¿Existe eso? —intervino Laura.

—¿Si existe qué? —preguntó Mikkel Skar.

—¿Existe algo llamado educación estética?

—Solo quiero decir que no tenemos por qué elegir las soluciones más horteras —dijo Mikkel Skar.

Laura volvió a observar a Lars-Eivind, que tenía la mirada fija en el viejo que hasta hacía unos instantes estaba sentado solo. Ahora había otro hombre sentado a la mesa. Este último no comía estofado de carne ni bebía agua. Llevaba un abrigo gris. Los dos hombres permanecían callados. Laura se preguntó si el hombre del abrigo sería el hermano o el padre. Seguramente el hermano, pensó. Tuva Gran se inclinó hacia ella y susurró:

—¿Ves a ese hombre?

—¿A cuál de los dos?

—Al más joven.

—Sí.

—Es el que se ha mudado a la casa de al lado de la nuestra. Es Paahp. Es... No sé... Hoy les ha regalado una pulsera a cada una de mis hijas.

—¿Pulseras? —susurró Laura.

Sí, hechas por él mismo, creo. Son simples cuentas ensartadas en un cordón. Paró a las niñas al volver del colegio y les preguntó si querían una pulsera. Ellas dijeron que sí. Les he dicho que tenemos que devolvérselas.

—¿Y lo vais a hacer? —preguntó Laura.

—Ojalá fuera otra gente la que hubiera venido a vivir a esa casa —dijo Tuva Gran.

Laura estaba acostada en la cama demasiado ancha que compartía con Lars-Eivind.

—¿Te duele? —le preguntó.

—No es exactamente dolor.

—¿Qué es entonces?

—No lo sé.

—¡Pues duérmete!

Laura se volvió del otro lado.

—¿Tienes que despertarme a mí también porque tú no puedas dormir?

—Sí.

—¿Y eso por qué?

—Porque no soporto estar solo con todo esto.

—¿Con qué?

—No lo sé. Dolor de espalda. Sábanas húmedas. Miedo.

Laura soñó que andaba descalza por la nieve, que iba por el camino cubierto de nieve, que bajaba la cuesta nevada, arrastrando la pancarta, que era tan grande que podía tratarse de una capa, de una alfombra voladora o de la carpa de un circo. Era blanca y tan pesada que a veces la arrastraba tras de sí y a veces la llevaba en brazos, como si fuera una bandera. Laura, que iba descalza, se iba cortando con las piedras que asomaban entre la nieve. Tenía los pies ensangrentados, pero no importaba. No sentía dolor. Puso la bandera sobre el frágil cuerpo del chico en la cama demasiado ancha.

—Pensé que tenías frío —le susurró al oído—. *YokouhOle-Pette*

*soweouOle-Pette queotOle-Pette esostasOle-Pette mowjaoudo.*

—Definitivamente queremos vender —dijo Laura.

—¿Los vecinos son agradables? —preguntó Jonas Guave.

—Oh, sí. ¡Muy agradables! —contestó Laura.

—¿La mayoría son familias con niños? —preguntó Jonas Guave.

—Sí, la mayoría. Excepto Paahp. Vive solo en una casa destartalada un poco más arriba en esta misma calle.

—¿Paahp?

—Sí. Hace pulseras de cuentas y se las regala a las niñas de la vecindad. A Julia, mi hija, le ha regalado varias.

—¿Y eso está bien?

—No, a lo mejor no está del todo bien —contestó Laura—. Ha habido una campaña de recogida de firmas para echarlo de la comunidad.

—Tal vez les convenga esperar hasta la primavera para vender —dijo Jonas Guave—. Cuando las lilas estén en flor.

Laura sonrió.

—Mi hermana vomita cada año cuando florecen las lilas. No soporta el olor. Le recuerda a cuando estaba embarazada y con náuseas. ¿Sabía que las náuseas del embarazo son parecidas a las de la quimioterapia?

Jonas Guave la miró.

—Pero las lilas huelen muy bien —dijo.

—Lo que quiero decir —prosiguió Laura— es que queremos vender la casa ya. Preferiblemente en el transcurso de enero. Cuanto antes, a decir verdad.

Laura salió con Jonas Guave al jardín. Primero se pusieron los abrigos uno al lado del otro en la minúscula entrada. Anorak, bufanda, manoplas y cálidas botas. Era una labor muy minuciosa. Laura evitó mirar a Jonas Guave mientras se abrigan. Cuando por fin salieron al aire libre y respiraron, el aire frío, al salir de la boca formaba nubes de vaho congelado. Jonas Guave se detuvo ante el viejo abedul del jardín trasero, rodeó a Laura con un brazo y le preguntó si alguna vez había trepado hasta lo alto del árbol.

—No —contestó Laura.

—¿No?

—No.

—Siempre se debe trepar a los árboles si se tienen —dijo Jonas Guave, apretando con más fuerza a Laura por la cintura.

—Pero ya sabe cómo son las cosas —dijo Laura—. Niños..., trabajo..., a veces da la sensación de no tener tiempo para hacer lo que realmente apetece.

Laura notó un ligero vértigo. ¿Acaso sería ese brazo alrededor de su cintura? No era más que un pensamiento, un pensamiento vertiginoso. Se volvió, miró hacia la puerta de la valla cubierta de nieve al fondo del jardín, y pensó que sería muy fácil volver a entrar al calor con Jonas Guave. Laura le sonrió y se inclinó hacia él. Sería tan fácil como coger una fruta madura. Podría llevárselo adentro, subir con él la escalera hasta esa cama demasiado ancha que compartía con Lars-Eivind y dejar que le abriera las piernas y la tomara por detrás para que no tuviera que mirarlo a la cara. Jonas Guave dijo que era muy aficionado a la jardinería.

—¿Sabe, Laura, que un bonito jardín prolonga la vida?

Y le dio un montón de consejos para tener un césped bonito después del invierno.

—Nuestro jardín tiene un aspecto horrible después del invierno —comentó Laura.

—Eso no lo pondré en el anuncio de venta —dijo él, riéndose como si hubiese dicho algo muy gracioso. En realidad no era cuestión de magia. Lo único que había que hacer era plantar muchas semillas, abonar bien y al principio no cortar la hierba demasiado.

... No ver, pensó Laura. No saber. No pensar. No hablar. Desnuda a cuatro patas, manos desconocidas alrededor de la cintura, en el cuello, en el cabello.

—Es un error que todo el mundo comete —añadió Jonas Guave.

—¿Cuál? —preguntó Laura.

—Cortar la hierba demasiado a menudo —contestó Jonas Guave.

Laura se dio cuenta de que el hombre estaba cogiendo confianza, porque empezó a expresar más opiniones.

—Este jardín podría quedar muy bonito con poco trabajo. Como ya he dicho, plantar un manzano, construir una casita para los niños, dejar la puerta del jardín abierta en señal de hospitalidad. Las puertas cerradas significan

aislamiento.

Laura asintió. Jonas Guave tenía migas de bizcocho en las comisuras de los labios. Qué curioso que se diera cuenta ahora y no cuando estaban sentados juntos en el sofá. Él tenía un cuerpo alto y ligeramente invasor.

—Estás en la terraza y tu mirada se detiene en la puerta del jardín — prosiguió Jonas Guave— y cuando se detiene la mirada se detiene el pensamiento.

Laura se preguntó cuántas veces al día diría eso.

Le entraron unas ganas locas de abrir la boca y echarse a reír, pero optó por concentrarse en un punto rojo en la barbilla de Jonas Guave, un viejo corte, pensó, tal vez el resultado de un afeitado descuidado. Le sonrió. ¿Qué podía hacer si no? No estaba bien reírse. Ni pegar. Cuando se detiene la mirada se detiene el pensamiento. Bla, bla, bla, bla. *Idoeitou!Ole-Pette Poquikolol!* Laura quería que Jonas Guave se marchara ya. Por ella podía vender la casa entonces o en la primavera, pero quería que se machara ya. No le apetecía explicar..., no le apetecía explicar por qué la puerta del jardín estaba cerrada. Laura sonrió. Dolía, pero sonrió a pesar de todo. Fue una especie de ejercicio de superación. ¡No se debe pegar!

—La puerta está cerrada para que Dientes no se escape y acaben atropellándolo.

—¿Dientes? —preguntó Jonas Guave.

—Mi hija —contestó Laura.

De nuevo Jonas Guave parecía confundido.

—Es una broma —dijo Laura—. Mi hija se llama Julia. Podría haberse llamado Dientes, es verdad. Así se llama nuestro perro. En realidad es el perro de Julia. Pero ya sabe lo que pasa. Los niños te dan la lata para que les compres un perro, y cuando lo consiguen, al cabo de una semana les da pereza sacarlo, y ahora ha pasado a ser mío y de Lars-Eivind. Dientes está en la montaña con unos amigos esta semana.

Jonas Guave asentía con la cabeza. Laura hablaba. No golpees a Jonas Guave. Sé buena con él. No era culpa de Guave el que cinco minutos antes Laura hubiera querido entrar en casa y trepar a los árboles con él, y ahora solo deseaba que se marchara. Que se largara. Laura hablaba en voz baja. Había empezado a nevar. La nieve les caía encima. Podrían acabar completamente



cubiertos de nieve si seguían en el jardín de Laura y Lars-Eivind. Miró fijamente a Jonas Guave. Al punto rojo de su barbilla. A lo mejor no era un corte. Tal vez fuera solo un pequeño lunar que él se había querido quitar rascándolo.

—Nos lo dieron. Fue una asociación de esas que buscan hogar para los perros. Y nos advirtieron..., quiero decir a propósito de cerrar la puerta. Nos advirtieron. Dientes no entiende nada de tráfico. Sale corriendo delante de los coches. Igual que mi hermana. Que no entiende nada de tráfico, quiero decir. Me llama para preguntar cómo llegar a cualquier sitio. No tiene ni idea. En este momento va camino de Suecia a ver a nuestro padre. Se está muriendo.

Laura tomó aliento y se dio cuenta de que Jonas Guave estaba a punto de hartarse.

—Yo también iré pronto —dijo Laura.

—¿A Suecia?

—Sí. Iré a ver a nuestro padre. Está ya muy mayor. Tal vez no vuelva a verlo si no voy ahora. Iremos las tres cada una por nuestro lado y nos reuniremos allí. Mis dos hermanas y yo.

Laura miró a Jonas Guave y se rió. Todas las mañanas se hacía una trenza, que le llegaba casi hasta el trasero.

—Y cuando vuelva podemos vender la casa, ¿verdad?

Laura decidió comprar flores. Iba a ir al centro a comprar y compraría flores para que la casa estuviera bonita.

Jonas Guave ya se había marchado y ella emplearía el resto del día en cocinar y sorprender a Lars-Eivind cuando volviera ya tarde. Primero serviría una sopa. Sonó el teléfono móvil, era Erika.

—¿Has cambiado de idea? —preguntó.

Erika estaba en el coche. Había cruzado la frontera y se había detenido en una gasolinera para tomar un café y tal vez dormir un rato en el coche. Su hijo estaba en Polonia con su clase visitando los campos de concentración. Laura sabía que Erika estaba pensando constantemente en el chico.

—No —dijo Laura—. O mejor dicho, no lo sé. Tengo mucho que hacer aquí en casa, un montón de cosas que resolver.

—Entonces, ¿a lo mejor vienes a pesar de todo?

—No. Va a ser difícil. Bueno, tal vez.

—Espero que vengas.

—En ese caso —dijo Laura— deberíamos ir las tres. Voy a llamar a Molly y preguntarle qué está haciendo ahora.

—Isak se va a asustar —dijo Erika.

—¿Asustar?

—Si vamos las tres.

Laura soltó una breve carcajada.

—Bueno, que se asuste entonces. —Luego añadió—: Tal vez no sería ninguna tontería que viera quiénes somos y supiera cómo nos llamamos, que nos viera cara a cara antes de morirse.

—No morirá nunca —dijo Erika—, pero sigue diciendo que esto es el epílogo.

Laura oía cómo Erika jugueteaba con algo. Tal vez fuera la taza de cartón de café caliente. Esperaba que su hermana no estuviera vertiéndose encima el café caliente sentada en el coche.

—¿Qué es lo que tienes que resolver antes de marcharte? —preguntó Erika.

—¿Resolver?

—Acabas de decir —dijo Erika— que tenías un montón de cosas que resolver en casa. ¿Todo va bien?

—Todo va bien, pero creo que vamos a vender la casa y vivir en otra parte.

Laura oyó cómo Erika suspiraba y decía:

—¿Por qué así, de repente?

—No lo sé —contestó Laura—. Porque no estamos a gusto. Todos los que vivimos aquí estamos muy tensos. Ahora quieren obligar a un viejo a que se vaya solo porque regala pulseras a las niñas del vecindario.

—¿Por qué se las regala?

—No lo sé. Las hace él. Julia tiene varias.

—¿Y por qué regala pulseras a las niñas?

—No lo sé —repitió Laura con ganas de terminar ya la conversación.

—Entiendo que la gente se inquiete —dijo Erika.

Laura suspiró y dijo:

—Pero no pueden forzar a un hombre a que se vaya solo porque no les gusta.

—La gente hace cosas raras —dijo Erika—. Yo no habría permitido que Julia aceptara pulseras de ese hombre.

—Vale, vale —dijo Laura, y cambió de tema—. Si hablas con Lars-Eivind..., si llamas y él coge el teléfono, no menciones lo que te acabo de decir, que puede que vendamos la casa. Él no está tan convencido como yo, ¿comprendes lo que te quiero decir?

—Tengo que colgar ya —dijo Erika.

—Adiós entonces —dijo Laura.

Levantó la cabeza y se puso a mirar por la ventana la nieve que caía cubriéndolo todo, la hierba, los macizos de flores, el abedul, la puerta verde de la valla. Después saldría al jardín con Julia y Jesper. Seguro que sí. No estaría impaciente y no contestaría irritada. Se tomaría tiempo. Ojalá Jesper no se pusiera enfermo. Siempre se ponía muy mal cuando tenía fiebre, se despertaba por las noches llorando, le dolía y no se dejaba consolar. No se sentía a gusto en la guardería, andaba por ahí solo, entre los toboganes y columpios, con una arruga de viejo en la frente, sin querer jugar con los demás niños. Tal vez debería haber dejado que se quedara en casa. No, estaba bien. No tenía muchos mocos. Un poco calientes la frente y las mejillas porque había estado deambulando por el salón con toda la ropa de abrigo puesta mientras ella buscaba las manoplas de Julia. Estaba bien. Luego les haría un muñeco de nieve con una zanahoria en la nariz y una gran bufanda de cuadros atada al cuello, les prepararía gofres y chocolate con nata para merendar, y los dejaría dormir en su cama de matrimonio. Los dejaría dormir allí toda la noche sin importarle que dieran patadas o se atravesaran en la cama mientras dormían. Por lo general Laura y Lars-Eivind no podían dormir con los niños en la cama y por lo tanto la norma era que nada de niños en la cama por la noche, pero esa noche no importaría que no pudieran dormir, ni que los niños dieran patadas o se atravesaran. Estaría muy bien. Todo estaría muy bien.

—Conduce con cuidado —le dijo a Erika al teléfono, pero su hermana ya había colgado.

La entrada estrecha y pequeña tenía baldosas negras en el suelo, y las

paredes, de madera de pino sin tratar, estaban llenas de ganchos y perchas para colgar toda clase de ropa de invierno —ropa de invierno que solía quedarse tirada en el suelo formando pequeños charcos de nieve derretida—. Por segunda vez esa mañana Laura se encontraba en ese asqueroso rincón oscuro que soñaba con reformar según las fotos de las revistas de decoración, entradas despejadas y pintadas de blanco. («Si la cocina es el corazón de la casa, la entrada son sus manos. ¡La entrada es la que os da la bienvenida cada día a ti, a tu familia y a tus invitados!») Laura se puso otro jersey de lana, un anorak, botas gruesas, una larga bufanda y un gorro. Sus manoplas estaban empapadas en uno de los charcos del suelo y tuvo que buscar en los armarios otro par. Encontró una manopla de lana amarilla y un guante marrón de piel forrado que alguien se había dejado olvidado. Tendría que apañarse con eso. Después, cuando estuviera llegando al centro, se quitaría la manopla y el guante y los metería en el bolso. Laura iba al centro a comprar alimentos para la cena. Primero iría a la tienda del turco, que tenía las frutas y las verduras más frescas, luego a la pescadería y a la tienda estatal de vinos, y al final al supermercado. Dejó el coche en casa y cogió la bolsa de la compra azul con ruedecitas. Por la noche, después de acostar a los niños, después de haberles cantado y leído (sin prisas), serviría por fin a Lars-Eivind una cena muy elaborada. Había pasado mucho tiempo desde la última vez. Primero una sopa; tal vez un consomé casero con crema de rábano silvestre. Laura se palpó los bolsillos del anorak para comprobar si llevaba dinero y el teléfono móvil, luego abrió la puerta de la calle y salió arrastrando el carrito tras ella. Pronto, en el transcurso del día, cuando tuviera un rato, tal vez camino del turco, llamaría a Molly. «Hola, soy Laura. Erika va camino de Hammarsö a ver a papá. ¿Vamos nosotras también?» Laura y Erika llevaban meses sin hablar con Molly, y no había otra manera de preguntárselo. «Puede que muera pronto», podría añadir, aunque sonaría muy melodramático. Molly diría que no. Con su sonora voz, diría que le importaba un bledo que papá muriera. Una vez, cuando tenía diecisiete años, ella le había preparado una cena, y él nunca apareció. Cuando Molly era pequeña, Isak solía levantarla por los aires y darle vueltas por el salón, entonces ella abría los brazos como si fuera un gran pájaro.

Laura tenía siete años. Había andado mucho. Había ido a la tienda por encargo de su madre, Rosa, y como premio había recibido un helado. Era un día de verano de 1975 en Hammarsö, y ya por aquel entonces Laura tenía carrito de la compra. Traía el carrito lleno de los alimentos que había comprado en la tienda, y lo arrastraba tras ella por el camino de gravilla.

«No hay nada más práctico para ir a la compra que un espacioso carro», solía decir Rosa.

En cuanto hubiese colocado la compra en los armarios y cajones de la cocina, iría a tumbarse en la hierba alta delante de la casa blanca de caliza a leer las revistas noruegas de Erika.

Cuando un noruego abría la boca y hablaba, Laura no entendía nada; el noruego le resultaba casi tan incomprensible como el danés.

Erika le había contado que en Noruega todo el mundo entendía el sueco. Eso era porque los noruegos tenían televisión sueca. Tenían televisión noruega y televisión sueca. En Suecia nadie entendía el noruego ni mucho menos había televisión noruega. Pero que Laura supiera, a nadie le importaba. Ningún sueco estaba triste por no entender el noruego o por no tener televisión noruega, de modo que Erika no tenía por qué sentirse tan superior.

Erika hablaba noruego y sueco. Erika era media en todo. Medio sueca. Medio noruega. Medio hermana.

Cuando Laura era pequeña no sabía que tuviera hermanos ni carnales, ni medios, ni mayores, ni pequeños, ni varones ni mujeres, pero cuando Erika llegó un día a Hammarsö y empezó a llamar papá a su padre, Rosa tuvo que explicarle que Isak había estado casado antes con una mujer que se llamaba Elisabet y que había tenido una hija. Por aquella época Laura jugaba con una niña llamada Frida, que le dijo que no era nada raro que Isak Lövenstad, ese gran buscacoños, tuviera un montón de hijos por la isla. Frida había oído a su padre decírselo a su madre; lo cual significaba, razonó Frida, que Laura tenía un montón de hermanos y hermanas.

«Me habría gustado tener un hermano mayor», dijo Laura en aquella ocasión.

Frida tenía un hermano mayor que a veces le compraba barras de regaliz, y el regaliz era lo que a Laura más le gustaba en el mundo.

Primero llegó Erika, luego Molly. Laura no tenía más que cerrar los ojos y volverlos a abrir o ir a la tienda y volver, estar ausente no más de una hora para que ese tipo de cosas sucediera. Abrió y volvió a cerrar la puerta de la verja, y bajó el último trecho hasta la casa arrastrando el carrito. Delante de la puerta había un cochecito rojo y dentro del cochecito había un bebé con un gorro rojo en la cabeza, que lloraba a gritos. Laura se acercó al cochecito, el bebé no parecía recién nacido, porque era bastante grande y se mantenía sentado, pero tenía que estar atado para no caerse del cochecito. Laura no estaba del todo segura, pero le pareció una niña. De todos modos era demasiado pequeña para hablar, hacerse entender y decir quién era. Laura miró a su alrededor. hola, gritó. El bebé berreaba. hola, ¿hay alguien ahí? ¿de quién es este bebé? Laura soltó el carrito de la compra, y dos lechugas y un frasco de mermelada salieron rodando. Laura los recogió, llevó la bolsa hasta la puerta y gritó hola. Nadie en la cocina, nadie en el salón. Miró el reloj. Era hora de fuera, lo que significaba que no podía seguir gritando de esa manera. Erika estaba con Ragnar, y Rosa tal vez haciendo algún recado en tierra firme. Isak estaría en su despacho y no se le debía molestar bajo ningún concepto. Laura no pensaba que los bebés abandonados a su suerte constituyeran una excepción. Miró al bebé. Estaba claro que era una niña, nadie le habría puesto a un niño un gorro así. Había llorado tan fuerte y tanto tiempo que ya solo le quedaban fuerzas para jadear. Isak se pondría a vociferar si le llevaba al bebé. Era problema de Laura. Cuando Rosa volviera, sería problema de Rosa, pero hasta entonces el problema era suyo. Miró al bebé. Pensó que primero colocaría la compra en la nevera y en la despensa, y luego se llevaría al bebé de paseo en el cochecito hasta que Rosa volviera a casa.

Laura se dispuso a empujar el cochecito. Tuvo que empujar con fuerza para ponerlo en movimiento, pues el cochecito del bebé era mucho más grande y pesado que el carrito de la compra. Iba despacio. Chocó contra una piedra y el cochecito estuvo a punto de volcar. Consiguió enderezarlo pero, claro, el bebé se puso a berrear de nuevo.

—¡Hola, tú! —dijo Laura empujando el cochecito. Las ruedas chirriaron —. Me llamo Laura.

El bebé la miró y siguió gritando, tenía los ojos rojos e hinchados y de vez

en cuando levantaba la mano y señalaba al aire gritando palabras a medias comprensibles: «¡Mamá, naná, mamá, mira, mira, di, luz!».

—Ahora vamos a dar un paseo, y tú te vas a quedar muy quietecita y callada sentada en tu cochecito —dijo Laura.

El bebé volvió a mirarla suspirando. Laura aumentó la velocidad. Iba por el camino de gravilla empujando el cochecito rojo. Ningún otro amago de accidente. Laura sujetó con más fuerza el cochecito, atravesó la puerta de la verja y se internó por el sendero del bosque. Parecía que la luz verde y en calma de los árboles ejercía un efecto tranquilizador en el bebé. La pequeña miraba a su alrededor, señalaba todo y decía: «¡Mira! ¡Mira!», señalando los árboles inclinados, abatidos por el viento, y las ramas que golpeaban el cochecito, como manos extendidas. Había tocones, raíces y troncos podridos, y uno o dos cadáveres de pájaro (a veces alguno más grande, tal vez de algún zorro muerto); había senderos nuevos que conducían al mar, a llanuras abiertas y verdes, a los lugares secretos donde crecían fresas silvestres que Ragnar había enseñado a Laura y Erika el verano en que lo conocieron. Erika y Ragnar ya no querían estar con Laura. Decían que era demasiado pequeña. Decían que Laura no sabía dónde estaba la cabaña, pero ella sí que lo sabía. Había estado en ella muchas veces, incluso había ayudado a Ragnar a coser y colgar una cortina delante de la gran abertura que hacía las veces de ventana.

Una vez Laura, Erika y Ragnar estaban sentados en el suelo de la cabaña en la oscuridad, y Ragnar sacó una navaja del bolsillo del pantalón para que se hicieran un corte en las yemas del pulgar y mezclaran sus sangres. Laura cogió la navaja y se hizo un pequeño corte que sangró con mucha facilidad. Pero cuando le tocó a Erika, se limitó a rozarse el pulgar sin atreverse a presionar de verdad. No salió ni una sola gota de sangre.

—¡Venga, vamos! —dijo Ragnar. Tanto él como Laura tenían sangre en el pulgar y estaban dispuestos a mezclarla, y si Erika no se daba prisa, la sangre se les secaría y tendrían que hacerse otro corte—. ¡Venga, vamos! —repitió Ragnar enfadado. Entonces Erika dijo que no quería hacerlo.

—No quiero —dijo Erika.

—Tienes que hacerlo —dijo Ragnar.

—Tienes que hacerlo —dijo Laura.

—No quiero —gritó Erika.

Entonces Ragnar perdió la paciencia. Le quitó la navaja, le cogió la mano y la mantuvo agarrada mientras le hacía un corte en el pulgar. La sangre empezó a gotear enseguida. Erika gritó y retiró la mano. Gritaba sin cesar y luego se echó a llorar. También Laura estaba a punto de echarse a llorar, tenía miedo de que Ragnar le hubiese hecho un corte demasiado profundo y que su hermana muriera desangrada. Pero las dos extendieron la mano cuando Ragnar dijo que se frotaran los pulgares unos contra otros.

—Ahora somos hermanos y hermanas de sangre, en la vida y en la muerte y para siempre, en Hammarsö, en Suecia, en la tierra y en el universo —dijo Ragnar.

Erika y Ragnar tenían entonces nueve años (los cumplían el mismo día, ¡como si fueran gemelos!) y Laura solo siete, y ellos decían que era demasiado pequeña. Y creían que Laura no sabía dónde estaba la cabaña solo porque Ragnar lo repetía un montón de veces: «No sabes dónde está la cabaña, no sabes dónde está la cabaña». Ragnar creía que era capaz de hipnotizar a la gente, porque una vez miró fijamente a Frida y dijo «Frida ama a Ragnar, ama a Ragnar, ama a Ragnar», y entonces Frida se echó a reír y cerró los ojos, luego extendió los brazos y se acercó dando tumbos hasta Ragnar como si estuviera sonámbula, y le dio un fuerte y largo beso en la boca. Luego Frida le susurró a Laura que lo había hecho en broma. Frida había besado a Ragnar porque él era repugnante y a veces tenía que hacer cosas repugnantes, dijo, como tomarte la nata de la leche o beber Coca-Cola caliente. Durante muchos años Frida y Laura fueron amigas íntimas durante los veranos, pero Frida ya no quería estar con ella. Prefería estar con Marion, la de la larga melena negra.

Laura miró a la niña en el cochecito. Llevaba ya mucho tiempo callada. A veces parpadeaba, como si estuviera a punto de quedarse dormida. El cochecito daba botes sobre ramas, piñas y pajas.

—Ya no sé qué hacer contigo —dijo Laura.

Le faltaba el aliento, estaba cansada y además el cielo se había nublado y hacía frío. Se había alejado de la casa más de lo que había pensado. Encontró el freno del cochecito y se paró debajo de un árbol. Miró a su alrededor. No



estaba segura del camino que la había llevado hasta allí ni por qué camino tenía que volver. Cuando la niña empezó a llorar de nuevo (tal vez porque el cochecito ya no daba botes), Laura le gritó que se callara.

—¡Cállate! ¡Cállate!

Laura decidió que intentaría encontrar el camino para salir del bosque e iría a buscar a Rosa; tardaría menos si dejaba el cochecito debajo del árbol. Era mucho más pesado de lo que pensaba cuando empezó el paseo.

—¡Espera aquí! Volveré enseguida —dijo Laura.

Se dio la vuelta y echó a andar. Estaba haciéndolo todo mal, todo estaba saliendo al revés, alguien se enfadaría con ella, le gritarían, y dejarían de hablarle durante la cena; en primer lugar no debería haberse llevado a la niña al bosque, y en segundo lugar no debería haberla dejado sola debajo de un árbol. Pero tenía que encontrar a Rosa. Ella era la única que sabía qué hacer en esas situaciones. Laura no lo sabía. No había tocado un bebé en su vida. Los gritos de la niña se convirtieron en llanto. Laura andaba deprisa, sin mirar atrás. No podía pasar nada, pues estaba medio sentada, media tumbada, atada en el cochecito. No estaría sola mucho tiempo. Laura se daría mucha prisa en encontrar a Rosa y ella sabría qué hacer. Seguro que la niña quería comer y beber, y habría que cambiarle el pañal.

—¡Enseguida! —gritó, sin volverse—. ¡Vuelvo enseguida!

No había peligro. No podía pasar nada. En ese bosque no había osos. Cuando Laura era pequeña, de unos cuatro o cinco años, tenía miedo a los osos. Isak tenía la culpa. Rosa le decía que se callara, pero Isak opinaba que a los niños no les venía mal asustarse, y se ponía a hablar del oso de Hammarsö, que vagaba por la isla. El oso de Hammarsö tenía la piel blanca y podía moverse por la tierra y por el agua, era medio mamífero, medio monstruo marino. Tenía los dientes afilados, los ojos brillantes y unas fauces que goteaban y suspiraban con tristeza cuando tenía hambre, y siempre tenía hambre. Llegado el caso podría despedazar a una niña y comérsela trozo a trozo.

Laura oyó un crujido entre los árboles y cómo se rompía una rama en algún sitio cerca. Todos los senderos se parecían. Ya no podía ver a la pequeña, pero la oía llorar. Se detuvo y escuchó. El llanto era diferente, más débil, como si estuviera a punto de resignarse.

Laura siguió andando, pero volvió a pararse. Aquello no podía ser. La niñita no podía quedarse sola. Tenía que volver y sacar como pudiera el cochecito del bosque. No era tan pesado. Si había logrado meterlo en el bosque, también podría sacarlo de allí. Sabría dar con el camino de regreso a casa. Encontraría a Rosa. Laura corrió. Primero vio el árbol, luego el cochecito y después al bebé, que había intentado salirse de la correa, se había enredado y no podía mover el brazo derecho. Laura corrió hasta el coche, desató la correa y levantó a la niña.

—Calla, calla —susurró, mientras mecía a la pequeña en sus brazos—. Calla, calla. No voy a dejarte sola, te lo prometo.

Laura cogió la manta de lana blanca que estaba en el cochecito, envolvió en ella el pequeño cuerpo sollozante, y se sentó en el suelo debajo del árbol. Pronto encontraría el camino a casa. Pero primero descansarían un poco, ella y la niña. La pequeña estaba tan agotada de llorar que se durmió enseguida en los brazos de Laura, con la pesada cabeza apoyada en su hombro. Laura le pasó un dedo por la frente y la nariz, la nuca suave, las muñecas menudas y las manos pequeñas.

Mientras la niña estuviera dormida, se quedaría sentada debajo del árbol y no iría a ninguna parte, no se movería.

Cuando Laura encontró por fin el sendero que había estado buscando, oyó voces que gritaban. Eran las voces de Isak, de Rosa y de Erika.

—¡Laura!

—¿Dónde estás?

—¡Laura!

Isak corría hacia ella por el sendero. Era algo poco usual: Isak corriendo por el sendero, más angustiado y perdido que enfadado, y con su cabello de oro rizado apuntando en todas las direcciones. Cuando vio a su hija con el cochecito, corrió aún más, y estaba poco claro si iba a abrazarla o a darle una bofetada. No hizo ni lo uno ni lo otro, tal vez porque estaba muy sofocado. Miró dentro del cochecito y comprobó que la niña estaba sana y salva. Laura abrió la boca para decir algo, pero Isak levantó la mano y eso significaba que se callara. Isak seguía sofocado, tanto que era incapaz de decir nada, y tuvo que agacharse para reponerse. Luego dijo en voz baja:

—¿Dónde has estado, Laura? ¿Qué coño has hecho? ¿Qué ha ocurrido en ese cerebro tuyo de lagartija para que hayas sido capaz de coger un cochecito con una niña dentro y desaparecer? —Se levantó y se hizo grande y poderoso delante de ella, luego abrió la boca y gritó—: ¡Hemos tenido que llamar a la policía! ¡Vienen de camino! ¿Te das cuenta de la que has armado?

Laura cruzó los brazos y miró a su padre con los ojos entornados. No le tenía miedo. No le tenía miedo, se repitió para sus adentros. No te tengo miedo. Pero la niña pequeña nunca había oído rugir a Isak. Lo oiría muchas veces en su vida, pero esa vez en el sendero del bosque no tenía más que un año y nunca lo había oído, nunca había oído rugir a nadie de esa forma, y se quedó tan asombrada que ella misma se puso a gritar. Laura la cogió en brazos, clavó la mirada en su padre y dijo:

—Tus rugidos asustan a la niña.

Isak cerró la boca y miró a Laura, luego a la pequeña.

Entonces llegaron corriendo por el sendero Rosa, Erika y una mujer a la que Laura no había visto nunca. Cuando la desconocida divisó a Laura y al bebé, echó a correr hacia ellas, cogió a la pequeña y la estrechó contra su pecho. Laura vio que la mujer estaba llorando y que llevaba mucho tiempo haciéndolo. Tenía la cara hinchada y llena de manchas rojas. Rosa había dejado de correr e iba ya andando tranquilamente hacia ellos por el sendero, con Erika detrás mascando chicle. Laura se dio cuenta enseguida de que a Erika le gustaba la situación. Era como una pequeña obra de teatro y a ella nadie la regañaba. No era Erika la que había desaparecido en el bosque con un bebé desconocido, dando un susto de muerte a la madre de la pequeña y obligando a Isak a llamar a la policía, que ya iba de camino desde tierra firme; una columna de coches largos, blancos y negros. Rosa puso una mano sobre el hombro de Laura y le preguntó en voz baja por qué se había llevado a Molly.

—No sabía que se llamaba Molly —contestó Laura enfadada. Miró fijamente a la niña, que ya estaba sentada sobre el brazo de su madre, y luego miró fijamente a la desconocida, intentando averiguar si pensaba que era una delincuente, secuestradora de niños.

La mano de Rosa reposaba pesadamente sobre su hombro.

—No se trata de si sabías cómo se llamaba o no —dijo Rosa en voz baja—. Lo que importa es que te llevaste el cochecito y te fuiste sin decirnos nada.

—¡No estabais! —dijo Laura—. No estabais allí. Os llamé y no estabais.

La mano grande y ancha de Rosa no dejaba de apretar el hombro de Laura. Esta miró de reojo a Isak, que estaba callado al lado de su mujer, limitándose a asentir con la cabeza. Dijera lo que dijese Rosa, él asentía con la cabeza. Como si lo que ella decía fuera evidente.

—Estábamos en la terraza tomando café con Ruth —dijo Rosa—. Papá y yo estábamos en la terraza. Estuvimos allí todo el tiempo. Molly estaba dormida en su cochecito delante de la casa y nosotros en la terraza.

—Te llamé —dijo Laura—. No estabais allí. No me oísteis.

—Si hubieras llamado, te habríamos oído —dijo Rosa—. Dejamos entornada la puerta de la terraza para poder oír a Molly si se despertaba. —Y continuó, con tono confidencial—: Ruth ha venido a Hammarsö con su hija, Molly. Ella se marchará y Molly se quedará un tiempo con nosotros. No ha sido precisamente un buen comienzo ni para Molly, ni para Ruth, ni para ninguno de nosotros, ¿a que no? Todos nos hemos asustado y preocupado mucho.

Fue como si la mano de su madre en el hombro penetrara cada vez más dentro de Laura, hasta tocar el lugar donde estaba todo el llanto, toda la sangre, todos los mocos y todos los vómitos, y Laura, que estaba temblando, abrió la boca y gritó: «Te llamé, mamá, ¡y no estabas allí!». Laura agitó los brazos antes de agacharse y vomitar. No podía parar. Le salía sin cesar como a oleadas. La mano de Rosa le soltó el hombro y se desplazó hasta su frente. Laura inspiró y cerró los ojos. Tenía siete años. Se limpió la boca con el dorso de la mano. Susurró: «Yo te llamé, ya te lo he dicho».

Paahp se había ido a vivir a la comunidad de vecinos La Colonia en algún momento de la primavera de 2004 porque quería estar cerca de su hermano, al que habían concedido una plaza en la residencia asistida para ancianos Frydens. Al morir su hermano, a finales de octubre de ese mismo año, Alfred Paahp se quedó solo en su destartalada casa, ya sin hermano mayor de quien ocuparse. Nadie en La Colonia sabía de dónde era realmente. Alguien dijo que de Europa del Este, pero otros objetaron que Paahp no era un apellido de Europa del Este. ¿Acaso era simplemente danés? ¿Era Paahp un apellido danés? Mikkel Skar decía que ya no se utilizaban palabras como Europa del

Este; no desde la caída del muro y la disolución de la Unión Soviética. Pero se podía decir centroeuropeo, añadió, sin ahondar más en la cuestión de si pensaba que Paahp era danés o no. Era una reunión general de la comunidad de vecinos que, como siempre, se celebró a las siete de la tarde en el comedor de la residencia Frydens. Paahp figuraba como un asunto del orden del día, tras el punto «Trabajo colectivo de otoño en casa de Marie y Nils smundsen». La razón era la siguiente: Paahp no había cortado el césped ni una sola vez. No recogía las hojas. Dejaba que la casa se fuera deteriorando más y más, en lugar de cuidarla. Cuando los niños le arrojaban piedras a las ventanas, no las arreglaba. No llamaba al cristalero, sino que ponía un cartón, fijándolo como podía con un trozo de cinta adhesiva.

—Resulta muy feo —dijo Mikkel Skar—. Aquello parece una zona de guerra.

Lars-Eivind dijo que seguramente Mikkel Skar no había visto las noticias de la televisión los últimos días, ya que empleaba el término «zona de guerra».

—No estoy sopesando mis palabras —contestó Mikkel Skar, malhumorado.

—Deberías hacerlo —dijo Laura, que recibió el apoyo de Alf Krag.

—Laura, Lars-Eivind y Alf, creo que los tres exageráis un poco —dijo Tuva Gran. Todo el mundo escuchaba a Tuva Gran. Al fin y al cabo, ella y su familia eran los vecinos más próximos a Paahp. Tuva había esperado que se instalara allí una familia con niños.

Era un día de octubre. Hacía mal tiempo. La niña señaló a Paahp, que estaba sentado en un banco del parque, enfrente del colegio. Dijo:

—Su hermano ha muerto.

Laura miró a su hija.

—¿Ha muerto? ¿Cómo lo sabes?

Julia se encogió de hombros.

—Entonces debemos acercarnos y darle el pésame.

Julia volvió a encogerse de hombros.

—Dar el pésame significa decir que te da pena que alguien haya muerto —le explicó Laura.

—Pero a mí no me da pena —objetó Julia.

—No, pero a Paahp le da pena, y entonces tú y yo podemos apenarnos un poco con él.

Julia cruzó los brazos sobre el pecho y miró a su madre. Acababa de aprender a poner los ojos en blanco.

—¡Ven, Julia, vamos a verlo!

Laura se arrepintió de haberse parado en lugar de haber seguido su camino. Arrastró a la niña hasta el banco de Paahp y se sentó a su lado. Le dijo en voz baja:

—He sabido que ha perdido a su hermano.

Paahp se volvió despacio hacia Laura. Sus ojos eran grandes y azules, como los de un niño. Grandes y azules, con largas pestañas negras. Cogió la mano de Laura y la apretó.

—Todo se queda en silencio cuando mueren las cornejas —dijo.

Laura asintió con la cabeza y le sonrió.

—Se queda en silencio —repitió Paahp.

—Sí —contestó Laura.

—Se queda en silencio cuando mueren las cornejas, pero a los seres humanos los recuerdo con facilidad —dijo Paahp.

—Creo que no entiendo muy bien lo que quiere decir —dijo Laura.

—Me vine aquí por él —dijo Paahp.

—¿Por su hermano?

—Sí, por él. Me mudé aquí por él.

Paahp ocultó su rostro con las manos y sollozó.

Laura le dio una palmadita en la espalda.

—Lo acompaño en el sentimiento —dijo, y se levantó. La palabra sentimiento le salió como una locomotora pitando. Cogió a Julia de la mano y echó a andar. Paahp seguía sollozando. Laura apretó la mano de su hija y siguió caminando.

Cuando se hubieron alejado un poco, Julia dijo:

—Paahp da asco.

—¿Asco? ¿Por qué da asco? —le preguntó Laura.

—Porque sí —contestó Julia.

—¿Por qué? —Laura estudió el rostro de su hija—. ¿Alguna vez ha hecho

o dicho algo que te haya dado asco?

—No —contestó Julia—. Me regala pulseras. Las hace con piedras y cuentas, y a veces con piezas de piña. Lo pasa todo por un cordón. Las pulseras son bonitas, pero Paahp da asco, todo el mundo lo sabe.

No solo se trataba de cortar la hierba o recoger las hojas. Eso también, pero todo el mundo sabía que en el fondo se trataba de las pulseras. Tanto Mikkel Skar como Ole-Petter Kramer habían dicho a Paahp que no querían que parara a las niñas camino del colegio para regalarles pulseras. Pero Paahp seguía haciéndolo. Y las niñas seguían aceptándolas. Todos los niños de La Colonia, sobre todo las niñas, recibieron de sus padres órdenes de no aceptar pulseras ni ninguna otra cosa, ni de él ni de otros desconocidos. Deberían simplemente dar las gracias y seguir andando. No surtió efecto. Había pulseras por todas partes. Alrededor de las muñecas. En las carteras. En los cajones de las mesillas. En los joyeros. En las casas de muñecas. Debajo de las almohadas. En las cajas de Lego. Alrededor de los cuellos de las muñecas. En los alféizares. En los bolsillos de los pantalones. Detrás de los radiadores. En las camas.

Se trataba de discurrir alguna manera de obligar a Paahp a marcharse. Alguna manera de librarse de él, eso era todo. Resultó que no había ninguna. Andreas Knudsen y Line Disen eran abogados, vivían en La Colonia, tenían cónyuge e hijos y habían estudiado el caso y, cada uno por su lado, habían llegado a la conclusión de que no existía ninguna base jurídica para hacer nada. «Tiene todo el derecho a estar aquí —dijeron—. No tenemos nada en qué basarnos. No ha hecho nada malo.» La comunidad de vecinos decidió por tanto que Petter Kramer, que tenía tres hijas, intentaría hablar otra vez con Paahp.

Sucedía de vez en cuando. Cuando Laura se había ido ya a dormir y apagado la luz, Isak llamaba a la puerta de su habitación, la abría un poco y susurraba:

—¿Estás dormida, Laura?

—No, no estoy dormida.

—¿Te leo algo?

—Si quieres.

Isak se sentaba en el borde de la cama y se ponía a hojear el libro que llevaba consigo, siempre el mismo.

—¡Aquí! —dijo, y siguió hojeando—. ¡Mira esto! —Siguió hojeando—. ¡Aquí, aquí hay uno que está muy bien! ¿Estás lista?

—Sí, pero no me preguntes luego lo que me parece.

Isak miró a su hija a la luz de la lámpara de la mesilla de noche. Antes de acostarse, Laura se había soltado la trenza y cepillado el cabello. Tenía una larga melena. Tan larga como la de Rosa. Sus otras hijas no tenían el cabello tan largo. Laura estaba acostada en la cama bajo el edredón, con su hermoso pelo extendido en una gran almohada blanca.

—Me iluminas —dijo Isak, acariciándole la mejilla.

—No es verdad —dijo Laura.

—¿Estás lista? —preguntó Isak.

—Sí.

—¿Qué quieres decir con que no te pregunte luego lo que te parece? —quiso saber Isak.

—No siempre entiendo lo que dices —contestó Laura—, pero no importa. De todos modos es bonito.

E Isak leyó:

*YOle-Pette nadieOle-Pette oyeOle-Pette lasOle-Pette canciones,  
oyeOle-Pette losOle-Pette susurros  
luzOle-Pette yOle-Pette quietud,  
yOle-Pette elOle-Pette olvidoOle-Pette recordó  
esteOle-Pette díaOle-Pette —loOle-Pette hundido.*

—Esta era la primera estrofa —dijo Isak—. Ahora leeré la segunda.

*EnOle-Pette unOle-Pette himnoOle-Pette transcurreOle-Pette elOle-  
Pette día  
claroOle-Pette yOle-Pette tranquilo  
yOle-Pette hayOle-Pette enOle-Pette todoOle-Pette comoOle-Pette  
unOle-Pette canto,  
yOle-Pette enOle-Pette laOle-Pette rocaOle-Pette envueltaOle-Pette*



*enOle-Pette nieblaOle-Pette deOle-Pette unaOle-Pette isla  
enOle-Pette unOle-Pette esfuerzoOle-Pette desesperadoOle-Pette  
llegaOle-Pette aOle-Pette laOle-Pette playa.*

Isak levantó la vista del libro y dijo:

—¿Quieres que te lea el poema otra vez?

—No —contestó Laura—. Ahora quiero dormir.

Isak se inclinó sobre ella y la besó en la frente.

—Buenas noches, Laura. Que duermas bien.

Se levantó y fue hacia la puerta. Laura se incorporó en la cama.

—¡Papá!

Isak abrió la puerta. Se quedó en el umbral, iluminado por la lámpara del pasillo.

—¿Qué significa «lo hundido»? —preguntó Laura.

—Creo —contestó Isak— que debe de tratarse de una especie de remolino de oscuridad.

—¿Un remolino de oscuridad?

—Sí... Algo que tira de ti o tú te dejas caer dentro lentamente. Pero no es desagradable. Algún día lo anhelarás.

Era Marion, la de la melena negra, la que decidía quién sería castigado y cómo. Antes de ella era Emily. Una vez fue Frida, pero a Frida siempre le daba la risa, así que todas se volvían hacia ella y la castigaban a ella en lugar de a otra.

—¿Nunca te dejan decidir? —preguntó Laura.

—¿Decidir qué? —preguntó Erika.

—Quién va a ser castigada —contestó Laura.

Corría el verano de 1979 y Laura tenía doce años, su trenza se balanceaba de un lado para otro cuando iba camino de la tienda. Erika salía ya siempre con Marion, Frida y Emily. O con Ragnar. Nunca tenía tiempo para ir a la tienda con Laura.

Si querían estar juntas, tenía que ser de noche. A veces Molly dormía con Laura en su cama y entonces a Erika no le daba la gana de estar con Laura. Pero otras veces Laura dormía con Erika en la cama de esta y charlaban hasta

las cuatro, las cinco o las seis de la mañana. Rosa decía que tenían que dormir cada una en su propia cama y en su propia habitación, pero ninguna lo hacía. Alguna vez, después de que Rosa e Isak se habían ido a dormir, Erika salía a escondidas de la casa y dormía con Ragnar en la cabaña secreta del bosque. Erika creía que nadie lo sabía, pero Laura se daba cuenta. Laura sabía muchas más cosas de las que Erika podía imaginar.

—Una vez participé para que Marion fuese castigada —dijo Erika.

—Creía que nadie castigaba a Marion.

—Claro que sí, a ella también. Aquí no se salva nadie. La castigamos todos: Frida, Emily, Pär, Olle, Fabian y también Ragnar.

—¿Ragnar también participó?

—Participa de vez en cuando, pero cada vez menos. Se pone tonto cuando hay mucha gente. Salta, hace gestos y canta con una voz chillona y horrible solo para llamar la atención. Y siempre está pegado a mí. Es irritante. Me entran ganas de darle una bofetada.

—Entonces, ¿por qué estás con él?

—Es diferente cuando estamos él y yo solos. Por cierto, fue a Ragnar a quien se le ocurrió cómo hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Castigar a Marion.

—¿Cómo?

—Conseguimos hacerla llorar.

—¿Cómo?

Erika soltó una risa burlona y se acurrucó contra Laura. Susurró:

—La obligamos a que se comiera una garrapata del culo de Fabian.

Laura miró boquiabierta a Erika en la oscuridad. Estaban tan cerca la una de la otra que Laura podía notar el aliento de Erika en la mejilla.

—Qué asco —dijo Laura—. ¿Y lo hizo?

—No le quedó más remedio —dijo Erika—. Tuvo que hacerlo. Estábamos en el jardín de Emily haciendo el tonto y Marion se sacudió hacia atrás su negra melena y dijo que por qué no nos íbamos a la playa en vez de estar allí sentados. «Me aburro», dijo. Entonces Pär le dijo que cerrara la boca.

—¿Pär no es el novio de Marion?

—Sí. Son novios desde hace mucho tiempo. Entonces él le dijo que cerrara la boca y Fabian se echó a reír. Y luego Ragnar, y también Olle. Todo el mundo se estaba aburriendo, y creo que les pareció bien que Pär le dijera eso a Marion. Nadie le dice nunca la verdad a Marion, nadie la contradice. Les pareció bien a todos. Ella se puso roja como un tomate, y nadie la defendió. Ni siquiera Emily, que pretende ser su mejor amiga. Entonces Pär le preguntó a Fabian si seguía teniendo la garrapata pegada en la piel del culo. El bicho llevaba allí un montón de tiempo. Fabian quería ver lo gorda que podía llegar a ponerse hasta caerse sola. Por suerte, dijo, estaba bastante arriba, y así no había peligro de aplastarla cuando sentaba su enorme culo en una silla. Fabian se estaba tronchando de risa, y se quitó el pantalón y los calzoncillos y enseñó el culo a todo el mundo. Seguro que la garrapata llevaba allí más de una semana. Era grande como una uva, marrón, repugnante y brillaba, a punto de reventar. Fue entonces cuando Ragnar le dijo a Fabian: «Creo que Marion puede quitártela». «Muy interesante», dijo Fabian con una gran carcajada, mientras movía el culo. «Sí, muy interesante», dijo Pär. «¿Cómo sugieres que lo haga?» Frida, Emily y yo nos reíamos sin decir nada, y entonces Ragnar dijo: «Yo creo que Marion, que es una auténtica gilipollas, debe morderla, masticarla y tragársela». Marion le gritó que se fuera al infierno y que él sí que era un gilipollas, «joder, eres un tarado», y entonces Ragnar le dijo que dejara de llamarle tarado que no se lo llamara más. Entonces Pär rodeó a Marion con un brazo y le dijo: «Tal vez deberías dejar de llamar tarada a la gente», la mantuvo apretada contra él y le dijo que si no se comía la garrapata del culo de Fabian, le cortaría el cabello al cero. Pär lleva siempre una navaja, ya lo sabes. Ese día también la llevaba, la sacó y se la enseñó a Marion, para que viera que lo decía en serio. Y todos nos echamos a reír de nuevo. Incluso Marion se rió un poco y dijo: «Relájate, Pär, vamos todos a la playa o a la tienda a comprar una Coca-Cola», pero entonces Fabian se agachó, con el culo al aire, y Pär agarró el pelo de Marion y dijo: «Ya sabes lo que tienes que hacer, puta». No lo dijo con ninguna intención, solo estaba bromeando. Marion se echó a llorar. Las lágrimas le salían a chorros. No decía nada. Solo lloraba. Entonces Emily y yo le dijimos a Pär que se relajara, pero Frida era incapaz de dejar de reírse.

Erika se calló. Era muy tarde. A Laura le gustaba charlar así, de noche.

—En el fondo —dijo Erika— tenía la esperanza de que no lo hiciera.

—¿El qué? —preguntó Laura—. ¿Quieres decir que se la comió?

—Sí —contestó Erika—. Fue como si recapacitara. No quería que se dijera por ahí que la habíamos visto llorar, e hizo un esfuerzo enorme por recapacitar. Se soltó de las garras de Pär y se quedó allí de pie, tambaleándose. «De acuerdo», dijo, echándose la melena hacia atrás. «De acuerdo.» Se puso en cuclillas detrás de Fabian, que aún no había vuelto a ponerse los calzoncillos, y le mordió el culo con tanta fuerza que lo hizo gritar. Luego se puso de pie para que todos pudiéramos ver la garrapata entre sus dientes, estoy segura de que seguía viva, y entonces cerró la boca y se puso a masticarla.

Laura se incorporó en la cama mirando boquiabierta a su hermana.

—¿Se la tragó?

—Sí.

—Seguro que estaba llena de sangre.

—Sí.

—¿Se echó a llorar otra vez?

—No, no se echó a llorar.

—Pobre Marion —dijo Laura.

—Todos se rieron —dijo Erika—. Incluso Marion. Creo que a todo el mundo le resultó bastante repugnante y tenía ganas de irse a su casa y olvidarlo todo, pero todos se rieron. Pär dejó de reírse de repente y dijo que Ragnar era un tarado. Había sido idea suya. Y Pär dijo: «De verdad que eres un tarado, Ragnar. ¡Vete al infierno!». Entonces todo volvió a la normalidad. Ragnar se levantó y se marchó. Marion tiró tras él una botella vacía de Coca-Cola que le pasó rozando la cabeza y él echó a correr. Salió disparado del jardín y subió corriendo por el camino que se adentra en el bosque.

—Pobre Marion —dijo Laura.

—Marion no es pobre —objetó Erika.

—Pobre Ragnar, entonces.

—Tampoco Ragnar.

Erika estrechó a Laura contra ella. Durante unos instantes yacieron en silencio, una junto a otra.

—Lo que pasa es que no hay que compadecer a nadie —dijo Erika—. ¡A

nadie!

Laura se reía por lo bajo y se volvió hacia su hermana.

—Pues sí, ¡pobre garrapata! —dijo—. Siempre hay alguien pobre, y esta vez fue la pobre garrapata.

Sonó el teléfono móvil. Laura llevaba al hombro un bolso grande de piel marrón. En el bolso había un caos total. La bolsa de la compra estaba ordenada, pero el bolso era un completo desorden. Llaves, dinero, tarjetas, billetes de tranvía, recibos, el chupete de Jesper, paquetes y envoltorios de chokolatinas, una bolsa de cortezas, que era lo que más le gustaba, un bloc de notas, el horario de clases, bolígrafos, un folleto de la iglesia sobre ritos de bautismo y entierros que había pensado fotocopiar y entregar a los alumnos para que pudieran discutir lo que era un rito. Laura tenía muchos planes cuando empezó a trabajar en la enseñanza media, pero no había tenido tiempo de llevar a cabo ni la mitad. Cuando metía la mano en el bolso para buscar cualquier cosa, por ejemplo veinte coronas para el tranvía, a veces sucedía que se pinchaba con algo y empezaba a sangrar. Un broche. Un imperdible. Un lápiz de USB. Tenía que ordenar el bolso. Se encendió la luz del teléfono móvil. Era Lars-Eivind. Había tenido que hacerse muchas más pruebas de las que pensaba, y casi llega tarde a la reunión.

—Y la reunión se fue al carajo —dijo—. No logré decir nada de lo que tenía pensado. He estado atontado y confuso.

Laura estaba delante de los estantes de verduras en la tienda del turco, pesando dos tomates en la mano.

—¿Por qué han tenido que hacerte tantas pruebas? —preguntó.

—Pura rutina.

Laura apretó el teléfono contra la oreja.

—¿Estás seguro?

—Siempre hacen un montón de pruebas, Laura. Estoy seguro.

Laura miró fijamente los tomates. Otro cliente le dio un empujón por detrás.

—Seguro que has estado muy acertado en la reunión.

—No, nada de eso. No hacía más que dudar.

—Esta noche te prepararé una cena deliciosa.

Escuchó la respiración de Lars-Eivind al otro lado. Respiraba. Estaba vivo. Se encontraba en algún sitio cerca de allí. Tenía una cara, un cuerpo, dos manos y una voz que le estaba hablando a ella en ese instante. Laura metió los dos tomates en la cesta. Sabía que necesitaba muchas más cosas, había planeado una cena estupenda, necesitaba más verduras y luego iría a la pescadería, a la tienda estatal de vinos y al supermercado, pero en ese instante era incapaz de concentrarse en algo más que en los dos tomates.

—¿Qué has hecho hoy —le preguntó Lars-Eivind—, en tu día libre?

—No lo sé —susurró Laura, alejándose de los estantes de verduras—. No he hecho gran cosa. He hablado con Erika. Va camino de Hammarsö. A ver a papá.

Lars-Eivind desapareció un momento. Alguien lo llamó o requirió su atención. Después volvió.

—Hablamos luego, Laura. Te llamo esta tarde.

Laura estaba sola, acostada en su propia cama y en su propia habitación. Así era como Rosa quería que fuera. Las tres hermanas cada una en su cuarto, cada una en su cama. En el verano nunca se hacía completamente de noche. Al menos no en Hammarsö. La función teatral de Hammarsö señalaba el paso de julio a agosto, de verano a otoño, de la luz a la oscuridad. Después de la función ya se acercaba el fin. Quedaban aún tres semanas de vacaciones, pero, en cierto sentido, el verano ya había acabado. En agosto las noches se volvían oscuras de pronto, y todo el mundo te preguntaba si te hacía ilusión volver al colegio y empezar un nuevo curso. Y aunque no te hiciera ninguna ilusión, aunque odiaras ir al colegio, tenías que decir que sí, que no veías el momento de volver. Era lo que se esperaba, decía Rosa, que siempre sabía lo que había que decir y hacer en cualquier situación. Te hacía ilusión volver a ver a la maestra y a tus compañeros de clase, y aprender cosas nuevas. Pero en aquel momento faltaba mucho para agosto. Estaban a principios de julio y era imposible ocultar la luz, a pesar de que Rosa había ido a tierra firme a comprar tela para unas cortinas precisamente para eso. La luz siempre encontraba una rendija, un agujero por donde colarse, o una superficie gastada sobre la que bailar. Casi siempre las ventanas estaban entreabiertas, y aunque hacía calor y casi nada de viento (se decía que era el verano más caluroso

desde el año 1874), las cortinas se movían un poco y entonces a la luz no le costaba nada filtrarse. Cuando Laura abría los ojos podía ver la radio en la mesilla de noche, las fotografías en las paredes, de perros, de caballos, de famosos, las revistas del Pato Donald en el suelo, y la ropa que había llevado puesta, que se había quitado y volvería a ponerse al día siguiente, amontonada encima de la silla.

Laura cerró la puerta de la terraza tras ella. Iba a coger el atajo para bajar a la playa a bañarse. Llevaba todo lo necesario en una gran bolsa azul colgada del hombro. Biquini, toalla, radiocasete, revistas, patatas fritas, refresco, chocolatinas y otras chucherías, todo lo había comprado con su propio dinero, a escondidas de Rosa. Ella decía que solo se podía comer media bolsa de patatas fritas y una tableta de chocolate a la semana, y tenía que ser el viernes o el sábado y bajo ninguna circunstancia, por ejemplo, un miércoles. Fuera, muy cerca de la casa, debajo de un árbol, yacía un pájaro en el suelo temblando. Batía las alas, pero no conseguía volar, sino que se quedaba en tierra haciendo esfuerzos. No piaba, no lloraba, no cantaba. Laura no sabía qué sonidos emitían los pájaros que caían al suelo y no conseguían volar. Al menos ese estaba callado, de su pico no salía sonido alguno. Lo único que se oía era el contacto de las alas contra el suelo. El pájaro no se daba por vencido. Se ponía tenso, tomaba impulso y batía las alas todo cuanto podía, y como no surtía ningún efecto se replegaba sobre sí mismo y esperaba unos instantes antes de volverlo a intentar. Seguía obstinándose una y otra vez. Laura habría preferido no haber visto al pájaro. Iba a la playa a bañarse y tenía todo el día por delante, largo, luminoso; pero había visto a ese pájaro que tanto se esforzaba, sufría y pronto moriría y ahora era su responsabilidad ayudarlo. Naturalmente podía seguir su camino, dejarlo allí batiendo las alas y convencerse a sí misma de que se olvidaría de él en el transcurso del día. Y tal vez se olvidara un rato, pero no le cabía duda de que habría algo que volvería a recordárselo. Podría ser cualquier cosa: los cisnes en el mar, una piedra en el borde del agua, una canción en el radiocasete. Laura lo miró. Miró a ese pájaro que se había convertido en su responsabilidad. ¡Pájaro de mierda! ¡Pájaro de mierda! Todo iba tan bien y ahora ese pájaro de mierda le exigía que hiciera algo, cualquier cosa para acabar con su dolor. Tendría que

matarlo, eso era lo que se hacía con los pájaros incapaces de volar y que se encontraban en el suelo batiendo las alas, replegándose sobre sí mismos y volviendo a batir las alas. Laura tocó ligeramente al pájaro con el pie, se sobresaltó y ella también. Se sentó en el suelo junto a él, notó que le brotaban las lágrimas y deslizó los dedos por el pequeño cuerpo del pájaro. Era como pasar un dedo por el musgo. Tengo que matarte, pájaro estúpido, tengo que hacerlo, porque no eres capaz de volar. Siguió acariciando el pequeño cuerpo. Pensó que podría aplastarlo, pero entonces lo notaría en el pie el resto del día, tal vez el resto de su vida. Podría levantarse, cerrar los ojos y dejar caer sobre el pájaro la bolsa de playa, que pesaba mucho; pero si lo hacía, quedarían en ella restos de pájaro, sangre, suciedad, plumas y entrañas, y ya no podría usar la bolsa nunca más. Mientras estaba sentada reflexionando, pasó por allí Isak. Últimamente daba muchos paseos alrededor de la casa. Daba vueltas y vueltas. Iba a hacer un papel en la función de Hammarsö, y cuando daba vueltas alrededor de la casa de esa manera por la mañana, Laura sabía que estaba ensayando sus frases. Por lo visto no era capaz de recordarlas. Llevaba el manuscrito en la mano y tenía que mirarlo todo el tiempo. Isak podía con todo, recordaba todo, incluso poemas difícilísimos de los que nadie entendía nada, como ese de lo hundido, pero nunca llegó a dominar las frases de la función de Hammarsö de ese año. Isak se detuvo al ver a Laura y al pájaro en el suelo.

—Ay, ay —dijo, tocando el cuerpo del pájaro exactamente igual que había hecho su hija—. Me temo que tenemos que matarlo —añadió—. Liberarlo de este sufrimiento.

El pájaro batió las alas. Isak se sentó en el suelo con un suspiro, apoyó su enorme figura en el suelo, y Laura pensó que si se hubiese sentado sobre el pájaro, simplemente, se habría acabado el problema; pero Isak no se sentó sobre el pájaro, se sentó de tal manera que el pájaro quedó temblando entre Laura y él. Ella siguió acariciándolo con el dedo. Isak arrugó la frente.

—Tal vez pueda ponerle una inyección —dijo—. O cogerlo y lanzarlo contra el suelo, así terminaríamos enseguida. Pobre pájaro. —Miró a Laura—. Da pena, ¿verdad?

Laura asintió con la cabeza.

Ninguno de los dos hacía nada. Laura se alegraba de que hubiese llegado



su padre, porque así ya no era responsabilidad de ella matar al pájaro. Pero ¿por qué no lo hacía ya sin más rodeos? A veces le daba la sensación de que su padre quería hablar con ella de cosas importantes. Ahora que Laura se había hecho mayor, parecía que él quería saber su opinión, era como si esperara algo de ella en forma de palabras, que ella abriera la boca y compartiera sus conocimientos, ideas, pensamientos y visiones con él. Un día hasta le preguntó por su visión del futuro; Laura no sabía qué era una visión y se limitó a mover la cabeza y encogerse de hombros, y entonces su padre pareció decepcionado. Laura sabía que era porque a ella la quería más. La quería más que a Erika y a Molly. No por lo que ella hubiera hecho ni porque fuera especial, sino porque quería mucho a Rosa, la madre de Laura, porque Rosa lo había salvado del abismo.

*—TeníaOle-Pette fríoOle-Pette yOle-Pette tuOle-Pette madreOle-Pette vinoOle-Pette aOle-Pette salvarme.*

*—PeroOle-Pette ¿porOle-Pette quéOle-Pette teníasOle-Pette frío,Ole-Pette papá?*

*—PorqueOle-Pette hacíaOle-Pette frío.Ole-Pette EstabaOle-Pette helado.*

*—¿YOle-Pette noOle-Pette podíasOle-Pette ponerteOle-Pette unOle-Pette jerseyOle-Pette yOle-Pette yaOle-Pette está?*

«Eres una hija del amor —decía Isak a Laura—, eres especial.» Con el tiempo eso empezó a sonarle como una acusación. Laura no quería ser la hija más amada. No era pequeña y graciosa como Molly, ni alta, guapa y buena estudiante como Erika. No era capaz de decir cosas interesantes cuando estaban así, sentados con un pájaro moribundo en medio de los dos, ni tenía ninguna visión, de eso estaba segura, al menos ninguna ante la que Isak pusiera cara de aprobación y dijera: «¡Sí, Laura! ¡Sí! ¡Exactamente! ¡Eres una niña muy sabia!». Laura le había preguntado a Rosa si ella tenía alguna visión, pero Rosa le había contestado que lo único que tenía era ropa cubriendo su cuerpo, comida en el estómago y el sueño de la noche, y que eso era todo lo que necesitaba, y que Laura dejara de hacerse la interesante con esas bonitas palabras que a nadie le servían para nada.

Laura miró a su padre. Él le sonrió.

—Aquí estamos, tú y yo —dijo él.

—¿No vas a matarlo ya? —preguntó Laura con impaciencia—. Quiero bajar a la playa a tomar el sol.

Isak suspiró y miró hacia otra parte.

Laura cogió la mano de su padre y la apretó.

—Aquí estamos, tú y yo —repitió, y entonces él volvió a sonreír.

Laura e Isak estuvieron un buen rato sentados en el suelo cogidos de la mano; el pájaro batía de vez en cuando las alas y temblaba, y Laura comprendió que para su padre ese era un momento importante, y así lo dijo: «Recordarás este momento el resto de tu vida», pero Laura quería levantarse y estirar las piernas, necesitaba hacer pis, quería bajar a la playa y bañarse antes de que el cielo se nublara e hiciera frío. Hasta que al fin salió Rosa por la puerta de la terraza con un termo en una mano y un periódico en la otra. A Rosa le gustaba sentarse sola por las mañanas, a tomar café y leer. Al ver a Laura e Isak sentados en el suelo, se detuvo en seco.

—¿Qué estáis haciendo aquí vosotros dos? —preguntó.

—Estamos velando a un pájaro moribundo —contestó Isak.

Rosa se les acercó un par de pasos, frunció la frente y apoyó las manos en la cintura. Hizo una seña a Laura.

—Levántate, chica —dijo—. Te vas a enfriar y a coger una cistitis si sigues sentada en el suelo. —Y se volvió hacia Isak—. ¿Quieres que Laura coja una cistitis? ¿Y tú te llamas médico? ¡Levantaos los dos!

Estiró los brazos, dio una mano a cada uno y tiró de ellos para que se levantaran.

Luego se agachó a mirar el pájaro.

—Hay que matarlo —dijo; dio media vuelta y desapareció detrás de la casa.

Laura e Isak no se movieron de allí. Aún no tenían nada que decir. Laura miró al pájaro. Cuando no estaba batiendo las alas, sino descansando entre esfuerzo y esfuerzo, podía ver cómo el pequeño cuerpo subía y bajaba. Respiraba. Su corazón latía. No estaba derrumbado. Laura miró con obstinación a Isak. No dijo nada. Pero el pájaro no se había venido abajo.

Era un remolino de respiración, calor y luz.

Rosa volvió con una pala que Isak había comprado hacía poco para hacer zanjas alrededor de la casa. Se fue derecha hacia el pájaro.

—Apartaos —dijo, con un gesto impaciente de la mano. Laura e Isak retrocedieron unos pasos.

Rosa levantó la pala, inspiró y golpeó.

—¡Ya está! —dijo.

Se volvió hacia Laura e Isak.

Rosa tenía siempre las mejillas enrojecidas.

Tiró de la trenza de Laura y dijo:

—¡No te olvides de quitarte el biquini mojado cuando te hayas bañado y ponte uno seco enseguida! ¡Las cistitis no tienen ninguna gracia!

Así es siempre, pensó Laura. Había empezado otra vez a nevar y en menos de una hora sería noche cerrada. ¡Y con ello se habría esfumado su día libre! Pronto recogería a Jesper en la guardería y a Julia en el colegio, y no había hecho nada de lo que tenía pensado hacer. Había comprado dos tomates y un ramo de tulipanes blancos, y ahora estaba quieta en la acera en algún lugar entre el supermercado y la iglesia, dejando que la nieve cayera sobre ella y el carro de la compra. ¡Ahora me pondré en marcha! Iré a comprar el vino, luego a la pescadería, al supermercado y después volveré al turco para comprar todos los ingredientes. Después iré a recoger a Jesper a la guardería y a Julia a la actividad extraescolar en el colegio. Jugaremos en el jardín. Haremos un muñeco de nieve. Me las arreglaré para tener tiempo para todo. Prepararé una cena sabrosa. Laura no se movía. Si digo levántate pie derecho y avanza un paso, entonces automáticamente se levantará y avanzará un paso, pensó. Y si digo pie izquierdo levántate y avanza un paso, también se levantará y avanzará, y entonces avanzaré, pie derecho, pie izquierdo, pie derecho, pie izquierdo, a través de la nieve. Buscaré el teléfono móvil en el bolso y llamaré a Jonas Guave para decirle que de momento no vamos a vender la casa. Lars-Eivind decía a veces que quería morir en esa casa. No ahora, dentro de muchos años. Quería ver crecer a sus hijos, quería verse rodeado de nietos, quería envejecer con Laura y luego morir. Todo en esa casa. De modo que lo de esa mañana no había sido más que un impulso. Todo. Jonas Guave podía

olvidarse de que la había conocido. Voy a hacer todo eso. Todo eso. Laura no se movía. La nieve le caía sobre el gorro, sobre la trenza que asomaba por debajo del gorro, sobre el anorak, el pantalón, los zapatos, el carro de la compra, que no estaba bien cerrado, de modo que nevaba sobre los dos tomates y los tulipanes blancos colocados encima de ellos. Laura cerró los ojos y los volvió a abrir. Así. Primero el pie derecho, luego el izquierdo. Todavía nada. Permanecía inmóvil. Laura siguió así hasta que llegó un joven andando por la acera, hablando por el teléfono móvil y con una bolsa del supermercado. El hombre tropezó con Laura y siguió su camino. No le hizo daño, pero aun así el contacto había sido duro, perturbador, inoportuno, invasor. El hombre había ido directamente hacia ella, le había dado un empujón y proseguido su camino por la acera, como si ella no estuviera, como si no existiera o no ocupara ningún espacio.

—¡Perdona, eh! —gritó Laura tras él.

El hombre se volvió. Seguía con el teléfono móvil pegado a la oreja.

—¡Perdona qué! —contestó gritando.

—¡Has tropezado conmigo! —exclamó Laura—. ¡No puedes ir empujando a la gente de esa manera!

—Cuando la gente está plantada en medio de la acera y no le da la gana de moverse, claro que puedo —dijo el hombre. Echó a andar de nuevo.

Laura cogió el carro y fue tras él. El tipo no podía tropezar con ella así, sin más, y salirse con la suya de esa manera. Quería gritarle. Quería golpearlo, pero no sabía cómo. Quería darle una patada en la espalda y, cuando se volviera, le daría una bofetada. El hombre aceleró el paso; Laura también. Ese tipo tendría que aprender a dejar a la gente en paz. Lo único que Laura deseaba era que la dejaran en paz. El hombre se detuvo, se volvió y la miró.

—¡Déjalo ya! —dijo—. ¡Más vale que lo dejes ya!

—¿Y no podías dejarme en paz? —preguntó Laura—. ¿Por qué no pudiste dejarme en paz donde estaba?

El hombre movió la cabeza resignado, y siguió su camino. Cruzó la calle y desapareció al doblar una esquina.

Laura se encontraba delante de la iglesia. Ella y Lars-Eivind llevaban seis años viviendo en la comunidad de vecinos La Colonia, y esa era la iglesia a la

que pertenecían, en esa iglesia se habían casado y bautizado a sus hijos. La puerta estaba cerrada.

Cuando Laura tenía veinticuatro años y su madre cayó enferma y no podía ni moverse ni hablar —Rosa estaba postrada en una silla de ruedas y se comunicaba mediante la mirada o tecleando las palabras «sí», «no», «no quiero más», «cansada», en un pequeño ordenador— pedía de vez en cuando a su hija que la llevara a la iglesia. Y Laura así lo hacía.

Mucho tiempo antes, mucho antes de que Laura se hiciera mayor y Rosa cayera enferma, mucho tiempo antes de que sus hermanas Erika y Molly aparecieran en su vida, Laura iba con Rosa a la tienda de Hammarsö. Al volver a casa pasaban por delante de la iglesia de piedra, siempre lo hacían al regresar de la tienda, y Rosa le contó que esa iglesia tenía cientos de años, que albergaba muchos secretos, y que su campana sonaba a todas las horas y todas las medias, día y noche, durante todo el año. En Hammarsö la puerta de la iglesia nunca estaba cerrada (los isleños sostenían que ellos se acordaban de Dios, aun cuando Dios se había olvidado de ellos), y Laura tiró de Rosa para que entraran. Y entraron. Entonces Laura tiró de Rosa otra vez y le pidió cincuenta céntimos para encender una vela.

—¿Por quién vas a encender una vela? —preguntó Rosa.

—No lo sé —contestó Laura riéndose. Le faltaban los dos incisivos superiores.

—Tal vez encienda una vela por ti —dijo— si me das cincuenta céntimos.

Rosa se los dio.

Una señora delgada con el cabello largo, negro, muy bonito, y un vestido de rayas color naranja, llegó en silencio y se colocó al lado de ellas.

La mujer dijo en voz baja:

—Aquí estás, Rosa Lövenstad, encendiendo una vela con tu hija.

Rosa se sobresaltó y se volvió bruscamente hacia la mujer.

—¡Ann-Kristin! ¡Me has asustado!

La mujer se rió apenas, como para sus adentros.

—Parece que lo hago a menudo.

—¿El qué? —preguntó Rosa.

—Asustarte.

Rosa cogió a Laura de la mano y dijo:

—No, no me asustas, Ann-Kristin.

—Ragnar ha estado enfermo. Ha tenido fiebre. Estoy cansada.

—Pero ¿ya está mejor? —preguntó Rosa.

—Sí, ya está mejor —contestó la mujer.

—Me alegro —dijo Rosa.

—Dale recuerdos a Isak —dijo la mujer.

—Ya veré si lo hago o no —contestó Rosa, cogiendo a Laura y dejando atrás las velas encendidas y la iglesia.

—¿Quién era? —preguntó Laura.

—Una mujer a la que papá conoció hace muchos años —contestó Rosa—. Vive en esta isla en el verano, y en Estocolmo durante el invierno, igual que nosotros.

—¿Y quién es Ragnar? —preguntó Laura.

—Es un niño.

—¿Qué edad tiene?

—No lo sé. Mayor que tú. Quizá unos seis años.

Poco antes de morir Rosa, Laura preguntó a su madre si creía en Dios.

La madre ya no tenía ningún músculo en el cuerpo con el que asentir o negar, ni siquiera era capaz de sonreír. Le quedaba aún un poco de libertad de movimientos en el dedo índice, que empleaba para teclear palabras en el ordenador. «No lo sé», escribió. Miró a Laura. «Pregúntale a Isak. Él puede hablar. Yo estoy cansada.» Su mirada era más penetrante, ahora que solo manejaba unas cuantas palabras. En aquel momento Laura pensó que su madre guardaba algún secreto, una respuesta a mil preguntas, pero luego pensó que seguramente todos los moribundos daban la impresión de guardar un secreto. Era el anhelo de los supervivientes de encontrar sentido, coherencia, conocimiento, consuelo.

Cuando Rosa murió fue Laura quien la lavó, la arregló y le puso el fino vestido de flores que tenía desde hacía años, y los zapatos azules de tela que le gustaba llevar en verano. Su madre tenía también elegantes zapatos de tacón, pero ni a Laura ni a Isak les parecía adecuado que Rosa yaciera en la

tumba con zapatos de tacón. Laura cepilló y trenzó el cabello de su madre de la misma manera que peinó y trenzó el suyo propio. Una respuesta a mil preguntas. Laura estudió la cara de su madre. Cogió el lápiz de labios del bolso y puso un poco de color rojo en la piel descolorida. ¡Así! Laura retrocedió un paso para contemplar su obra. Vestido de flores, zapatos de tela azul, una larga trenza, mejillas sonrosadas. Isak ya podía entrar. Rosa estaba preparada.

Laura se volvió y se fue hacia casa. Dejaría la bolsa de la compra en su sitio y cogería el cochecito de Jesper. El niño nunca quería volver andando, y menos cuando nevaba y hacía frío. Aún no eran las cuatro de la tarde, pero ya era casi completamente de noche. Lo de la cena especial no era tan importante. Podrían pedir pizzas. Las adornaría con dos tomates, y su cabello y el de su hija con tulipanes blancos. Luego podrían meterse todos en la cama y ver la tele. Laura iba a abrazar a Lars-Eivind, a Julia y a Jesper, tenía los brazos lo bastante largos. Comerían pizza y se meterían en la cama a ver la tele, y los niños podrían dormir toda la noche en la cama de sus padres, si querían, atravesados.

—¿Molly, eres tú?

Laura iba por el camino y pasó por delante de la pancarta. ¡hay niños viviendo! Giró a la derecha, ya estaba casi en casa. ¡hay niños jugando! Tenía el teléfono móvil pegado al oído. La voz de Molly sonaba contenta. Cuando Laura se casó con Lars-Eivind y se mudó de Estocolmo a Oslo, pensó que vería a Molly con frecuencia. Pero no era así. Erika, Laura y Molly solo se veían de vez en cuando, hablaban de unas cosas y otras y prometían verse más a menudo. Al fin y al cabo eran hermanas.

—¿Molly, eres tú?

Molly se rió.

—Sé que hace algo así como medio año que no hablamos, de modo que primero te diré el motivo de mi llamada, luego puedes pensártelo y volverme a llamar.

—¿Decirme qué? —preguntó Molly.

—Erika va camino de Hammarsö a ver a papá —contestó Laura.

—¿A papá? —dijo Molly.

—Sí, a papá —contestó Laura—. Isak. Está muy mayor.

—Sí que lo está —dijo Molly—. Pero yo no le hablo desde hace muchos años.

—Ya lo sé —dijo Laura—. Por eso Erika y yo habíamos pensado que tal vez fuera una buena idea pasar unos días con él.

—¿En Hammarsö? —preguntó Molly.

—Sí, en Hammarsö —contestó Laura—. Así él puede vernos a nosotras y nosotras podemos verlo a él, si entiendes lo que quiero decir.

—No he estado en Hammarsö desde que tenía..., ¿cuántos años tenía? Cinco años, creo.

—Tenías cinco años —dijo Laura.

—¿Quieres decir que vayamos ahora? —preguntó Molly.

—¡Sí, ahora! ¡Justo ahora! —contestó Laura—. Es decir, yo me iré mañana por la mañana. Erika ya está de camino, pero ha dado un rodeo por Sunne. Y yo me voy mañana por la mañana. Puedes venir conmigo.

—No puedo. Empiezo los ensayos en el teatro dentro de menos de una semana. No puedo..., así sin más... Mi vida ya no tiene que ver con Isak.

—Yo también había decidido no ir —la interrumpió Laura—, pero ahora he cambiado de opinión.

—¿Creéis que se va a morir? ¿Papá está enfermo?

—No, no creemos que se vaya a morir, Molly. Está viejo, no enfermo. Él dice que se va a morir pronto, pero lleva diciendo eso doce años.

—Muchas veces pienso que sería una liberación que se muriera —dijo Molly.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero es lo que pienso.

La madre de Molly, Ruth, murió cuando ella tenía solo ocho años. Laura, que entonces tenía dieciséis, pasó por delante de la puerta abierta de la cocina del piso de Estocolmo y oyó a Rosa e Isak discutir acerca de si Molly debería irse a vivir con ellos. Al fin y al cabo, Isak era su padre.

Voces que hablaban en susurros:

—Pero tú estás siempre en el piso de Lund —decía Rosa—. Nunca estás



aquí conmigo. Yo tengo que ocuparme de Laura sola, y ahora quieres que también eduque a tu cría cuervos, ¿es eso?

—No —dijo Isak—. No. No quiero. La niña puede vivir con su abuela materna en Oslo. Será mejor así.

Laura y Molly estuvieron muchos años sin saber nada la una de la otra. Crecieron cada una por su lado. Laura estudió para ser profesora y Molly fue a la Escuela Superior de Teatro de Oslo y se convirtió en directora.

«¿No podría buscarse una formación decente y un trabajo decente?», había dicho Isak en aquella ocasión.

Laura y Erika defendieron a su hermana pequeña. Dijeron a Isak que debería estar orgulloso de ella. Le dijeron que era muy buena en lo suyo. Le dijeron: «Todo el mundo dice que es muy buena».

Pero Laura y Molly se perdieron de vista. Entre ellas se había hecho el silencio.

*¡Molly!Ole-Pette ReposabasOle-Pette sobreOle-Pette miOle-Pette brazoOle-Pette enOle-Pette laOle-Pette estrechaOle-Pette camaOle-Pette enOle-Pette laOle-Pette habitaciónOle-Pette oscura,Ole-Pette enOle-Pette esaOle-Pette islaOle-Pette queOle-Pette pensábamosOle-Pette queOle-Pette seríaOle-Pette nuestraOle-Pette paraOle-Pette siempre.Ole-Pette EstábamosOle-Pette acurrucadas,Ole-Pette escuchandoOle-Pette laOle-Pette vozOle-Pette deOle-Pette IsakOle-Pette enOle-Pette laOle-Pette habitaciónOle-Pette deOle-Pette alOle-Pette lado;Ole-Pette seOle-Pette habíaOle-Pette sentadoOle-Pette enOle-Pette elOle-Pette bordeOle-Pette deOle-Pette laOle-Pette camaOle-Pette deOle-Pette Erika,Ole-Pette eOle-Pette intentabaOle-Pette consolarla.Ole-Pette EraOle-Pette enOle-Pette plenaOle-Pette noche,Ole-Pette peroOle-Pette todosOle-Pette losOle-Pette queOle-Pette vivíamosOle-Pette enOle-Pette laOle-Pette casaOle-Pette estábamosOle-Pette despiertos.Ole-Pette FueOle-Pette laOle-Pette nocheOle-Pette enOle-Pette laOle-Pette queOle-Pette nadieOle-Pette durmió.Ole-Pette FueOle-Pette laOle-Pette terribleOle-Pette nocheOle-Pette enOle-Pette laOle-Pette queOle-Pette nadieOle-Pette consiguióOle-Pette dormir,Ole-Pette túOle-Pette sabesOle-Pette porOle-Pette qué,Ole-*

*Pette yOle-Pette yoOle-Pette teOle-Pette dijeOle-Pette queOle-Pette olvidarasOle-Pette todoOle-Pette loOle-Pette queOle-Pette habíasOle-Pette visto.Ole-Pette YOle-Pette entoncesOle-Pette —¿loOle-Pette recuerdas,Ole-Pette Molly?Ole-Pette— ¡IsakOle-Pette empezóOle-Pette aOle-Pette cantar!Ole-Pette LeOle-Pette cantabaOle-Pette aOle-Pette Erika,Ole-Pette queOle-Pette estabaOle-Pette enOle-Pette laOle-Pette camaOle-Pette deOle-Pette laOle-Pette habitaciónOle-Pette deOle-Pette alOle-Pette ladoOle-Pette llorando.Ole-Pette IsakOle-Pette teníaOle-Pette unaOle-Pette vozOle-Pette oscuraOle-Pette yOle-Pette atronadora.Ole-Pette YOle-Pette túOle-Pette meOle-Pette mirasteOle-Pette exhibiendoOle-Pette tuOle-Pette preciosaOle-Pette sonrisaOle-Pette mientrasOle-Pette decías:Ole-Pette ¡Bum!Ole-Pette ¡Bum!Ole-Pette ¡Bum!*

Entre ellas se había hecho el silencio. Pero cuando Rosa murió, Laura recibió una carta de Molly, que decía:

Querida Laura:

Ahora somos las dos huérfanas de madre. Tal vez seamos más hermanas así. Ya tengo dieciocho años. Sigo viviendo con mi abuela, pero pronto me iré a vivir sola. Si tú vienes a Oslo, o yo voy a Estocolmo, tal vez podamos vernos. Un abrazo, Molly.

P. S. Dale recuerdos a papá de mi parte. Erika me dice que quiere quitarse la vida por lo de Rosa. No creo que lo haga. A mí me parece que llegará a muy viejo.

En la mochila de Julia había una nota dirigida a todos los padres de la comunidad de vecinos La Colonia, firmada por Mikkel Skar, Geir Kvikkstad, Tuva Gran y Gunilla y Ole-Petter Kramer. La nota hacía referencia a la reunión de la comunidad de vecinos celebrada en el mes de diciembre, en la que se había tratado una vez más el tema de la conducta de Paahp.

Ya a principios de noviembre, Ole-Petter Kramer había hablado con Paahp. Por aquel entonces Kramer pensó que la reunión había sido positiva. Estuvieron hablando sentados en unas sillas de madera en la destartalada cocina de Paahp. Bebieron un aguado café instantáneo. Paahp asintió y dijo

que no se repetiría, que comprendía que las niñas de la vecindad no debían pensar que estaba bien recibir regalos de desconocidos. Comprendía que los padres pudieran estar preocupados. También comprendía, ahora que hablaban así, con el corazón en la mano, de vecino a vecino, de hombre a hombre, que era importante no descuidar la casa, de modo que pudiera llegar a perjudicar a la comunidad y el bienestar de los vecinos. Paahp prometió llamar al cristalero y rastrillar las hojas del jardín al día siguiente, y retirar la nieve de la entrada en el invierno. Al final Paahp había estrechado la mano de Kramer mientras decía algo sobre las cornejas que Kramer no pudo captar, pero este calificó la conversación de cien por cien positiva. Por eso, sobre todo, en la reunión de diciembre Ole-Petter Kramer mostró su irritación, incluso su ira. Cerró el puño y dijo: «¡Maldito idiota!». La reunión general de diciembre era tradicionalmente para favorecer el buen ambiente, con vino caliente, acorde con la costumbre navideña, y el único punto del orden del día era el taller navideño dirigido por la familia Krag. Pero el buen ambiente desapareció por completo cuando una familia tras otra dio testimonio de nuevas pulseras. Las niñas sabían ya, tras innumerables conversaciones con sus padres, que no les estaba permitido hablar con Paahp, ni aceptar sus pulseras. Y sin embargo lo hacían. Aceptaban las pulseras, las conchas, se las colocaban en sus muñecas y en las de otras niñas, comparaban las perlas, las conchas, las piedras y las piezas de piña, y cuando llegaban a casa las escondían en fundas vacías de CD, dentro de libros de cuentos que ya no leían, detrás de las ventanitas de los calendarios de Adviento, y los padres las encontraban una, otra y otra. Así no podían continuar, ya estaba bien, Paahp tenía que marcharse de allí.

—No lo entiendo —dijo Ole-Petter Kramer—. No lo entiendo. Fui a hablar con ese hombre. Estuvimos sentados en su sucia cocina bebiendo ese asqueroso brebaje que él llama café, y comprendió todo lo que le dije. No empleé ni una sola palabra que él no entendiera. Comprendió la gravedad del asunto. Y sin embargo, todo sigue igual que antes. ¿Nos está tomando el pelo? ¿Cree que no nos damos cuenta?

*Extiende Ole-Pette sus Ole-Pette largos Ole-Pette brazos Ole-Pette de Ole-Pette viejo Ole-Pette hacia Ole-Pette nuestras Ole-Pette niñas, Ole-Pette las Ole-Pette para Ole-Pette en Ole-Pette la Ole-Pette calle Ole-Pette*

*cuando Ole-Pette vuelven Ole-Pette del Ole-Pette colegio, Ole-Pette habla Ole-Pette con Ole-Pette ellas, Ole-Pette les Ole-Pette hace Ole-Pette regalos, Ole-Pette les Ole-Pette coge Ole-Pette la Ole-Pette mano.*

Se nombró una comisión, una especie de comisión semioficial, una comisión poco clara, opinaban algunos, ya que no tenía ni nombre ni estatutos, un grupo de reflexión que presentaría distintas propuestas para una solución definitiva del problema que había surgido en la comunidad de vecinos La Colonia.

—Así que esta es la solución—dijo Laura al teléfono móvil.

Se paseaba por el jardín hablando con Tuva Gran. Llevaba la carta en la mano. Ya se había hecho de noche y Julia y Jesper, a regañadientes, se habían puesto a hacer un muñeco de nieve. Julia quería ver la tele y Jesper quería que su madre lo cogiera en brazos, pero Laura dijo que sería divertido hacer un muñeco de nieve, le pondrían una zanahoria en la nariz y una bufanda al cuello, y desde el jardín le daría la bienvenida a papá cuando llegara del trabajo.

Laura leyó la carta que había en la mochila de Julia.

—Es un acto simbólico—dijo Tuva Gran—, una señal silenciosa que de una manera educada le dirá que tiene que dejar de molestar a nuestros hijos.

—No molesta a nuestros hijos—objetó Laura, echando un vistazo a Julia, que estaba ayudando a su hermanito a hacer una bola de nieve.

—No sabemos de lo que es capaz—dijo Tuva Gran en voz baja—. He oído historias. Mis hijas dicen que da asco. ¿Por qué da asco, Laura? ¿Por qué dicen que da asco?

—No lo sé—contestó Laura.

—Mis hijas dicen que les preguntó si querían ir con él a su casa. ¿Por qué iban a irse con él a su casa? Dicen que Jenny smundsen, que tiene cuatro años, ¡cuatro años, Laura!, les contó que el viejo le había dado una pulsera y señalado la parte baja de su tripa.

—Los niños dicen tantas cosas...—dijo Laura.

—¿Por qué iba a mentir?—preguntó Tuva. Su voz era chillona—. Las niñas me lo contaron sin que yo les preguntara. Dijeron que a Jenny smundsen

le dio una pulsera y luego señaló la parte baja de su tripa. Dijeron que luego se señaló la cola, si quieres que te lo diga tal cual. ¿Y quieres que lo dejemos estar? ¿Es eso lo que quieres?

—No, claro que no —contestó Laura—. Pero no creo que él..., no creo que Paahp sea..., creo que no es más que un viejo que se siente solo.

—Sea como sea, no es el comportamiento normal de un viejo —la interrumpió Tuva Gran— ir en busca de niñas y tentarlas con regalos. ¡Lo sabes! ¡Lo sabes, Laura! Y él sigue como antes, incluso después de que le hayamos suplicado que lo deje.

En la carta, la comisión instaba a todos los padres a inspeccionar las habitaciones de sus hijas para encontrar todas las pulseras escondidas. Se adjuntaba una lista de posibles escondites. Se instaba además a los padres a entregar todas las pulseras a Mikkel Skar, Geir Kvikkstad, Tuva Gran, Gunilla Kramer u Ole-Petter Kramer. La comisión las metería todas ¿en un cubo? ¿en una bolsa de papel? ¿en una caja de cartón? y se las devolvería a Paahp.

—Todo el que quiera puede participar en la devolución —dijo Tuva Gran—. Nos reuniremos en Frydens a las nueve esta noche e iremos todos juntos a casa de Paahp.

—¿Cuántos? —preguntó Laura—. ¿Cuántos iréis a casa de Paahp a las nueve?

—No lo sé —contestó Tuva Gran—. Muchos, creo. Tendrá que entender de una vez por todas que tiene que mantenerse alejado. Así de simple.

Laura miró a Julia y a Jesper. Necesitaban ayuda. Eran incapaces de hacer el muñeco de nieve sin ella, y ella estaba paseando por el jardín hablando por el teléfono móvil. Había sido idea suya. Ella les había dicho que sería divertido hacer un muñeco de nieve, y ahora vagaban en la oscuridad con una nieve mojada y blanda, pasando frío. El muñeco de nieve aún no tenía cabeza y los niños querían entrar en casa. Laura tomó aliento, les dio la mano y dijo:

—Ahora, vamos. Haremos una enorme bola de nieve. La haremos rodar los tres juntos y cuando hayamos terminado tendremos la cabeza.

—Con una nariz de zanahoria —gritó Jesper.

—Claro, con una nariz de zanahoria —asintió Julia.

Laura miró a los niños. Había olvidado comprar zanahorias.

—¡Nariz de tomate! —dijo Laura—. Este muñeco de nieve tendrá una nariz de tomate, que es mucho mejor.

Miró a su hija. Nadie te tocará.

—¿Verdad que sí, Julia?

Julia abrió la boca, y volvió a cerrarla. Jesper se secó la cara con la manopla sin parar de dar saltos para entrar en calor, y cada vez que saltaba, susurraba «rodar, rodar, rodar, rodar».

—También queda bien con una nariz de tomate —dijo Julia en voz baja.

Laura corría, corría más deprisa que todos los demás. Laura siempre había sido rápida. Atravesó corriendo la valla y salió a la calle, dobló la curva por delante de casa de Tuva Gran, subió corriendo por la entrada de coches, de donde nadie había quitado la nieve desde que había empezado a nevar, y llegó a la destartalada casa con varias ventanas rotas. Llamó a la puerta. El viejo abrió y la miró.

—¿Quiere entrar? —le preguntó.

—Sí —contestó Laura.

—Sentémonos —dijo Paahp.

—Sí —asintió Laura.

Él iba delante, andando con dificultad por un pasillo y un salón oscuros. Laura lo seguía. Se sentaron en la cocina. La había amueblado con dos sillas de madera y una gran mesa amarilla también de madera. Del techo colgaba una bombilla. En el alféizar de la ventana había cuatro plantas verdes. No estaban marchitas. En la mesa amarilla había diferentes cajas, y en las cajas había perlas, piñas, piedras, trozos de vidrio y conchas. El viejo le sirvió café instantáneo. Un café aguado. Paahp no le preguntó el motivo de su visita. Ni ella misma lo sabía muy bien. Había dicho a Lars-Eivind que tenía que hacer un recado y que pidiera pizzas para los niños y para él.

—¿No ibas a preparar una cena especial? —preguntó Lars-Eivind, echando un vistazo a la cocina demasiado ordenada.

—Sí, pero la haré otro día —contestó Laura—. Ahora tengo que hacer un recado.

Y allí estaba, sentada en casa de Paahp sin saber qué decir. Eran las nueve y algunos minutos.

—Como sabe, he perdido a mi hermano —dijo Paahp.

Laura asintió con la cabeza.

—Él era el último. Ya no me queda nadie.

Laura volvió a asentir con la cabeza.

—Siempre he querido tener un hermano —dijo.

—Yo puedo ser su hermano —dijo Paahp—, así no habrá tanta quietud y silencio.

—No creo que sea buena idea —dijo Laura—. No soy muy buena como hermana.

Paahp se inclinó sobre sus cajas y sacó una gran cuenta roja que puso en la mano de Laura.

—Para mi hermana —dijo.

Llamaron a la puerta. Laura oyó voces delante de la casa. Volvieron a llamar a la puerta. Una voz gritó «¡ABRA, PAAHP!»

Paahp miró a Laura.

—Vienen más visitas —dijo.

—Sí, pero creo que no debe abrirles —dijo Laura.

—¿Por qué no? —preguntó Paahp.

Laura acercó la silla al otro lado de la mesa y se sentó junto a él.

Alguien se puso a dar puñetazos en la puerta. Se oyeron más voces. «¡ABRA! ¡ABRA!»

Paahp estaba inclinado sobre la mesa. De repente apartó las cajas. Su espalda era una fina columna. Tenía las manos delgadas. «¡ABRA!»

—¿Por qué no tengo que abrir? —repitió.

Laura no había comido en todo el día. El café de Paahp le ardía en el estómago. Sonaron más golpes en la puerta. «¡ABRA! ¡ABRA! ¡ABRA!» Laura se tapó la boca y negó con la cabeza, incapaz de controlar las lágrimas. Era incapaz de controlar lo que le salía de dentro. Todo rodaba. No podía controlarlo. Abrazó a Paahp y apoyó la cabeza en su hombro.

—No tenga miedo —susurró.

Paahp no se movió. Laura no podía oír los latidos del corazón del hombre,

pero se imaginó que los oía. Pensó que Paahp era un gran corazón rojo latiendo, y que él se lo había dado a ella, que lo había dejado con mucho cuidado en los brazos de Laura. Los de fuera seguían golpeando la puerta. De vez en cuando llamaban, daban golpes o gritaban, otras veces empujaban el picaporte, aunque sabían que la puerta estaba cerrada. Al final lo dejarían, darían media vuelta y regresarían a sus casas sin haber conseguido su objetivo. Pero por el momento estaban dando tremendos golpes a la puerta, como si no fueran a dejar de hacerlo nunca. Parecía que iban a quedarse allí golpeando la puerta para siempre, y ella estaría abrazando a ese hombre eternamente, sin acabar nunca.

Lo estrechó contra ella y susurró otra vez:

—Por favor, no tenga miedo.

Lars-Eivind y los niños sabían que Laura se iba. Habían dormido todos en la misma cama, algunos en la dirección correcta, otros atravesados.

Era temprano y aún estaba oscuro cuando Laura se metió en el coche y recorrió la corta distancia que separaba La Colonia del barrio de Majorstua. Molly vivía en un piso de tres habitaciones en Schøningsgate. Laura no tuvo que llamar y decirle que bajara. Molly estaba ya esperando en la calle. A su lado, en la acera, había una gran maleta negra.

Laura tuvo que salir para ayudar a su hermana a meter la maleta en el coche.

—¿Es que te vas a quedar a vivir allí? —preguntó Laura sin aliento, señalando la maleta—. ¿Vas a mudarte a Hammarsö y resucitar la función de teatro?

Molly se rió.

—¿Como directora de la obra?

—Claro.

Laura puso el coche en marcha.

—Todavía recuerdo algunas de mis frases de aquel verano —dijo Molly, mirando la carretera.

—Dime alguna —dijo Laura—. No recuerdo ninguna de las mías.

—«Y cae la noche —dijo Molly—, la luna sale, llena y firme.»



—Sí, ¿y luego?

—Eso es todo. Es todo lo que recuerdo.

Laura tomó la E6, en dirección a Estocolmo.

—Podemos parar en Örebro —dijo—. Podemos cenar bien y hacer noche en un buen hotel, y mañana seguimos.

—Sí —asintió Molly—. Podría estar bien.

Laura cogió el teléfono móvil sin apartar la mirada de la carretera. Era buena conductora. Marcó el número de Erika.

—Hola —dijo en voz baja—. Ya vamos de camino. ¿Puedes llamar a papá y decirle que vamos todas a Hammarsö? —Miró a Molly sonriendo—. Dile que vamos las tres.

### III

## La función de teatro de Hammarsö

Molly corretea por un sendero del bosque que no conocía, en realidad no es un sendero, sino una fina línea en el suelo, y al final del sendero que no es un sendero, el bosque se abre y se convierte en un pequeño claro verde y en la llanura hay una cabaña torcida de madera. Molly sabe que si se tumba en el suelo a cierta distancia, detrás de un matorral en la hierba alta, nadie puede verla. Se vuelve invisible. Puede quedarse allí sola bajo el sol y comer fresas silvestres hasta mancharse toda de rojo. Eso es lo que va a hacer.

Si Dios abriera su gran ojo negro y echara un vistazo a la pequeña isla de Hammarsö, tal vez se sorprendería de haber creado en algún momento un lugar tan hermoso y tan curtido por la intemperie del que más tarde se olvidó. Claro está que Dios había creado lugares en la tierra más hermosos y más curtidos por la intemperie que Hammarsö, y claro está que no se trataba de la única isla del planeta de la que Dios se había olvidado. La verdad es que cada vez que Dios repasaba su creación llamando a cada cosa, a cada ser humano, a cada

animal y a cada lugar por su nombre, decidiendo si era bueno o malo, Hammarsö constituía solo una minúscula parte de lo que Dios se olvidaba de nombrar. Ser olvidado por los seres humanos es doloroso; ser olvidado por Dios significa para muchos vivir sin amparo ni consuelo, es como mirar dentro de un abismo; pero a los habitantes de Hammarsö el hecho de que Dios se hubiera olvidado de ellos no les supuso ninguna catástrofe. Año tras año habían trazado parcelas y quitado piedras; habían picado, cavado y arado, apenas se podía sobrevivir pero, a pesar de todo, sobrevivieron, y hombres y mujeres se lanzaron al mar a cazar focas, y unas veces regresaban y otras no. Así, la historia de Hammarsö era la misma historia que se puede contar de cualquier otra obstinada pequeña isla del mundo. Hambre, fatigas, tempestades, el llanto de los niños, muerte, personas ahogadas, todo eso, sí, pero no más de lo que cabría esperar en un pobre pedazo de tierra en el mar. Los habitantes fijos, que iban menguando a medida que las generaciones más jóvenes se trasladaban a tierra firme, vivieron y se reconciliaron con los largos inviernos, con las inhóspitas llanuras que recordaban a las sabanas africanas, con los pálidos lagos, con las vacas blancas y silenciosas de mirada negra y profunda, con la canción que habla del agua, a la vez hermosa e insoportable, con historias de muertos que no conseguían la paz y que se aparecían en la vieja cocina, en la porqueriza, en las lilas o debajo de la escalera de caracol, dando sustos de muerte a niños y perros; vivieron y se reconciliaron (al menos en parte) con un Dios que los había olvidado. «Querido Dios —se decía en la oración de la noche—, tú que reinas sobre Suecia, Noruega, Dinamarca y en parte de Hammarsö, bendice a nuestros hijos y permite que muchas y grandes naves cargadas de oro vengan a encallar aquí para que podamos vivir felices para siempre.» Los habitantes de Hammarsö tenían sus propios amigos y enemigos, y así había sido siempre. La isla se jactaba de algún que otro asesino, y los asesinatos eran descritos en detalle por los que todavía los recordaban. Y siempre habían tenido locos, siempre había alguien que incendiaba uno o dos graneros, que montaba una oveja o que propagaba mentiras sobre otros, y siempre había alguno al que no le bastaba con lo que tenía en casa y que se dedicaba a la caza de todo lo que llevaba falda; ese era el Picha Grande en persona, hijo del Picha Grande y nieto del Picha Grande. Esas cosas se heredaban, decían en Hammarsö. Pero salvo

algún caso raro, los habitantes de la isla habían vivido en paz, como amigos o como enemigos. Lo único que les resultaba un problema era conciliarse con los turistas. No es que se quejaran. Los turistas, que empezaron a llegar hacia finales de los años cincuenta y que se extendieron como la mala hierba o las algas venenosas, resultaron ser rentables; compraban comida en la tienda, perritos calientes y periódicos en el quiosco, y zapatillas de piel de oveja y pinturas con motivos de la naturaleza local en el mercadillo de verano que se hacía todos los años en la casa de la cultura Hembygdsgården, pero hacerse amigo de ellos o siquiera considerarlos enemigos dignos de serlo... ¡eso jamás!

Es muy probable que Dios, si alguna vez hubiera echado un vistazo a Hammarsö, se habría quedado sorprendido por el paisaje, la gente y todo aquello que había creado y después había olvidado. Tal vez habría descubierto a esa niña que está cogiendo fresas y ensartándolas en una paja para hacer un collar de perlas dulces. Deja el collar entre unas piedras en la hierba alta del prado delante de la casa de su padre, y se olvida de él. Tiene que hacer otra cosa. Tal vez alguien la esté llamando o quizá vaya a bañarse en el mar ahora que nadie está mirando. Es fácil imaginarse la sorpresa de la niña cuando a la mañana siguiente se despierta recordando el tesoro que tiene escondido en la hierba y espera el momento de ir a cogerlo para adornarse con él o comérselo y mancharse la cara y las manos de rojo. Dios levantaría su mano grande y pesada y se frotaría su gran ojo negro para poder contemplar todo eso con nitidez y claridad, y entonces no solo vería a la niña de las fresas, sino también niños jugando en la playa y haciendo extrañas construcciones con restos de naufragios y piedras, un viejo viudo solo junto a la mesa de la cocina y dos niñas con sendos polos que se derriten volviendo a casa desde la tienda, un arrogante gallo en medio de la carretera principal —esa carretera que serpentea desde la bahía del transbordador en el norte, hasta la playa de arena y la ciudad de veraneo en el sur— y una sudorosa familia de la ciudad que baja la ventanilla de su Volvo y grita al gallo que se aparte de la carretera; Dios vería un corderito moribundo debajo de un árbol, expulsado del rebaño de ovejas porque la madre no quiere saber nada de su cría y la granjera ha decidido que el animal no va a criarse con biberón. «Esto es lo que hay», dice ella, y la naturaleza ha de seguir su curso. Vería amapolas de un rojo vivo en

un prado, y un niño muy flaco corriendo sin parar por el bosque de pinos seguido de una fila de niños gritando, vería una cabaña oculta y torcida en una llanura y un hombre que se pone una barba postiza e intenta por todos los medios recitar algo a su mujer, pero las palabras que pronuncia no son más que palabras inventadas y ni siquiera Dios entiende lo que está diciendo. Todo esto vería Dios si por unos instantes echara un vistazo a ese pequeño rincón de cosas olvidadas, lo vería todo y se diría a sí mismo que eso es lo que hay, yo creé todo esto y todo tiene un nombre, esta isla es un lugar que existe en la tierra, al igual que estas personas, sus habitantes.

Palle Quist (más conocido entre los niños de Hammarsö como el padre de Emily y Jan) era el cerebro de la función anual de Hammarsö, tan famosa en la isla. Desde 1971 hasta 1979 escribió una nueva obra de teatro, que duraba toda una velada. Tras un tiempo de frenéticos ensayos con actores aficionados y extras, se representaba en Hembygdsgården a finales de julio, antes de que los veraneantes cargaran el equipaje en sus coches y regresaran a sus casas. Palle Quist no era escritor de profesión, pero había publicado dos novelas en la década de los sesenta. Una tenía noventa páginas, la otra ochenta; luego «se calmó mi vena creativa», como dijo él mismo en una entrevista para el periódico local en 1979. En los años sesenta se había divorciado de su primera mujer, Magdalena, la madre de su hija Emily, que entonces tenía dos años. En la década de los setenta se volvió a casar y tuvo a su hijo Jan, además de conseguir un puesto de subalterno en el primer gobierno de Olof Palme. «Autor, en esa época, de novelas incomprensibles y miembro activo del Partido Comunista de la Izquierda, es actualmente un fiel socialdemócrata con un Volvo y un perro, que ha recuperado su capacidad creativa en Hammarsö», decían en la entrevista. El periodista no dejó de mencionar que en dos ocasiones, en 1976 y 1977, Palle Quist había intentado escribir una obra con matices políticos. Las alusiones indirectas, pero no por ello menos maliciosas, al primer ministro Thorbjörn Fälldin en la obra *Suecia, Ole-Pette mi Ole-Pette patria* indignaron a algunos integrantes del público, pero, a decir verdad, lo que realmente hizo que bastante gente se levantara y se marchara fue la maliciosa parodia de la monarquía sueca. Palle Quist juró que no tenía en mente al rey Carlos Gustavo y su esposa Silvia al escribir la obra. Todo lo

contrario: ¡adoraba a Silvia!

El año anterior había puesto en escena una obra sobre la energía nuclear y sus peligros. *¡P!Ole-Pette ¡P!Ole-Pette ¡P!Ole-Pette Plutonium* era su título, y la reseña del periódico local fue más bien tibia. Se hizo mucho hincapié en que no se entendía lo que significaba *¡P!Ole-Pette ¡P!Ole-Pette ¡P!* ¿Era un mensaje secreto que nadie entre el público había entendido? ¿O *¡P!Ole-Pette ¡P!Ole-Pette ¡P!* remitía simplemente a la palabra plutonio? En ese caso las «p» sobraban por completo y no se debían sino al deseo del autor de hacerse el interesante, opinaba el crítico, un periodista de Örebro de veintidós años, que hacía de sustituto en la época estival y que no se tomó la molestia de discutir la trama, el mensaje, el talento de los actores, la dirección o la escenografía. A Palle Quist, le dolió porque con la obra *¡P!Ole-Pette ¡P!Ole-Pette ¡P!Ole-Pette Plutonium* tenía la esperanza de despertar o, por lo menos, suscitar interés entre la juventud. A finales de la década de los setenta, Palle Quist decidió evitar todos los temas políticamente controvertidos, pues era más acorde con el talante de Hammarsö, y optó por dedicarse a la escritura de obras inspiradas en viejas canciones, dramas clásicos, varietés y cuentos populares.

Palle Quist compartía la dirección con Isak. Las nuevas obras las ponían en escena los dos caballeros, y se celebraban reuniones generales dos veces por semana en las que todo el mundo aportaba algo, ya se tratase del guión, la dirección o la escenografía. Palle Quist opinaba por principio que la estructura horizontal era la única manera de convivir y colaborar, ¡pero la verdad era que odiaba la estructura horizontal! Odiaba las reuniones generales, porque las propuestas de cambios en el guión y la dirección siempre acababan en una trivialización, por no decir en una tonta simplificación de su idea original.

Todos los veraneantes y residentes que quisieran probar suerte como actores y que se encontraran de vacaciones en la isla durante esas tres imprescindibles semanas del mes de julio, podían participar en la obra. Y así sucedió también en 1979. La condición era, como siempre, inscribirse a tiempo, es decir, a principios del mes de mayo, no más tarde del día 10, por

carta o mediante una llamada telefónica a Palle Quist.

La difícil labor de escribir empezaba ya en junio. Como actor, había que comprometerse a asistir a todos los ensayos en el garaje de Linda y Karl-Owe Blom, y a cada reunión general. Las faltas de asistencia debidas, por ejemplo, al buen tiempo para ir a la playa, no se admitían bajo ninguna circunstancia y podían dar pie a que el autor sin previo aviso le retirara al ausente su papel en el reparto.

En el verano de 1979 Isak pidió ser relevado de su pesada responsabilidad como director y en cambio actuar en el escenario. Quería probar suerte como actor, dijo. Palle Quist aceptó inmediatamente y se puso frente a su máquina de escribir a crear para él un papel especial, el de viejo sabio, un narrador o profeta omnisciente, un papel con el que Isak se mostró muy contento, aunque a Rosa le confesó que le daba miedo el largo poema rimado al final de la obra que trataba de la añoranza de los muertos por volver a la vida. La función de Hammarsö de ese año —que era un homenaje a la naturaleza, las gentes, la historia y las ricas tradiciones narrativas de la isla— era la obra más ambiciosa nunca escrita por Palle Quist.

El motivo por el que Palle se había mostrado tan dispuesto a cumplir el deseo de Isak y dejarle actuar en el escenario en lugar de dirigir era que, en su labor de director, Isak había exhibido ciertas tendencias despóticas ante el grupo. El año anterior había criticado un pasaje crucial en el nuevo texto de Palle Quist, un fragmento con el que el autor se sentía muy conmovido. Isak dijo que el pasaje en cuestión expresaba un sentimentalismo y una falta de originalidad que él, como corresponsable artístico, no podía suscribir. Más tarde, ese mismo día, ofendió a la gran dama de la función de Hammarsö, Ann-Marie Krok (la abuela de Marion) por no recordar todas sus frases, y hasta se permitió dudar de que Ann-Marie Krok fuera la persona más adecuada para el papel de reina de los elfos.

En general, participaban las mismas personas todos los años, y poco a poco la función de teatro de Hammarsö se convirtió en una tradición en consonancia con el campeonato de tenis Hammarsö Open y la reunión anual de canto en el salón de Caroline y Bosse Althof (tíos de Pär). En 1978 la función

recibió por fin una reseña positiva en el periódico local, y esto le costó a Palle Quist grandes quebraderos de cabeza a la hora de ponerse a escribir de nuevo. El miedo al fracaso estuvo a punto de paralizarlo.

También en el verano de 1979 los ensayos duraron dos semanas y, como siempre, se planificaron tres representaciones ante el público: ensayo general, estreno y último día de función.

Ragnar corre por el bosque. Ragnar es más rápido que todos los demás. No saben dónde se esconde. No saben nada de esta isla. Vienen todos los veranos con sus padres, vienen para odiarlo y no saben nada. ¡Nada! Marion es la peor. Marion es una mierda. «Tarado», le grita cuando lo ve, pero la tarada es ella. Marion y toda esa maldita pandilla suya son los tarados. Los oye en algún lugar a lo lejos, detrás de él. Oye cómo lo llaman. Oye su propia respiración y sus propias pisadas, luego no oye ni las pisadas. Solo la respiración. Corre deprisa, como si apenas tocara el suelo. Está sin aliento, pero no extenuado. No siente pinchazos en el costado. Es más rápido que ellos. Este verano Marion ha conseguido reunir a más gente de su parte, también a algunos chicos. Años atrás Ragnar andaba con los chicos que ahora lo persiguen; les había enseñado la isla y todo lo que se podía hacer en ella (¡excepto la cabaña!), y había robado restos de whisky, vodka y ginebra del mueble bar de su madre y lo mezclaba todo en una botella de refresco que compartía fraternalmente con los demás. Ahora todos los chicos querían follarse a Marion, y si no conseguían follarse a Marion querían follarse a Frida o a Emily. Ragnar siempre había corrido más deprisa que ellos. Sabe que Fabian, Olle y Pär lo persiguen, corren sin cesar con Marion, Frida y Emily. Erika odia a Marion. Cuando Ragnar y Erika eran más pequeños, hablaban de colarse en la habitación de Marion por la noche y cortarle su larga melena negra mientras dormía. Pär se ha vuelto enorme y velludo desde el verano anterior, alto, velludo y musculoso. «¡SOY MÁS RÁPIDO QUE VOSOTROS! ¡QUE OS JODAN!» Ragnar mira hacia atrás. Se detiene un instante, toma aliento y grita: «¡QUE OS JODAN! ¡DEJADME EN PAZ!» Su voz llega lejos. No se atreverán a tocarlo. Marion, que está con Pär, dice que le quitará la ropa a la fuerza y obligará a Lill-Jokke a follárselo por el culo, o



ella le meterá la aguja de hacer punto de su abuela por la picha, o tal vez una de las chicas pueda sentarse sobre ese bulto que tiene entre las cejas y frotárselo con el coño. «¡ERES MUY, PERO QUE MUY FEO! ¿SABES, RAGNAR?»

En la torcida cabaña del bosque que él mismo ha construido, reparado y ampliado cada año, cuelga un espejo. Ragnar tiene una mancha de nacimiento entre las cejas, pero Erika se inclina sobre él y le besa, primero en la boca, luego en los ojos. No es tan feo. Depende de la luz, de los gestos que haga y de la ropa que lleve. Con la gorra veraniega de cuadros comprada en Londres y una camiseta talla XXL tiene bastante buena pinta. Así no se le nota la mancha de nacimiento. Al mirarlo con los ojos de Marion es un monstruo, un mongólico, una bestia; pero al mirarlo con los ojos de Erika no es nada de todo eso.

Si concentra todas sus fuerzas en su propia mirada, la cara del espejo está bastante ajada, pero resulta aceptable. En Londres lo habrían dejado en paz. Y en Nueva York. Él no pertenece a este lugar. Odia Suecia. Odia a todos los jodidos socialdemócratas y a todos los malditos asistentes sociales. Se mira fijamente. *YouOle-PetteOle-PettetalkingOle-PetteOle-PettetoOle-PetteOle-Petteme?Ole-PetteOle-PetteYouOle-PetteOle-PettetalkingOle-PetteOle-PettetoOle-PetteOle-Petteme?Ole-Pette YouOle-Pette talkingOle-Pette toOle-Pette me?* No podrán encontrarlo en la cabaña; las vacaciones de verano en Hammarsö no son muy largas y después de las vacaciones de verano él y su madre regresarán a Estocolmo, y allí hay más sitios donde esconderse. En los parques, en los cines y bajo una farola en un banco en el que nunca se sienta nadie y puede llamarlo suyo. Quiere que Erika y él se sienten un día en ese banco. Erika vive en Oslo. Un día él irá a Oslo. Pero la vida no es mejor en Noruega, la misma mierda que en Suecia. Tal vez puedan escaparse a Los Ángeles o aún más lejos, a Sidney o a Hong Kong.

En Estocolmo los gilipollas no se llaman Marion o Emily, Frida o Pär, Fabian u Olle, allí tienen otros nombres. Pero irán a por él, se llamen como se llamen. Ragnar hace otro gesto. *YouOle-Pette talkingOle-Pette toOle-Pette me?*

Una vez, hace muchísimos años, antes de conocer a Erika, Marion y él eran íntimos amigos. Incluso novios. Tenían ocho años y eran novios. Ragnar casi lo ha olvidado, hace mucho tiempo de aquello.

—No te creo —dice Erika—. ¿Tú y Marion?

Erika pasa mucho tiempo con él en la cabaña. Le lleva bollos de canela, leche con cacao y, a veces, un poco de vino que consigue coger sin que Rosa e Isak se den cuenta.

—Es verdad. Caminábamos por la playa cogidos de la mano, diciendo que éramos novios.

Erika se vuelve hacia él.

—¿Por qué te odia?

Ragnar no contesta. Lo que más le apetece es estar tumbado en el catre junto a Erika, sin moverse, sin decir nada o al menos sin hablar de Marion y los otros. Ellos no significan nada.

—No importa —dice.

Es horrible estar así: contando los días que faltan para que su madre y él se marchen de Hammarsö y vuelvan a Estocolmo, para alejarse de los gilipollas. Es verdad, prefiere a los gilipollas de Estocolmo que a los de Hammarsö. Marion no existe en Estocolmo. Es decir, sí existe en Estocolmo, pero no en el Estocolmo de Ragnar. Viven en dos ciudades distintas. Exactamente igual que allí viven en dos islas diferentes. Nadie conoce la Hammarsö de Ragnar, acaso solo un poco Erika. Y nadie conoce el Estocolmo de Ragnar.

Un día, el invierno anterior, se encontró con Marion delante de Rigoletto, en Kungsgatan. Se saludaron con la cabeza y se dijeron hola, como dos conocidos normales y corrientes. Ella estaba acatarrada y pálida, y llevaba un ridículo gorro y un anorak de plumas abrochado hasta el cuello. No vio ni un cabello de su larga melena negra. Ni siquiera bajo tortura admitiría que Marion le parecía guapa y aquel día en Kungsgatan, ni siquiera mona, solo una chica muy normal y muy corriente con un gorro muy ridículo en la cabeza. En su Estocolmo está Puggen, y Puggen es un adulto. Puggen y Ragnar son amigos. ¡Pero todo esto es bastante jodido! El problema de contar los días que faltan para marcharse de Hammarsö es que está contando al mismo tiempo los días

que faltan para separarse de Erika, y no quiere, no quiere separarse nunca de Erika. Cuando era pequeño contaba los días que faltaban para Nochebuena y para su cumpleaños, e incluso para el día de su santo (¡como si fuera algo para celebrar el llamarse Ragnar!), porque ese día siempre recibía un regalo de su madre. Pero ni siquiera un idiota cuenta los días que faltan para bañarse en ácido o para separarse de la persona amada. Ragnar ya no se molesta en contar los días que faltan para su cumpleaños.

Ragnar y Erika cumplen años el mismo día.

Este año cumplen catorce. Y cuando llegue ese día solo faltarán tres para el estreno de la función de Hammarsö y seis para que su madre y él vuelvan a Estocolmo. Seis días. Ni siquiera una semana. Seis días son, se mire como se mire, un tiempo insoportablemente corto.

Ragnar estudia su cara en el espejo. *ThenOle-PetteOle-PettewhoOle-PetteOle-PettetheOle-PetteOle-PettehellOle-PetteOle-PetteelseOle-PetteOle-PetteareOle-PetteOle-PetteyouOle-PetteOle-PettetalkingOle-PetteOle-Petteto?* Un día le harán una operación para quitarle la mancha de nacimiento de la frente y luego irá a Hammarsö y todos se quedarán boquiabiertos. «¡Joder! ¿ese es Ragnar?», dirán. Porque no solo se habrá librado de la maldita mancha, no solo tendrá la frente lisa y bronceada, también habrá crecido, será más alto y más fuerte que Pär y todos esos gilipollas. Y agarrará a Marion por su negra melena y la arrastrará por la carretera. Mira su imagen en el espejo y se guiña un ojo, se lleva las manos a los costados y hace un gesto con el dedo índice como si tuviera una pistola en cada mano. «¡soy yo! ¿lo veis? ¡solo soy yo! ¡solo soy yo el que está aquí!»

El vestido es azul. Molly tiene otros vestidos, pero el que más le gusta ponerse es el azul. Su madre ha lavado ese vestido tantas veces en la lavadora que está completamente raído. Cuando Molly se despierta por la noche se va corriendo a la habitación de al lado, donde duerme su madre. Se encoge en la gran cama junto a su cuerpo cálido y se acurruca entre sus largos brazos.

La razón por la que Molly no quiere dormir en su cama por las noches es que en su habitación vive un oso, dentro de la pared.

En el verano es Rosa la que lava el vestido azul en la lavadora. No es fácil

dormir en la cama de Rosa por la noche, porque en ella duerme Isak. Si Molly lo intenta —deslizarse sigilosamente dentro de la habitación y de la cama de Rosa—, Isak se despierta profiriendo alaridos.

La única que se digna escuchar la historia del oso dentro de la pared es Laura.

—Puedes dormir en mi habitación, en mi cama —dice Laura.

Molly asiente con la cabeza y mira al suelo. Tiene dos hermanas que se llaman Erika y Laura. Son hermanas durante el verano, nada más.

—Tengo unas uñas tan afiladas que son como garras y con ellas puedo sacarle los ojos, y tengo unos dientes tan afilados que son como espadas y puedo morderle el cuello hasta que le salga sangre a chorros —dice Laura.

Laura no es grande, redonda y suave como su madre, sino frágil y angulosa como su cama. No está previsto que las dos niñas duerman en la cama de Laura. Cada una debe dormir en su cama y cada una en su habitación, y quedarse durmiendo toda la noche. Eso dice Rosa. Cuando Molly se despierta por la noche y tiene miedo del oso, Laura le susurra al oído que matará al oso con uno de sus cuchillos y luego lo despellejará. Venderá la piel en la tienda y le pagarán por ella un montón de dinero que no piensa compartir con nadie, ni siquiera con Molly. Laura quiere todo el dinero para ella sola.

—Es mi oso —objeta Molly.

—Pero yo soy quien lo mata —contesta Laura.

Al final cocerá al oso, hará una sopa y se la servirá a Isak, que come cosas así.

—¿De verdad? —pregunta Molly.

La oscuridad es total, la noche es larga. El reloj del salón da tres campanadas. Laura dice que Molly tiene que dormir, pero no sobre su brazo, porque duele. Laura canta la canción de cuna de Molly:

*Duerme, Ole-Pette duerme, Ole-Pette mi Ole-Pette bien,  
la Ole-Pette luna Ole-Pette te Ole-Pette quiere Ole-Pette bien.  
Duerme, Ole-Pette duerme, Ole-Pette mi Ole-Pette bien,  
y Ole-Pette el Ole-Pette sol Ole-Pette te Ole-Pette cuida Ole-Pette también.*

Cuando Rosa lava el vestido azul lo cuelga goteando de una percha blanca dentro de un armario caliente en la lavandería. La madre de Molly no tiene lavandería. Solo la tiene Rosa. En ella lava los calcetines, las camisas y los pantalones de Isak, y luego los cuelga en perchas blancas dentro de ese extraño armario caliente. Todos los días hay calcetines, camisas y pantalones colgados en el armario caliente, y a veces también está colgado allí el vestido azul, entre la ropa de Isak, en una percha blanca.

No está permitido entrar en la lavandería, no está permitido abrir la puerta del armario caliente y tampoco sentarse dentro del armario caliente para calentarse después de haberse bañado en el mar helado. Si lo haces te puedes morir. Por ejemplo, si la puerta se cierra y no consigues volver a abrirla. Pero se está muy calentito y es muy agradable meterse debajo de las perneras humeantes de los pantalones de Isak, y quedarse allí sentada calentándose junto a Laura. Cuando Erika entra en la lavandería suele ser para enjuagar su biquini con agua fría, y no porque quiera sentarse en el armario. Erika es demasiado mayor para esas cosas.

En la puerta del armario secadora de la lavandería Isak ha colgado una nota escrita con un grueso rotulador rojo en la que pone: ¡ESTE ARMARIO NO DEBE SER USADO POR NIÑOS QUE SE BAÑAN! ¡EL QUE INFRINJA ESTA REGLA SERÁ SEVERAMENTE CASTIGADO! Debajo de la nota ha dibujado un oso con dos cuernos torcidos en la frente.

Laura le lee a Molly lo que dice la nota. Dice que el dibujo no es de un oso, sino de un diablo.

Erika está enjuagando su biquini en el lavabo. Pone los ojos en blanco. No suele dignarse jugar con Laura y Molly. A veces Rosa ofrece cinco coronas a la hermana que quiera cuidar de Molly mientras ella se va a tierra firme o limpia la casa. Erika no tiene tiempo. Tiene que ir a ver a Marion o a Ragnar, o a comprar helado o alguna otra cosa en la tienda. Laura dice que, de hecho, tampoco ella tiene tiempo, pero le hace falta el dinero.

Molly estudia el dibujo de su padre y dice que no cree que sea un diablo. Lo dice aunque no sabe qué es un diablo.

—Es un oso —dice Molly.

—Es un diablo —dice Laura.

—Es un oso —dice Molly.

—Los osos no tienen cuernos en la frente —objeta Laura, señalando los cuernos.

—No son cuernos, son dientes —dice Molly.

—Sabes muy bien que nadie tiene dientes en la frente.

—¡Claro que sí! —protesta Molly.

—Al menos no los osos. Nunca he visto un oso con dientes en la frente.

Molly se pone furiosa.

—¡Yo sí!

Erika coge a Laura del brazo y le dice que se relaje. Laura dice que no es ella la que hace de niñera. Erika no debe meterse en cómo hace Laura su tarea de niñera.

Erika se encoge de hombros.

Laura señala otra vez el dibujo y le dice a Molly:

—Eso es un diablo con cuernos.

—¡Son dientes! ¡Son dientes! —grita Molly.

Se sienta en el suelo y golpea el armario con los puños.

Erika escurre el biquini y se marcha.

—Conozco a papá un poco mejor que tú y sé qué clase de dibujos hace —dice Laura. Apoya el índice en el dibujo de Isak—. Y esto no es un oso —añade.

—Me importa un bledo lo que digas —responde Molly. Se echa a llorar—. Me importas un bledo tú. ¡Es un oso y todos los osos tienen dientes en la frente!

Un día tras otro brilla el sol. Calor en el aire, calor en el mar, calor en la hierba. Hace demasiado calor para llevar el vestido azul. Lo mejor es ir casi desnuda. Solo con braguita y camiseta. O biquini. Pronto será el cumpleaños de Molly. Dentro de poco cumplirá cinco años. De regalo quiere un biquini.

Molly sabe que es posible saber y no saber nadar a la vez. Es algo difícil de explicar a Rosa y a Isak. Ellos dicen que o sabes o no sabes nadar. Dicen que en lo que a la natación respecta, no existe el «no, pero sí». Dicen que bajo

ninguna circunstancia está permitido bañarse en el mar cuando solo se tienen cuatro años y cincuenta y una semanas y no se está del todo segura de saber nadar. Isak la rodea con sus brazos, la levanta por los aires y le da muchas vueltas.

«¡Harás lo que yo te diga, si no, no te volveré a dejar nunca en el suelo!»

Isak la llama la flor azul. No porque ella sea una flor, sino porque su vestido favorito es azul.

Molly siente un cosquilleo en el estómago y en la cabeza y se ríe a carcajadas mientras Isak le da vueltas aún más deprisa.

Molly sabe que Isak no entiende lo que ella quiere decir. Casi nunca lo entiende. Él es un gigante, y ella una flor azul. Lo más importante es que ella sepa que sabe y al mismo tiempo no sabe nadar. Por eso Molly solo se baña cuando nadie la mira. Baja hasta la playa. Se quita el vestido, lo dobla cuidadosamente y lo coloca sobre una piedra. Se tumba en el agua, sobre el fondo de piedras, y deja que la mojen las olas.

Es el verano de 1979. El verano más caluroso desde 1874. Lo dice el periódico. Es el mes de julio. Molly sabe contar hasta diez. En su habitación cuelga un calendario con fotografías de gatitos. Cada noche Molly pinta en él una cruz. Dibuja una gran cruz roja sobre el día que ya ha terminado y que nunca volverá, quizá solo en el cielo, donde todo sucede y se repite una, otra y otra vez. Al menos eso dice Isak.

Pintar una cruz en el calendario es una manera de saber con seguridad que el tiempo pasa. Otra manera es sentarse debajo del reloj de péndulo del salón y seguir con atención el movimiento de la manecilla grande, que da la vuelta completa una vez por minuto.

Cuando los chicos mayores se bañan, Molly está en la playa mirando y gritando «UY, UY, UY». Erika, Laura, Ragnar, Marion y los demás chapotean, juegan, se divierten y la saludan con la mano.

Cuando uno de ellos desaparece bajo el agua —lo que sucede de vez en cuando, pues llega una ola y el chico o la chica desaparece dentro de ella—, Molly eleva las manos hacia el cielo y grita «UY, UY UY» con tanta fuerza que el chico o la chica vuelve a aparecer tan vivito y coleando como antes.

Dentro de cuatro semanas, cuando haya pasado todo ese tiempo, la madre de Molly le lavará el vestido y lo tenderá en una cuerda que está por fuera de la ventana del dormitorio del piso, en la segunda planta. La madre de Molly no tiene lavandería ni tampoco armario secadora. Molly vive con su madre en un piso en Oslo. Molly no vive en Hammarsö.

Laura le ha contado que un día hace mucho, mucho tiempo, cuando Molly era un bebé, estaba sentada a la puerta de Isak en Hammarsö gritando sin parar hasta que Rosa e Isak no tuvieran más remedio que abrir la puerta y meterla dentro de casa. La madre de Molly dice por teléfono que las cosas fueron de otra manera.

Un día Molly se sienta en el suelo frente al reloj de péndulo de Isak, decidida a quedarse allí sentada hasta volver a Oslo. O al menos hasta el día de su cumpleaños. Está sentada en el suelo durante una eternidad. El tiempo pasa muy despacio cuando lo miras. Mientras está allí sentada, un pájaro entra volando en el salón. Hay tres ventanas en el salón de Isak, solo una de ellas está abierta y el pájaro entra volando precisamente por esta. Es un pájaro pequeño y gris que zumba por la habitación como una avispa, pero peor, porque es mucho más grande que la avispa. Y de repente se golpea la cabeza contra una de las ventanas cerradas. ¡Bum! Molly se levanta y corre hacia el pájaro formando un cuenco con las manos.

—¡Ven, pajarito! ¡Ven!

Pero el pájaro no la oye y vuelve a golpearse contra la ventana cerrada. ¡Bum! Y otro bum. Luego se hace caca. Cacas blancas de pájaro chorrean por la ventana. El pájaro agita las alas y Molly se pone de rodillas.

Cierra los ojos con mucha fuerza, se tapa los oídos y susurra:

—¡SOCORRO! ¡SOCORRO! ¡SOCORRO!

El pájaro vuela hacia el techo y se posa en el buró de Isak. No se mueve. Molly sigue arrodillada, mirándolo a través de sus dedos abiertos. En la habitación reina un silencio total, solo se oye el tictac del reloj. Piensa que si cierra los ojos con mucha fuerza y cuenta hasta diez, el pájaro se irá volando sin hacerse más daño. Cierra los ojos con fuerza.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez.

Abre los ojos.



El pájaro sigue allí.

Un pequeño bulto gris y vivo en lo alto del buró.

Quisiera que todo fuera como siempre, poder sentarse, observar el paso del tiempo y volver a aburrirse. Pero nada será como siempre mientras el pájaro esté dentro y no fuera.

Molly se levanta despacio y se acerca con cuidado a las ventanas, primero abre una y luego otra.

—¡Mira, pajarito! ¡Mira aquí! ¡Sal!

El pájaro la mira. Ella no sabe si la mira, pero lo parece. No quiere que vuelva a volar, a zumbar enloquecido de una a otra pared, a golpearse la cabeza contra las ventanas cerradas y a hacerse caca. Pero tampoco quiere que siga posado en el buró, mirándola. No quiere que tenga miedo, al menos no cuando ella es la única que sabe que tiene miedo. Si quiere, puede alejarse volando y tener miedo en otro lugar, pero entonces no será ella quien tenga que cuidarlo, nadie espera que Molly tenga que socorrer a los pájaros del mundo entero. Puede haber pájaros que tengan las alas manchadas de petróleo, que no puedan volar y estén muriéndose en la playa, eso es algo que sucede constantemente. Es triste, pero no demasiado. Puede haber pájaros que sean devorados por otros, que se metan en los salones de otra gente o que queden atrapados en la rama de un árbol. Eso no es problema de Molly. Si Isak, Rosa, Erika o Laura hubieran entrado en el salón, ella podría haberse ido corriendo y entonces ese pájaro tampoco habría sido problema suyo. Pero ahora está allí. Molly y el pájaro están solos. De repente el pájaro levanta el vuelo y va hacia ella, se precipita hacia ella. Molly se tapa la cara con las manos, grita y aprieta los ojos.

De nuevo oye ese sonido, ¡Bum!

—¡Por favor, vete! ¡Vete!

Molly se echa a llorar.

Y de pronto, nada. Silencio total. Mira de nuevo al buró. No está allí. Mira a su alrededor. El pájaro ha desaparecido. Ya no está allí. Ha salido volando por una de las ventanas que Molly había abierto.

Molly ha salvado al pájaro. Ahora ya no está.

Ya no existe.

Molly corretea por el bosque, entrando y saliendo entre los árboles. Lleva unas sandalias rojas nuevas. Cuando hace tanto calor como ahora, lo mejor es llevar sandalias. El problema es que los dedos están al descubierto, y si se tienen unas tijeras muy afiladas es posible cortarlos todos. Cada dedo. Lo dice Laura. No es que Laura (que de hecho tiene unas de esas tijeras afiladas) fuera a cortar los dedos a su hermana pequeña, por ejemplo mientras duerme y no lleva sandalias, pero sí hay gente que podría hacerlo. Ragnar, por ejemplo. Ragnar también tiene un cuerno en la frente. No dos cuernos, como en el dibujo de Isak, sino uno. Una noche, cuando Molly estaba con Laura en su estrecha cama, Laura encendió la lámpara de la mesilla y susurró:

—Si miras de cerca a Ragnar, verás que tiene un bulto marrón en la frente. Antes era un cuerno enorme, pero Isak se lo ha operado y le ha quitado la mayor parte.

—No te creo.

—Es verdad —dijo Laura.

—¿Y después, qué?

—Cuando su madre tuvo a Ragnar, todo estuvo a punto de acabar muy mal. No conseguían sacarlo debido a ese cuerno.

Laura se tocó el cuello haciendo un sonido horrible. Luego el azul de sus ojos desapareció del todo y los globos oculares se volvieron completamente blancos.

—¿Y después, qué? —preguntó Molly.

—Después —prosiguió Laura—, cuando Ragnar tenía un año y había aprendido a andar, su madre lo cogió de la mano y fue a ver a Isak y a pedirle que le operara. Pero aunque Isak es médico, no consiguió quitárselo del todo.

Molly corretea entre los árboles del bosque. El biquini que quiere para su cumpleaños ha de tener lunares como el de Erika, y decorará la tarta que le hará Rosa con fresas silvestres que cogerán Erika y Laura. Ella, por su parte, estará sentada en un cojín rojo comiendo pudín de chocolate todo el día. Lo ha dicho Isak.

Si Molly no está en casa cuando Rosa se pone a preparar la cena, lo que ocurre a las cuatro y media —hora y media antes de servir la cena—, sus

hermanas tienen que salir a buscarla. A veces la ven a lo lejos, escondida detrás de un árbol, porque Molly sabe y no sabe esconderse. A veces no la ven. A veces no contesta cuando la llaman. Casi siempre lleva el vestido azul, y esperan distinguir un trozo. El vestido está totalmente descolorido y apenas le tapa ya el trasero. Este verano Molly va a participar en la función de teatro de Hammarsö. En realidad se tiene que haber cumplido los seis años, pero Isak dice que Molly podrá participar aunque solo tiene cuatro años y cincuenta y una semanas. Rosa le va a hacer un vestido de terciopelo rojo púrpura y cuando acabe de cantar hará una profunda inclinación y recitará en sueco:

*YOle-Pette ademásOle-Pette caeOle-Pette laOle-Pette noche  
laOle-Pette lunaOle-Pette seOle-Pette elevaOle-Pette llenaOle-Pette  
yOle-Pette firme,  
estamosOle-Pette aOle-Pette medioOle-Pette caminoOle-Pette entreOle-  
Pette laOle-Pette luzOle-Pette yOle-Pette laOle-Pette oscuridad,  
estamosOle-Pette aOle-Pette medioOle-Pette caminoOle-Pette deOle-  
Pette nuestraOle-Pette representación.*

Erika oye cómo la llama Laura, pero hace como si nada. Está sentada en la cama sin hacer, leyendo una carta de Ragnar. Hay algo que quiere decirle cara a cara. «¡Reúnete conmigo en la cabaña!» Tarda bastante en leer la carta, porque está escrita enteramente en la lengua secreta que hablaban cuando eran más pequeños. En la radio están poniendo música, Jam, Stranglers, Boomtown Rats, pero de pronto la música es interrumpida por las noticias, que hablan del terror en las playas de España. Erika levanta un instante la vista de la carta, escucha y vuelve a la lectura. «... tres finlandeses y un sueco muertos... Los turistas se bañan en su propia sangre en la Costa del Sol.»

—¡Erika! —grita Laura desde la cocina.

Erika no contesta.

—¿Dónde estás? —grita Laura.

Erika se mete debajo del edredón y se tapa la cabeza con la almohada.

De nuevo más voces.

—¡Erika! ¡Erika! —grita Rosa.

Y luego la fina voz de la hermana pequeña.

—¡Erika, tienes que venir ya! —grita Molly.

Erika aprieta la almohada con más fuerza aún sobre su cabeza, a la espera de que alguien abra la puerta y la encuentre. (¡Abrir la puerta sin llamar! Nadie se molesta nunca en llamar aunque en la puerta haya un cartel que lo indica. El único que llama es Isak, cuando quiere algo de ella.)

—¡Erika! —grita Laura.

—¡Erika! ¡Erika! —chilla Molly.

—¡Erika, puedes venir ya! ¡Te necesitamos! —grita Rosa.

Erika echa el edredón a un lado. Hace demasiado calor para taparse con él. Por la noche dormirá desnuda tapándose solo con la funda, y meterá el edredón debajo de la cama. A Rosa no le gusta que lo haga. Opina que hay que taparse con edredón incluso cuando hace calor, no se sabe por qué. Pero este es el verano más caluroso desde 1874, e incluso Rosa permite, bien es verdad que contra su propia convicción, que se abran las ventanas para que haya corriente en la casa. La corriente es lo que Rosa más odia en el mundo.

Es el periódico local el que sostiene que es el verano más caluroso desde 1874, pero Isak dice que no puede ser. Dice que no hace falta retroceder más que hasta el verano de 1971 para encontrarse con temperaturas altas y duraderas.

—¡Erika, tienes que venir! —grita Laura.

—¡Ven, Erika, tienes que venir a ayudar! —grita Rosa.

—¡Erika! —chilla Molly.

Erika se queda sentada en la cama, inmóvil, escuchando las voces que vienen desde fuera, voces desde la cocina, voces desde el salón, voces de alguna parte de la terraza. Entonces alguien llama suavemente a la puerta.

—¡Erika! —dice Isak, y ella se lo imagina apoyando su gran cabeza en la puerta para que pueda oírle.

—Te necesitamos. Tienes que cantar. ¿Puedes abrir la puerta?

Erika se levanta de la cama y se arrastra por el suelo. Lleva una camiseta blanca ajustada, que cree que le queda muy bien con la piel bronceada, y la parte de abajo del biquini. Tiene el cabello largo y enredado, ya le llega por debajo de los hombros. Laura tiene el cabello aún más largo. Erika abre la puerta, se apoya en el marco y clava la mirada en su padre. Él sonrío al verla. Ella le devuelve la sonrisa.

Erika se acuerda de que tiene un chicle en la boca y se apresura a tragárselo antes de abrir la boca y empezar a hablar. A Isak no le gustan las chicas que mascan chicle. Dice que las afea.

—¿De qué se trata? —pregunta Erika.

—De un entierro —contesta Isak.

—¿Quién ha muerto?

—Un gorrión —dice Isak.

Él sonrío de nuevo.

—Molly está muy triste desde que lo encontró, habría sido mejor que no lo hubiera encontrado.

—Los pájaros mueren y los niños de cinco años los encuentran y lloran —dice Erika.

—Le hace ilusión el entierro. Creo que ha sido idea de Laura.

Isak le muestra una pequeña cruz de madera.

—He hecho una cruz.

—Está bien —dice Erika, encogiéndose de hombros—. Ya voy.

La cabaña de Ragnar está equipada para que el chico pueda sobrevivir a casi cualquier cosa, excepto a la bomba atómica o a una explosión nuclear en el Este. Cuando era más pequeño, Ragnar tenía miedo de esas cosas, el plutonio, explosiones y bombas y, para consolarlo, su madre le decía que Suecia no sería alcanzada por ninguna bomba atómica, ni sería borrada de la faz de la tierra; Suecia era neutral y luchaba a favor de la paz. Ragnar sabía más; nadie escaparía a la bomba atómica. Y sin embargo, intentaba imaginarse una Suecia cotidiana y normal en un mundo completamente arrasado. No era un pensamiento muy alentador. Ragnar ya no piensa tanto en la bomba atómica; de todos modos no se puede proteger de ella, y si hay una guerra tal vez sea mejor así. ¡Destrucción total! ¡La gran muerte! Ragnar piensa en otros peligros (en Hammarsö nadie es neutral, aquí no hay más que guerras), y la cabaña no solo está pensada como un sitio donde estar, por ejemplo, en compañía de Erika, sino también como una fortaleza no del todo distinta de las viejas ruinas del castillo de la zona oriental de la isla. Solo que su fortaleza está hecha de madera, y no de piedra. Un día, tal vez el verano que viene, construirá una fortaleza de piedra. El trabajo ya está empezado. Por las tardes coge piedras

grandes de la playa, las carga en un carro que ha robado en la tienda, y las arrastra a través de ramas y matorrales hasta la cabaña del bosque; algunas las almacena debajo del catre de campaña y otras fuera, en el descampado.

La ventaja de la cabaña es su situación. Se encuentra en un pequeño claro al que se llega tras atravesar un bosque casi impenetrable de pinos, espesos enebros, rosales silvestres llenos de espinas, y árboles contrahechos de color verde oscuro. Nadie va por ese camino, nadie disfruta de esa parte del bosque. ¿Por qué iban a hacerlo, si hay tantos caminos más bonitos, como los que conducen a las abiertas praderas floridas o al mar? Ir por el bosque supondría pincharse con las espinas, perder el equilibrio en los matorrales y ser atacado por garrapatas, tábanos y otros bichos repugnantes. Es el escondite perfecto, y Ragnar tiene todo lo que necesita: un almacén de botes de conserva que, si no comiera hasta quedarse saciado todos los días (la sensación de saciedad no llega hasta media hora después de haber comido, eso lo ha leído en alguna parte), podrían durar tres semanas, treinta litros de agua, cuarenta y siete botellas de Coca-Cola y diez botellas de Pommac (el Pommac, que es el peor refresco del mundo, está pensado para situaciones en las que se ha bebido todo lo demás y se ha perdido toda esperanza). Tiene cinco carpetas con las revistas *ElOle-Pette hombreOle-Pette enmascarado* y *Superman*, colecciones completas, dos linternas que funcionan a la perfección, un estupendo radiocasete que le regaló su madre para su cumpleaños el año anterior y su casete favorito del grupo Televisión, un cajón lleno de pilas nuevas, y otro lleno de patatas fritas, cigarrillos y cerillas. En la pared hay un póster de cine de Robert de Niro en el papel de Travis Bickle, firmado Puggen —otro regalo de cumpleaños del año anterior—. Tiene un saco de dormir, una manta de reserva y un viejo oso de peluche marrón que esconde detrás de las piedras debajo del catre cada vez que va Erika. Tiene platos, cubiertos, vasos y tazas para dos personas, y un hule de flores para la mesa de camping.

Ragnar tiene un papel en la función de Hammarsö de este año. No fue idea suya, a él todo eso le parece una gilipollez. Pero su madre fue a ver a Isak y le dijo que ya era hora de que moviera algo para que también a su hijo le dieran un papel.

Al principio Ragnar no entendió nada cuando Isak lo llamó una noche

murmurando que lo requerían para que hiciera de ángel en el espectáculo de ese año.

—¿Por qué?

—Porque sería divertido —contestó Isak. Él, por su lado, haría el papel de hombre sabio, dijo. Entonces Ragnar se echó a reír.

Isak también le dijo que sus hijas tenían cada una un papel de espíritu del bosque, y que hasta Molly participaría.

—¿Y Erika? —preguntó Ragnar.

—¿Qué pasa con Erika? —dijo Isak.

—¿También va a actuar Erika?

Isak no le dijo que había sido su madre la que había acudido a él para hablarle de su hijo. Pero Erika se lo contó unas semanas más tarde. Ragnar comentó que no entendía por qué de repente le habían ofrecido un papel. No lo entendía. Y al final Erika le contó la verdad, que Ann-Kristin había ido a ver a Isak.

Ragnar se imaginó la escena. Su madre en la puerta de Isak, fea y fatigada, como una mendiga intercediendo por su hijo. E Isak, sin invitarla siquiera a entrar a tomar un café. ¡que lo jodan!

Ragnar acude a los ensayos en el garaje. Allí están todos, disfrazados de espíritus del bosque, ángeles y campesinos. Marion, Frida, Emily, Pär, Fabian y Olle. Erika le pone caras raras cuando nadie los ve y a veces le coge la mano y se la aprieta. Erika sonríe cuando él dice sus frases: un verso que empieza con las palabras *SoyOle-Pette unOle-Pette ángelOle-Pette queOle-Pette vieneOle-Pette delOle-Pette norte*.

Marion no dice gran cosa. Mastica chicle y lee sus réplicas. Solo faltan poco más de dos semanas para el estreno en Hembygdsgården. Palle Quist regaña al pianista que duerme más de la cuenta y llega tarde cuatro días seguidos a los ensayos. Isak Lövenstad, con una barba postiza, no consigue acabar su segundo monólogo. La protagonista, Ann-Marie Krok, está afectada de demencia presenil (eso dicen por ahí) y mezcla sus réplicas de este año con las del año anterior. Palle Quist se sienta en el suelo, se cubre la cabeza con las manos y grita «¡no, no, no!».

Marion se pasa una mano por el cabello negro y le sonríe.

—Hola, Ragnar.

 l la mira y ella no aparta la mirada. Pone los ojos en blanco y se encoge de hombros para dar a entender que todos se est n comportando como Isak, Ann-Marie Krok, Palle Quist.

— Verdad?

Ragnar asiente con la cabeza. Ven las mismas cosas. Ann-Marie Krok se echa a llorar y sale corriendo del escenario. Palle Quist se apresura tras ella. Marion se le acerca mucho y susurra:

—Es mi abuela. Todos quieren ser jóvenes y guapos.

Ragnar asiente. En un instante de loca complicidad se imagina contándole a Marion lo que tiene pensado hacer. Ella es la única que lo entendería. Ni siquiera Erika lo apoyaría ni lo entendería (a Erika la han elegido para cantar y se toma el espectáculo más en serio de lo que quiere dar a entender), pero Marion odia estas representaciones tanto como él. Ragnar quiere contarle que piensa boicotear la jodida función. En lugar de recitar esas patéticas réplicas del  ngel tiene la intención de leer algo completamente distinto. Va a proclamar un manifiesto.  En el estreno aparecerá como un auténtico  ngel!  No un  ngel vestido de blanco como los de los cuentos, sino como un aterrador  ngel de la muerte!  Un  ngel de la verdad y de la oscuridad!

Estoy seguro de que todos se mear n en sus asientos en Hembygdsg rden, quisiera decir. Pero se calla y mira a Marion, que vuelve a pasarse la mano por el cabello.

—Nos veremos,  verdad? —pregunta.

Echa a andar, pero se vuelve y le sonríe. Tiene los ojos grandes, casi negros.

— Verdad?

—Nos veremos —contesta Ragnar.

El cortejo fúnebre se dirige lentamente hacia el mar; primero Molly, vestida con una larga t nica negra hecha a toda prisa con la vieja tela de un vestido que Rosa tenía guardado en el fondo de un armario; luego Laura y Erika, una junto a la otra; Erika con el salterio de J.O. Wallin de 1921 en la mano derecha; luego Isak con una barba postiza blanca y levantando una cruz



de madera, y por último Rosa, con una cesta con zumo de arándanos y bollos de canela. Laura arrastra tras ella una pala. El gorrión muerto reposa sobre un lecho de trocitos de algodón en una caja de zapatos de Nordiska Kompaniet.

Erika ha prometido a su padre cantar en el entierro, no se lo puede negar; pero en cuanto haya acabado se internará en el bosque e irá corriendo a la cabaña de Ragnar. Se tumbará en su cama y lo esperará. Le echa de menos. Es todo muy complicado. No se lo puede contar a nadie, no se lo puede contar ni a Marion, ni a Frida, ni a Emily. Basta con mencionar el nombre de Ragnar para que Marion se meta el dedo en la garganta, como si fuera a vomitar. Entonces Frida y Emily también se meten el dedo en la garganta como si fueran a vomitar. Marion hubiera preferido que Erika se emparejara con Fabian, el de la lengua gorda. «Hacéis buena pareja, lo sé, lo sé, bésalo ya», y Erika besuquea a Fabian solo para contentar a Marion.

El cortejo fúnebre se está acercando al mar. Molly lleva la caja de zapatos en las manos, con mucho cuidado. Ya no llora, tiene de sobra con mantener el equilibrio y no enredarse en la túnica negra que le queda demasiado larga. Ha insistido en ponerse sus mejores zapatos, negros, de charol, comprados en tierra firme. En realidad tenía que estrenarlos el día de su quinto cumpleaños y usarlos por segunda vez en su actuación en la función de Hammarsö; después volverían a envolverlos en papel de seda y los colocarían en la maleta para llevárselos a Oslo. Allí la madre de Molly los volvería a desempaquetar y a colocar en el fondo del armario de la niña, a la espera del siguiente gran acontecimiento.

—Los zapatos de vestir —decía Rosa— solo se usan de vez en cuando, deben hacer daño y producir rozaduras.

Rosa decía también que los zapatos se estropearían y se rayarían si Molly bajaba a la playa con ellos. Pero Molly lloró y dijo que quería llevar los zapatos nuevos en el entierro, eran negros e iban muy bien con la túnica negra; y aunque Rosa se empeñó en que no, Isak dijo que estaba bien. Y es Isak quien decide.

Molly dijo a sus hermanas que también ellas deberían vestirse para la ocasión. Laura dijo que jamás de la vida, que no le daba la gana de vestirse

bien por un podrido cadáver de pájaro, y entonces Molly se puso a chillar.

—¿No podrías ser un poco amable por una vez? —sopló Erika al oído de su hermana—. ¿No puedes? ¿Tan difícil te resulta?

Laura se encogió de hombros.

Erika se puso el traje que llevaría en la función y que Rosa acababa de terminar de coser a máquina. Era un vestido de un fino algodón blanco con encajes en las mangas y una cinta de seda blanca en la cintura. Erika no estaba del todo segura del aspecto que tendría un espíritu del bosque, pero Rosa opinaba que era imposible equivocarse con encajes y cintas de seda blancas.

No obstante, lo más importante es que va a cantar. No solo ahora, en el entierro, sino en la función de Hammarsö. Palle Quist les había pedido a Erika, Marion y Frida que hicieran una prueba de canto para el gran número final, y resultó que Erika fue la que lo hizo mejor.

—Cantas como un ángel —dijo Palle Quist, y Erika miró de reojo a Marion y Frida sabiendo que la castigarían por esas palabras, por el reconocimiento de Palle, lo pudo ver en sus ojos, en sus burlas. No sabía exactamente cómo, pero la castigarían, estaba segura. La pondrían en ridículo, la expulsarían de la roca o la obligarían a ir sola todos los días a la tienda a comprar helados o Coca-Cola para todos. Alguna de esas cosas. A Marion le importaba un bledo la función de Hammarsö, así lo decía. «Me importa un bledo ese jodido espectáculo», decía, y sin embargo se había presentado a la prueba de canto, clavando sus ojos en Palle Quist mientras sacudía su larga melena negra. Y él le había dado el papel a Erika.

La playa que hay delante de la casa de Isak es larga y desierta; no hay más que piedras, cardos y alguna que otra flor amarilla. Las piedras tienen cuatrocientos millones de años, muchas están completamente planas, descoloridas y suaves como la seda, como las palmas de las manos de Molly. Este es el día más caluroso de todos los días calurosos, pero abajo, en la orilla, el viento mueve todo lo que se puede mover y tocar —la túnica negra de Molly, el vestido blanco de Erika, la barba postiza de Isak, el cabello largo de Rosa—. Si alguien la viera de lejos parecería una procesión extraña. Andan, bailan o se balancean sobre las piedras, y el sol arde en el cielo. De pronto Isak se detiene, levanta la cabeza y grita:

—¡Parad! ¡Aquí es! Aquí vamos a proceder al entierro del difunto.

Molly reparte a todos plumas de tinta china que saca de su estuche, en la cesta de Rosa. Les pide que escriban algo en la caja de zapatos.

—Para el pájaro —dijo Molly—. Y tal vez algo para Dios.

—¿Por qué? —pregunta Laura, poniendo los ojos en blanco.

—¡Porque sí, tonta! —susurra Erika.

—Yo escribiré primero —dice Isak.

A veces Erika le dice a Ragnar que va a ir a verlo, pero coge la bici y se va a casa de Marion en lugar de ir a la cabaña. De vez en cuando también va a ver a Emily, que en realidad es la mejor amiga de Marion, o a Fabian, el de la lengua gorda. Ella sabe que entonces Ragnar se desespera, esperándola en la cabaña, y ella sin llegar. Él le ha escrito una carta pidiéndole que no le diga que va a ir si no es verdad.

Erika lo echa de menos cuando llevan algún tiempo sin verse, pero cuando están juntos, lo único que desea es marcharse.

Es como si Ragnar estuviera siempre con ella. Erika suele imaginarse que él se encuentra a una corta distancia, observándola. Como ahora, aquí en la playa. Todo lo que ella hace y dice. Después del entierro se irá corriendo a buscarlo. Entonces él la besará y la desnudará. A menudo a Erika le da vergüenza lo que hacen juntos.

Besarse con Fabian no cuenta. Su lengua le llena toda la boca. Una vez Erika estuvo a punto de vomitar, pero se disculpó diciendo que era por algo que había comido, y luego jugaron a los dados y compartieron una bolsa de patatas fritas en lugar de besarse. Eso nunca habría funcionado con Ragnar. Sobre todo porque ella nunca está a punto de vomitar cuando él la besa, sino que se acurruca más contra él y le coge las manos y se las pone sobre los pechos y entre las piernas. Tira de él para que se ponga sobre ella, lo siente encima y no quiere que aquello acabe nunca. Pero lo que no le gusta es su seriedad. Así la llama él. Dice que no es un juego. Ya no somos niños, dice, y esto va en serio. Están tumbados en el catre y se tocan la cara, los ojos, la nariz, la boca, las mejillas, y Ragnar a veces dice «Tú y yo somos iguales,

Erika».

Un día él sacó un pequeño espejo. Estaban tumbados uno al lado del otro en el catre, ella se había subido la manta hasta la barbilla, de pronto no quería que Ragnar le viera los pechos. Él observó sus caras en el espejo y dijo:

—Lo ves, ¿verdad? Nos parecemos como si fuéramos hermanos.

Erika le cogió el espejo y lo tiró debajo de la cama.

No se rompió. Ella dijo que le apetecía una Coca-Cola. O un chicle. O cualquier otra chuchería.

A veces Ragnar dice: «¡No me dejes!». Entonces a Erika le entran ganas de levantarse y salir corriendo, de irse de allí y no volver jamás. Entonces casi lo odia, lo odia porque poco antes lo añoraba tanto.

Molly quiere que todos escriban algo en la caja de zapatos. Ella, por su parte, ha escrito su nombre con grandes letras torcidas, así: molly. Y ahora quiere que los otros escriban algo más.

—¿No puedo yo también escribir solo mi nombre? —pregunta Laura cuando Molly le alcanza la caja de zapatos.

—¡No! —contesta Molly—. Tienes que escribir algo más.

—Pero tú solo has escrito tu nombre —replica Laura.

—Sí, pero tú tienes que escribir algo más —dice Molly.

Laura alza los ojos al cielo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué tengo que escribir más que tú si se trata de tu entierro?

Rosa tira a Laura de la trenza y le dice que se calme y que haga lo que Molly le pide. Sopla un viento fresco sobre el agua, todos levantan la cabeza, cierran los ojos y dejan que el viento les acaricie la cara. Solo dura unos segundos. Molly se pone de puntillas y clava la mirada en Laura. El viento en la túnica negra.

—¡Tienes que escribir algo más! No basta con escribir el nombre —dice.

Laura coge la caja de zapatos y escribe a toda prisa unas líneas, parodiando una oración infantil:

*AmadoOle-Pette DiosOle-Pette mío,Ole-Pette yoOle-Pette estoyOle-Pette bien,*

*graciasOle-Pette porOle-Pette todoOle-Pette loOle-Pette queOle-Pette  
meOle-Pette das  
enOle-Pette lasOle-Pette buenasOle-Pette yOle-Pette enOle-Pette  
lasOle-Pette malas,  
tú,Ole-Pette queOle-Pette matasOle-Pette aOle-Pette pajarillos  
dejandoOle-Pette correrOle-Pette laOle-Pette sangre.  
DescanseOle-Pette enOle-Pette paz,Ole-Pette AMÉN*

Rosa mira por encima del hombro a su hija, y dice:

—¡Pero Laura!

Isak se inclina sobre la caja de zapatos y lee. Los lóbulos de las orejas se le ponen rojos y se lleva la mano a la barba postiza como si quisiera arrancársela.

—Pequeña mocosa —le dice a Laura en un susurro—. ¿Te corto los dedos ahora o más tarde?

Laura mira desafiante a su padre.

—¡Pues es la verdad!

—¿El qué? —resopla él.

Laura se encoge de hombros.

—Lo del pájaro.

—¿Qué pone? —grita Molly—. ¿Qué ha escrito Laura? ¿Qué ha escrito?

—Nada —contesta Rosa secamente—. Laura no ha escrito nada.

—¡Pero TIENE QUE hacerlo! —grita Molly—. TIENE QUE escribir algo.

Isak recapacita, levanta una mano y dice:

—Callaos todas. ¡Callad! ¡Silencio! Os ruego silencio. Procedamos a enterrar al pájaro.

—Por fin —murmura Erika.

—Ven, Molly —dice Isak cogiendo la mano de su hija pequeña.

—¡Uy uy uy! —chilla Molly.

—Ven, Molly —repite Isak—. Ahora vamos a quedarnos todos en silencio.

Sin mirar a la niña, Isak coge con cuidado la caja de zapatos de las manos de Laura y se la pasa a Rosa.

—Ahora puedes escribir algo tú —le dice a su mujer.

—Lo intentaré —contesta Rosa— y luego haremos un picnic. Tengo muchas cosas apetitosas en la cesta.

Rosa escribe: «Ahora vuelas, pajarito, hacia el Niño Jesús, en el cielo».

Rosa pasa la caja a Erika.

Erika escribe: «Querido Dios, bendice a todas las personas y a todos los pájaros del mundo. Un saludo de Erika».

Erika pasa la caja a Isak.

Isak escribe: «No nos vamos de aquí en el anonimato. Nuestra vida ha consistido en poner nombres».

Erika descubre de repente a Ragnar escondido detrás de un árbol. No sabe cuánto tiempo lleva allí observándolos. Está a bastante distancia, donde el bosque deja de ser bosque y se convierte en playa. Erika no sabe cuánto tiempo lleva allí, pero lo ha sentido, ha notado que Ragnar la estaba mirando. Cada vez que ella levanta una mano o da un paso, es como si lo hiciera para él.

*¿QuéOle-Pette teOle-Pette pareceOle-Pette cómoOle-Pette levantoOle-Pette laOle-Pette mano?Ole-Pette ¿QuéOle-Pette teOle-Pette pareceOle-Pette cómoOle-Pette meOle-Pette muevoOle-Pette porOle-Pette laOle-Pette playa?Ole-Pette ¿EstoyOle-Pette guapaOle-Pette conOle-Pette elOle-Pette vestidoOle-Pette blancoOle-Pette conOle-Pette unaOle-Pette cintaOle-Pette deOle-Pette sedaOle-Pette enOle-Pette laOle-Pette cintura?Ole-Pette ¿LoOle-Pette estoy,Ole-Pette Ragnar?*

Ella levanta la mano, en parte para saludarlo, en parte para hacer sombra al sol. Es la hora de la tarde en que la luz es más blanca. Todo está blanco y deslumbrante. Hay que cerrar los ojos casi por completo para poder ver algo. Ragnar no le devuelve el saludo. No la está mirando a ella. Está mirando a Isak. No es nada extraño, piensa Erika, porque Isak tiene un aspecto de lo más curioso visto desde lejos, como está haciendo Ragnar. Isak está sobre una piedra en el agua con una barba postiza ondeante y los brazos levantados al cielo. Está hablando. Es una especie de sermón.

Erika se vuelve de nuevo hacia Ragnar. Él no le hace caso. Ella intenta

hacerle una señal con la mano, pero Ragnar solo mira a Isak. Está completamente inmóvil detrás del árbol mirando fijamente a su padre.

*IsakOle-Pette eraOle-Pette elOle-Pette malvadoOle-Pette reyOle-Pette delOle-Pette paísOle-Pette Dofødofenop,Ole-Pette queOle-Pette habíaOle-Pette hechizadoOle-Pette laOle-Pette islaOle-Pette yOle-Pette aOle-Pette todosOle-Pette losOle-Pette queOle-Pette enOle-Pette ellaOle-Pette vivíanOle-Pette —lasOle-Pette personas,Ole-Pette lasOle-Pette ovejas,Ole-Pette lasOle-Pette vacas,Ole-Pette losOle-Pette árboles,Ole-Pette losOle-Pette pecesOle-Pette—.Ole-Pette TeníaOle-Pette unaOle-Pette orejaOle-Pette tanOle-Pette grandeOle-Pette comoOle-Pette lasOle-Pette ventanasOle-Pette arqueadasOle-Pette deOle-Pette Hembygdsgården.Ole-Pette LoOle-Pette oíaOle-Pette todo.Ole-Pette TodosOle-Pette losOle-Pette sonidos.Ole-Pette LasOle-Pette aletasOle-Pette delOle-Pette rodaballoOle-Pette contraOle-Pette elOle-Pette fondoOle-Pette deOle-Pette piedras.Ole-Pette LasOle-Pette piñasOle-Pette abriéndose.Ole-Pette TuOle-Pette respiraciónOle-Pette cuandoOle-Pette huyesOle-Pette porOle-Pette elOle-Pette bosque.Ole-Pette YOle-Pette todoOle-Pette loOle-Pette queOle-Pette oyeOle-Pette loOle-Pette anotaOle-Pette enOle-Pette unOle-Pette libroOle-Pette queOle-Pette guardaOle-Pette enOle-Pette suOle-Pette casa.Ole-Pette ¿EnOle-Pette elOle-Pette relojOle-Pette deOle-Pette péndulo?Ole-Pette ¿EnOle-Pette elOle-Pette buró?Ole-Pette RagnarOle-Pette loOle-Pette derrotará,Ole-Pette encontraráOle-Pette elOle-Pette libro,Ole-Pette loOle-Pette quemaráOle-Pette yOle-Pette liberaráOle-Pette aOle-Pette susOle-Pette hijas.Ole-Pette CuandoOle-Pette IsakOle-Pette hayaOle-Pette muerto,Ole-Pette viviránOle-Pette enOle-Pette laOle-Pette cabañaOle-Pette secretaOle-Pette delOle-Pette bosqueOle-Pette yOle-Pette gobernaránOle-Pette sobreOle-Pette laOle-Pette tierraOle-Pette yOle-Pette elOle-Pette mar.Ole-Pette PeroOle-Pette primeroOle-Pette tienesOle-Pette queOle-Pette contármeloOle-Pette todoOle-Pette sobreOle-Pette él,Ole-Pette loOle-Pette queOle-Pette haceOle-Pette porOle-Pette laOle-Pette mañana,Ole-Pette porOle-Pette laOle-Pette tardeOle-Pette yOle-Pette porOle-Pette laOle-Pette noche,Ole-Pette cuandoOle-Pette creéisOle-Pette queOle-Pette estáOle-Pette dormido.Ole-Pette ParaOle-Pette matarleOle-Pette tengoOle-*

*Pette queOle-Pette conocerloOle-Pette comoOle-Pette loOle-Pette  
conoceríaOle-Pette unOle-Pette hijo.*

Erika y Ragnar tienen ya casi catorce años. Hay algo entre ellos, algo serio que tiene que mantenerse en secreto. Nadie tiene que saberlo. Nadie.

Isak está sobre la piedra en el agua, alza los brazos al cielo y dice:

—Dios mío, tú que gobiernas sobre Noruega, Suecia, Dinamarca y gran parte de Hammarsö, toma este pajarito en tu mano y dale un lugar en el cielo.

Hace señas a los demás para que quiten piedras y cavén un hoyo. Rosa coge la pala que Laura ha dejado en el suelo y hace lo que dice Isak. Rosa es fuerte, no tarda mucho. Rosa sabe hacer cosas que nadie más sabe o soporta hacer. Poner las cadenas en el coche. Hacer suflé. Cavar una tumba de verdad. Isak baja de la piedra, vadea por el agua y llega de nuevo a la playa. Cuando el hoyo es lo suficientemente profundo, mete en él la caja de zapatos. Todos excepto Laura ayudan a coger piedras para volver a cubrir el hoyo. Al final Isak coloca la pequeña cruz de madera entre las piedras más bonitas colocadas en la parte de arriba.

—Ahora pongámonos todos en círculo, y Erika cantará —dice.

Se colocan formando un círculo. Erika, Isak, Rosa, Laura y Molly. Erika abre el salterio. A punto de empezar a cantar, se vuelve para ver si Ragnar sigue detrás del árbol.

Isak le coge la mano, se la aprieta y se inclina hacia ella.

—No está ahí —susurra.

Erika mira a su padre.

—Él no está ahí —repite.

—El que susurra miente —murmura Laura.

—Calla —dice Isak.

—¡Callad! —grita Molly—. Ahora Erika cantará para el pajarito.

Erika suelta la mano de Isak, toma aliento y canta.

*Oh,Ole-Pette túOle-Pette queOle-Pette ves,Ole-Pette oh,Ole-Pette  
túOle-Pette queOle-Pette conoces*

*elOle-Pette secretoOle-Pette deOle-Pette nuestraOle-Pette pobreOle-  
Pette alma,*



*queOle-Pette conocesOle-Pette tambiénOle-Pette mejorOle-Pette  
queOle-Pette yo  
elOle-Pette díaOle-Pette yOle-Pette laOle-Pette nocheOle-Pette deOle-  
Pette miOle-Pette ser,  
tomaOle-Pette enOle-Pette tusOle-Pette manosOle-Pette todoOle-Pette  
cuantoOle-Pette poseo,  
quemaOle-Pette elOle-Pette malOle-Pette conOle-Pette laOle-Pette  
llamaOle-Pette deOle-Pette tuOle-Pette pureza  
yOle-Pette déjameOle-Pette vivirOle-Pette enOle-Pette tuOle-Pette país,  
PadreOle-Pette míoOle-Pette yOle-Pette DiosOle-Pette mío.*

Erika sabe que su voz se sostiene. Por eso canta lo más alto que puede. Quiere que Ragnar la escuche. Él ya está corriendo por el bosque, a través de enebros y matorrales, sobre el sendero que no es un sendero, sino solo una línea fina en la tierra, corre sin parar hasta casi perder el aliento. Y la voz de Erika se sostiene.

Marion tiene una gran bolsa de playa color fucsia y en ella lleva todo lo que se necesita para ser Marion. Cepillo para el cabello, espejo, brillo de labios, lápiz de labios, Coca-Cola, tampones, la revista semanal *Veckorevyn* y píldoras anticonceptivas (es legal, según la legislación sueca, porque Marion ha cumplido quince años), la parte de abajo de un biquini, camiseta, toalla, un casete que funciona con pilas, un vibrador a pilas (o aparato de masaje, como también se llama), que hace un montón de ruido cuando se enciende y se lleva en la mano, y la cinta de Blondie que de tanto escucharla se le ha roto. Solo quiere escuchar esa cinta, y aunque Erika tiene cintas de Jam y Boomtown Rats, Marion se niega a poner otras que no sean las suyas. Erika es la más torpe de las amigas de Marion, y la que más castigos recibe. Al menos esa es la impresión que ella tiene. Se siente insegura entre las chicas. La hacen de menos, no es una de ellas, no se echa el cabello hacia atrás como hacen todas, al andar no mueve las caderas de la misma manera. Pero tiene una ventaja sobre Frida y Emily: es la única que consigue salvar el casete de Blondie cuando la cinta se engancha en el aparato, lo que ocurre muy a menudo. Sobre todo cuando están tumbadas en la roca tomando el sol. De repente se hace un

silencio, y entonces Erika tiene que sacar con mucha habilidad la larga cinta color marrón claro que se ha enganchado, y rebobinarla con cuidado, ayudándose con la punta del dedo meñique. Esto requiere técnica, experiencia y mucha paciencia y Marion no tiene ninguna de estas cualidades. Cada vez que la música se interrumpe agarra el aparato y lo sacude. Cuando eso no funciona, se pone a gemir y se lo da a Erika.

«Vas a tener que arreglarlo tú», le dice, y se tira de cabeza al agua.

Marion solo quiere escuchar «Sunday Girl», nada más que «Sunday Girl». No se le permite a nadie coger el casete de Marion. De todos modos, nadie se atrevería a pedirselo. No se le piden cosas prestadas a Marion. Ella siempre toma prestadas cosas de Frida y de Emily, y a veces de una chica llamada Eva a quien también conoce. Pero eso no es todo. Marion le ha pedido a Erika un pareo para atárselo a la cintura, un pasador para el cabello y una blusa blanca completamente nueva que le regaló su madre antes de ir a Hammarsö. («Es tu regalo de cumpleaños, pero te lo doy por anticipado, lo que significa que no te mandaré ningún paquete por correo», le dijo Elisabet, que había envuelto la blusa en papel de seda rojo.)

Erika ve como un honor poder prestarle sus cosas a Marion. Entonces ella es la elegida, la preferida entre las demás chicas. Eso pasa con el pareo. Eso sucede con el pasador del pelo. Marion se inclina hacia Erika, apoya la cabeza en su hombro y le dice:

—Tú y yo, Erika. ¡Somos las amigas más íntimas y más queridas del mundo entero!

La piel de Marion está caliente. Huele a manzana. Tiene unos brazos largos y esbeltos en los que te puedes envolver.

Erika se desata el pareo de la cintura, se suelta el pasador del cabello y se lo da todo a Marion.

—Eres un ángel, Erika. ¡Mil gracias!

Marion le dice a Erika que quiere que le preste la blusa blanca para cuando vaya a hacer el casting ante Palle Quist. En realidad Erika había pensado ponérsela ella. Le resalta el pecho de un modo muy bonito y quiere que Palle Quist lo vea, pero cuando Marion pasa revista al armario de Erika y descubre la blusa en la percha, grita: «¡Quiero probármela!».

Llueve, no pueden estar en la roca, y Marion ha decidido que con ayuda de Frida y Emily va a pasarse el día en la habitación de Erika tirando todo lo que no sirve: ropa, revistas, libros, fotos, juguetes. Erika está sentada en el borde de la cama sin decir nada. Así son las reglas. Ella no debe expresar ninguna opinión sobre lo que sacan o tiran.

—Lo hacemos por tu bien —dice Marion sacando violentamente todo lo que hay en la vieja caja de juguetes debajo de la cama. Un oso de peluche, una muñeca, dos libros de la serie *LaOle-Pette historiaOle-Pette deOle-Pette...*, cuatro de la niña detective Nancy Drew y un álbum con fotos de Isak, Rosa, Erika, Molly y Ragnar.

—Tienes que aprender a ordenar tus cosas y a deshacerte de todo lo que no necesitas —dice Marion.

Antes de tirar el álbum de fotos, Marion lo hojea y las mira. Está sentada en el suelo con Frida y Emily. No hay muchas.

Hay una de Isak regándolas con una manguera. Hace un gesto de monstruo, obviamente intentando asustar a sus hijas, que corren por el césped entre los árboles frutales, al parecer, chillando de regocijo. En otra foto están Erika y Laura en la hierba alta delante de la casa de Isak. La foto es de cuando aún jugaban juntas todos los días. Ahora Erika es demasiado mayor para jugar con Laura. Una tercera foto muestra a Erika con su padre. Están sentados en el muro de piedras con las piernas colgando, la delgada Erika y el grandullón Isak. Los dos llevan sombreros marrones de copa. Tienen los brazos cruzados, y miran a la cámara con los ojos entornados, mientras hacen gestos de ladrones.

—¡Qué pinta de bobos tenéis! —dice Marion.

Frida y Emily se ríen con disimulo.

También Erika se ríe con disimulo.

—Mi padre es bastante ridículo —dice, pensando que en realidad no lo es tanto, pero que tiene que decirlo. Se imagina la cara de su padre. Todo eso es un disparate y siente un nudo en el estómago.

Erika quiere explicar que cuando era más pequeña ella y su padre solían jugar a que ella era Oliver e Isak era Fagin. Pero piensa que Marion no habrá leído *OliverOle-Pette Twist* ni visto la película, y de todos modos dirá

«¡Imbécil!» o «¡Ridículo!» diga lo que diga Erika.

Hay una foto de un Ragnar mucho más joven y aún más flacucho con su camiseta de Niagara Falls.

—¡Qué asco! —dice Marion, apartando el álbum.

—¡Tarado! —dice Frida.

Emily pone los ojos en blanco y se vuelve hacia Marion, expectante.

—Está claro que hay que tirar este álbum —dice Marion. Lo recoge del suelo, lo sostiene entre el pulgar y el corazón, más o menos como si se tratara de un ratón muerto, y acto seguido lo mete en el saco de la basura.

También eso supone una especie de honor. Es un honor que Marion quiera pasarse un día entero en la habitación de Erika ordenando sus cosas, pero cuando Marion empieza con el armario e insiste en tirar el anorak rojo de montaña con el emblema de la campaña popular SALVEMOS EL RÍO, Erika dice que no. El decir que no a Marion equivale a decir que sí a algún tipo de castigo.

—No quiero tirarlo —dice Erika.

—¿Por qué no? —pregunta Marion levantando las cejas.

—¡Me lo pongo mucho! —contesta Erika.

—Lo sé. Y opino que no debes —dice Marion.

—Lo hacemos por tu bien —explica Frida.

Marion sostiene el anorak delante de ella. A Erika le resulta anticuado y soso cuando lo mira a través de los ojos de Marion.

—Es horrible —dice Marion.

—Pero no quiero tirarlo —dice Erika.

—Como quieras —dice Marion.

Suelta el anorak en el suelo y repasa rápida y descuidadamente el resto de la ropa del armario. Ya ha perdido el interés. Las cosas de Erika ya no le importan. Dice que pronto se tiene que ir a casa a comer. Lo mismo ocurre con Frida y Emily.

Erika se siente un poco avergonzada. Marion y las otras chicas están enfadadas con ella. Y ella tiene la culpa. Ha querido salvar ese estúpido anorak del saco de la basura y Marion se ha cabreado.

Y a continuación:

—¡Quiero probármela!

Marion ha encontrado la percha con la blusa blanca. Se arranca la camiseta y se queda desnuda de cintura para arriba ante las chicas. Frida silba. Marion abre como en broma los brazos y hace una inclinación como si la estuvieran aplaudiendo por el desnudo. Luego se vuelve hacia el alto espejo. Tiene la espalda estrecha y bronceada y lleva el cabello largo y negro recogido en un moño informal en la nuca.

—Eres preciosa —susurra Erika.

Se le escapa. Echa un rápido vistazo a las otras dos para asegurarse de que no la han oído.

Todas están mirando la imagen espectacular de Marion.

Marion se ríe y se pone la blusa. No se abrocha los botones de arriba.

—¿Me la prestas unos días?

Erika asiente con la cabeza.

Marion se aleja del espejo y abraza a Erika brevemente.

—Ahora tenemos que irnos —dice mirando a Frida y Emily.

El saco de basura a medio llenar se queda en el suelo. Erika se pregunta si debe tirarlo o volver a sacar todas sus cosas y colocarlas donde estaban. Opta por tirarlo todo, excepto el álbum de fotos. Todo lo demás no es más que basura vieja. Al día siguiente brilla el sol.

Marion, Frida, Emily y Eva están tumbadas en la roca escuchando «Sunday Girl». Erika está en la playa, a cierta distancia, mirándolas y esperando una señal.

Así es la regla: si hace sol y Marion no llama por la mañana para decir: «Vente a la roca con nosotras» o algo parecido, Erika coge sus cosas y se va a la playa de piedras. Lo más normal es que entonces Marion agite la mano gritando «Vente aquí con nosotras», y entonces Erika vadea hasta la roca en el agua, equipada con toalla, aceite bronceador, revistas y Coca-Cola. Pero esta vez Marion no agita la mano. Ya ha sucedido en otras ocasiones. Erika está en la playa mirando a las chicas en la roca y Marion hace como si no la viera. Está cabreada con Erika por lo del anorak de montaña. O tal vez por otra cosa. Erika no está segura. Lo único que sabe es que ha cometido un error. Algo

vergonzoso y desagradable. Como hacerse pis encima. Erika vuelve a casa con las cosas de playa debajo del brazo. Tal vez fuera por lo de la foto de Ragnar en el álbum. Erika no lo cree. Es una foto muy vieja. No pueden castigarla por una foto vieja. Todo el mundo tiene fotos viejas. Piensa en lo que Ragnar y ella hacen en la cama en la cabaña secreta. Eso no pertenece a las fotos viejas. Eso es ahora. Este verano. «¡Tarado!» Erika mira hacia la roca por última vez antes de girar a la derecha para tomar el sendero que se aleja de la playa y va directo a casa de Isak. Sabe que no van a hacerle ninguna seña. Marion está de pie, con una toalla cubriéndole el torso y los brazos levantados hacia el sol; Frida, Emily y Eva están sentadas, inclinadas sobre algo. Una revista, tal vez. A lo lejos parecen sombras alargadas.

Marion le ha robado a su padre, Niclas Bodström, las revistas porno, y a veces en la roca bajo el sol, rodeada de sus amigas, lee en voz alta las confesiones íntimas de los lectores. Se parecen a las confesiones de los lectores de las revistas *LaOle-Pette historiaOle-Pette deOle-Pette miOle-Pette vida* o *Romántica*, piensa Erika. Al menos al principio, pero las historias de las revistas porno de Niclas Bodström son más duras y excitantes. Las fotos de chicas desnudas abriendo las piernas o con el culo apuntando a la cámara se parecen todas tanto que apenas se distinguen las unas de las otras, y ellas no pierden mucho tiempo mirándolas.

Un par de días después de que Marion ordenara la habitación de Erika, Marion y Erika están solas en la roca. No lo están casi nunca, pero ese día sí. Frida está en la playa mirando hacia ellas, esperando una señal, y Marion se ríe y dice:

—Mira, ahí está Frida. ¿Le decimos que se venga o la mandamos al cuerno?

—La mandamos al cuerno —contesta Erika, sintiendo cómo el sol le calienta todo el cuerpo.

Las dos fingen no ver a Frida, que por fin se va, dejándoles la roca y la playa para ellas solas. Marion lee en voz alta una de las revistas de su padre y las dos se ríen por lo bajo. Erika se acerca más a Marion y le acaricia el vientre, los muslos y la entrepierna. La parte de abajo del biquini es de una

tela gruesa y suave y Marion tiene mucho vello en el chichi, Erika lo ha visto varias veces. A Marion le gusta desnudarse delante de las demás, exhibirse, recibir respingos de admiración. Tiene más vello que Erika, más que las otras chicas. Es como pasar la mano por un abejorro. Marion hace como si no se diera cuenta de lo que está haciendo Erika, y sigue leyendo. Erika le abre la braga del biquini y le pone la mano justo encima de la raja. Marion está caliente y húmeda como la miel. Erika frota con mucho cuidado y también su mano se pone caliente y húmeda como la miel. Todo es blando, dócil, húmedo y armónico. Solo el sol, el mar y Marion a su lado. Erika mete un dedo dentro de Marion y Marion se ríe por lo bajo y contonea un poco las caderas, pero sigue leyendo en voz alta. Erika frota con más energía a la vez que mete más dedos dentro de Marion. Ella deja la revista, cierra los ojos y serpentea bajo la mano de Erika. Esta la mira a la cara. Ya no es tan hermosa; la boca medio abierta, las mejillas enrojecidas y el cabello negro colgando como hilos de medusa por el cuello. Erika contiene la respiración, mete un dedo muy dentro de la raja de Marion y lo vuelve a sacar. Luego se queda quieta. Erika está sentada, sin moverse, con las manos sobre los muslos mirando a Marion, que gime y se mueve.

—¡No te pares! ¡No te pares, por favor! —susurra Marion.

Es una súplica.

Marion coge la mano de Erika, se la pone encima y le vuelve a suplicar:

—¡No te pares!

Erika se ríe.

—¿Por qué te ríes? —La voz de Marion es tan baja que apenas la oye.

Erika se encoge de hombros.

—Solo estaba bromeando.

Marion vuelve a cerrar los ojos y Erika le frota la raja, frota con dureza hasta que Marion respira haciendo más ruido y cada vez más deprisa; al final deja escapar un pequeño gemido y todo ha acabado. Erika lo comprende cuando Marion de pronto se aparta y se tumba de lado con las piernas encogidas. Nada de gritos ni gemidos como las chicas de las revistas de Niclas Brodström. Ni un chillido. Marion se aparta y se tumba de lado, y cuando Erika intenta tocarla, la aparta de un manotazo.

—¡Vete!

Erika se queda sentada en la roca mirándola, mirando la delgada espalda, el culo pálido y las piernas largas bronceadas. Marion tiembla, tiene frío. Es uno de esos días en que en un momento hace un sol ardiente, y al instante siguiente se nubla. Todo el mundo dice que pronto empezarán los truenos. Las olas golpean la roca. Erika saca un amplio jersey de la bolsa y se lo pone a Marion sobre los hombros. Ella lo coge, se lo mete por la cabeza y se incorpora. Su largo cabello negro está enmarañado y tiene los ojos enrojecidos.

—¡Vete! —grita sin mirar a Erika—. ¡No me oyes, te estoy diciendo que te largues! ¡Bruja de mierda!

A Molly no la dejan levantarse por las mañanas hasta que el hombre de la radio haya terminado de contar lo que ocurre en el mundo y otro hombre haya leído en voz alta las temperaturas para toda Suecia. La palabra clave es *Borlänge*. Cuando el hombre del tiempo ha dicho *Borlänge*, Molly se puede levantar.

Hoy es su cumpleaños. Cumple cinco años. Quiere un biquini. Uno como el que tiene Erika, de lunares. Isak ha dicho que no siempre se puede tener lo que se quiere. Puede que en lugar del biquini le regalen un globo terráqueo.

«Así es la dura escuela de la vida», dice Isak.

Molly tiene una radio en su habitación, en la mesilla de noche. Es pequeña, alargada y gris, y tiene una antena larga que sube directamente al aire. Algunas veces hay que moverla un poco para que se oiga bien. Molly sabe hacerlo.

El hombre de la radio dice: «Los osos hibernan al menos durante tres meses en el invierno, es decir, duermen, sin necesidad de comer o beber».

Molly se incorpora en la cama y grita:

«¡OIGA, OIGA, SEÑOR! ¡Los osos no duermen nunca!».

Molly se pregunta si puede levantarse aunque el hombre del tiempo no haya empezado aún a decir las temperaturas. La regla es: el hombre del tiempo dice «*Borlänge* diecisiete», y antes de eso dice «Kiruna doce, Luleå catorce y Sundsvall diecinueve», pero hasta que diga «*Borlänge* diecisiete», Molly no puede levantarse e ir corriendo a la habitación de Rosa e Isak, gritando lo más



alto que puede: «¡BORLÅNGE DIECISIETE!» y lanzarse a la cama, tirar del edredón y dar saltos sin que Isak se enfade y le grite que vuelva a su cama y siga durmiendo.

«Los cumpleaños no constituyen una excepción —había dicho Isak la víspera—. La noche sigue siendo noche y el día sigue siendo día, incluso cuando es tu cumpleaños.»

Molly pregunta a Laura si los osos existen de verdad, y Laura contesta que sí, que existen, y que en cualquier momento pueden atacar. Le enseña a Molly un artículo de periódico que habla de un oso que ha despedazado un montón de ovejas. Laura lee en voz alta: «La paz y tranquilidad de este precioso e idílico valle del norte se ha transformado en una desesperada caza de cadáveres».

—¿Qué es una caza de cadáveres? —pregunta Molly.

Laura se encoge de hombros.

—Algo terrible —responde.

Laura enseña a su hermana una imagen de tres cadáveres de oveja destrozados. Al lado de una oveja ensangrentada se ve un airado campesino con un fusil al hombro.

Rosa dice que no hay osos en la isla, pero Laura dice que Rosa miente para que Molly no se asuste.

—Los mayores siempre mienten a los niños —dice Laura.

—¿Por ejemplo sobre qué? —pregunta Molly.

—Sobre las guerras mundiales, los asesinatos, las centrales nucleares, las bombas atómicas y el desarme, y el follaje, el cáncer, la muerte, sobre Dios, Jesús, la Virgen María y todas esas gilipolleces. ¡Mienten sobre todo! ¿Entiendes?

Molly se queda callada unos instantes. Mira a su hermana.

—Pero no mienten sobre los osos —dice.

Laura suspira.

—¡Mienten sobre todo! ¡Todo! ¡Todo!

La verdad es que por la noche, cuando los dos transbordadores amarillos que operan entre tierra firme y Hammarsö están parados y los barqueros duermen en sus camas, los osos cruzan lentamente el estrecho a nado, uno tras

otro, en una fila larga, muy larga. Atraviesan el agua de la misma manera que los perros. Son muy peludos, y tienen la piel blanca, dientes afilados y ojos negros. Laura dice que Dios existe y lo ve todo. Molly lo sabe. Jesús murió hace mucho tiempo, también el abuelo materno y el pájaro que chocó contra la ventana, y otros pájaros que chocaron contra otras ventanas y los gatitos que el portero de Oslo echó por el inodoro y tiró de la cadena. Todos ellos viven en el cielo, junto a Dios, que lo ve todo.

Laura dice que es importante que haga como si no tuviera miedo de los osos, porque si Dios ve que tiene miedo, suprimirá su cumpleaños y entonces ella tendrá que tener cuatro años durante otro año y tal vez para siempre, por toda la eternidad.

«Dios castiga a los que tienen miedo», dice Laura.

Molly se levanta de la cama, se mete el vestido azul por la cabeza, sale de puntillas de la habitación, atraviesa el pasillo y abre la puerta de fuera. Corre cuesta abajo hacia el mar, el viento le sopla en los oídos y ella grita al viento que es Molly. «¡Soy molly!», grita. «¡uy, uy, uy!» Las olas rugen. Molly sabe y no sabe nadar, de manera que se quita el vestido y mete un dedo del pie en el agua. Está fría. Seguro que el hombre de la radio aún no ha dicho «*Borlänge*», seguro que aún no ha dicho ni una sola temperatura. Es muy de mañana, muy, muy temprano. Seguro que Isak lo llamaría noche. Molly se arrodilla, el agua fría le llega hasta el trasero y se mueve suavemente a su alrededor. El sol brilla en el horizonte. Las piedras del bajío le vuelven a abrir una vieja herida en la rodilla, pero se ha abierto tantas veces que ya no le duele. ¡Molly no tiene miedo a nada! «no tengo miedo a nada», grita, y eleva un instante la mirada hacia el cielo.

Entrelaza las manos y reza:

«Deseo más que nada tener un biquini de lunares».

Erika está tumbada en la roca en el mar con Marion, Frida y Emily. Frida se ha llevado una revista, una revista más fuerte que las que Marion suele robar a su padre. La nueva revista pertenece en realidad al hermano de Frida, Evert, que tiene dieciocho años, es guapo y está haciendo el servicio militar. En la revista más cruda de todas hay más fotos y apenas texto.

—¡Ya veréis! ¡Ya veréis! —dice Frida entusiasmada apartando todas las manos que intentan coger la revista.

Frida la hojea hasta encontrar la foto de una mujer tumbada de lado en el suelo a la que un hombre está follando por delante y otro por detrás, mientras un tercero está de rodillas sobre su cara. Frida levanta la revista para que todas puedan verla y luego se la pasa a Marion, que a su vez se la pasa a Erika y esta a Emily. Erika mira la foto y se ríe disimuladamente mientras siente un hormigueo en el bajo vientre. Imagínate que te llenan por completo de esa manera. Totalmente tapada y desgarrada a la vez. Totalmente vencida e impotente.

—¡Mira esto, Erika! —le susurra Marion, que está sentada a su lado.

Las otras chicas miran a Erika y se ríen por lo bajo.

—Podrías ser tú —dice Frida en voz baja.

—Podría follarte Fabian por un lado y su hermano gemelo por el otro —dice Marion.

—Mientras le chupas la polla a Pär —dice Emily.

—Pär es mío —dice Marion, lanzando una malvada mirada a Emily.

—Vale, entonces a Ragnar —dice Emily—. Mientras le chupa la polla a Ragnar.

—¡Qué asco! —dice Marion, metiéndose el dedo en la boca, sacándoselo y volviéndoselo a meter y a sacar, y hace un gesto como si fuera a vomitar.

Erika suelta una risita. No quiere reírse, ellas no se merecen que se ría por lo que dicen; todas esas cosas asquerosas que rezuman por sus bocas cada vez que mencionan el nombre de Ragnar, es como escupirle encima, pero Erika se ríe de todos modos. Igual que aquella vez días atrás, cuando hojearon su viejo álbum y vieron la foto de ella y su padre y ella dijo «Mi padre es bastante ridículo». No quería decirlo, pero lo dijo. No puede evitarlo. Marion la rodea con el brazo y dice que esa semana hará una fiesta en su casa a la que irá mucha gente. No solo Fabian y su hermano, sino chicos mayores, amigos del hermano de Frida, que están todos en el servicio militar. Erika nota cómo Marion le hace cosquillas en la nuca y cómo se inclina sobre ella para lamerle la oreja. Piensa en la foto de la mujer follada por delante, por detrás y por la boca, y nota un cosquilleo entre las piernas.

—¡Ahora! —exclama Marion de repente.

Frida coge a Erika por los brazos y la obliga a tumbarse boca arriba mientras la tiene agarrada. Emily le arranca la parte de abajo del bikini le separa las piernas y las mantiene sujetas.

—No —se ríe Erika—. No lo hagáis.

Marion se acerca a su bolsa de playa y saca el vibrador. Lo pone en marcha.

—No, no, por favor —se ríe Erika. Le resulta imposible evitar esa risa tonta.

Marion se acerca lentamente, parece un poco ridícula con el vibrador zumbante delante de ella y una expresión de cara (ojos entornados y labios insinuantes) que pretende parecerse a la mujer cachonda de la revista. Resulta realmente ridículo. Es como cuando le hacen cosquillas y Erika no puede dejar de reírse. Se ríe sin parar. Quiere incorporarse para serenarse, pero Frida la tiene sujeta por las muñecas y Emily por los tobillos, así que Erika permanece tumbada, retorciéndose, inmovilizada por arriba y por abajo, con las piernas separadas. Se ríen todas. Frida y Emily sentadas una a cada lado de Erika sujetándola. Marion con el vibrador que bordonea en su mano. Erika boca arriba con las piernas abiertas. La risa de las chicas aumenta cuanto más se miran las unas a las otras, y les resulta imposible dejar de reír. Marion intenta recobrar el control de la cara y recuperar la expresión que tenía antes, ojos entornados y labios insinuantes, pero no lo consigue. Su rostro se disuelve en una nueva risa. Se pone de rodillas frente a Erika y le acerca el vibrador mientras Erika ríe y grita:

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No! ¡Eso no!

También se ríe Marion, metiendo el vibrador con fuerza dentro de Erika. El dolor que esta siente en la raja y en el vientre es como si la hubieran corneado y ensartado. Erika deja de reír y grita «¡No! ¡Ay!», pero Marion continua corneándola y Erika grita y lucha contra las manos de Frida y Emily. La tienen sujeta y todas ríen y ríen y ríen.

—¿También vas a quererlo por el culo? —grita Marion.

Frida y Emily intentan obligar a Erika a darse la vuelta, pero Erika consigue soltarse mientras les grita que ya basta.

Está llorando.

Las tres chicas la miran interrogantes.

—Pero por Dios —dice Marion—. Solo ha sido una broma. Tú te reías tanto como nosotras.

Erika coge la parte de abajo del biquini y se ata una toalla alrededor del cuerpo. No quiere llorar pero tiene mucho llanto dentro. No quiere llorar delante de ellas. Toma aliento y deja escapar una sonrisa forzada.

—Tengo que ir a casa a comer, ¿vale?

Marion la mira. Sigue con el vibrador encendido en la mano, entre el pulgar y el corazón. Todas pueden ver los restos de sangre. Erika mira al suelo. Eso es lo peor. Nadie dice nada. Marion tira el vibrador al mar.

—Ya no existe —dice, encogiéndose de hombros.

Frida y Emily siguen con su risa burlona. Erika les da la espalda, no quiere que vean todo ese llanto y todas esas lágrimas que le están saliendo. La vergüenza es como un vómito.

—¡Ya se han ido! ¡Ya se han ido! —susurra Marion.

Coge la mano de Erika y le seca con mucho cuidado las lágrimas.

Aún faltan diez días para el estreno de la función de Hammarsö de ese año, que lleva el título provisional de *UnaOle-Pette islaOle-Pette enOle-Pette elOle-Pette mar*. Ni Isak ni Ann-Marie Krok se han aprendido su papel. Muchos de los jóvenes no acuden a los ensayos y la ola de calor continúa.

Palle Quist no está satisfecho con el título de *UnaOle-Pette islaOle-Pette enOle-Pette elOle-Pette mar*. Le parece banal y anodino, y le parece una verdad de Perogrullo porque al fin y al cabo todas las islas se encuentran en el mar. Noche tras noche permanece insomne, dando vueltas en la cama intentando encontrar un título mejor, y al mismo tiempo sabe que necesita desesperadamente sus ocho horas de sueño —porque sin dormir jamás logrará salvar la obra de ese año, que ha dado más problemas de los que cabía esperar—. La protagonista, Ann-Marie Krok, sigue sin recordar sus réplicas y no hay duda de que está demente. Tampoco Isak Lövenstad, en el papel de viejo hombre sabio, consigue recitar al completo el último y decisivo poema rimado con el que termina la obra, y que no solo trata del anhelo de los muertos por la vida, sino también del último ajuste de cuentas entre Dios y Satanás. ¡Es un monólogo decisivo! Si Isak Lövenstad no se acuerda de las

palabras en el estreno, la obra entera será un fracaso y ese asqueroso suplente de verano de Örebro tendrá material más que suficiente para cargarse la obra en el periódico local. Es una época dolorosa, y a Palle Quist le preocupan muchas cosas mientras no para de dar vueltas en la cama por las noches. Le preocupa el pianista, que cinco años atrás insistió en constantes actitudes obstruccionistas durante los ensayos y que ahora —solo por el placer de fastidiar— se duerme regularmente y los actores tienen que ensayar sus canciones sin música. Le preocupa también la morena Marion, que no acude a los ensayos o asiste masticando chicle y se limita a reírse en lugar de recitar bien su monólogo. Le preocupa la escenografía, a punto de ser sabotada por el conserje de Hembygdsgården, que sostiene que por razones de seguridad resulta imposible hacer una trampilla en el suelo que debe abrirse haciendo mucho ruido para que salgan los espíritus del bosque. La intención es, decía Palle Quist, que los espíritus del bosque inunden el escenario ¡como si realmente salieran a montones de las entrañas de la tierra! El conserje, un hombre curtido de mirada azul, con una colilla en la boca y que tiene una cerda con dolores de parto en la granja, había dicho con un profundo suspiro que rechazaba de plano cualquier idea de destruir las estancias de Hembygdsgården, y contaba con que toda la responsabilidad la asumiera Palle Quist. Se vio obligado a recordarle que la función de Hammarsö solo era uno de los muchos eventos de Hembygdsgården ese verano y Palle Quist podía imaginarse qué ocurriría si todos exigieran sus propias trampillas en el suelo y Dios sabe qué. La discusión había terminado. Debido a la cerda de parto, el conserje iba muy mal de tiempo y no se dejaba convencer en ningún punto relacionado con la escenografía. Por lo tanto, la visión de los espíritus del bosque saliendo a montones al escenario de las entrañas mismas de la tierra, no prosperó. Más bien lo contrario. Aquel zoquete que seguramente no había leído un libro ni visto una obra de teatro en toda su vida y era incapaz de imaginarse o dejarse seducir por ideas y pensamientos audaces, hacía que Palle Quist se sintiera estúpido y ridículo con su ropa ondeando al viento, su largo echarpe de artista, su orgullosa barba y su tambaleante obra maestra — algo que no era muy conveniente a tan poco tiempo del estreno—. Y por las noches no para de dar vueltas en la cama consciente de su insuficiencia, de sus articulaciones y músculos doloridos, de su cabeza cansada, y odia más que

nunca al jovencito de Örebro, el crítico suplente de verano, con ese amanerado nombre alemán, que parece tener una sola misión en la vida, es decir, hacer que quede como un tonto, trivializarlo y destruirlo. Igual que todos los jodidos campesinos y conserjes de toda la jodida Suecia. Y cuando está tumbado en su cama mirando al techo sin conseguir dormir se acuerda de Ragnar, ese chico flaco vestido de negro con una marca de nacimiento entre las cejas, ese chico que lo mira malhumorado o se ríe irónicamente cuando Palle le dirige, y que finge ser atravesado por un temblor mortal cada vez que declama su frase: «¡Yo soy un ángel del norte!».

—Querido Ragnar. Amigo...

Palle Quist pone una expresión amable.

—No hace falta que tiembles, que abras la boca para tomar aliento, ni que finjas estertores de muerte al presentarte como ángel. La intención es... — Palle Quist vacila—. La intención es...

Ragnar clava la mirada en él y pregunta:

—¿Cuál es la intención?... ¡Estoy muy intrigado!

—¡La intención es que el ángel, es decir tú, sea la vida misma! ¡Y como símbolo de la vida misma no debes asustar al público con esos estertores de muerte, sino más bien abrazarlo! ¡Así! —Palle Quist abre los brazos y grita feliz—: ¡soy un ángel del norte! —Mira a Ragnar y sonrío—. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Ragnar le devuelve la sonrisa, pero guarda silencio.

No hay nada en la sonrisa de ese joven flaco que recuerde a la vida misma y Palle Quist piensa, como cada vez que encuentra alguna resistencia, grande o pequeña, que su obra de teatro será un colosal fracaso.

A decir verdad no había sido idea suya incluir a Ragnar en la obra como actor. Palle Quist está libre de culpa, y eso es muy importante para él. Ni Ragnar ni la madre de Ragnar se habían puesto en contacto con él sobre la posibilidad de un papel en la obra antes de expirar el plazo el 10 de mayo, y Palle Quist no tenía por lo tanto ninguna obligación de dar al chico un papel en la obra. Fue Isak el que insistió.

—Pero ¿por qué? —preguntó Palle.

—Porque... —respondió Isak con una sonrisa—, porque es algo que tengo que pedirte y que simplemente no me puedes negar. ¡Hay que darle un papel al chico!

En el fondo de su corazón, que es grande y espacioso, y que late por los más débiles del mundo, Palle Quist es un hombre amante de los niños. En Estocolmo forma parte de varias comisiones dedicadas a difundir información sobre el año de la infancia de las Naciones Unidas y la importancia de los derechos de los niños, pero Ragnar es y seguirá siendo un individuo irritante. Sale corriendo al servicio a cada momento, interrumpiendo los ensayos. Le tiembla la mano, esa mano tan pequeña, además de las otras cosas extrañas que hay en él. Pero en lugar de aceptar y recibir los cuidados de Palle —pues es uno de los pocos que se han preocupado por él— Ragnar le aparta la mano o lo empuja. Palle Quist lo ha intentado de verdad. Sabe lo importante que es mostrar a los demás, sean quienes sean, tengan el aspecto que tengan, o vengan de donde vengan, que uno se preocupa por ellos, y él no es de los que vacilan en ese sentido; él es capaz de tocar, consolar, abrazar o animar con pequeñas exclamaciones. Pero Ragnar es un niño desagradecido. No da muestras de ningún signo de alegría o agradecimiento por poder participar en la función o por la generosidad y el calor que lo rodean gracias a Palle Quist. Él ha hecho todo lo que ha podido por Ragnar.

Ni siquiera ha recibido una auténtica sonrisa a cambio.

Es una situación desesperante. Todo es desesperante.

Y Ragnar corre a lo largo del mar con una fila de chicos detrás. Corre sin detenerse un instante. ¿Qué año es? ¿Qué mes? ¿Qué día? Lo que sucedió el año anterior vuelve a suceder este año, no termina nunca. Nada cambia. Todo lo que oye son los gritos de ellos y su propia respiración. Inspirar. Espirar. Inspirar. Espirar. Inspirar. Espirar. Lo peor que puede ocurrir es que sienta pinchazos en el costado. En ese caso tendrá que detenerse, inclinarse, e intentar vomitar. Obligar a los espasmos dolorosos que siente en el estómago a que se vayan. Ragnar no quiere detenerse. No quiere vomitar. No quiere entregarse a ellos. Por eso respira regularmente. Inspira. Espira. Inspira. Espira. Corre más deprisa que todos ellos, y algunas veces, cuando se siente



en la cima del mundo, se para, agita la mano, da saltos y grita algo solo por el gusto de irritarlos. Muy rara vez consiguen atraparlo y en esos casos es como si le hubieran echado de menos, como si se tratara de una especie de añoranza, añoran abrazarlo, apretarlo, comérselo, aplastarlo, desgarrarlo, ¡todo, todo, todo! Cuando Frida lo agarra del cabello y le golpea la cabeza contra un muro de piedra, él sabe que no es la última vez y no llora en ese momento, ni tampoco cuando lo desnudan en el bosque, lo sientan en un tocón, se colocan en torno a él y gritan: «Delgaducho», «marica», «mongólico», «monstruo», «feo», «cara de culo», «chupacoños», «hijo de puta», «tarado», «gilipollas», «pedazo de mierda». Ocurre pocas veces, pero cuando lo alcanzan son insaciables, imparables, él es su presa más querida, más deseada, y cuando ya no encuentran más palabras vuelven al principio, porque todo lo ocurrido vuelve a ocurrir, todo lo dicho vuelve a decirse; no acaba nunca. Cuando tenía diez años, Marion rodeó con sus pequeñas y entusiastas manos el miembro de Ragnar y se puso a tirar y tirar del prepucio mientras le gritaba que su picha no era más que un trozo de pellejo y no era grande como la de un chico de verdad. Tiraba sin cesar hasta que la picha se hinchó y empezó a sangrar como si fuera una chica, y entonces Ragnar lloró y le suplicó que lo dejara. ¡Marion! ¡Marion! ¡Marion con la larga melena negra! Una vez ella se sentó en la parte de atrás de la vieja bicicleta de mujer de Ragnar y los dos se fueron en bici por la sinuosa carretera hasta la tienda a comprar helados, y él le enseñó a montar en bicicleta, porque ella no era capaz antes de que él le enseñara. Los chicos le dan palizas, golpes, patadas y puñetazos en la cara y luego se ha acabado hasta la próxima, en que le obligan a beber meado de caballo, le untan el pelo de excrementos de perro llamándolo champú, le obligan a besar con lengua a una chica que se llama Eva y que se echa a llorar casi en el acto, y así enseguida la dejan en paz. Pero nunca tienen suficiente. Así es. Ragnar, el más guapo, el más querido. Es a él a quien desean. Ragnar, el bendito. Él corre, corre y corre, y solo logran atraparlo muy rara vez.

Ragnar escucha su propia respiración, espira e inspira con regularidad.

Ya están muy atrás. Todavía puede oír sus gritos. Y sus risas. Pero la distancia entre él y ellos no hace sino aumentar y pronto habrán desaparecido y él se quedará completamente solo y completamente libre.

Primero habían dicho que celebrarían juntos su decimocuarto cumpleaños en la cabaña secreta. Se encontrarían a las siete de la tarde para intercambiar regalos, beber Coca-Cola y comerse los restos de la tarta que ambos llevarían de casa. Era algo que Erika había acordado con Ragnar hacía mucho tiempo. En realidad era algo que no hacía falta acordar, opinaba Ragnar. Desde que habían cumplido once años habían celebrado juntos sus cumpleaños en la cabaña. Solo ellos dos y nadie más.

Según Erika, no se podía hacer lo mismo año tras año solo porque fuera una tradición. Era necesario también ponerse de acuerdo.

Ella tenía muchas cosas que hacer el día de su cumpleaños, decía, y no era seguro que Ragnar y ella celebraran su cumpleaños en la cabaña secreta cuando tuvieran, por ejemplo —Erika tomó aliento—, veinticinco o treinta años.

Entonces los ojos de Ragnar se llenaron de lágrimas, le cogió la mano y dijo: «No me dejes, por favor».

Ragnar llora muchas veces ese verano y en esos casos Erika no sabe qué hacer. Una vez lo abrazó, otra le cogió la mano y la puso sobre su pecho desnudo y le besó los párpados, y otra apoyó la cabeza en el hombro del chico, y entonces él apoyó su cabeza en la suya y así se quedaron hasta que él dejó de llorar.

No hay mucho que decir. Erika sabe que los otros le pegan. Sabe que le persiguen. Pero es más bien de broma. Incluso el propio Ragnar dice que lo hacen de broma y que no importa, y que de todos modos ella no los puede detener. Erika no puede decir que ella y Ragnar sean una especie de novios. No puede decirlo.

Se lo imagina. Erika se imagina abriendo la boca y diciendo que Ragnar y ella son novios y que los demás le dejen en paz.

«¡Dejad de torturarlo de esa forma!»

Se imagina las caras de Marion, Frida, Pär, Emily, Fabian y Olle. Las risas silenciosas. Las miradas. Luego se encontrará con ellos en la playa, camino de la tienda o en Hembygdsgården y Marion y Frida o Frida y Emily o Marion y Emily se le acercarán, se colocarán todo lo cerca de ella que puedan sin

tocarla y se pondrán a hablar entre ellas. Si Erika dice algo, ellas fingirán no haber oído. Si ella las mira, ellas la traspasarán con la mirada, como si fuese transparente. Si ella se pone a dar saltos, a gritar, si se desploma en el suelo o se pone a cantar, ellas continuarán su conversación. Erika será para ellas como aire. Se lo ha visto hacer muchas veces.

Pero están de broma. No es en serio. Incluso Ragnar lo dice. No lo hacen con mala intención.

—Papá.

—¿Sí?

Isak levanta la mirada del periódico.

—Se meten con Ragnar —dice Erika.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Qué hacen?

—Se pelean con él.

—Eso también lo hacían en mis tiempos.

—¿En tus tiempos?

—Cuando yo era joven.

—Papá, no lo entiendes.

—Entiendo lo que dices, pero los chicos se pelean. Siempre lo han hecho.

—También lo hacen las chicas.

Isak se ríe.

—Ragnar debería besar a las chicas en lugar de pelearse con ellas.

—No lo entiendes...

—¿De qué se trata entonces? ¿Qué es lo que no entiendo?

—Gritan cosas.

—¿Qué es lo que gritan?

—No sé. Cosas asquerosas.

—Supongo que él lo provoca.

Erika mira a su padre.

—¿Cómo que él lo provoca?

Isak se levanta del sillón, dobla el periódico, y lo deja en la mesa.

—Hay algo en él..., algo en sus ojos. Tiene ojos de perro —dice él.

Respecto a la celebración del cumpleaños, Erika le dice a Ragnar el día de anterior que no pueden verse en la cabaña secreta como habían acordado. Rosa le ha permitido invitar a algunos de sus amigos a la terraza. A una especie de fiesta.

Le apetece más eso que estar en la cabaña con Ragnar.

Ragnar no dice nada. ¿Se pondrá a llorar otra vez? Erika lo mira. Quiere decirle: «No es solo tu cumpleaños. También es el mío. Quiero hacer lo que me apetezca. ¡Yo, yo, yo! ¿Me oyes? ¡No es más que un día, Ragnar! ¡No es más que un estúpido día entre todos los estúpidos días!». Tiene ganas de sacudirlo. De gritarle. De obligarlo a escuchar. Eres tan... Eres tan... ¡Eres tan... pesado!

—Puedes venir también si te apetece —dice Erika.

Ragnar esboza una sonrisa.

—No. Creo que no. Pero gracias de todas formas.

Están sentados en el catre en la cabaña secreta compartiendo una Coca-Cola. Ragnar lleva unos pantalones negros y una camiseta negra de Tom Verlaine. En la cabeza se ha puesto un viejo sombrero bien calado que le tapa la mancha de nacimiento entre las cejas. Dice que lo ha heredado de su padre. Erika no sabe nada del padre de Ragnar. No sabe si está muerto, vivo, enfermo, casado, divorciado o si simplemente se ha ido a Australia.

Erika está sentada en el catre, y en el fondo desea marcharse. Es la víspera del día en que los dos cumplirán catorce años, están sentados en el catre en la cabaña secreta y Erika desea marcharse, desearía estar en cualquier otra parte, es como si llevara varios años sentada allí, pero él le coge la mano y ella se queda. Es una mano infantil. Ragnar siempre ha sido flaco. Muñecas finas. Piernas delgadas. El chico de las piernas como palillos, lo llamaban.

Un día, hace mucho tiempo, Erika y Laura estaban tumbadas en la hierba alta y vieron a un chico delgado con una camiseta en la que ponía I'VE BEEN TO NIAGARA FALLS correr hacia la puerta de Isak. Corría con una fila de chicos tras él. Erika intentó recordar. ¿De dónde venían todos aquellos otros chicos? ¿Los conocía ella? ¿No era solo Ragnar el que corría entonces? Recordaba que Ragnar se había desplomado en el umbral y que Isak había

abierto la puerta con un enorme rugido, lo había cogido en brazos y lo llevó adentro. Pasaron horas hasta que volvieron a verlo, estuvieron esperando una eternidad, se movieron un montón de veces por el sol. Y cuando por fin lo vieron junto a la casa, se levantaron y corrieron tras él. El chico primero, Erika y Laura detrás.

—HOLA TÚ... ¿ADÓNDE VAS... POR QUÉ HAS LLAMADO A LA PUERTA DE NUESTRO PADRE... CÓMO TE LLAMAS?

El chico corría tan deprisa que no lograron alcanzarlo, pero justo antes de desaparecer detrás de unos árboles, se volvió y las saludó agitando la mano mientras daba saltos y gritaba:

—¡EL AIRE ES DE TODOS! ¡EL AIRE ES DE TODOS!

—Me voy ya —dice Erika, levantándose del catre.

—No te vayas —dice Ragnar, apretándole la mano.

—Tengo que irme.

—No quiero estar solo. Por favor —dice Ragnar.

Erika le da un abrazo.

—¡Hasta luego!

Ella mira el reloj. Es tarde. Casi las once.

—Solo tendremos trece años durante una hora más —dice ella.

Ragnar le sonríe. Sigue sentado en el catre con el sombrero de su padre calado hasta las cejas. Levanta la mano y la saluda.

—¡Felicidades!

Erika le devuelve el saludo.

—A ti también —dice, y se va corriendo a casa.

Extraño tenerlos en casa. Marion, Frida, Emily, Pär, Fabian y Olle. Ver todo con los ojos de ellos. La casa blanca de caliza junto al mar es pequeña, destartalada y anticuada; todo allí se detuvo en algún momento de la década de los sesenta; Isak es un viejo y Rosa es gorda, tonta y está obsesionada con la limpieza —¿hace falta que salga a la terraza cada dos por tres a decir más refresco, más salchichas, más tarta, y hablarles como si tuvieran diez años?—. Y no solo eso. Laura está devorando perritos calientes y hablando por los codos, aunque sabe muy bien que no tiene por qué estar allí.

Laura le prometió, le juró que no aparecería durante toda la celebración. Los invitados son los amigos de Erika.

Nadie se fija en Molly. Está sentada sin moverse debajo de la mesa de la terraza y lleva la capa que la hace invisible. A todo el mundo menos a Erika. La capa fue un regalo de cumpleaños de su hermana. En realidad la capa invisible es un anorak rojo de montaña que lleva un emblema de la campaña salvemos el río en la manga. Erika no tuvo tiempo de comprarle un regalo a Molly, o quizá se olvidó. Cualquiera que fuese el motivo, se le había ocurrido lo de la capa invisible. Molly se lo puso inmediatamente. A ella le llegaba hasta los pies y por eso podía llamarse capa. Una capa de color amapola. Molly dio unas cuantas vueltas mientras gritaba: «¿Soy invisible ya? ¿Soy invisible ya?».

Rosa e Isak suspiraron y contestaron aturridos:

—¿Dónde está Molly?

—¿Dónde se ha metido Molly?

—¿Ha desaparecido Molly?

Y cuando Molly se quitó el anorak y gritó: «¡Aquí estoy!» todos se sorprendieron por igual y dijeron: «¡Pero si estás ahí!».

Molly está sentada debajo de la mesa sin moverse, sin hablar, vestida con su capa invisible color amapola, escuchando todas las voces, y de vez en cuando Laura le tira algún trozo de salchicha o tarta al suelo para que pueda comer algo. Es exactamente como si fuera un perro. Pero ella no es un perro. Ella es invisible.

Laura sabe que había prometido a Erika mantenerse alejada de su fiesta de cumpleaños, pero Marion, la de la hermosa melena negra, al pasar por delante de la mesa le acarició la manga y le dijo que la chaqueta que llevaba era muy bonita; entonces Laura se sentó a su lado en lugar de darse una vuelta por la playa como había pensado. Y nadie tiene nada en contra. Solo Erika. Los demás no. Erika siempre quiere dejarla fuera. Deberían saber que Erika es en realidad la novia de Ragnar y no de ese tal Fabian. Si supieran lo que hacen Erika y Ragnar cuando nadie los ve... Y ese Ragnar... Con un cuerno en la frente, voz de pito y ropa negra.

El primer regalo es de Frida, y siguen los de Marion y Emily. Los chicos también le llevan regalos. Fabian le ha comprado una bonita caja de bombones en tierra firme, y le ha escrito una tarjeta que ella lee en voz alta: «Para Erika. Las rosas rojas son. Las violetas azules son. Brillan las estrellas y tú brillas como ellas. Felicidades, Fabian». Todo el mundo se ríe. Fabian también. Erika se sonroja, le da un abrazo y dice «Muchas gracias», en realidad no sabía que le gustaba tanto. Apoya la cabeza en el hombro del chico.

—Erika es la novia de Ragnar —dice Laura en voz alta, y todos se callan y la miran.

Erika se levanta y se vuelve a sentar.

—Fuera de aquí, Laura —dice—. Vete.

—Erika sale de casa a escondidas al anochecer y se va al bosque, a la cabaña de Ragnar, y allí se pasan toda la noche metiéndose mano —prosigue Laura.

Todo el mundo mira a Erika. Por unos instantes reina un silencio total alrededor de la mesa. Solo se escuchan el murmullo del mar, los gritos de las gaviotas y un cálido viento que les acaricia las mejillas.

Fabian suelta la mano de Erika y Marion se mete el dedo en la boca diciendo «¡QUÉ ASCO!». Entonces todos se echan a reír de nuevo.

—Sal de aquí —susurra Erika a Laura.

—¡No! —contesta Laura.

—No es verdad —dice Erika dirigiéndose a todos—. No sabe de lo que está hablando.

Se vuelve otra vez hacia su hermana.

—¡Niña de mierda!

—Solo estaba bromeando —susurra Laura, pero se arrepiente enseguida al comprobar que todos miran hacia otra parte y empiezan a hablar entre ellos de nuevo.

—Solo estaba bromeando. Pero es la verdad.

Marion le tira suavemente de la trenza y dice:

—¿Y tú qué edad tienes?

—Voy a cumplir trece —contesta Laura.

—Tiene doce —grita Erika con un gemido—. ¡Desaparece de mi vista,

Laura!

Todo el mundo la mira. Todo el mundo mira a Laura.

—Sé dónde está su cabaña —dice Laura.

Erika pone los ojos en blanco.

—Todo el mundo sabe dónde está esa estúpida cabaña.

—Yo no —dice Marion.

—Yo tampoco —dice Frida.

Todos los demás dicen lo mismo.

—Es hora de ir a dar una vuelta por el bosque —dice Fabian, y todos se ríen.

Todos se ríen. Se levantan de la mesa y se ríen. Rodean la casa y corren hacia el sendero del bosque, luego toman otro sendero a la izquierda y todos ríen, chillan y gritan, y veinticinco años después Erika no está muy segura de quién hizo de guía. Ella misma, que anda pavoneándose entre los demás, cogida del brazo de Fabian, gritando «No, ahora hay que ir hacia la izquierda, después de esa curva, a través de los matorrales», o Laura, que corre delante de todos con su larga trenza bailando, o Molly, con su larga capa invisible de color amapola que le llega hasta los tobillos, corriendo a saltitos, jubilosa. El bosque se espesa. El sendero desaparece para convertirse en una fina línea en el suelo. Se ve claramente que alguien ha hecho antes ese mismo recorrido, pero resulta difícil avanzar. Al final Molly es la única que camina erguida. Sigue adelante como un pequeño soldado rojo. Todos los demás tienen que inclinarse ante las ramas, trepar por troncos y palos y apartar los arbustos. Se pinchan con las espinas y se arañan las rodillas, pero consiguen atravesar los matorrales y llegar al claro del bosque. Laura se pone el dedo índice sobre los labios. Ya no se oye ninguna risa. Ninguna voz. Ni siquiera Molly dice nada. Vuelve al bosque dando pequeños saltos y se sitúa detrás de un arbusto, luego se vuelve a levantar y se esconde detrás de otro arbusto.

Delante de la pequeña cabaña torcida hay un carro cargado hasta arriba de piedras. Por lo demás, todo está normal. Una llanura verde. Un árbol torcido. La cabaña parece a punto de derrumbarse de un momento a otro. Erika avanza unos pasos, alejándose de los demás, se detiene y se queda inmóvil, esperando



que él no esté allí. Entrelaza las manos y susurra «Te lo ruego, haz que no esté».

Marion va tras ella y se queda parada a su lado.

—¿Crees que está ahí dentro?

Erika se encoge de hombros.

—No lo sé.

—¿No vas a ir a comprobarlo?

—No lo sé.

—Creo que debes ir a mirar.

Rodea a Erika con el brazo y Erika apoya la cabeza en el hombro de Marion. Pero esa no era la intención de Marion, no era su intención que se quedaran abrazadas en el claro del bosque. Erika nota un fuerte golpe en la espalda. Un empujón hacia delante.

—Ve a mirar —le dice Marion.

Cuando Erika abre la puerta y ve a Ragnar sentado en el catre con el sombrero tapándole la frente, lo primero que piensa es que lleva allí sentado desde la noche anterior. La oscuridad es ya casi total en la cabaña, pero Ragnar ha encendido una vela en la mesa delante del catre. Lleva una nueva camiseta con una foto de Jimi Hendrix.

—Hola —dice Erika.

Ragnar levanta la vista. Ella ve su cara —los ojos, la nariz, la boca— a la luz de la llama.

—Hola —contesta Ragnar.

—Felicidades —dice Erika.

—Lo mismo te digo —contesta Ragnar.

—¿Camiseta nueva? —pregunta Erika.

—Me la ha enviado por correo un amigo de Estocolmo —dice Ragnar.

Erika asiente con la cabeza.

Ragnar vuelve a mirar al suelo.

—¿Por qué has venido, Erika?

Erika lo mira. Toma aliento para decir algo. Entonces se echa a llorar.

Ragnar se levanta del catre, la aparta con la mano y va hacia la puerta. La abre y mira fuera.

—Me cago en Dios —dice—. ¡Me cago en Dios, Erika! Y echa a correr.

Ragnar corre, corre por el bosque sin detenerse. Apenas les lleva ventaja, porque esta vez lo han pillado por sorpresa, y por eso coge el atajo hasta la playa. No respira con regularidad. No respiras con regularidad, Ragnar. Intenta respirar con regularidad, pero no lo consigue. Va a sentir pinchazos en el costado. Tendría que detenerse para recuperar el aliento, pero no hay tiempo. Algunos ya están justo detrás de él, solo a unos diez o veinte metros. Respira. Seguramente ya son capaces de sentir su respiración, su olor. El bosque se abre y él sale corriendo a la gran playa de piedras desierta. Continúa hasta el mar y también el mar se abre, se mete dentro del mar y el mar lo acoge, porque él es el más amado.

Molly salta y corre por el bosque. No resulta muy fácil teniendo en cuenta que lleva puesto el anorak de montaña de Erika de color amapola, que le llega hasta los tobillos. A veces se tropieza con algo y se araña las rodillas. No es solo por el anorak. También es porque se ha hecho de noche. *Borlänge* significa día, ¿pero qué es esto si no la noche? Los demás corren delante de ella y Molly los quiere encontrar. No la han esperado. No la han visto. Pero no es porque lleve la capa invisible, es porque estaba escondida detrás de un arbusto.

Sale a la playa.

Permanece inmóvil, observando.

Están tirando piedras a Ragnar, y gritando.

Molly levanta la cara al cielo y grita: «¡uy, uy, uy!».

Erika nunca será capaz de determinar quién empezó a tirar piedras. Ragnar corre por el bajío, el agua chapotea en torno a sus pies y él de repente se vuelve y grita «¡ja, ja, ja!» agitando los brazos, entonces todos se ríen, agitan los brazos y gritan «¡ja, ja, ja!» ellos también.

Es como si todos cantaran la misma canción. Unos preguntan, otros contestan. Ragnar baila mar adentro, de espaldas al mar. El agua le llega hasta las caderas. Se tapa la cara con las manos y les grita: «¡No! ¡No hagáis eso! ¡No!».

Pero nadie sabe quién empieza a tirar y quién acierta cuando las piedras le dan en la frente y él se desploma en el agua. Nadie lo puede decir.

## IV

# Verano e invierno

Creo que tendremos tormenta esta noche, dijo Rosa, cerrando las tres ventanas que daban al mar.

Isak levantó la mirada del periódico.

—No podía seguir así —dijo.

—¿El qué? —preguntó Rosa sin volverse.

—Este calor —contestó Isak—. No podía seguir así.

Había empezado a soplar un fuerte viento y Rosa tuvo que tirar con fuerza de las ventanas para poder fijar los ganchos. Una rama golpeaba contra la pared exterior, las espumosas olas eran de color gris. Rosa se quedó contemplando la playa de piedras.

—Más vale que meta las bicicletas en el garaje para que no se queden bajo la lluvia —dijo.

Isak estaba sentado en uno de los dos sillones frente al televisor, y Rosa estaba de espaldas mirando por la ventana. Isak pensó que tal vez lo mejor sería desaparecer del todo y cobijarse en la ancha columna vertebral de Rosa, en su estrecho vestido de verano floreado y la gran rebeca gris de lana que se ponía sobre los hombros todas las noches.

—Pero aún no llueve, ¿no? —dijo.

Rosa no se volvió, seguía de pie ante la ventana.

—Mira esas nubes —dijo señalando hacia el cielo—. Ya está oscureciendo. Ayer a estas horas estábamos sentados fuera tomando vino y esta noche es como si hubiese llegado el otoño.

Isak echó un vistazo al reloj de sonería que hacía tictac en su rincón. Este salón, pensó. Este reloj. Los sillones. El televisor. El buró. La mesa de pino con el jarrón de cerámica azul. A veces, por la noche, Rosa dice que va a salir a dar un paseo, dice que quiere estar sola un rato, y se va después de haber acostado a Molly, que no es su propia hija, sino la de Ruth. Al cabo de un rato vuelve con las manos llenas de flores silvestres. Rojas, amarillas, blancas. Llena de agua el jarrón de cerámica y pone dentro las flores. Aquí no hay que cambiar nada. Ni restaurar, ni pintar, ni lijar. Aquí todo seguirá como está, y ninguno de ellos necesitará hablar de lo que ha sido o de lo que será. No. Aquí comerán tranquilamente, verán sus programas de televisión, se darán cariñosa y amablemente las buenas noches. Aquí envejecerán y morirán juntos, sin estorbos ni exigencias, en silencio y sin culpa.

—¿Han vuelto las niñas?

—Sí.

—¿Ha ido bien la fiesta de cumpleaños?

—Sí —Rosa se encogió de hombros—. Al menos eso creo.

Suspiró y se arrebujó en la chaqueta gris de lana. Se volvió hacia él, y él pensó que quería cobijarse en la cara de Rosa, en sus ojos, en las comisuras de sus labios, en sus mejillas.

—Voy a guardar las bicicletas —dijo ella.

Se hizo de noche, hubo tormenta y la tormenta llegó con el único deseo de arrancar árboles y vallas de piedra y derrumbar casas, pero los árboles, las vallas de piedra y las casas llevaban tanto tiempo en pie que no se dejaron arrancar. La isla había sufrido peores tormentas, dijeron los que habían vivido siempre allí.

Erika salió sigilosamente de su cama y fue de puntillas hasta la entrada. Allí metió los pies en las botas de agua verdes de Isak y abrió la puerta de

fuera. El viento la agarró del camión y del cabello, la levantó y se la llevó consigo hacia el mar. Se cayó y se hizo daño en las rodillas, entonces se estremeció. Primero porque se cayó, y luego por el sonido tan fino de su propia voz. No fue un grito ensordecedor o aterrador, no fue casi nada, y se dio la vuelta y se incorporó. Estaba oscuro y no consiguió quitar las piedrecillas y toda la porquería que se le había metido en las heridas, y había sangre pegajosa por todas partes, en sus manos, en las rodillas, en el camión. Se levantó y prosiguió la carrera; corría, cojeaba, se caía, se levantaba y volvía a correr. Se metió en el agua y se colocó con las piernas separadas y los pies bien plantados en las botas de agua. Abrió la boca y el viento la sacudió; ella quería hacer enmudecer al viento, gritar más alto que él. Pero ¿qué iba a decir? ¿Qué iba a gritar ahora que ya estaba allí, empapada, temblorosa y con las rodillas, las manos y el camión ensangrentados, una sangre grumosa, pegajosa? «¡odio tu jodida camiseta de tom verlaine!» Lloraba. Gritaba. Y el mar la golpeaba y tiraba de ella, y se acordó de que él solía decir que había que dejarse llevar, dejarse caer hacia atrás, era lo más valeroso que podían hacer. También dijo que cuando había tanta oscuridad brillaba una luz sobre el mar (se trataba de un fenómeno natural de esa isla, tenía un nombre que ella nunca recordaba), y en ese momento ella se encontraba bajo esa luz; tal vez él pudiera verla, tal vez estuviera lejos, entre los árboles, allí donde el bosque dejaba de ser bosque y se convertía en playa, puede que estuviera medio escondido detrás de un árbol. La playa estaba completamente negra y llena de piedras. La lluvia no iluminaba nada. Erika no sabía cuánto tiempo llevaba allí, de pie entre las olas, bajo la lluvia, pero tenía la sensación de que él la estaba observando. Cada vez que levantaba la mano o daba un paso era como si lo hiciera por él, y dio otro paso más hacia él y él dijo: «No me dejes, Erika, no te vayas, no te vayas, por favor. No te vayas».

Y la lluvia cayó del cielo y todo se volvió gris y pesado, empapado y lleno de fango, y con los truenos también llegaron los cortes de luz, que nadie notó hasta la mañana siguiente. Era de noche y la gente dormía. Los que estaban despiertos no encendieron la luz.

Molly yacía al lado de Laura en la frágil cama de hierro. Las dos estaban despiertas porque un abejorro volaba de una pared a otra de la habitación. Fuera arreciaba la tormenta, también había truenos, pero lo que no las dejaba dormir era el abejorro.

—Ahora tienes que dormir —dijo Laura, y se echó a llorar.

—Pobre Laura —dijo Molly, acariciando la cabeza de su hermana.

Laura se encogió en la cama y rodeó con los brazos la fina cintura de su hermana pequeña. Luego susurró:

—Tú no entiendes nada. ¡Nunca más podremos volver a levantarnos!

—Yo creo que sí —dijo Molly—. Podemos levantarnos mañana en cuanto el señor diga *Borlänge*.

Laura no dejaba de llorar.

—No entiendes nada. No entiendes lo que estoy diciendo. No entiendes lo que ha pasado. Nunca más podremos volver a levantarnos.

—Vale —dijo Molly.

Laura soltó a Molly y se incorporó en la cama. Clavó sus ojos en los de su hermana pequeña.

—No digas nunca, nunca, nunca a nadie lo que hicimos en la playa.

—Vale —dijo Molly.

—Si se lo dices a alguien, llegarán por la noche cuando tu madre y tú estéis dormidas..., y tienen las llaves de todas las puertas de este país, así que de nada sirve cerrar con llave...

—¿Quiénes vendrán? —interrumpió Molly.

—Los cazadores —contestó Laura—. Y cuando hayan entrado en la casa con su llave, encontrarán la habitación de tu madre y entonces la matarán con cinco balas en la cabeza.

Molly se puso a chillar.

—Chist —susurró Laura.

Molly se tapó los oídos y siguió chillando.

Laura se secó las lágrimas, apretó a su hermanita contra su pecho y se puso a mecerla lentamente a un lado y a otro en la cama.

—Chist, Molly. Chist. Todo irá bien. Lo importante es que no digas nada.

Ann-Kristin daba vueltas por la fría casa que había heredado de sus

padres, miraba el mar y esperaba a Ragnar, que había salido disparado y no había vuelto. Había sido la misma pelea de siempre, las mismas palabras que solían decirse. Él había afirmado que quería dormir en la cabaña del bosque. Ella dijo que debía volver a casa a dormir en su habitación. Habían comido filete de buey con salsa bearnesa, y helado con chocolate deshecho de postre. Era el plato favorito de Ragnar; luego comieron la tarta de cumpleaños, solos ellos dos, y vieron una divertida película en la tele. La protagonista era Goldie Hawn. Estuvieron sentados juntos en el sofá marrón, a la luz del televisor, viendo la película, y se rieron mucho. Él dijo que le había gustado mucho la comida, la tarta, los regalos, pero después añadió que quería irse a la cabaña y dormir allí. Ella dijo que no y entonces él dijo: «Tengo catorce años, mamá», y salió disparado por la puerta, cerrándola tras él con un golpe sonoro. Y ahora ella estaba mirando por la ventana, buscándolo con la mirada, esperando oír sus pasos fuera.

Palle Quist, cuya casa no quedaba lejos de la de Ann-Kristin, estaba sentado en un sillón intentando relajarse para poder irse a dormir. Cuando vio el rayo que rasgó el cielo y oyó los truenos, pensó que eso era lo único que faltaba ya. El sol había brillado durante todo el verano, el más caluroso desde 1874, y ahora llegaban la lluvia, el viento, los truenos, justo a tiempo para el estreno al cabo de dos días. ¡Eso lo estropearía todo! Dios estaba en contra de él. Ahora seguro que no lograría dormirse.

Tampoco Isak estaba tranquilo. Pensaba en el trabajo que le esperaba en Estocolmo y en Lund, y en que nunca quería marcharse de Hammarsö. Era allí donde quería estar. Sin amigos, sin hijas, sin colegas, sin pacientes, sin nadie. Solo Rosa y él. En completa tranquilidad, en paz total. Ella respiraba pesada y regularmente a su lado. Ella siempre dormía bien. Se tumbaba de lado, se enrollaba en el edredón, apagaba la luz, le daba las buenas noches y dormía hasta la mañana siguiente a las siete y media, cuando abría los ojos lista para emprender un nuevo día. Así era Rosa. Le dio un suave empujón en el costado. Había otro asunto que le preocupaba. Aparte del hecho de que pronto tuvieran que irse de la isla, había algo más. Algo que no sabía definir con palabras. Rosa se volvió hacia él y lo miró, somnolienta y sorprendida. Isak no solía



despertarla cuando no podía dormir.

—Tal vez simplemente debería retirarme —dijo Isak.

Se incorporó en la cama, respirando con dificultad. Rosa bostezó y le dio la mano.

—Nunca seré capaz de acordarme del texto —dijo Isak.

Rosa le acarició la mano como si fuera un niño pequeño y luego dijo:

—Consúltalo con la almohada. No es una cosa tan grave.

—No quiero hacer el ridículo. Eso es todo. No quiero hacer el ridículo — dijo Isak.

Rosa negó con la cabeza y sonrió. Cerró los ojos y se volvió a dormir. Isak se quedó sentado en la cama, mirando la oscuridad. Se preguntaba qué diría Rosa si le diera otro pequeño empujón. ¿Se enfadaría? ¿Cuántas veces podría despertarla en una noche sin que ella se enfadara con él? Rosa, que nunca se enfadaba. Solo aquella vez cuando nació Molly. Entonces Rosa dijo que le dejaría, que se marcharía de la isla, que desaparecería para siempre. Nunca la había visto así. Él era un mal padre. Era un cabrón. Era un mal padre y un cabrón. Se lo reprocharían cuando se hicieran mayores. Erika, Laura y Molly, sus hijas. Sus madres ya se lo estaban reprochando, y no solo ellas, sino una retahíla de otras mujeres autojusticieras que se consideraban pisoteadas: «¡Eres un traidor, Isak!». «¡Eres un cínico cabrón!» «¡Mientes!» Bueno, ¿y qué? Él tenía su trabajo, y el trabajo era lo más importante, el trabajo era lo más sagrado, el trabajo lo llenaba y lo liberaba, y se había prometido a sí mismo, un día hacía mucho tiempo, que aunque fuera un cabrón sería el mejor dentro de su ámbito, y ya lo era. Isak Lövenstad era el mejor en su campo. ¡Brillaba! Y sin embargo, esa necesidad de darle un suave empujón a Rosa y despertarla y preguntarle... ¿Preguntarle qué? ¿Qué? ¿Qué era lo que había olvidado? ¿Qué era lo que le atormentaba? ¿Que pronto cerrarían la casa y volverían a la ciudad? ¿Que haría el ridículo en el papel de hombre sabio en la función de Hammarsö? Sí, sí, todo eso, pero había algo más. Isak se incorporó y observó las cortinas que ondeaban. Se levantó y cruzó descalzo la habitación hasta la ventana, soltó el gancho y tiró de la ventana hacia él. Se quedó mirando hacia fuera. Más tarde —al contar titubeando a Rosa lo que había pasado cuando estaba delante de la ventana cerrada mirando la tormenta — diría que fue como si un ángel se hubiese puesto a su lado, y le susurrara al

oído. Tuvo una corazonada, un presentimiento, un pensamiento repentino e inesperado de que tenía que ir a buscar a su hija. Había tanta agua por todas partes. Todo estaba empapado y frío. Tan maltrecho. Tenía que irse ya, no podía volver a acostarse de ninguna manera. Una luz brillaba sobre el mar. Hacia ella debía dirigirse. Se imaginaba el rostro de su hija, que tocaba ese rostro y la niña se tranquilizaba. Isak salió a grandes zancadas de la habitación, atravesó el salón y fue hasta la entrada. Sus botas de agua no estaban, así que se puso unas zapatillas de deporte y su amplio impermeable verde. Abrió la puerta de fuera y la tormenta rugió contra él. Si Laura, que estaba despierta en otra parte de la casa, lo hubiera visto en ese momento, habría dicho que Isak le devolvió el rugido. Pero nadie lo vio, y cruzó como un gigante, o como un animal enorme, el jardín, atravesó el bosque y bajó hasta la playa de piedras.

Cuando la vio en el agua, bastante adentro ya, en camisón y avanzando hacia lo más hondo, pensó con desesperación que ya era tarde. No había nada que hacer. Echó a correr adentrándose en el agua, golpeado por la lluvia y las olas. Era demasiado tarde. Demasiado tarde. Era demasiado tarde y la asió, la levantó en sus brazos y así la llevó hasta la playa. Ella temblaba y lloraba. Erika no dijo nada. Isak no dijo nada. Ella temblaba. Lloraba. Él le puso una mano en el rostro susurrando «Ya ha pasado, ya ha pasado». La sostenía y la llevó en brazos por la playa y a través del bosque hasta la casa. Le quitó el camisón mojado. Erika era delgada, no era más que una niña, Dios mío, pensó, no era más que una niña; la secó con una toalla y encontró un pijama que en realidad pertenecía a su hermana Laura. Luego la acostó, la arropó con el edredón y se sentó en el borde de la cama.

La niña seguía temblando.

Isak no sabía qué más podía hacer. Erika intentó hablar con él, pero tenía un hilo de voz. No le quedaban fuerzas, y él susurró «Ya ha pasado, ya ha pasado». El vigor del pensamiento despejado lo había abandonado y se sentía exhausto. Se puso a cantarle canciones infantiles que ni siquiera sabía que conocía o que las había oído, y pareció que eso la tranquilizara, Isak cantó y le acarició el cabello hasta que la niña dejó de temblar y él estuvo totalmente seguro de que se había dormido.

Laura dio un pequeño empujón a Molly, que estaba a punto de quedarse dormida a su lado. Todavía le salía algún que otro sollozo.

—¡Escucha! —dijo Laura.

—¿El qué? —susurró Molly.

—Papá está cantando en la habitación de Erika.

Molly escuchó y esbozó una débil sonrisa en la oscuridad.

—Bum, bum, bum —susurró—. Así es como suena. Bum, bum, bum.

Laura rodeó a su hermana pequeña con el brazo y la atrajo hacia sí.

—Bum, bum, bum —dijo en voz baja, a modo de respuesta.

Las olas iban y venían cada vez con más fuerza, y Ragnar se liberó de una red de algas y plantas marinas en la que se le había enredado un pie. Subió flotando hasta la superficie, fue arrojado hasta la playa y devuelto a la profundidad del mar, luego otra vez a la playa y de nuevo a la profundidad, hasta que por fin fue arrastrado por una ola y depositado, casi con suavidad, en la playa (en un pequeño hoyo formado por piedras y fósiles de casi cuatrocientos millones de años) para que alguien lo encontrara pronto.

Pero aún tardarían en dar con él. Pronto amaneció y luego llegó el mediodía y cuando al fin se calmó el viento, fue sustituido por una fría lluvia torrencial. Ragnar yacía inmóvil en el hoyo, empapado, pálido y ausente. Aquel día muchos se quedaron en sus casas y las playas estaban desiertas, no había ninguna chica en la roca, todo goteaba, todo era frío y gris, y solo Ann-Kristin andaba de casa en casa preguntando si alguien había visto a su hijo, pero nadie lo había visto.

Madres y padres abrían la puerta y la miraban, la madre de Marion, el padre de Pär, la madre de los gemelos Fabian y Olle, todos la miraban interrogantes, indiferentes, extrañados, negando con la cabeza.

—¿No lo ves desde anoche?

—¿No suele escaparse de vez en cuando?

—¿Has llamado a la policía?

Palle Quist, el padre de Emily, también recibió la visita de Ann-Kristin aquella mañana. Primero insomnio, luego cortes de luz y ahora esta maldita lluvia y... Todo y todos estaban en su contra. Tenía miedo de que la gente

dejara de acudir al último y más importante ensayo de *UnaOle-Pette islaOle-Pette enOle-Pette elOle-Pette mar*; era como si a todos les fallara el ánimo, él lo notaba, como si de repente todo el mundo quisiera terminar de una vez y marcharse a casa. El último ensayo sería esa misma tarde, al día siguiente habría ensayo general con público, y al otro día el estreno. Ese cachorro de Örebro, el sustituto de verano de todos los años del periódico local, ya había anunciado su presencia.

—En todo caso espero que Ragnar venga esta noche —dijo Palle Quist a Ann-Kristin—. Lo repasaremos todo.

Se le olvidó por completo decir a Ann-Kristin que entrara para protegerse de la lluvia, a calentarse unos instantes delante de la estufa, a tomar un café. Pues no, Palle Quist tampoco había visto a Ragnar. Que él supiera, tampoco Emily lo había visto, pero se lo preguntaría cuando se levantara.

—El chico va progresando —dijo—. Ragnar progresa. ¡Está muy bien, Ann-Kristin! ¡Díselo de mi parte cuando lo veas! Ahora no podemos perder el ánimo aunque el tiempo haya cambiado.

Cuando Ann-Kristin se derrumbó delante de la casa de Palle Quist y se echó a llorar, él ya había cerrado la puerta.

Desde allí no había mucha distancia hasta la casa de Isak, pero ella se resistía a llamar a su puerta a preguntar por su hijo. La retenía la fría mirada de Rosa, y el que Isak una vez, hace mucho, le dijera que no se acercara, y ella no se había acercado. Quería preguntarle a Erika. Le diría: «¿Dónde está Ragnar? ¿Dónde está? Tú sabes dónde está, ¿verdad?». Pero después de correr tambaleándose hasta la puerta pintada de azul, después de pasar por la alta hierba mojada y llamar, después de que Isak abriera la puerta y apareciera ante ella, alto, brillante y terrible, gritó a través de las lágrimas y de la lluvia: «¡No encuentro al chico!».

Y aún tardarían horas en encontrarlo. Molly estaba sentada en el suelo frente al reloj de péndulo siguiendo los movimientos de la aguja grande sobre la esfera, mientras la lluvia caía a chorros por las tres ventanas cerradas. La aguja se movía una vez por minuto; ¡cuánto tiempo duraba un minuto! Molly quería irse a casa, con su madre a Oslo, quería marcharse lejos de las perchas

blancas del armario secadora de Rosa, marcharse lejos de los osos que cruzaban el mar a nado por la noche cuando los barqueros no estaban alerta, marcharse lejos de Laura y Erika, que de pronto no hacían sino dormir, dormir y dormir, como la bella durmiente. No se levantaban nunca. Rosa decía que estaban enfermas debido al cambio de tiempo.

En la cocina, al otro lado de la pared del salón, estaban Ann-Kristin y Rosa, sentadas cada una a un lado de la mesa, bajo la lámpara azul. Ann-Kristin lloraba en silencio, Isak hablaba por teléfono. Cuando volvió a colocar el teléfono sobre la mesa de la entrada, dijo que la policía venía de camino, pero que tardarían unas dos horas en llegar a la isla y que habría que seguir buscando hasta entonces.

Ann-Kristin levantó la vista, primero se encontró con la mirada de Rosa, luego con la de Isak.

—¿Erika no sabe nada?

No quería creerlo. ¿Era verdad que nadie sabía dónde estaba, ni dónde lo habían visto por última vez?

—¿Laura no sabe nada?

Ann-Kristin exigió poder hablar con una de las dos, preferiblemente con Erika. ¿No iban a celebrar juntos el cumpleaños Erika y Ragnar? Siempre lo habían hecho. ¿Lo sabía Isak? Bajó la voz. ¿Sabía él realmente lo íntimos amigos que eran Erika y Ragnar?

Rosa la interrumpió.

—Erika celebró su cumpleaños ayer aquí —dijo—. ¡En la terraza! Vinieron muchos chicos, pero Ragnar no. Creo que no estaba invitado.

Ann-Kristin miró primero a Rosa, luego a Isak, y repitió:

—¿No estaba invitado?

Rosa prosiguió:

—Las amistades entre los chicos de esa edad son muy cambiantes, en un momento son íntimos, y al siguiente ni se hablan.

—Voy a despertar a Erika. Ha estado enferma esta noche, pero voy a ir a despertarla y a preguntarle cuándo lo vio por última vez —dijo Isak. Fue hacia la puerta, pero se volvió y dijo—: Ragnar tiene una cabaña... —Isak buscó las

palabras—, una cabaña secreta en el bosque. —Se rió un poco y miró a Ann-Kristin—. Sabes dónde está, ¿verdad? ¿Has comprobado que no está allí?

Ann-Kristin levantó la cabeza y lo miró.

—Claro que he estado en esa cabaña —contestó en voz muy baja—. Fue el primer sitio donde busqué. La cabaña está vacía.

Tanta agua por todas partes.

Agua empapando la ropa, agua empapando la piel, agua empapando los pulmones, agua goteando del cabello. Ragnar yacía en el hoyo, en agua salada, en lluvia y mar, las piedras que lo rodeaban eran lisas como la palma de la mano de una niña. Cuando al final lo encontraron a media tarde, pesaba mucho, resultó difícil cogerlo, costó trasladarlo.

Fueron dos forasteras, dos mujeres de Adelaida, Australia, quienes lo descubrieron. Habían pasado todo el mes de julio en Hammarsö, disfrutando de los paisajes que les recordaban más a lugares de África que a Escandinavia. Era su último día en la isla y habían decidido desafiar el tiempo y darse un largo paseo por la playa de piedras.

Actuaron con rapidez y en silencio. Una de las dos mujeres se puso en cuclillas y se inclinó sobre él, tratando de sentir la respiración y los latidos del corazón, aunque ya sabía que estaba muerto. Le apartó un poco el cabello, le acarició la mejilla y le cerró los ojos. Luego lo abrazó y lo estrechó contra su pecho. Se empapó y sintió frío, pero incluso muchos, muchísimos años después, cuando era muy vieja, a punto de morir, se acordaría de cómo había abrazado a aquel chico sin vida, de sus finas muñecas y de la lluvia que caía sin cesar. Por fin hizo un gesto con la cabeza a la otra mujer. Lo levantaron; el chico no era grande, pero pesaba más de lo que imaginaban, lo llevaron entre las dos por la playa, atravesaron el bosque, y cuando llegaron a una granja en la que no sabían quién vivía, llamaron a la puerta.

Ann-Kristin seguía sentada en la cocina de Isak y Rosa cuando sonó el teléfono. Fue Rosa la que recibió el mensaje.

Erika estaba en el umbral de la puerta, con el pijama de Laura, frotándose los ojos. Tenía el cuerpo pesado y extenuado de tanto dormir.

Rosa contó deprisa y en voz baja lo que había sucedido, lo que le habían

dicho por teléfono, dónde lo habían encontrado, dónde se encontraba en ese momento por si ella quería acercarse, su voz sonaba sin interrupción, un río de palabras.

Ann-Kristin levantó la cabeza y clavó la mirada en Erika. Se miraron durante un largo rato, la mujer en la silla y la chica en el umbral de la puerta. La voz de Rosa no dejaba de hablar. Entonces Ann-Kristin abrió la boca como si fuera a gritar, pero no salió de ella sonido alguno.

Rosa dejó de hablar, y se hizo un silencio.

Fueron interrogados uno a uno por la policía y les dieron a tomar chocolate caliente, refrescos y bollos secos de canela que aumentaban en la boca y resultaban casi imposibles de tragar. Pequeñas bocas llenas de bollos. Ya no llovía tanto, pero el día que iba dejando paso a la noche era frío y gris y anunciaba la llegada del otoño. Todos hablaban del cambio de tiempo. Erika pensó que resultaba agradable beber cosas calientes. Estaban todos. Marion, Frida y Emily. Estaban Eva, y Pär, Fabian y Olle. También estaban sus padres. La policía los interrogó uno a uno en Hembygdsgården. Todos opinaban que era una tragedia. Un accidente intencionado, dijo alguien, y esa expresión «un accidente intencionado» quedó suspendida en el aire. Nadie dijo directamente que Ragnar se hubiera suicidado, pero ¿qué, si no, hacía Ragnar en la playa en medio de la tormenta?

—No puede definirse sino como un accidente intencionado —dijo el padre de Marion, Niclas Bodström.

¿Qué fue lo que Erika dijo a la policía con la boca llena de bollo?

—Ragnar era un poco raro, es cierto —dijo.

Erika masticaba y hablaba a la vez. Gesticulaba, señalaba, lloraba y masticaba bollos que le crecían dentro de la boca y eran imposibles de tragar.

—No íbamos mucho con él —intervino Laura.

Marion, Emily y Frida asintieron con la cabeza. Los chicos miraban al techo o se miraban unos a otros, sin mirar nunca a las chicas, que habían asumido la tarea de hablar.

—Ragnar era muy raro —repitió Erika.

¡Y más tarde! Después de que la policía hubiese hablado con todos los que

lo conocían (y nadie lo conocía muy bien, dijeron), después de que la ambulancia se lo llevara a tierra firme y un amable isleño ofreciera a Ann-Kristin un lugar donde descansar, una cama donde dormir para que no estuviera sola y abandonada, se había hecho ya muy tarde y todos estuvieron de acuerdo en que la función de teatro de Hammarsö de ese año tendría que suspenderse debido a la muerte del chico. El equipo de Palle Quist al completo estaba reunido en Hembygdsgården. Habían tomado café y chocolate caliente, habían comido bollos y el ensayo de la tarde se había suspendido debido a los interrogatorios de la policía.

De todos modos sería imposible hacer teatro en esas circunstancias, opinó la madre de Frida, que también participaba en la producción de ese año como diseñadora de los trajes y como extra.

Un sueño pesado y duradero estaba a punto de posarse sobre todos ellos.

Palle Quist apoyó la cabeza en las manos y gimió:

—Es horrible. ¡Horrible!

Algunos decían que sí con la cabeza, otros que no. Entonces a Palle Quist se le ocurrió una idea. Estaba sentado con la cabeza apoyada en las manos diciendo «Horrible» sin parar. Levantó la vista y miró por la gran ventana arqueada que daba a una llanura rebosante de amapolas rojas. Hembygdsgården era famosa por esas ventanas y por sus vistas. Era extraño. El tiempo había vuelto a cambiar y la noche era tan luminosa y templada como puede ser una noche de verano en Suecia. ¡Sí! ¡Sí! Palle Quist se dejó tentar por la luz y se oyó decir a sí mismo, tanteando, interrogante, porque aún no estaba seguro de que lo que iba a decir pudiera decirse:

—¿Y si no suspendiéramos la función? —Carraspeó—. ¿Y si hiciéramos la función, como..., como un... —Palle Quist buscaba las palabras adecuadas—, como un homenaje a Ragnar?

Se encontró frente a un muro de caras somnolientas, miradas somnolientas, gestos de manos somnolientas que rehusaban. Nadie, excepto la madre de Frida, tuvo fuerzas para contestarle.

—Palle —dijo, y repitió lo que ya había dicho a lo largo de la velada—. No podemos hacer teatro. No en estas circunstancias.

Palle Quist asintió. Está bien. Cambiarían de parecer. Su labor, su gran



labor, no se iría por la borda. Dejaría que el tiempo actuara a su favor. Todo tendría, pensó él (¡lo sabía!), otro color después de una noche de sueño.

Isak iba delante, con pasos largos y pesados. El bosque era tupido, pero la noche luminosa. La espalda de su padre era más grande y ancha que la pizarra de un colegio, se podría escribir en ella, pensó Erika. Y esa cabeza grande y rubia con su gran cerebro brillante. ¿Dónde lo metía todo? Erika se imaginó una explosión de olvido y pena.

Justo antes de dormirse la noche anterior, Erika había abierto la boca y lo había contado todo. Las palabras le salían a borbotones, cada palabra era una piedra de cuatrocientos millones de años, y él le había puesto un dedo en los labios diciendo «Calla, pequeña», y siguió cantando para ella.

Isak iba el primero, luego Erika y por último Laura. Tomaron el atajo por el bosque. Se tardaba solo diez minutos si se iba corriendo o a saltos, o si se daban pasos largos y rectos, como Isak. En casa los esperaba Rosa con té, pan recién hecho y batido de fresas silvestres.

Molly estaba dormida en su habitación.

Al arroparla con el edredón, Rosa le había dicho:

—Nada de dormir en la cama de Laura como todas las noches.

Molly asintió con la cabeza.

—Porque así ninguna de las dos duerme.

Molly asintió con la cabeza.

—Buenas noches —dijo Rosa.

—Buenas noches —dijo Molly.

Pero Molly no dormía. Estaba en la cama percibiendo el olor a pan recién hecho. Ella había colaborado en el batido de las fresas mientras los demás estaban en Hembygdsgården, y antes de acostarse le habían dejado probarlo. Oía a Rosa moverse por la cocina. Oía a Rosa suspirar y llorar, y oía el reloj de sonería del salón hacer tictac. Oyó a Isak, Erika y Laura llegar a casa; oyó una puerta que se cerraba, pasos en la entrada, voces. Molly oyó todo eso. Cuando Isak entreabrió la puerta de su cuarto para echar una ojeada, ella se tapó la cabeza con el edredón y se convirtió en un caracol dentro de su casa.

Isak volvió a cerrar la puerta.

—¡Uy, uy, uy! —susurró Molly, pensando en Nochebuena.

Unos juegan, otros gritan, otros desaparecen en el agua y luego vuelven a aparecer de una u otra manera. Molly se apartó el edredón de la cara. Ya no era un caracol.

—Por una vez en la vida, yo tenía razón —dijo Palle Quist a su amigo Isak cuando tomaron un café juntos al día siguiente—. ¡Por una vez!

Tras haberlo consultado con la almohada, uno tras otro (pues todos de alguna manera formaban parte de la función *UnaOle-Pette islaOle-Pette enOle-Pette elOle-Pette mar*) le habían comunicado que, a pesar de todo, deseaban seguir adelante con el ensayo general y el estreno al día siguiente.

—Quiero decir... ¡por una vez! —repitió.

Isak no dijo nada. No parecía estar escuchando.

—Creo que será lo mejor —aventuró Palle.

Isak asintió con la cabeza.

—Quiero decir, que terminemos lo que hemos empezado.

Isak volvió a asentir.

—Y en todo caso será un homenaje —prosiguió Palle Quist. Había desistido ya de intentar captar la atención del otro, y hablaba por lo tanto más consigo mismo que con Isak—. Un homenaje a Ragnar y a la vida. Creo que a Ragnar le habría gustado a pesar de todo. Dios lo bendiga.

En su crítica de la obra *UnaOle-Pette islaOle-Pette enOle-Pette elOle-Pette mar* —escrita y dirigida por el socialdemócrata y entusiasta Palle Quist — ese mocoso de Örebro, el del nombre tan cursi, señalaba que ya era hora de tomarse un descanso. ¡El verano que viene, escribió, disfrutad del verano, disfrutad del sol, disfrutad del mar y disfrutad de esa naturaleza tan singular y hermosa que ofrece Hammarsö! Lo mejor de ese espectáculo de aficionados, según su opinión, habían sido los bollos de canela y las tortitas de azafrán que se habían servido en el intermedio.

El público estuvo, en su mayoría, más benévolo que el crítico del periódico local, se dejó llevar por el narrador, las ninfas del mar y los espíritus del bosque, la métrica de pies cojos de Ann-Marie Krok y el canto de Erika.

Algunos dijeron que la actriz más joven del grupo recordaba a un pequeño troll irascible.

Molly se acercó al borde mismo del escenario y miró al público con los ojos entornados. El público no sabía que Molly no quería actuar, quería bañarse, pero Rosa e Isak le dijeron que tenía que actuar, que podría bañarse más tarde. Dijeron que ya que había ensayado todo el verano, no podía retirarse en el último momento. Eso no era un comportamiento responsable, opinó Rosa.

Molly estuvo mucho rato en el borde del escenario mirando con los ojos entornados, y muchos se preguntaron si la niña se había olvidado del texto; era pequeña, frágil y delgada, y llevaba un vestido de color púrpura, pero al final abrió la boca y les lanzó sus palabras, una por una, en voz alta y airada:

*YOle-Pette ademásOle-Pette caeOle-Pette laOle-Pette noche,  
laOle-Pette lunaOle-Pette seOle-Pette elevaOle-Pette llenaOle-Pette  
yOle-Pette firme,  
estamosOle-Pette aOle-Pette medioOle-Pette caminoOle-Pette entreOle-  
Pette laOle-Pette luzOle-Pette yOle-Pette laOle-Pette oscuridad,  
estamosOle-Pette aOle-Pette medioOle-Pette caminoOle-Pette deOle-  
Pette nuestraOle-Pette representación.*

Podría haber sido un éxito, pensó Palle Quist la noche después del estreno. Solo se representó esa noche. No hubo función al día siguiente, como era tradición. Podría haber salido bien. Pero faltaba algo. Algo salió mal. Palle había tenido que suprimir el monólogo de Ragnar y pensó unos instantes en ese extraño niño enfadado que nunca quería hacer su papel tal y como estaba pensado. Se preguntó cómo se habría comportado Ragnar ante el público, si se habría tranquilizado. Lo descartó. No era eso. No era Ragnar. Ni siquiera era Isak. Era el monólogo final en verso que no solo trataba del anhelo de los muertos por la vida y del ajuste de cuentas entre Dios y Satanás, sino de la situación política en general, de los barcos cargados de emigrantes del sureste asiático, del terrorismo en España..., de la campaña electoral en septiembre..., pues sí, ¡de todo! ¡De todo! ¡De la clase de vida que se deseaba vivir! ¡De eso trataba! Era el monólogo mejor, más rico, más conciso que había escrito en

toda su vida, era denso, claro y desenfadado.

Pero Isak lo había estropeado todo.

Isak lo había estropeado.

Y faltaba algo más, algo que no sabía definir. El sustituto de verano tenía razón en su crítica. Estaba acabado como dramaturgo. ¡Le importaba un bledo! El verano siguiente no haría nada, solo disfrutar.

«¡Ven aquí y escucha lo que tengo que decir, porque por algo me llaman sabio!» El escenario estaba oscuro y silencioso. Los animales dormían. Los espíritus del bosque canturreaban y el domador de pájaros, vestido de verde, tocaba la flauta. Era una melodía sencilla y bonita. Y entonces, por la izquierda, entró Isak en escena, ataviado con una capa negra, con una barba postiza blanca y un gran libro encuadernado en piel bajo el brazo. Al verlo, los espíritus del bosque dejaron de canturrear, el domador de pájaros dejó la flauta e Isak se colocó en medio del escenario y carraspeó. Contempló al público. Volvió a carraspear. Vio sus caras y sintió frío. Abrió los brazos. Se mareaba y quería vomitar. Sabía que... ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora es el momento y no voy a poder, no voy a poder! Oyó que alguien del público se movía, alguien tosió, alguien dijo: «¡Viva Isak Lövenstad!»». Isak se inclinó, sonrió al hombre que había gritado y pensó: Si no digo ahora lo que tengo que decir, será demasiado tarde. Veía puntitos luminosos delante de los ojos. Hacía frío. No tenía elección. Tampoco tenía nada que perder. Ya no.

Isak se inclinó una vez más y habló, habló muy alto para asegurarse de que todos lo oían.

—Pido perdón.

Isak sintió que un gran cansancio le atravesaba el cuerpo, como si se encontrara debajo del agua y no pudiera aguantar más, qué bueno sería volver a casa, a casa con Rosa.

—Como ya he dicho, os pido perdón. —Tomó aliento. Todo había acabado—. Pero creo que he olvidado mis frases... No sé qué decir —dijo. Se inclinó por tercera vez—. Así que me voy.

Todas las maletas estaban ya preparadas y colocadas una al lado de otra en la entrada —la de Isak, grande y verde con espacio para papeles, carpetas y

libros; las de Rosa y Laura, negras y muy prácticas; la de Erika, pequeña y azul; y la de Molly, grande y roja. Ella tenía la maleta más grande de todas. La maleta de Molly dominaba el panorama de la entrada, y cuando Isak fue a cogerla para llevarla hasta el coche, lanzó un sonoro gemido. Para no romperse la espalda optó por arrastrarla el corto trecho que había entre la puerta de fuera y el maletero abierto. Molly, con su vestido azul que apenas le tapaba ya el trasero, correteaba de un lado para otro entre las piernas de Isak, y al final su padre tuvo que pedirle que se sentara en el coche y se estuviera quieta y callada. Toda la ropa de cama estaba lavada, planchada, perfectamente doblada y colocada en el armario. Rosa llevaba en pie desde las tres de la madrugada para dejar la casa recogida cuando se marcharan, y a las once había apagado por última vez en ese verano el armario secadora. Ahora estaba frío y oscuro. No había nada colgado dentro. Ni el vestido azul de Molly, ni los calcetines, camisas o pantalones de Isak, ni el biquini de lunares de Erika. La hoja de papel con el dibujo del diablo del cuerno en la frente y la advertencia ¡ESTE ARMARIO NO DEBE SER USADO POR NIÑOS QUE SE BAÑAN! ¡EL QUE INFRINJA ESTA REGLA SERÁ SEVERAMENTE CASTIGADO! seguía colgada en la puerta, pegada con cinta adhesiva. Rosa había pensado en la posibilidad de quitarla —formaba parte de su naturaleza ordenar, lavar, quitar, clasificar, quería dejar tras ella superficies limpias, lisas, vacías—, pero sin saber muy bien por qué dejó el dibujo donde estaba. Había pasado el aspirador y después fregado los suelos con jabón; los cristales de las ventanas estaban limpios y tapados con una tela clara para que nadie que ocasionalmente pasara por allí ya en el otoño pudiera ver por la ventana del salón los sillones, el reloj de péndulo, el buró y le dieran ganas de entrar. Su trapo de quitar el polvo había pasado por todo lo que se podía alcanzar. Se había subido hasta arriba del todo de la escalera de mano, se había puesto de rodillas y tumbado boca abajo, se había encogido para caber en todas partes y no había ningún rincón, alféizar, estante o trozo de suelo que hubiera olvidado, como tampoco debajo de ningún armario ni ninguna cama. Había fregado los baños con un producto azul, y cuando hubo terminado de limpiarlos (unas dos horas antes de salir) a nadie se le permitió ir al servicio más de una vez y justo antes de sentarse en el coche. Al tirar de la cadena, el agua de la taza del inodoro se volvía azul. Una última comida,

consistente en albóndigas frías, patatas cocidas, ensalada y limonada fue servida y tomada rápidamente alrededor de la mesa de la cocina. En ese momento no había gran cosa que decir. Desde el punto de vista de la casa, si la casa tuviera ojos para ver, los comensales: un hombre, una mujer y tres niñas, ya se habían marchado. La casa ya los había enjuagado y expulsado fuera, para quedar limpia, cerrada y deshabitada, lista para días y noches más silenciosos y oscuros.

Isak iba conduciendo y Rosa a su lado. En el asiento de atrás iban Erika, Laura y Molly. Cuando el coche cruzó la verja y pasó por la hierba alta, Erika se volvió y vio desaparecer por la ventanilla de atrás la casa blanca de caliza. No dijo nada. Los demás tampoco dijeron nada. Molly cantó una canción, eso fue todo. «Un recuerdo, un recuerdo, tiernas son las estrellas, un recuerdo, un recuerdo y el cielo es azul.» Ahora había que pensar en el viaje. Primero, los veinte minutos en el transbordador hasta tierra firme. Luego, el aburrido viaje en coche hasta el aeropuerto. Después, el vuelo. Y al final, la llegada al aeropuerto de Oslo, donde a Erika y Molly irían a recibirlas sus madres, Elisabet y Ruth.

Erika tenía la responsabilidad de ocuparse de Molly durante todo el viaje, porque Isak, Rosa y Laura iban por otro camino, en coche hasta Estocolmo.

Delante de ellos en el transbordador estaba el Volkswagen de la madre de Ragnar. Iba sola en el coche. Erika no pudo verle la cara, pero se fijó en que la mujer tenía el cabello largo y gris (Erika no recordaba que fuera tan largo ni tan gris) y llevaba un jersey amplio también gris.

Rosa dijo en voz baja:

—¿Quieres acercarte a ella? ¿Decirle algo?

—¿Acercarme a quién? —preguntó Isak con un tono serio y brusco, pero Rosa prosiguió.

—¡Ann-Kristin, Isak! Está ahí, en ese coche azul.

Isak miró delante de él.

—¿Para qué? ¿Qué puedo decirle?

—No lo sé. Lo que tú quieras —contestó Rosa.

Isak hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No —dijo—. No quiero. No tengo nada que decirle.

Era justo la época del año en que los turistas veraniegos de Hammarsö fregaban sus casas, desmontaban los muebles de jardín, guardaban barbacoas y todo lo relacionado con ellas, recogían los cojines, mantas y hules, vaciaban las neveras, tiraban cartones de leche medio llenos, grasientos paquetes de mantequilla, guisos y asados de ternera a medio comer, trozos de salchichas, envases de fiambres vacíos y cajas de huevos a punto de caducar. Es una pena tirar comida, pero qué le vamos a hacer. No podía dejarla pudriéndose, y resultaba demasiado complicado llevársela a la ciudad. Era la época en que los coches se llenaban de maletas con ropa sucia (porque pocos eran los que tenían lavandería como Rosa, con lavadora y armario secadora), bolsos, bolsas de plástico, grandes toallas que en el pasado habían sido blancas, pero que ahora estaban manchadas, grises y metidas a presión contra la ventanilla de atrás, junto con tiendas de campaña, cajas de cartón, triciclos, máquinas de escribir, perros golden retriever y gatos, que en algunos casos eran soltados o arrojados del coche con engaños en algún lugar desconocido, lejos de la isla, lejos de la ciudad, abandonados a su suerte.

En Oslo, Molly dormía profundamente en los brazos de su madre. Cada mañana, después de levantarse y desayunar, su madre le decía:

—¡Date la vuelta, Molly! Déjame ver. ¡De verdad creo que esta noche también has crecido un poquito! Y Molly se reía de buena gana, bajaba de un salto de la silla y se ponía a dar vueltas.

Sí, era en esa época en que se vaciaba la isla, los transbordadores no hacían ya el trayecto con tanta frecuencia, la tienda reducía sus horarios y las playas quedaban desiertas.

Los residentes en Hammarsö podían al fin tender los brazos hacia el cielo y sentir cómo la nítida y chispeante luz del sol calentaba su cuerpo, la piel, las manos, las puntas de los dedos; cómo los calentaba a todos antes de que el otoño llegara de verdad en algún momento de noviembre, con sus catacumbas de viento y lluvia, de oscuridad.

Y llegaron más tormentas. El viento asolaba las playas de piedras, la roca

en el mar en la que las chicas habían jugado y tomado el sol, la tienda cerrada y las carreteras desiertas. Penetraba en las casas, en las camas con los colchones enrollados y en los rincones que ya no estaban tan limpios ni libres de polvo, ni olían ya a jabón. Si en algún momento, ya avanzado el otoño, alguien se hubiera encontrado ante la casa blanca de caliza (aunque eso no sucedía), se habría preguntado para qué había estado Rosa de rodillas fregando y sudando, ¿no había sido en vano? Ahora había sobre los alféizares montones negros de moscas muertas y medio muertas. Bien es verdad que algunas de ellas volverían a despertarse y se pondrían a zumbear en algún momento de enero, cuando Simona se diera una vuelta por la casa para comprobar que todo estaba en orden. Las moscas acabarían muertas y barridas afuera, hasta los montones de nieve, pero Simona no lograría matarlas a todas, y se formarían nuevos montones en los alféizares cuando ya se hubiese marchado. Había excrementos de ratón en la cocina, en el cajón del pan, debajo de la nevera, junto al teléfono, y un ratón vivito y coleando se alojaba en el armario de debajo del fregadero. El ratón estaba estupendamente alimentado, ya que Rosa se había olvidado de vaciar un estante de chucherías, ganchitos de queso entre otros. A medida que iba cayendo la nieve, hacía ya casi tanto frío dentro como fuera de la casa, y cuando el viento hizo gala de su enorme fuerza e hizo caer al suelo al hijo de Picha Grande (que entonces tenía ya más de setenta años), de manera que se rompió la cadera y tuvo que usar bastón como los demás viejos, en las casas silbaba el viento y se oían chirridos y crujidos, y la de Isak no era una excepción. Motas de polvo corrían por el suelo de un rincón a otro, rodaban, volaban y jugaban entre sí, convirtiéndose en más y más motas, y entonces llegaba la oscuridad a la isla, y se posaba en el mar, en el cielo, en las llanuras y los recintos, entraba en casa de Isak, a través de grietas, agujeros, rendijas y huecos entre las cortinas que nunca lograban cerrarse del todo. Nada quedó fuera del alcance de la oscuridad invernal. Ni los sillones, ni el reloj de péndulo, ni el buró, ni el jarrón azul de cerámica.

Cuando el frío arreció —los isleños decían que era el invierno más frío desde 1893— el agua se heló en las tuberías y las hizo reventar, y al derretirse la nieve a principios de abril, el agua salía a chorros por el suelo del baño, de



la cocina, de la lavandería de Rosa. Simona se pasó, por segunda vez ese año (con el fin de hacer desaparecer algunas moscas en hibernación, pues estaba convencida de que quitar el polvo no servía de nada mientras nadie viviera allí), pero cuando abrió la puerta se encontró con un hedor a moho, hongos y cosas podridas, y el agua del suelo le llegaba a los tobillos.

—Todo esto no es más que chatarra —murmuró el fontanero al que había llamado. El agua chorreaba, goteaba, gorgoteaba y rezumaba por dentro y por fuera. El sol entraba brillando por las ventanas manchadas que Simona limpiaría algún día, pero no en ese momento.

Los narcisos amarillos apenas empezaban a asomar desde la tierra, y pronto aparecería la anémona azul.

—¡Vieja chatarra oxidada! —El fontanero estaba agachado con el trasero en alto, haciendo gestos de desesperación. Simona estaba sentada junto a la mesa de la cocina fumando, sin decir nada.

—Hay que levantar el suelo. Hacen falta carpinteros y un pintor. Hay que volver a pintar todo.

Cuando Simona lo llamó, Isak apenas tenía tiempo de hablar con ella, dijo que le sería imposible ir a la isla a organizar las cosas, tenía más que de sobra con la universidad, en ese momento se encontraba en Lund, y Rosa estaba muy ocupada en Estocolmo cuidando de Laura, que tenía problemas en el colegio. Laura no quería levantarse, no quería ir a clase. ¡Trece años! Depresión, decía el psicólogo del colegio. Si de él dependiera, dijo Isak, les pegaría un tiro a todos esos jodidos psicólogos escolares, pero Rosa le decía que mientras él tuviera su trabajo en la universidad tendría que dejarle a ella la educación de la niña, y en eso seguramente llevaba razón. Simona tendría que hacerles el favor de ocuparse de todo lo relacionado con la casa y luego enviarle la factura, y si fuera tan amable de pagar también la luz y el teléfono sería estupendo. Él se encargaría de que hubiera dinero en la cuenta.

El fontanero se tumbó boca abajo para inspeccionar el suelo.

—No es solo esta nueva avería y el daño que ha causado, que de por sí ya es bastante, créame —dijo—. Aquí hay también muchas cosas podridas de hace tiempo. Me atrevo a decir que habrá que cambiar todas las vigas del suelo. —Se volvió a poner de rodillas—. Costará un buen dinero..., un

trabajón..., la culpa no es de nadie más que de él..., pero el profesor podrá pagarlo, supongo. —El fontanero sonrió con ironía. Tenía los dientes amarillos debido a los dos paquetes de cigarrillos diarios que había fumado durante los últimos cincuenta años. Al año siguiente se jubilaría y se iría a vivir al norte.

En Hammarsö decían que era una buena persona.

Simona apagó el cigarrillo y sonrió. Pensó que cuando floreciera la anémona azul, y solía florecer en abundancia justo delante de la casa de Isak, cogería un gran ramo para llevárselo a casa. De todas formas, nadie se daría cuenta de que no estaban allí.

Simona secó toda el agua de la cocina, el baño y la lavandería de Rosa, y aunque no serviría de nada ponerse a fregar y recoger en ese momento —con el tiempo la casa sería reformada o vendida—, fue de habitación en habitación arrastrando un saco de basura negro donde iba tirando todos los desperdicios que iba encontrando, desde un ratón muerto en el armario de debajo del fregadero hasta un viejo dibujo infantil colgado en la puerta del armario secadora. Simona intentó leer lo que estaba escrito debajo, pero resultaba imposible descifrar la descolorida letra de rotulador. El fontanero reparó las tuberías y el carpintero levantó algunas tablas del suelo para mirar dentro de lo que, a juzgar por la expresión de su cara, era un pozo sin fondo de humedades y putrefacción. Dijo que había que hacer mucha obra, que llevaría tiempo y que costaría un montón de dinero. «¡Estas casas viejas no se cuidan solas!», dijo.

Cuando Simona llamó a Isak, que estaba en Lund, él suspiró y le explicó que lo de la casa tendría que esperar. No tenía dinero en ese momento. Ese año no sabía cuándo volvería. No pasarían las vacaciones de verano en Hammarsö.

Al llegar el otoño los habitantes de la isla se dijeron que nunca había habido tantos turistas en la isla como ese año, y aunque la lluvia no había dejado de caer durante las dos últimas semanas de julio y había hecho bastante frío y mal tiempo todo el verano, la tienda había aumentado sus ventas en un veinte por ciento, y el camping nunca había estado tan lleno de caravanas y

tiendas de campaña.

Un verano le preguntaron a Palle Quist si no volvería pronto a escribir y poner en escena una nueva obra de teatro. Fue un matrimonio que se acercó a él delante del quiosco de perritos calientes. Se acordaba de ellos. Siempre habían tenido para él palabras elogiosas después de las representaciones en los años setenta. El matrimonio, ella con un enorme biquini de flores y él en bañador, lo miraban expectantes. Palle Quist movió la cabeza y dijo que no, que se alegraba de que se lo preguntaran..., pero que no, que no lo creía.

—Aunque, ¿quién sabe? —dijo cuando estaban a punto de volver a la playa. De repente se sentía más contento de lo que se había sentido en mucho tiempo—. ¿Quién sabe? —gritó tras ellos—. Tal vez el año que viene.

Simona iba de una habitación a otra silbando. Su cara recordaba a una manzana roja arrugada. Tenía las manos grandes y morenas y con la piel muy dura. Barrió el suelo del baño, mató unas cuantas moscas que estaban despertándose en el alféizar y pasó la bayeta del polvo por las mesas y las puertas de los armarios. Las paredes debían de estar también enmohecidas, pensó, pero ya se había acostumbrado al olor, incluso le gustaba. Todas las casas olían a algo, y esa olía a humedad y a mar. Allí podía estar en paz, sentarse junto a la mesa de la cocina debajo de la lámpara azul y ver caer la nieve. Podía estar sentada tranquilamente fumando un cigarrillo sin que nadie le pidiera que le hiciera esto o aquello. ¿Por qué no iba poder a tomarse un respiro de vez en cuando?

A veces se preparaba una taza de café instantáneo o se tumbaba en la cama de una de las habitaciones de las niñas; la que más le gustaba era la de la hija mayor, Erika. Simona había desenrollado el colchón y sacado un edredón del armario de la ropa de cama, y la primera vez que se tumbó allí pensó que era donde quería estar siempre, en esa habitación desconocida con el papel pintado de flores desgarrado, y los viejos y descoloridos carteles de cine, estar tumbada en esa cama extraña y fría y existir, nada más. Nadie la encontraría. Nadie podría oírla si gritaba, chillaba o cantaba, ruidosa y jubilosamente.

Además, le pagaban. Isak le ingresaba dinero en la cuenta cada dos meses para que cuidara de la casa, la tuviera limpia y se pusiera en contacto con él si

pasaba algo. Simona se tumbaba en la habitación de Erika, le costaba tumbarse, le costaba levantarse, pero cuando por fin tenía la oportunidad de tumbar su viejo cuerpo, de tumbarse realmente, era como si por dentro la recorriera una canción. Abría el cajón de la mesilla de noche y sacaba un montón de viejas revistas de chicas. Se reía, se metía todas las revistas en la cama y se ponía a leer.

En invierno no llegaban muchos turistas a Hammarsö, y los que llegaban nunca se habrían considerado turistas. Tampoco habrían puesto el pie en la isla durante el verano. Porque entonces la isla no era ella misma. En verano Hammarsö florecía y se volvía hermosa, encantadora, fascinante, pero todo era una farsa. Mira lo hermosa que soy con esta pálida luz del atardecer, lo bella que soy cuando bailo con amapolas rojas en el pelo. Los que iban en invierno amaban la isla por su paisaje gris de piedra, por el viento tan despiadadamente frío, por las noches largas, la oscura carretera sin coches y las playas desiertas. En invierno el cielo se fundía con el paisaje y era blanco, gris o negro. Inalterable. Inmutable. Y solo quien se atreviera a quitarse el gorro y exponer las orejas al frío, estaría en condiciones de oír todos los sonidos de la isla. El mar siempre estaba allí. Nadie podía evitar oír el mar. Pero también estaba el sonido del bosque, del viento en las copas de los árboles y de pesadas botas de invierno pisando la nieve dura, el sonido de alguien que al inspirar y espirar echaba por la boca una nubecilla helada. Era el sonido de alguien que conocía el lugar y que con gran agilidad se abría camino entre arbustos y matorrales, entre abetos cargados de nieve. Y allí, al final del sendero que no era un sendero y ni siquiera una raya en la tierra porque todo estaba cubierto por la nieve, había un claro. Y allí se detuvo, él, que llegó a la isla en invierno y se abrió camino entre arbustos y matorrales, se detuvo y se estiró. Había caminado agachado e incluso había gateado para llegar hasta allí, y en el mismo momento en que elevó los brazos al cielo, el sol atravesó las nubes y la nieve lanzó chispas, resplandeció y ardió, la nieve en el suelo, en los árboles y en su rostro y su cabello mojados.

Y esa repentina luz blanca del sol le obligó a cerrar los ojos porque lo cegaba, pero cuando los abrió de nuevo, vio de inmediato que aún seguía allí. La cabaña torcida con nieve en el tejado aún seguía allí. Y delante de la

cabaña, hundido en la nieve, había un carrito lleno de piedras.

Cuando Simona llamó a Isak un día en primavera le dijo sin rodeos que si realmente pensaba volver a vivir en la casa tendría que rehabilitarla entera. Si no, tendría que venderla. Pero no podía continuar así.

Pues no, así no podía continuar, contestó Isak, que le contó que ya era abuelo. Erika había tenido un hijo. Sí, claro, era muy gratificante. Él estaba en Lund y ella, su marido y el niño en Oslo, así que aún no había visto al nieto. Pero lo había organizado todo de tal manera que el mejor especialista de Oslo, un viejo amigo y colega suyo, estuviera preparado para asistirle en el parto. Naturalmente, Erika, no quería ningún médico presente. «Papá, yo quiero decidir sobre el parto de mi hijo —le había dicho—, bastará con una comadrona que entre y salga, sin ningún tipo de intervención de tus colegas.» Erika estaba acabando medicina, de manera que... ¿lo sabía Simona? ¿Que Erika se había decidido por estudiar medicina como él? Y el bebé tenía ya casi tres meses.

—Le habrás enviado un pijamita, ¿no? —preguntó Simona.

—Sí, sí. Claro. De esas cosas se ocupa Rosa —contestó Isak.

Simona estaba en la cocina de la casa blanca de caliza, con el auricular del teléfono en la mano derecha, mirando el mar. La lluvia corría por la ventana. Ya no escuchaba a Isak.

—Pero es un aviso —dijo Isak de repente.

—Sí —contestó Simona.

—Quiero decir... de que el tiempo pasa —dijo Isak.

—Sí —volvió a asentir Simona.

Cuando hablaron en enero, Simona le repitió lo que ya le había dicho tantas veces: que había que rehabilitar la casa o venderla. Si por ella fuera, todo podía continuar como antes, ella podía seguir yendo un par de veces al mes, tomarse una taza de café, fumarse un cigarrillo, tumbarse en la cama con los ojos cerrados y desaparecer de la faz de la tierra, por así decirlo; pero moralmente no podía dejar de decirle al viejo lo que estaba pasando con la casa. Isak dijo que se lo pensaría. Tenía muchas cosas que resolver. Laura había terminado el bachillerato con una nota muy mediocre e insistía en dar la

vuelta al mundo con un tipo llamado John. Rosa parecía agotada. Ya no podría dejarla tanto tiempo sola en lo sucesivo; había estado demasiado fuera de casa, dijo. Rosa no estaba del todo bien. Se quejaba de dolores y no dormía por las noches.

Simona se preguntaba a veces por qué Isak nunca mencionaba a su hija menor cuando hablaban por teléfono. En ocasiones hablaba de Erika y en otras de Laura, pero nunca de la más pequeña. Ella no se lo preguntó porque no era de su incumbencia, pero se acordaba de la niña que correteaba por allí con un vestido azul, y que bailaba entre las piernas de los mayores gritando —«Salta, salta, salta», o algo parecido—. Había oído que la madre de la pequeña había muerto hacía años y que vivía con su abuela materna. No sabía quién se lo había dicho. Desde luego Isak no había sido. Simona arrastró tras ella el edredón hasta el dormitorio más pequeño, el de las paredes pintadas de azul con el calendario amarillento de fotos de gatitos, y la colcha de *patchwork* rasgada sobre la cama. Era el cuarto de la niña más pequeña. Se sentó en el borde de la cama, pero solo un instante, porque se levantó una nube de polvo que le hizo estornudar.

Se dejó caer en el sillón blanco de mimbre. Se había olvidado de pagar la factura de la luz y ya la habían cortado. No importaba. Las tuberías habían reventado hacía varios años, habían cortado el agua y todo lo que podía estropearse y todos los daños que podían producirse ya se había producido hacía tiempo, y nadie vivía ya en la casa. ¿Por qué pagar entonces una electricidad, un agua y una calefacción que nadie usaba? A ella le gustaba el frío. Había penetrado en las paredes, en los suelos, en las camas, en los armarios y hasta en la taza que llenaba de café ardiente del termo nada más entrar en la cocina. El frío era lo que era, hacía juego con la casa, y mientras ella tuviera un edredón y se llevara un termo, todo iba bien.

«¡No, esta vez no se trata de la casa!»

Simona llamó a Isak a mediados del mes de vacaciones para decirle que Palle Quist había muerto. Una mañana, simplemente, no se levantó. Su mujer lo llamó varias veces para que fuera a desayunar, y como no contestaba, fue al dormitorio y lo encontró caído en el suelo. «Esas cosas pasan», dijo Simona.

Sus hijos ya eran mayores y su mujer sonreía, pero claro, cada uno manifiesta el duelo a su manera. El funeral se había celebrado en la iglesia de Hammarsö. «Es lo que Palle Quist hubiera deseado», opinó Simona. Él amaba la isla. Le dedicaron una hermosa necrológica en el periódico local, prosiguió. Con el título «Ha muerto un optimista».

Podría enviársela a Lund si quería leerla.

En Oslo, una anciana y una joven estaban sentadas en sendos sillones tapizados con tela floreada. Estaban viendo la televisión. La chica tenía las manos pequeñas. Rayos de luz verde atravesaron velozmente la pantalla y un corresponsal enviado gritó bum, bum, bum a la cámara, al parecer incapaz de encontrar una palabra más descriptiva para relatar las explosiones de misiles sobre Bagdad. El piso era pequeño y oscuro, pero limpio, ordenado y decente. La anciana estaba llorando, pero no por la guerra. Aunque sí, tal vez un poco por la guerra también, pero sobre todo porque había muerto el rey Olav V y porque todos los noruegos estaban muy tristes, fueran o no partidarios de la monarquía y porque ese invierno, con sus constantes amenazas de guerra, estaba siendo más pesado y más frío que todos los demás inviernos, y porque ella misma, nueve años antes había perdido a su única hija. El dolor era tan constante como el aire que respiraba, como el agua fría que bebía por la mañana.

—¡Así es! —exclamó la anciana con un movimiento de la mano—. ¡Él no soportaba la idea de todo esto!

—¿De qué? —preguntó Molly, mirándola.

La abuela tenía más de cuarenta años cuando tuvo a su hija, y más de setenta cuando la perdió. Su nieta y ella no hablaban mucho de ese tema.

A veces la abuela encontraba alguna cosa en un cajón o en una caja, una cinta de seda o un pequeño diario, y decía: «Mira, esto era de Ruth cuando era pequeña». Y entonces Molly sonreía y hacía gestos agradables, pero nunca hablaba de su dolor por haber perdido a su madre, porque eso era algo que solo le pertenecía a ella, y si mencionaba un pequeño recuerdo, si lo contaba, si lo convertía en palabras, quedaría anulado por el constante llanto de su abuela. Los recuerdos no eran grandes, sino pequeños y duros como los cantos rodados. Molly tenía ocho años cuando el coche de Ruth acabó en el carril de

sentido contrario. Se acordaba de la fragancia del cuerpo de su madre por la noche y de una voz que cantaba «Date la vuelta, Molly, date la vuelta para que pueda ver cuánto has crecido». Se acordaba del cabello de su madre.

Su abuela movía la cabeza y se secaba los ojos con un pañuelo.

—¡El rey Olav no soportaba la idea de esta guerra..., de estos nuevos tiempos..., de todo! Por eso ha muerto ahora —dijo.

—Yo creo que ha muerto porque estaba viejo y enfermo —dijo Molly.

Se levantó, fue a por una manta al sofá y se la puso a su abuela sobre las piernas. Pensó que al día siguiente haría pellas en la primera hora de clase e iría a comprar un gran ramo de flores. Rosas, ¿o tal vez tulipanes? ¡No, rosas! ¡Rosas rojas!

Molly había invitado a su padre a cenar en su casa. Primero había llamado a sus hermanas para preguntarles si querían ir, pero ninguna de las dos podía. Ambas se habían excusado. Erika le había dicho que tal vez fuera mejor que Laura y ella no acudieran. Tal vez ya era hora de que Molly e Isak (que se encontraba de paso en Oslo) pudieran hablar solos los dos, sin interrupciones, por una vez en la vida. Bueno, contestó Molly. ¿Por qué no? Puedo preguntarle, por ejemplo, por qué vivo aquí con una anciana y no en Suecia con él. Erika le dijo que no debería decirle eso.

Molly haría pellas todo el día siguiente. Emplearía el tiempo en comprar, cocinar y adornar un poco la casa. Ni ella ni su abuela solían recibir visitas. Molly prefería ir a casa de sus amigos para estar con ellos. El piso de su abuela no era un lugar para llevar a los amigos. En poco tiempo, al cumplir dieciocho años y acabar el bachillerato, se pondría a trabajar y se independizaría. Los estudios superiores tendrían que esperar. Pero al día siguiente Molly estaría resplandeciente. Isak vería que era una perla radiante. Ella le cogería el abrigo y lo colgaría en el armario de la entrada, luego lo haría sentarse al lado de la abuela en el sofá y le ofrecería una copa de vino blanco. «¿Un pequeño aperitivo?», le diría, y se reirían los dos, y el ambiente dejaría de estar tenso. Tendría que acordarse de dar instrucciones a la anciana de que no se echara a llorar. Isak no venía a cenar para oír a la abuela hablar de Ruth. ¿Tal vez podría suministrar a su abuela un somnífero y acostarla? Molly la miró de reojo. Seguían sentadas en sendos sillones mirando las noticias sobre la guerra. Molly le acarició la mejilla. La anciana sonrió y le



apretó la mano

Molly tomó aliento. ¡Así es, Isak! Voy a poner flores. Rosas, nada menos. Te serviré un vino blanco que he comprado en la tienda estatal de vinos, aunque aún no tengo dieciocho años. Pondré la mesa con fina porcelana blanca, copas de cristal, cubiertos de plata y servilletas de hilo, porque mi abuela tiene todo eso en sus armarios, y cocinaré para ti, te serviré sopa de tomate con albahaca de primero, y solomillo de segundo, te serviré vino tinto y flan de postre. Te ofreceré todo esto y no te haré una sola pregunta sobre ti ni sobre mí o mis hermanas, por qué no vivo contigo, por qué no quieres, pero... pero... Molly solía decir discursos interiores a Isak, pero no era capaz de terminarlos porque tal vez al fin y al cabo fuera verdad que él no la quería. Le concedía a Molly unas horas cada año a condición de que se respetaran las reglas, nada de exigencias, ningún tipo de chantaje emocional. «Ahórrame escenas de teatro barato», tal vez su ira, esa ira aniquiladora de Isak, también la alcanzaría a ella un día. Molly recordaba que su padre la levantaba por los aires diciéndole que le prohibía bañarse en el mar, porque podría ser peligroso. Molly se pasó una mano por el cabello. Era largo, espeso y oscuro. Echó un vistazo a su abuela, que estaba a punto de quedarse dormida. A menudo echaba un sueñecito delante de la tele. A veces Molly la despertaba diciendo: «¡Tienes que irte a dormir, abuela!» Entonces la abuela abría los ojos, volvía al estado real de las cosas y gemía «No, no, no» o algo por el estilo. Otras veces no la despertaba del todo, solo lo suficiente para que, apoyándose en su nieta, pudiera levantarse del sillón, ir del salón al dormitorio y caer redonda en la cama. Siempre con los ojos cerrados, como si entre las dos hubiesen acordado que ya no necesitaba despertarse más esa noche. Cuando su abuela por fin estaba sobre la cama, Molly le quitaba la ropa, primero el vestido, luego la camiseta, la combinación, los leotardos y al final las bragas. Alguna vez miraba fugazmente el viejo y pálido cuerpo, con sus michelines, hoyos, arrugas y hematomas. Pero generalmente no se paraba hasta que le había metido por la cabeza un camisón limpio, y la había tapado bien con el edredón. Acto seguido apagaba la lámpara de la mesilla, y le susurraba buenas noches al oído. Eso es lo que haría esa noche. Dejaría a su abuela dormir. Toda la noche. Y a la mañana siguiente cortarían las rosas con las tijeras de jardinería de la abuela, y harían juntas el solomillo, porque su

abuela sabía muy bien cómo preparar un buen solomillo. El secreto, decía, estaba en dejar reposar la carne la misma cantidad de tiempo que se tardaba en freírla en la sartén. Y aunque de hecho sería la abuela la que freiría el solomillo, estaban de acuerdo en decirle a Isak que había sido Molly la que había preparado todo. Molly le acarició de nuevo la mejilla cuando en pantalla de la televisión hubo un destello. Su abuela gimió y Molly retiró la mano. «No te despiertes ahora. No te despiertes ahora.» Molly se levantó del sillón y estiró los brazos. Al día siguiente haría pellas a primera hora. Echó un vistazo a la pantalla. Ya no hablaban de la guerra en Irak, sino de imágenes en primer plano de padres e hijos, un pueblo en duelo, de flores, osos de peluche, hojas de papel con poemas y dibujos, y miles de velas encendidas en el parque del palacio. Apagó el televisor y se acercó a la ventana. Había empezado a nevar. Abrió la ventana, sacó la cabeza y abrió la boca. Los copos caían sobre sus labios y su lengua, todo estaba frío y húmedo, y sonrió. La nieve le mojaba las mejillas y los párpados. Estiró los brazos, y la nieve le iba cubriendo también las palmas de las manos. Pues sí, pensó. Eso haría. Se saltaría la primera clase, tal vez no fuera en todo el día. Y lo primero que haría cuando abrieran las tiendas a la mañana siguiente sería comprar un gran ramo de rosas rojas.

En el invierno de 1992 Isak llamó a Simona. Era de noche y ella estaba en su casa. Isak la llamaba muy rara vez a casa. Se habían puesto de acuerdo en que ella lo llamaría si tenía algo que comunicarle, o que él lo haría cuando sabía que se encontraba en casa de él. En el hogar de Simona había siempre un montón de gente. Cuatro hijos, seis nietos y tres sobrinos nietos, uno de ellos de tan solo unas semanas de edad, marido, cuñado, cuñada y una bisabuela que estaba bien de la cabeza, pero que había perdido el habla. Y todos querían cenar.

—¿No llamo en buen momento? —preguntó Isak.

—No —contestó Simona.

—Mi mujer ha muerto —dijo Isak.

—¿Rosa? ¡Qué dices!

—Sí. Estaba enferma. No pude hacer nada por ella.

—Te acompaño en el sentimiento —dijo Simona.

—Es terrible —dijo Isak.

—¿Y Laura? ¿Cómo se lo está tomando Laura?

—Se fue a vivir a Oslo hace varios años —contestó Isak—. Mis tres hijas viven ahora en Oslo.

—Bueno, bueno —dijo Simona, contemplando a su familia hambrienta.

—Estoy pensando en suicidarme —dijo Isak de pronto.

—Es siempre una posibilidad —dijo Simona.

—No le veo ningún sentido a seguir viviendo sin ella.

—Lo comprendo.

Simona no sabía qué más podía decir. Este diálogo con Isak se encontraba fuera de los temas que ambos deseaban tratar en sus conversaciones.

—Pero te estarás preguntando por qué te llamo, ¿verdad? —le preguntó Isak.

—Sí.

—Quiero alejarme de todo esto, vender el piso de Lund, vender el piso de Estocolmo y rehabilitar y arreglar la casa de Hammarsö.

—Hay que hacer mucha obra —dijo Simona.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Simona esperó.

Entonces él dijo:

—Solo quería que lo supieras, Simona. Me voy a vivir a la isla definitivamente.

Simona no quería actuar de un modo egoísta, pero de vez en cuando se permitía un pensamiento interesado, y en ese momento pensó que ya no podría reinar en su helado refugio porque el viejo lo había perdido todo y pensaba que podría volver a encontrar algo de lo perdido en Hammarsö. ¿Por qué no se quedaba donde estaba y todo seguía como antes?

—Sabes que la casa está en muy mal estado. Te costará reconocerla después de tantos años —le dijo.

—Lo sé.

Simona miró por la ventana de su cocina. Prefería la vista que se le ofrecía desde la otra cocina. Aquella que antes de esta conversación telefónica era solo suya.

—Me ocuparé de encender la calefacción y de lavar las sábanas, toallas y fundas de edredón —dijo.

Isak murmuró algo al otro lado y Simona dijo:  
—Al menos encontrarás una cama hecha.

## V

# La luz sobre el agua

Habían quedado en encontrarse en Hammarsö, Habitaciones y Restaurante, un hostel abierto todo el año, no muy lejos del muelle donde atracaba el transbordador, de Hembygdsgården y de la iglesia. Allí tomarían un café y, después de reponerse un poco, conducirían el último tramo hasta la casa de Isak. Erika abrió la puerta. Tuvo que agacharse para no dar con la cabeza en el marco. Atravesó el umbral y entró en la recepción, que estaba en penumbra. Acababan de fregar el suelo de linóleo de dibujos en tonos anaranjados, que brillaba mojado y resbaladizo. Olía a limpieza de hospital. Llegaron hasta ella voces y risas de un televisor al que nadie hacía caso. Detrás del mostrador había una mujer haciendo punto.

—Disculpe —dijo Erika mientras se quitaba las manoplas. Estaban empapadas. Estaban empapadas desde que había salido de Oslo, no se secaban nunca del todo a pesar de haberlas colocado sobre el radiador que no funcionaba en la habitación del hotel de Sunne, y luego sobre el asiento del coche. Se quitó un poco de nieve del anorak, que también estaba mojado. Todo lo que llevaba puesto estaba frío y húmedo, y se le pegaba al cuerpo.

La mujer seguía haciendo punto.

—¿Está abierto el restaurante? —preguntó Erika—. ¿Se puede comer algo?

La mujer se encogió de hombros.

—Le puedo preparar un sándwich y un café. Normalmente servimos comida caliente a partir de las cinco, pero hoy no. Hoy el restaurante está cerrado.

Erika miró el reloj. Eran algo más de las dos. Tenía frío. Un momento sudaba y al siguiente tenía frío.

Quería dormir. Quería desnudarse, ducharse con agua caliente, meterse en una cama hecha.

En la travesía del transbordador, Erika era la única pasajera.

Los barqueros la saludaron agitando la mano desde el puente, y ella les devolvió el saludo. Eran viejos y curtidos, y tenían el mismo aspecto que hacía veinticinco años, pero claro, no eran los mismos. El transbordador sí que era igual, la misma vibración, el mismo color amarillo sobre el agua, igual que cuando ella tenía catorce años, pero los barqueros eran nuevos.

—¿Sería posible alquilar una habitación para descansar un rato? —preguntó Erika—. Estoy esperando a mis hermanas. Hemos quedado aquí para ir juntas a casa de mi padre, que vive aquí en la isla.

La mujer negó con la cabeza. Erika hizo como si no lo hubiera visto y siguió hablando. Dijo que no le importaba pagar una noche entera si ese era el problema. Lo único que quería era quitarse la ropa, ducharse y meterse una hora en una cama caliente.

—Tengo frío, solo quiero descansar un poco —explicó—. Necesito cerrar los ojos.

La mujer volvió a hacer un gesto negativo con la cabeza y dijo:

—Con mucho gusto le dejaría una habitación, querida, pero no tengo ninguna.

Erika suspiró.

—No me diga que está todo lleno, ¡porque no me lo voy a creer!

—No exactamente —contestó la mujer—. El hotel está cerrado.

—Entiendo —dijo Erika irritada. Quería decir algo irónico y desagradable. Ese establecimiento proclamaba estar abierto todo el año y era mentira.

—¿De modo que ni habitaciones ni restaurante en Hammarsö, Habitaciones y Restaurante?

Su voz sonó estridente, se sentía ridícula.

La mujer dejó su labor de punto, levantó la cabeza y miró a Erika. Tenía más de setenta años, su rostro era delgado, y llevaba suelto el cabello fino y gris.

En otros tiempos, pensó Erika, el cabello debió de ser lo más hermoso de ella.

—Así es —dijo la mujer—. Ni habitación ni restaurante. Pero le puedo preparar un sándwich y un café. Y puede sentarse en el salón y ver la televisión o leer un periódico mientras espera a sus hermanas.

La mujer señaló una puerta entreabierta.

—Puede entrar por esa puerta. Si quiere, deje aquí la mochila. Yo la vigilaré.

—¿Hay un sofá? —preguntó Erika—. En el salón, quiero decir.

—Sí —contestó la mujer.

—¿Le molesta si me quito las botas y me tumbo en el sofá para descansar un poco?

—No —contestó la mujer—. No me molesta.

Los ojos de Erika estaban abiertos de par en par. Ragnar tenía los ojos de su madre. Era el vivo retrato de su madre, Ann-Kristin. Erika se dio la vuelta en el sofá. Y él era el punto neurálgico de Isak.

*Yacían Ole-Pette muy Ole-Pette juntos Ole-Pette en Ole-Pette el Ole-Pette catre Ole-Pette de Ole-Pette campaña Ole-Pette de Ole-Pette la Ole-Pette cabaña Ole-Pette secreta. Ole-Pette Él Ole-Pette tenía Ole-Pette un Ole-Pette espejo Ole-Pette en Ole-Pette la Ole-Pette mano. Ole-Pette Estaban Ole-Pette comparando Ole-Pette sus Ole-Pette caras.*

*—Yo Ole-Pette también Ole-Pette tengo Ole-Pette los Ole-Pette ojos Ole-Pette de Ole-Pette mi Ole-Pette madre Ole-Pette —dijo Ole-Pette Erika.*

*—Pero Ole-Pette tienes Ole-Pette la Ole-Pette boca Ole-Pette de Ole-Pette Isak Ole-Pette —dijo Ole-Pette Ragnar.*

*—No Ole-Pette sé Ole-Pette de Ole-Pette quién Ole-Pette tengo Ole-Pette*

*laOle-Pette narizOle-Pette —dijoOle-Pette ErikaOle-Pette—.Ole-Pette TalOle-Pette vezOle-Pette deOle-Pette miOle-Pette tatarabuela.*

*—TienesOle-Pette misOle-Pette manosOle-Pette —dijoOle-Pette Ragnar.Ole-Pette YOle-Pette leOle-Pette tomóOle-Pette lasOle-Pette manosOle-Pette yOle-Pette seOle-Pette lasOle-Pette besó.*

Erika se quitó las botas y echó el anorak en una silla. Luego se tumbó en uno de los cuatro sofás de terciopelo rojo del salón vacío. En verano seguramente estaría lleno. La gente vería la televisión, se tomaría una copa, comería cacahuetes o charlaría con otros huéspedes del hotel. Delante de cada sofá había una mesa, con asientos alrededor. El televisor estaba fijado con pernos a la pared, y colgaba muy alto, casi junto al techo. Erika quería apagarlo, al menos bajar el volumen, pero no encontró el mando a distancia y no tenía fuerzas para levantarse. En la pantalla una chica daba saltos y gritaba de alegría. El público aplaudía. La chica había ganado algo.

Erika abrió la boca y exclamó:

—¡Perdóname!

No reconoció su propia voz, el tono era distinto. Tenía que ver con la acústica de la habitación. Eran las tres de la tarde y la luz invernal entraba a raudales por la ventana. La luz era dura, blanca y brillante. Era una luz ancestral. Cuando Erika se imaginaba su propia muerte no había oscuridad, sino una luz así. Luminosa y silenciosa. También el silencio era ancestral. Siempre había estado allí y siempre estaría.

El presentador había planteado un nuevo problema a la chica de la pantalla, y esta vez parecía no encontrar la solución. Fruncía la frente y movía la cabeza diciendo que no. El público aplaudía de todos modos.

Erika se tumbó de lado, se acurrucó en el sofá y empezó a llorar.

La mujer de la recepción abrió la puerta. Llevaba una bandeja con sándwiches y una cafetera de café muy caliente. Cuando vio a Erika, dejó la bandeja sobre una mesa y la tapó con una manta.

Erika le cogió la mano.

—Muchas gracias.

La mujer se sentó en el borde del sofá.

—Si duerme un poco, luego se sentirá mejor —dijo.



—Mis hermanas y yo vamos a visitar a mi padre.

Erika seguía llorando. Apretó la mano de la mujer, quería saber que era real, que estaba viva, que no estaba completamente sola en ese lugar, abandonada a su suerte, a esa luz.

—No hemos vuelto a la isla desde que éramos niñas. Creo que por eso me he emocionado.

—Lo sé —dijo la mujer—. Ya me lo ha dicho.

Erika levantó la cara y se secó los ojos.

—¿Lo conoce? —preguntó—. ¿Conoce a Isak? ¿Conoce a mi padre?

La mujer le sonrió.

—No —contestó—. No puedo decir que lo conozca.

Se durmió, se despertó y se volvió a dormir. De vez en cuando oía el sonido de las campanas de la iglesia. Se había olvidado. Había olvidado que las campanas tocaban cada hora y cada media. La casa de Isak estaba bastante lejos de la iglesia, en cambio la tienda estaba muy cerca, y también Hammarsö, Habitaciones y Restaurante y Hembygdsgården, con sus características ventanas en forma de arco.

A menudo, cuando Erika y Laura iban a la tienda a comprar un helado o a hacer la compra para Rosa, se quedaban un rato por allí. Solían tumbarse en el prado lleno de amapolas y esperar a que sonaran las campanas de la iglesia. Así podían comprobar sus relojes. Finos relojes de pulsera en finas muñecas.

Era muy importante tener la hora más exacta posible.

¡Ya deberían estar aquí!

Erika se incorporó en el sofá y miró a su alrededor. Todo estaba oscuro, fuera y dentro. El televisor estaba apagado. Había dormido mucho tiempo, profundamente y sin sueños. Miró el reloj. Eran casi las cinco y media de la tarde.

Deberían haber llegado hacía tiempo.

Encendió una lámpara, se envolvió en la manta y cruzó descalza la habitación. Notó un viento frío en los pies. Buscó el teléfono móvil en el bolsillo del anorak. Encendió más lámparas. En las paredes colgaban viejas fotografías. La mayoría en blanco y negro. Marcó el número de Laura y le

salió el contestador. Marcó el de Molly, y ni siquiera le salió el contestador. Envío un SMS con el mismo texto a las dos: «¿Dónde estáis? ¡Decidme algo!». Luego se acercó a ver las fotografías de la pared. Eran todas de familia, recuerdos de un verano de hacía mucho tiempo; niños y mayores en la playa, delante del quiosco, con perritos calientes y helados en las manos, y en Hembygdsgården y en la tienda. Había muchas de una boda. Se había celebrado allí, en el hostel. Y la pareja se había casado en la iglesia de Hammarsö. La novia iba de blanco y llevaba flores en el cabello. Sonreía a la cámara. Erika fue mirando cada imagen, una tras otra, para ver si reconocía alguna cara, pero no reconoció a nadie.

¡Mis hijos! Erika había vuelto a tumbarse en el sofá, y el silencio, la quietud, eran más viejos que la luz, más viejos que la oscuridad.

Se incorporó. «Tengo que llamar a mis hijos.»

Ane no cogió el teléfono, pero le envió un mensaje. «Hola mamá. Estoy en el cine, no puedo hablar ahora. Besos:—)»

Al marcar el número de Magnus, Erika tenía la esperanza de que contestara, no le importaba que se enfadara con ella, solo deseaba que respondiera, poder cobijarse en su voz unos breves instantes. Habría querido llamarle todos los días desde que se había ido con el instituto a Polonia, pero había logrado contenerse. Había puesto una de sus manos sobre la otra. Había que dejarlo crecer, no es tuyo de día, de noche y por siempre, déjalo en paz. Magnus contestó al instante.

—Hola, mamá.

Parecía contento de oírla, pero Erika podía equivocarse. Tal vez solo se mostraba cortés con ella. Se oían gritos y ruidos de fondo. Ya no estaban en Polonia. Llevaban todo el día en Berlín, e iban a hacer noche en una ciudad cuyo nombre no recordaba. Le gustaba Berlín, y no le importaría volver. Al día siguiente visitarían otros dos campos de concentración, Sachsenhausen y Ravensbrück, y luego subirían al autocar para emprender el largo viaje de vuelta a casa. Magnus tomó aliento.

—¿Querías algo más? —preguntó—. Tengo que colgar ya.

Erika quería retenerle un poco más.

—¿Qué tal Auschwitz? —preguntó—. Seguro que fue muy —buscó la

palabra correcta, pero no encontró ninguna adecuada—, seguro que fue muy fuerte, ¿no?

—Había muchos turistas —contestó Magnus—, había gente por todas partes y algunos preguntaban dónde podían comprar comida y bebidas. No conseguí asimilar del todo lo que ocurrió allí. Todo aquello que sucedió hace mucho tiempo, quiero decir.

—No hace tanto —dijo Erika.

—Tengo que irme ya —dijo Magnus—. Adiós.

Erika dejó el teléfono móvil en la mesa. Y volvió el silencio. Las campanas de la iglesia estaban dando las seis. Se acercó a la ventana y contempló el oscuro paisaje. Estaba nevando otra vez. Lo mejor sería que dejara el coche en Hammarsö, Habitaciones y Restaurante, y fuera con Laura y Molly en el coche de Laura el último tramo. Laura tenía mejor coche y era mejor conductora. Seguro que no habían quitado la nieve de toda la carretera. Erika cerró los ojos. Nunca había visto la casa blanca de caliza rodeada de nieve. De niña, cuando iba a Hammarsö siempre era verano, solía llegar cuando florecían las lilas. Las lilas florecían más tarde en Hammarsö que en Oslo, así que todos los años podía contemplar dos floraciones, era como una doble primavera. Y cuando llegaba a Hammarsö y las lilas florecían y hacía un año que no veía a Isak, un otoño entero, un invierno entero y una primavera entera, él siempre estaba esperándola sentado en un banco frente a la casa. El coche de Rosa cruzaba la verja y rodaba cuesta abajo, e Isak estaba sentado en el banco esperándola. No estaba esperando a Laura. No estaba esperando a Rosa. A ellas las veía durante todo el año. Estaba esperando a Erika. Y cuando el coche se detenía al fin delante de la casa, ella abría la puerta del coche de un empujón y corría a sus brazos. «¡Papá!»

A sus brazos. Era como subir corriendo una escalera, arriba, arriba, arriba, por una escalera que no acababa nunca.

Cuando murió Rosa, no había nadie en quien apoyarse. Isak daba vueltas y vueltas sin parar de rugir. ¿Dónde encontraría alivio? ¿Quién podría consolarlo? Laura en aquella época no podía soportar estar con él.

—No lo soporto —le dijo a Erika.

Isak quería estar sentado en el sofá, tenerla cogida de la mano, acariciarle

la cara y decirle que se parecía a su madre. Tenía los ojos y el cabello de su madre. Y eso era lo último que ella deseaba, dijo Laura.

—Él lloraba la muerte de una mujer y yo lloraba la muerte de una madre, resultaba imposible llorar juntos. ¡Solo pensar en una intimidad así con él! Isak debería haberlo comprendido.

Tampoco Erika podía consolarlo. Fue a verlo una vez a Estocolmo y fueron a cenar a un restaurante cerca del piso de Isak. El local estaba casi vacío. Erika tomó una copa de vino. Él bebió agua. Sus manos temblaban y Erika pensó que con esas manos tan temblorosas no podría realizar su trabajo. El personal del restaurante ponía la misma canción una y otra vez, una melodía pop lenta y quejumbrosa, cantada por una mujer. Erika había oído antes esa canción y le dijo a Isak el nombre de la cantante, pero enseguida se arrepintió. Qué le importaba a él el nombre de la cantante. Oían risas que llegaban de la cocina. Isak comió unos cuantos bocados de su plato, era como comer piedras, dijo. Dejó a un lado el tenedor y el cuchillo y miró a Erika, intentó sonreír y dijo:

—Todo es una miseria, todo.

Unas semanas después vendió el piso de Estocolmo y el de Lund y se mudó a Hammarsö para establecerse allí para siempre. Dejó su cátedra en la universidad. Se acabó.

—Hace mucho que no hago trabajos con las manos —le dijo a Erika por teléfono—; ahora voy a reparar mi casa.

Después nadie supo nada de él. Se trasladó a Hammarsö y enmudeció. Al final Erika llamó a Simona.

—¿Está vivo?

—Sí —contestó Simona—. Está muy ocupado con la casa.

—¿Solo?

—Casi. Lo ayudan de vez en cuando un carpintero y un fontanero. Dos viejos que llevan toda la vida aquí en la isla. Toma café con ellos. Creo que por su culpa ha empezado a fumar. Pero la mayor parte del trabajo la hace él solo.

—¿Papá ha empezado a fumar?

—Sí.

—¿Y qué más hace?

—Va a la iglesia todos los sábados por la noche a escuchar las campanas que tocan a día de fiesta. Tal vez lo haya hecho siempre. Se sienta en el banco de más atrás, oye las campanas, y luego regresa a casa.

Se abre la puerta del salón.

—Erika, ¿eres tú?

Erika se volvió. Allí estaban Laura y Molly, una al lado de la otra, a la luz de la puerta abierta, enfundadas en grandes anoraks. Llevaban gorros en la cabeza y manoplas en las manos. Le sonrieron. Las dos tenían las mejillas sonrosadas.

—Por fin habéis llegado —dijo Erika sintiendo un gran alivio.

Se sentaron las tres alrededor de una de las mesas del salón, rodeadas de todas las fotos.

La mujer de la recepción les llevó más sándwiches y más café recién hecho.

—Son mis hermanas —dijo Erika—. Esta es Laura, y esta es Molly.

La mujer dejó la bandeja en la mesa y las saludó. Luego salió del salón y cerró la puerta tras ella.

—¿Quién es? —preguntó Laura en voz baja—. Me parece haberla visto antes.

—Trabaja aquí, en la recepción del hotel —contestó Erika—. Tenía frío y me tapó con una manta.

Molly se levantó del sofá y se acercó a la ventana. Allí se quedó, viendo caer la nieve.

—Una vez, hace muchos años —dijo—, estaba como ahora mirando por la ventana, pensando que pronto iba a verlo. Había preparado una estupenda cena, pero él no apareció, claro.

—¿Has hablado hoy con él? —preguntó Laura a Erika.

—Sí —contestó Erika—. Esta mañana.

—¿Le hace ilusión vernos? —preguntó Laura.

—No —contestó Erika.

—¿Tiene miedo de que vengamos a someterle al juicio final? —preguntó

Laura.

—No lo sé. Dice que es demasiado viejo.

—¿Demasiado viejo para qué?

—Demasiado viejo para entretener a tres hijas, supongo —contestó Erika—. Me suplicó que diéramos media vuelta y regresáramos a casa. Molly, tú y yo.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Le dije que iríamos a verle dijera lo que dijese y que no hacía falta que nos entretuviera, que yo traía vídeos y que podíamos verlos si no encontrábamos nada de que hablar.

Molly seguía junto a la ventana. Se volvió hacia sus hermanas.

—Tenemos mucho de que hablar —dijo.

—Sí —asintió Erika—, pero creo que la mayoría de los temas debemos dejarlos sin tocar.

Erika y Laura se levantaron y se acercaron a Molly. El reloj estaba dando las ocho y se cogieron de las manos. Más allá de la iglesia estaba el mar.

—Mira —dijo Molly, señalando—. Hay una luz que brilla sobre el agua.

—Eso tiene un nombre —dijo Erika—. No recuerdo cuál. Es un fenómeno natural de esta isla. Se ilumina, desaparece y vuelve a aparecer. —Luego dijo —: Recuerdo que fue Ragnar quien me lo enseñó la primera vez. Dijo que había que cuidar de no mirar a otra parte, ni siquiera pestañear, porque no era frecuente tener la suerte de poder ver esa luz. Era como si creyera que se podía fijar la luz con la mirada.

—Sí —dijo Molly.

La nieve caía ya copiosamente. Tal vez tampoco llegaran con el coche de Laura. Tal vez tuvieran que recorrer a pie el último trecho, pensó Erika.

—Sí —repitió Molly—. Recuerdo a Ragnar. Tenía una marca en la frente y una cabaña en el bosque que había construido él mismo. Sí. Lo recuerdo. Su madre se llamaba Ann-Kristin, ¿verdad?

—Sí —contestó Laura.

—Y recuerdo —prosiguió Molly— una tarde soleada en el prado, delante de la casa de Isak. Corríamos entre los frutales. Había manzanos, ¿verdad?

—Sí, uno o dos —contestó Laura.

—Sí —dijo Molly—. Recuerdo que eran muchos. Manzanos, ciruelos y

perales, pero tal vez sea algo que he inventado a posteriori. De cualquier modo, recuerdo que corríamos entre los árboles. Era un día caluroso y no llevaba casi nada de ropa. Quizá solo el vestido azul. Sí. Tenía un vestido azul que apenas me tapaba el trasero. ¿Os acordáis?

—Sí —dijo Erika.

—Y estabas tú —dijo Molly, apretando la mano de Erika—. Y estabas tú —dijo, apretando la mano de Laura—. Y estaba yo, y estaba Ragnar. Corríamos entre los árboles gritando y chillando. Sí. No sé cuántos años tendríamos. Yo era mucho más pequeña que vosotras, pero me acuerdo muy bien de aquello. Estábamos nosotras tres, Ragnar e Isak. ¡Sí! Isak sacó una manguera, hizo un gesto aterrador y vino hacia nosotros, y nosotros gritábamos, chillábamos y corríamos entre los árboles, e Isak dijo: «Un, dos, tres; ahora os cogeré y no podréis escapar», y nos regó con la manguera mientras chillábamos y nos reíamos. «¡No, no, no nos cojas, troll, no nos cojas!» Yo estaba empapada, extendí los brazos hacia Ragnar y él me levantó, pero pesaba demasiado para él y me pasó a Isak, que me levantó por los aires y me dio vueltas. ¡Sí! Lo recuerdo muy bien.

Seguía junto a la ventana. Erika dijo:

—Yo también recuerdo aquel día. Tengo incluso una foto en el álbum en casa. Pero Ragnar no estaba. Nunca jugaba con nosotras de ese modo. Recuerdas mal. No está en la foto.

Molly sonrió.

—Porque fue él quien hizo la foto. No recuerdo mal. Ragnar estaba con nosotros. Estábamos todos.

Laura soltó las manos de sus hermanas y volvió a la mesa donde estaba la bandeja con la cafetera y los sándwiches. Tomó un sorbo de café. Estaba frío.

—¡Ya! —dijo.

Erika y Molly se volvieron hacia ella.

—¡Ya! —volvió a decir.

—¿El qué? —preguntó Erika.

—Son las ocho y media, es hora de que nos pongamos en marcha.

—¿Podemos ir en tu coche por si no han quitado la nieve hasta la casa? —preguntó Erika.

—Claro que sí —contestó Laura, disponiéndose a salir.

Erika se acercó al sofá y dobló la manta. Recogió los platos y las tazas y los colocó en la bandeja. Luego se lo llevó todo a la mujer de la recepción.

—¿Os vais ya?

—Sí, ya nos vamos —contestó Erika, cogiendo su mochila, que la mujer había estado vigilando, y echándosela al hombro. Miró a la mujer.

—Gracias por ser tan amable conmigo —dijo.

Erika volvió al salón y se puso las botas, el anorak, el gorro y las manoplas. Miró a sus hermanas. Ellas ya estaban totalmente dispuestas.

—¿Y si diéramos la vuelta y nos fuéramos a casa, sin más? —dijo.

En el exterior todo estaba oscuro y blanco. Sobre el agua seguía brillando la luz. Era poco frecuente, dijo Erika, que durara tanto. Laura y Molly se sentaron delante y Erika detrás. La mochila y la maleta iban en el maletero. Laura metió la llave y arrancó.

Así recorrieron lo poco que quedaba hasta la casa de Isak con mucho cuidado a través de la nieve que no dejaba de caer.



# Linn Ullmann



Linn Ullmann nació en Oslo en 1966. Estudió literatura en Nueva York y, de regreso a su ciudad natal, empezó el trabajo de periodista ocupándose de la crítica literaria, una actividad que todavía sigue ejerciendo. La aparición de *Antes de que te duermas*, una primera novela que hace años fue publicada en España por Mondadori con gran éxito de crítica y público, situó a Linn Ullmann en el estrecho abanico de jóvenes autores europeos de auténtico prestigio. Su segunda novela, publicada por Lumen, se tituló *El adiós de Stella*, a la que siguió *Hasta que amanezca*. *Retorno a la isla* es su novela más reciente y desde luego la más autobiográfica de la hija del gran cineasta Ingmar Bergman.

Este archivo fue creado  
con BookDesigner  
[bookdesigner@the-ebook.org](mailto:bookdesigner@the-ebook.org)  
15 de abril de 2011